





BERAULT



HISTORIA

ECCLESIASTII



BX944

B4

V.5

c.1

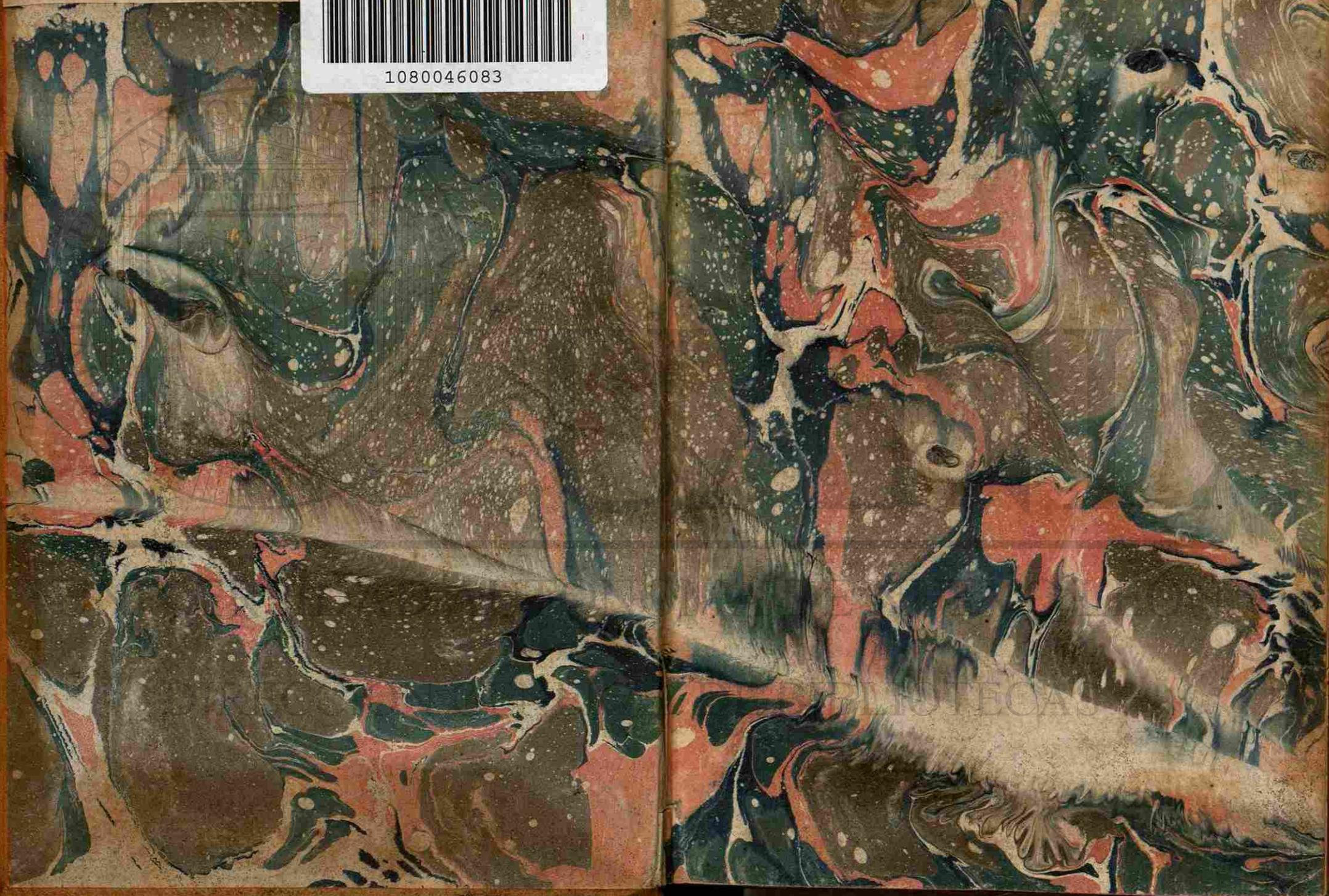
135322



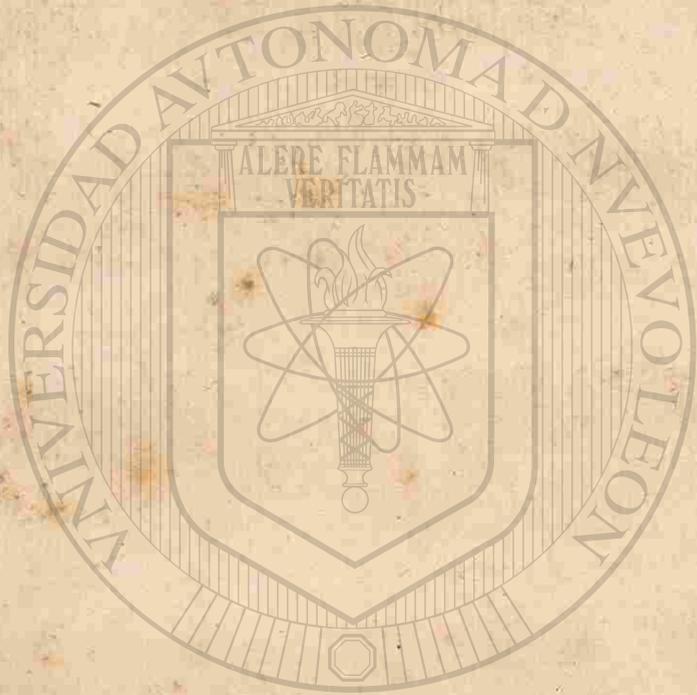
José Angel Benavides.



1080046083



E#7 - E#2



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
Rolls-46 MICROFILMADO 14/3/83

HISTORIA ECLESIASTICA.
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA PÚBLICA UNIVERSITARIA
MICHOJIMADO



HISTORIA DE LA IGLESIA

ESCRITA EN FRANCÉS

POR

EL ABATE BERAULT-BERCASTEL,
CANÓNIGO DE NOYON.

*traducida nuevamente al castellano, corregida,
anotada y continuada*

HASTA EL PONTIFICADO DEL SS. P. LEON XII.

por los P.P. J. de M. y N. C. de V.

TOMO V.

Desde la muerte del gran Teodosio, en el año 395, hasta la
decadencia del Imperio de Occidente, en el de 423.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Valencia: Imprenta de D. Benito Mousa: 1831.

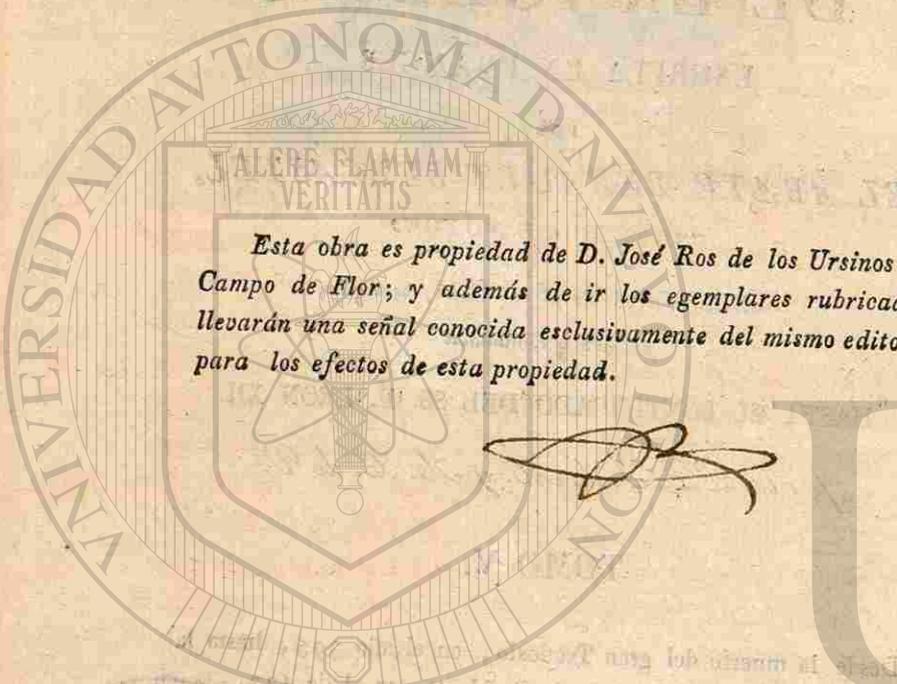
132222

38368

B x 944

B4

v. 5



Esta obra es propiedad de D. José Ros de los Ursinos de Campo de Flor; y además de ir los ejemplares rubricados llevarán una señal conocida exclusivamente del mismo editor, para los efectos de esta propiedad.



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

135822

RESUMEN

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

EN EL LIBRO UNDÉCIMO.

- N.º 1. *T*alentos y ciencia de los antiguos Doctores.
2. Primeras obras de San Agustín.
3. Ordenase de Sacerdote.
4. Su tratado del libre albedrío.
5. Su conferencia con el maniqueo Fortunato.
6. Abuso de los Agapes reformado.
7. División entre los Donatistas.
8. Catálogo de los autores eclesiásticos por San Jerónimo, y sus libros contra Joviniano.
9. Retiro y Sacerdocio de San Paulino de Nola.
10. Retiro de San Arsenio.
11. Carácter de Arcadio.
12. Vida de Arsenio en la soledad.
13. Régimen de los solitarios de Egipto.
14. Solitarios de Ojirínco.
15. Número considerable de discípulos de San Pacomio en la alta Tebaida.
16. Celebridad de San Agustín.
17. Es electo Obispo.
18. Últimas acciones de San Ambrosio.
19. La virgen Indicia justificada.
20. San Honorato de Vereélis y otros santos Obispos.
21. Conversión de Fritigila, Reina de los Marcomanos.
22. Dignidad y afabilidad de San Ambrosio.
23. Su muerte.
24. Sus funerales.
25. Anastasio sucede al Papa Siricio.
26. Elevación de San Juan Crisóstomo á la Silla de Constantinopla.
27. Envidia de Teófilo de Alejandria.
28. Diferentes hereges de Constantinopla.
29. *L*eyes con-

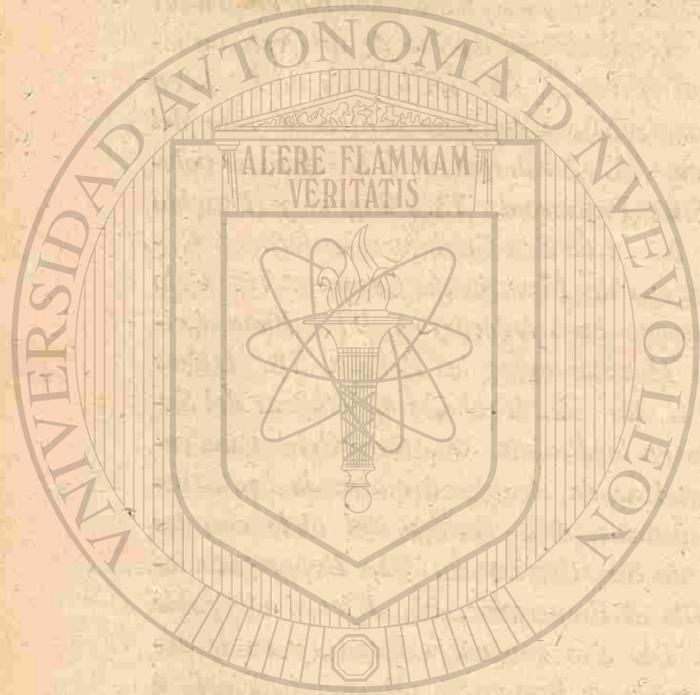
Tom. v.

1

tra los sectarios. 30. Guerra de Gildon. 31. Optato Obispo Donatista y rebelde. 32. Conferencias de San Agustín con los Donatistas. 33. Concilios celebrados en África. 34. Obra de San Agustín sobre el trabajo de los Monges. 35. Concilio quinto de Cartago. 36. Primer Concilio de Toledo. 37. Ley de Arcadio contra los asilos. 38. Reveses del eunuco Eutropio. 39. Abuso de las mugeres subintrusas. 40. Celo de San Crisóstomo por la perfección de su pueblo. 41. Castigo milagroso de una mala comunión. 42. Escitas nomados convertidos. 43. San Porfirio de Gaza hace demoler el templo de Marnas. 44. Idolatría enteramente abolida por Honorio, y ruina del templo de Juno en Cartago. 45. Muerte de San Martín de Tours. 46. Disputas entre San Jerónimo y Rufino con motivo del Origenismo. 47. Resúmen de esta heregia según Teófilo. 48. Antropomorfitas. 49. Raras preocupaciones de Serapion. 50. Teófilo se indispone con San Isidoro. 51. Persecución de los grandes hermanos. 52. Pasan estos á Constantinopla. 53. San Juan Crisóstomo resiste á Gainas. 54. Antonino de Éfeso delatado como simoníaco por Eusebio de Cilbiana. 55. Simoníacos condenados en su mismo país por San Crisóstomo. 56. Deposition de Geroncio de Nicomedia. 57. Intrigas de Severo de Gabalas contra San Crisóstomo. 58. Furores reciprocos de los Arrianos y Ortodoxos. 59. San Crisóstomo escribe á Teófilo á favor de los grandes hermanos. 60. San Epifanio opuesto á ellos por preocupacion. 61. Muerte de San Epifanio. 62. Teófilo citado á Constantinopla. 63. Subleva todos los des-

contentos contra San Juan Crisóstomo. 64. Conciliábulo de la Encina. 65. San Crisóstomo condenado y espelido. 66. Se le llama otra vez. 67. Muerte de San Nilamon. 68. San Crisóstomo declama contra las profanaciones cometidas con motivo de una estatua levantada á la Emperatriz. 69. Violencias de Lucio en la pila bautismal. 70. Conjúrase contra la vida del santo Patriarca. 71. Su destierro. 72. Arsacio colocado en la Silla Patriarcal. 73. Tigrio y Eusebio Mártires. 74. Viage de San Crisóstomo enfermo á Cúcura. 75. Dureza de Faretrio de Cesaréa. 76. Celo de San Crisóstomo en su destierro. 77. Buen éxito del Obispo Marutas entre los Persas. 78. Ulinas Obispo de los Godos. 79. Trabajos apostólicos del Sacerdote Rufino en la Fenicia. 80. San Crisóstomo retirado á la fortaleza de Arabisa á causa de las incursiones de los isauros. 81. Castigo del cielo con los perseguidores de San Crisóstomo. 82. Representaciones de San Nilo al Emperador. 83. Virtud admirable de este Santo. 84. San Inocencio Papa, y su decretal á San Victricio de Ruan. 85. Decretal dirigida á San Esuperio de Tolosa. 86. Grandes Obispos de las Galias. 87. Vigilancia herege. 88. San Jerónimo escribe contra él. 89. Atico sucede á Arsacio en la Silla de Constantinopla. 90. El Papa toma vivamente la defensa de San Crisóstomo. 91. Enviados del Emperador Honorio y del Papa Inocencio tratados indignamente por los Griegos. 92. San Crisóstomo es trasladado á Pitionta y enferma gravemente en el camino. 93. Su muerte. 94. Aprecio que se hace de

*sus obras. 95. Su carácter y sus prendas personales.
96. Distincion que se debe hacer sobre las muchas
producciones de su elocuencia.*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

HISTORIA DE LA IGLESIA.

LIBRO UNDÉCIMO.

*Desde la muerte del gran Teodosio en el de 395, hasta
fines del reinado de Arcadio en el de 407.*

1. La Iglesia, como que es la obra mas prodigiosa del Autor soberano, debia tener desde su primera edad una fuerza y perfeccion capaces de influir en todos los siglos siguientes. Habiendo triunfado de sus perseguidores, y habiendo trocado sus tiranos en discípulos dóciles, y en defensores celosos, restábale todavía dar á la doctrina de la salud el grado de publicidad y exactitud que recibió en el primer Concilio ecuménico. Profesó siempre sin duda la misma fe, y transmitió sin interrupcion la misma doctrina: tenia asimismo en sus mas antiguos Doctores testimonios positivos y muy suficientes de su creencia invariable. Mas nadie pondrá en duda que desde sus primeros monumentos tomó la tradicion de la verdad acerca de algunos puntos, un aspecto mas ventajoso; y á exemplo de los Padres de Nicea, sus sucesores tan-

Obispo, á tiempo que se le espulsó precipitadamente de su Obispado. Temió que en el tumulto en que quedaba la Iglesia de Constantinopla, se ordenase á un sugeto poco conveniente para una mision en que se necesitaba nada menos que un Apóstol. Así tomó el partido de guardar secreto, y dilatar el negocio hasta que se pudiese proporcionar de un modo fácil. Escribió entretanto á algunos monges Godos y á otras personas bien intencionadas, para que acudiesen á las necesidades mas urgentes de la Iglesia de Gotia.

79. Del mismo modo cuidó de las Iglesias que iban edificándose en la Fenicia, en donde los Paganos furiosos habian despojado de la vida á muchos obreros evangélicos. Para que tuviesen sucesores, escribió á todas partes y particularmente al Sacerdote Rufino, hombre de tanta virtud y mérito, que su presencia sola era suficiente, segun lo escribia el santo Doctor, para poner fin á todos los males de estas Iglesias desoladas. Suplicale que le avise sin cesar, aun en el camino, de lo que ocurra; y por su parte le ofrece todos los auxilios posibles. „Apresuraos, añade, á acabar antes del invierno las Iglesias que aun no están cubiertas. Por lo tocante á las reliquias de los santos Mártires, no esteis en cuidado, acabo de escribir al Obispo de Arabisa que tiene muchas y muy auténticas; dentro de poco las enviaré á Fenicia (1).” Debían servir estas reliquias, segun la costumbre, en la consagracion de los altares.

80. Este Obispo, cuyo elogio hace San Crisóstomo,

(1) *Chrysost. Epist. 146.*

mo, era Otreas, que tuvo ocasion de hacer brillar su humanidad con el Santo, cuando se refugió á la fortaleza de Arabisa despues de una irrupcion de las mas terribles de parte de los Isauros. En esta pequeña ciudad mas septentrional que Cúcusa, Crisóstomo, que habia nacido bajo el cielo puro y templado de Antioquía, sufría muchas incomodidades por el rigor del invierno, que siendo siempre crudo en la Armenia lo fue mucho mas en este año. Nada era mas contrario á su temperamento, y al estado de debilidad á que le habia reducido la obstinacion de la fiebre, que aquellos frios continuos; mas la ferocidad de los Isauros superaba en crudeza á la enfermedad. „Adonde quiera que vuelva la vista, dice en muchas de sus cartas, no se encuentran sino casas arruinadas, campos sembrados de cadáveres, arroyuelos convertidos en rios de sangre, ruinas y estragos. La fortaleza en donde residimos es mas segura que las otras; pero no estamos mas tranquilos, porque estos bárbaros osados insultan á las mejores plazas, y el menor inconveniente de sus ataques es tenernos encerrados como en una triste prision. Llama sin cesar la muerte á nuestras puertas; la espada ó el fuego nada perdonan, y el hambre nos obliga á temblar á causa de la multitud que se refugia sin cesar á un lugar tan estrecho; porque el terror arroja á los vecinos de las villas grandes. Las ciudades no son mas que montones tristes de casas desiertas y taciturnas: las florestas y las cavernas han venido á parar en habitacion de los ciudadanos, y los Armenios reducidos

mi por los enormes escesos que en ella se cometen todos los dias? Príncipe, comenzad haciendo penitencia por haber privado á esta Iglesia de las instrucciones de su incomparable Pastor, y haber creído con ligereza sobre su palabra, no digo á los Obispos, sino á algunos hombres revestidos del Episcopado que profanaban con la fogosidad de su insensata pasión." Este aire profético y apostólico convenia á San Nilo por haber dado tanto tiempo pruebas de su desprecio de las vanidades del siglo, y de una santidad perfecta. Descendia de la primera nobleza de Constantinopla, habiendo obtenido el cargo de Prefecto de esta ciudad y gozado de la mas brillante fortuna.

83. Tenia dos hijos y una digna y tierna esposa, que consintió aunque difícilmente en que se alejase del mundo, cuando se separó de las criaturas movido de todo punto por el Señor. Dejó á su compañera el mas jóven de estos hijos, llevándose consigo á la soledad al primero. Se retiró al monte Sinai, en donde pasó un largo espacio de tiempo con otros solitarios de una perfeccion eminente, que vivian en unas grutas ó celdillas humildes edificadas por ellos mismos á algun espacio unas de otras. Mas se reunian el domingo para recibir la comunión, y conferenciar juntos sobre las cosas espirituales. No comian pan la mayor parte, y se alimentaban solo de yerbas crudas ó de algunos pocos frutos silvestres, no tomando algunos alimento sino una sola vez á la semana (1).

(1) *Bolland. 14. Januar.*

Interesáronse por San Crisóstomo todos los grandes siervos de Dios á egemplo de San Nilo. Tuvieron el celo cuatro Obispos de pasar á Roma y entregar en mano propia al Papa tres cartas, una del Santo, otra de su clero, y la tercera de cuarenta Prelados de los mas afectos á su persona; y de este modo hicieron sensible y evidente la indignidad de la opresion.

84. San Inocencio ocupaba entonces la cátedra de San Pedro, habiendo muerto á fines del mes de Abril de 402 el Papa Anastasio, cuyas virtudes ensalza en extremo San Gerónimo. Inocencio es el segundo Papa de quien nos quedan decretales auténticas y seguras. Entre estas decretales ó cartas pontificales que tienen fuerza de ley, y que todas las Iglesias á lo menos en Occidente observaron siempre como antiguas reglas de la disciplina de la Silla Apostólica, se encuentra la dirigida á San Victricio, Obispo de Ruan, uno de los mas dignos Prelados de las Galias. Educado este Santo en la escuela del gran San Martin, reunia los cuidados generales del Apostolado con el gobierno de una Iglesia particular. Difundió la luz del Evangelio por los pueblos de la Bélgica sobre las costas del Occéano, y levantó numerosas Iglesias en las tierras de Tournai y Teruanna, en donde el cristianismo habia hecho hasta entonces pocos progresos. No cultivaba con menos ardor el campo confiado en particular á sus cuidados. Llegó á ser bajo este Pastor la Iglesia de Ruan una de las mas florecientes de las Galias, no solo por las costumbres puras y la

magestad del culto divino, sino tambien por la hermosura, y número de los edificios sagrados. „Así que esta ciudad, dice San Paulino en una carta gratulatoria que escribió á este santo Obispo, poco conocida en otro tiempo aun de las provincias vecinas, es hoy célebre en todo el mundo Cristiano por la magnificencia de sus templos (1).”

Con igual celo miraba Victricio todos los puntos de la disciplina; y á sus ruegos Inocencio primero le envió catorce artículos de reglamentos muy semejantes á los de la decretal del Papa Siricio á Himerio, pertenecientes como aquella en la mayor parte á las órdenes y continencia de los clérigos. Lo mas digno de notarse en esta segunda decretal firmada en 15 de Febrero de 404, es que una muger que viviendo su marido se despose con otro, no sea admitida á penitencia sino despues de la muerte de uno de los dos. Las vírgenes cristianas, por un castigo semejante al de este género de adulterio, que despues de haber recibido el velo del Obispo contraigan otro lazo aunque sea secreto, no son admitidas á la penitencia mientras no muera su esposo. Estos casos en su opinion eran de aquellos en que la Iglesia sin desesperar de la salvacion de los pecadores, y concediéndoles el viático necesario ó la absolucion secreta, les negaba la reconciliacion pública para aterrar á sus semejantes, y para que estos conociesen la enormidad del delito.

85. Consultó tambien á la santa Silla en el año

(1) *Paul. Nol. Epist. 27.*

siguiente San Esuperio de Tolosa, y recibió contestaciones claras y exactas sobre las siete preguntas que habia dirigido. No se trataba de la obligacion que tenian de guardarla, en la primera concerniente á la continencia de los Sacerdotes y diáconos; pues el Papa acababa de responder á San Victricio y en general á todas las Iglesias, que se debia cuidar de que los Sacerdotes y Levitas de la ley nueva no tuviesen comercio con sus mugeres. Se prefijaba lo que debia hacerse de los transgresores de la regla: y resolvia Inocencio que se les debia apartar del ministerio, y privarlos segun la decision de su antecesor Siricio de todo honor eclesiástico. Mas si ignoraban esta decision, era necesario usar de alguna indulgencia y dejarles el egercicio de las órdenes que recibieron, pero sin esperanza de ascender á las órdenes superiores, y esto aun bajo la condicion de guardar religiosamente la continencia en lo futuro. Decide con igual claridad en esta decretal, que despues del divorcio hecho por la razon que se quiera, nadie puede casarse sin adulterio, viviendo la persona de quien se ha divorciado.

Trata la segunda cuestion de Esuperio, que puede poner en claro todavía la decretal precedente, de los pecadores que piden al morir la gracia de la reconciliacion despues de haber pasado toda la vida desde el bautismo en los desórdenes de la incontinencia. Contesta á este punto el Papa, que se acostumbraba en otro tiempo concederles la penitencia y negarles la comunión. No convienen los autores sobre lo que

se debe entender aquí por la palabra *comunion*. La interpretan algunos por la absolucion sacramental, y otros por la absolucion dada solemnemente para la reconciliacion pública. Impide muchas veces descubrir la verdad el temor de parecer menos sabio que el vulgo. Si se entendiese aquí por la palabra *comunion* con el simple pueblo la participacion de la Eucaristia, no quedaba dificultad alguna. Observamos por esta respuesta del Papa San Inocencio, que la Iglesia puede tener causas justas para modificar su disciplina segun las circunstancias. Mayor admiracion nos causa el que fuese mas rigurosa la severidad durante las persecuciones que en los tiempos pacíficos y tranquilos. Mas la misma decretal da la razon de esta conducta, demostrándonos que cuando las ocasiones de caida eran mas frecuentes, se temia que la facilidad del perdon originase la ruina de las leyes y de las costumbres (*).

(*) Escribió por este mismo tiempo el santo Pontífice Inocencio una larga decretal á los Obispos de España que asistieron al Concilio primero de Toledo. La causa de esta decretal es la siguiente. Los Padres del Concilio procurando la reunion de todos los Prelados é Iglesias de España, habian admitido á la comunión á Simfosio y Dicitino, Obispos de Galicia, despues que abjuraron los errores de Prisciliano; empero algunos con un rigor y celo estremado se opusieron, y negaron su comunión á los que habia recibido el Concilio, por lo que se les tuvo como á Luciferianos, ó partidarios del cisma de Lucífero de Cagliari. Se habian además introducido en las elecciones y consagraciones de los Obispos algunos abusos contrarios á los cánones del santo Concilio de Nicéa. Para remediar, pues, todos estos males escribió su decretal el Papa Inocencio. Manda en ella en primer lu-

86. Fue como Victricio San Esuperio, á quien se dirige esta decretal, uno de los mas ilustres Obispos de las Galias. Habia sido Presbítero de la Iglesia de Burdeos, de donde la reputacion de santidad le elevó á la Silla de Tolosa. Sobresalió principalmente entre todas sus virtudes por su caridad y liberalidad, la que dilató mas allá de los mares; pues sabiendo que los solitarios de la Palestina y del Egipto sufrían grandes incomodidades por el hambre que desolaba aquellas provincias, les remitió abundantes limosnas. Tuvieron parte en esta liberalidad los monasterios de San Gerónimo, á la que añadió el santo bienhechor una carta llena de testimonios de afecto y de estimacion. Trabajaba Gerónimo entonces en sus comentarios sobre los Profetas menores; y para mostrar su reconocimiento á Esuperio le dedicó el comentario sobre la profecía de Zacarías.

gar, que sean admitidos á la comunión, y conservados en sus Sillas, los que abjuraron sus errores, señaladamente Simfosio y Dicitino. Ordena que Rufino y Minicio sean castigados y depuestos, como ordenados ilegítimamente, y que aquellos á quienes estos habian impuesto las manos contra lo prescrito en los cánones, sean privados del honor del Sacerdocio. A los secuaces del estremado rigor manda que se les examine mas escrupulosamente, y que si permanecen inflexibles, sean escomulgados. Por último S. S. subsana todos los defectos de las ordenaciones hechas antes de sugetos que no debian haber sido promovidos, dispensa por esta sola vez los cánones contra los que se habia delinquido, y señala para lo sucesivo penas canónicas contra los que ilegalmente ordenaren á otros, ó fuesen ordenados. Véase esta decretal en la coleccion de los Concilios de España del Cardenal de Aguirre, tom. 2.

Tenian las Galias otros grandes Obispos de quienes hace mencion San Paulino, diciendo que eran la gloria del Episcopado. Entre otros habla de Simplicio de Viena, de Amando de Burdeos, de Diogeniano de Albi, de Dinamio de Angulema, de Venerando de Auvernia ó de Clermont, sucesor de San Artemio, de Alithio de Cahors, sucesor de San Florente, y de Pegasio de Perigiéux. Eran todos estos de la Galia Narbonense, ó de la Aquitania, y mantenian relaciones particulares con San Paulino como vecinos ó compatriotas. Habia otros, cuyas virtudes no merecen menos elogios, como San Severino de Colonia, San Evre de Toul, San Marcelo de París y San Agnano de Orleans, á quien se presume que el General Agripino concedió el privilegio de que gozaron hasta nuestro tiempo sus sucesores en el Episcopado, que consistia en libertar los presos el dia de su consagracion. Mereció tambien Felix de Tréveris, aunque ordenado por los Itacianos, ser contado en el número de los Santos. Renunció su Silla por espíritu de penitencia, y acabó sus dias en un monasterio que habia edificado algunos años antes.

87. Las Galias experimentaron sin embargo un escándalo doméstico que se propagó á las regiones inmediatas. Infestaron la España los errores de Vigilancio, principiando el contagio en la ciudad de Cominge en donde habia nacido, llamada entonces Convenes, del nombre latino que significaba gentes juntas de diversos lugares; porque Pompeyo su fundador la habia poblado de bandidos y piratas que acababa de suje-

tar. Principió Vigilancio por egercer el oficio de tabernero en España, y despues ascendió á Presbítero de Barcelona, en donde tuvo bastante sutileza para contraer amistad y trato íntimo con San Paulino. Obtuvo tambien cartas de recomendacion para San Gerónimo con motivo de su designio de emprender el viage de la Palestina; mas apenas llegó allí cuando se reunió con los enemigos del santo Doctor para infamarle tambien. Hubiera olvidado Gerónimo las injurias hechas á su persona, si el detractor no hubiera infamado al mismo tiempo los libros sagrados con algunas interpretaciones impías.

88. Escribióle, pues, con aquel género de energía que sabia emplear tan bien contra la temeridad orgullosa de los sectarios. „Si no es perder el tiempo, le dice (1), dar lecciones á un hombre que no aprendió el arte de hablar, y que no tiene la prudencia de guardar silencio, os advierto que no hagais ostentacion sino de las ciencias en que os habeis egercitado, no sea que escribiendo movais á risa á los que menos piensan en hacer burla. Lo que emprendeis al presente no es lo que aprendisteis en la juventud, en la que os aplicasteis á estudios distintos; y no es lo mismo probar y paladear vinos que interpretar las divinas Escrituras. Si pretendéis consagraros á las tareas del espíritu, estudiad primero los elementos de la gramática, los preceptos de la retórica, dialéctica y filosofía, y cuando hayais aprendido todas estas cosas, aprended todavía á guardar silencio.”

(1) Hieronym. Epist. 75.

Vigilancio no siguió este consejo, y se infamó á sí mismo con la corrupcion grosera de su doctrina que reprobaba la virginidad, el estado monástico y la continencia de los clérigos. Sin duda para autorizarse mas contra estos errores, hicieron San Victricio y San Esuperio, aunque instruidos en las buenas reglas, constar los usos santos y renovar los decretos de la santa Silla. Vigilancio en casi todas sus ideas sobre el culto público, como precursor de las sectas que se suscitaron mucho despues de él, trataba de supersticion y hasta de idolatría el culto de las santas reliquias, y sobre todo la costumbre de encender velas de dia para honrarlas. Desde el fondo de España en donde estos dogmas impíos habian sembrado ya la consternacion, escribieron á San Gerónimo mirado como el oráculo de la Iglesia universal, á lo menos por lo que pertenece al sentido de las Escrituras, suplicándole é instándole por medio del que llevaba las limosnas para que leyese y refutase los escritos perversos que llevaba orden de presentarle. No dió mas tiempo la vuelta precipitada del comisionado que el de una noche para esta refutacion, que es de una elocuencia tanto mas viva y mas natural, quanto el arte y el estudio tuvieron menos parte en ella (*).

(*) Vigilancio se hallaba regentando una parroquia de Barcelona quando comenzó á manifestar sus errores. Conocidos estos por el Obispo y clero de aquella ciudad, le echaron de su parroquia, y él anduvo vagando por varias partes de España. Ripario, Presbítero de Barcelona, fue el primero que notició á San Gerónimo los errores de aquel impío, y le movió á escribir con-

„Viéronse, dice en alabanza de las Galias cuyo primer heresiarca observa ser Vigilancio (1), viéronse muchos mónstruos en las demás provincias sujetas á la Iglesia; y solo las Galias no habian producido alguno. No fueron fecundas hasta aquí sino en virtudes eminentes, en grandes capitanes y en escelentes oradores; pero Vigilancio á quien con mas razon llamaríamos Dormitancio, saliendo de repente de un profundo sueño y levantándose del polvo y del humo de su cocina, robó á las Galias en un momento tanta gloria. Este aventurero de taberna todavía mezcla el agua con el vino, y con un artificio propio de su primera profesion procura alterar la pureza de la fe católica, introduciendo las heces contagiosas de la heregía. Declama contra el ayuno en medio de los banquetes, y filosofando entre los platos y las botellas infama la virginidad y se burla del pudor. Temes sin duda, ó prudente Vigilancio, que si persiste en su vigor en las Galias la continencia compañera del ayuno y de la sobriedad, nadie frecuentará las tabernas.” Enseñanos San Gerónimo no obstante que habia algunos Obispos mezclados en los errores de Vigilancio;

tra él, como lo hizo el santo Doctor en la carta-respuesta al mismo Ripario. Pasado un año, quando se estableció Vigilancio en Cominges su patria, y puso por escrito sus errores, el citado Ripario envió á San Gerónimo por manos del monge Sisinio el libro del heresiarca, y este es el que en una sola noche confutó el grande Doctor tan plena y divinamente en su libro titulado contra Vigilancio. El heresiarca no volvió á España, y sus errores tuvieron poco séquito en la península.

(1) Hieronym. in Vigil. cap. 1.

á la condicion de los bestias salvages, no encuentran su seguridad sino en los desiertos. Aquí se trueca todos los dias de habitacion como los Escitas y los Nomados; pero mas afeminados que los de estos pueblos, los niños tiernos conducidos de noche con precipitacion, quedan muchas veces sin vida y yertos de frio en medio de las nieves."

81. Entretanto el Señor se declaró de nuevo á favor de su siervo, tan cruelmente perseguido. Sobrevinieron muchos accidentes que fueron reputados por castigos de Dios por causa de la persecucion (1). Así se juzgó de una tempestad horrible, en que el granizo cayó tan grande como nueces en Constantinopla y sus inmediaciones. Murió pocos dias despues la Emperatriz Eudisia, que parió antes un niño muerto. El Obispo de Calcedonia, que no cesaba de publicar invectivas contra San Crisóstomo, murió de un accidente particular, que á todos pareció muy leve. En el conciliábulo de la Encina, San Marrutas le habia pisado por descuido en un pie; se envenenó la herida, se gangrenó despues, y por fin fue preciso cortarle el pie y la pierna en diferentes veces. El mal pasó á la otra, despues á todo el cuerpo y se hizo incurable. Entre los demás actores de esta intriga, padecieron muchos enfermedades horribles; y algunos espiraron de un modo extraño. Uno cayó de una escalera y se quedó muerto: otro murió de repente exhalandó un hedor insoportable: á otro se le quemaron las entrañas, se le llagó el vien-

(1) *Socrat. lib. 6. hist. cap. 19. Sozom. lib. 8. cap. 27.*

tre, y le royeron los gusanos todo el cuerpo con una infeccion horrible: á otro se le hinchó de tal modo la lengua que le tapó la respiracion y le sofecó; pero antes de espirar hizo por escrito su confesion pública. Parece que el cielo no quiso perdonar á ninguno de los culpados, pues hubo quien padeció la gota en el mismo dedo con que habia firmado la proscripcion inicua; y quien por haber dado libre curso á su lengua desenfrenada, quedó de repente mudo, y estuvo ocho meses en una cama sin poder llevar la mano á su boca. Tal hubo que se rompió una pierna cayendo del caballo, y espiró en el momento. Muchos por último padecieron accesos de frenesí, en los que creyendo ver bestias feroces, bárbaros armados, abismos abrasados abiertos bajo sus pies, daban de dia y de noche gritos espantosos.

82. San Nilo, uno de los mas ilustres solitarios de su tiempo dijo, que todos estos azotes eran otros tantos castigos de la persecucion suscitada contra el santo Patriarca. Por dos veces escribió al Emperador diciendo (1): „¿cómo quereis ver á Constantinopla libre de los males que la afligen, despues que se ha derribado la columna de la Iglesia, se ha apagado la luz de la verdad, el órgano mas digno del Verbo de Dios, quiero decir, el bienaventurado Obispo Juan? Mandais que interponga el socorro de mis oraciones; pero ¿cómo pediré por una ciudad merecedora de la justa indignacion del Todopoderoso, quando me veo consumido de tristeza, y como fuera de

(1) *Lib. 2. Epist. 251.*

„si se pueden llamar Obispos, continúa, los que no ordenan sino Diáconos casados, los que á pesar de la autoridad y práctica de las Iglesias de Oriente, de Egipto y de la Silla Apostólica que no reciben sino clérigos célibes, creen que no deben guardar en este orden la integridad del celibato (1).”

No podía dejarnos el santo Doctor un testimonio mas espreso de la antigüedad de la disciplina eclesiástica tocante á la continencia de los Ministros sagrados. Defiende asimismo de un modo no menos triunfante la invocacion de los Santos, la veneracion de las reliquias, y la costumbre de encender luces de dia en las Iglesias: costumbre que principiaba á nacer á la verdad en Occidente, pero que se hallaba universalmente establecida entre los Orientales. En cuanto á las calumnias de Vigilancio contra la Iglesia, y á sus imposturas absurdas de supersticion é idolatría, respondió Gerónimo que ningun fiel habia rendido jamás la adoracion de Dios á los Santos, ni erigido á los hombres en divinidades; „mas el herege, añade, trata de sacrilegio el cuidado que tenemos de cubrir sus reliquias con telas preciosas. ¿Conque somos sacrilegos cuando manifestamos nuestro respeto en las basilicas de los Apóstoles? ¿Conque el Emperador Constanzo fue sacrilego quando condujo á Constantinopla los restos venerables de Andrés, Lucas y Timoteo, ante quienes bramaban los demonios? Segun esto hoy deberíamos llamar sacrilego al Emperador

(1) *Hieronym. ibid. cap. 2.*

Arcadio, que acaba de trasladar con tanta pompa de Judea y Tracia los huesos del bienaventurado Samuel, y los Obispos y pueblos de todas las provincias que salian en todas partes al camino, y acompañaban sin interrupcion al santo Profeta desde la Palestina hasta Calcedonia, eran no solo sacrilegos sino tambien insensatos en venerar á porfía frias y viles cenizas.” El Santo quiere hablar de la traslacion de las reliquias de Samuel, que el Emperador Arcadio hizo en efecto con el mas pomposo aparato durante el episcopado de Ático.

89. Habia sido éste puesto en lugar de Arsacio, que murió de edad de ochenta y un años, diez y seis meses despues de la espulsion de San Juan Crisóstomo: sin que este suceso cambiase de modo alguno la suerte del santo Patriarca ni de sus virtuosos adherentes. Persistia la opresion á pesar del interés que las personas justas y los mas dignos Prelados tomaban en este grande negocio, que commovió toda la Iglesia. Empleó el Sumo Pontífice sabiamente todos los recursos de la caridad y de la condescendencia, y vivió al principio en comunion con los dos partidos; es decir, el de Crisóstomo y el de su antagonista Teófilo. Censura no obstante altamente á este violento adversario por haber procedido de un modo tan fuerte, y principalmente en ausencia de aquel. Teófilo se apoyaba en los cánones de Antioquia, por lo que le dice espresamente el Papa, que la Iglesia Romana no conocia otros relativamente á este negocio que los de Nicéa. Los que escribieron los hereges,

añade, deben quedar sin efecto segun el Concilio de Sárdica, aun cuando por otra parte fuesen justos. Al santo Obispo le escribe una carta afectuosa para animarle, esperando añadir una justificacion brillante á la que tenia ya en el testimonio secreto de su conciencia.

90. Llegaban hasta Roma cada dia nuevas luces sobre la iniquidad de la trama, sabida allí sin poder penetrar sus abismos. Además de los Obispos que en gran número habian venido de Oriente, llegó á Roma un Presbítero de Constantinopla llamado Teótanes con cartas sinodales de un Concilio de cerca de veinticinco Obispos, á favor del Santo desterrado. Vinieron tambien varios solitarios y vírgenes á quienes habian tratado cruelmente por su afecto á su Pastor legítimo, y que conservaban aun las cicatrices de los golpes sufridos por tan buena causa. Divulgóse que la persecucion habia rayado hasta el punto de dictar pena de deposicion y confiscacion de bienes contra los Obispos que rehusasen comunicar con Teófilo y aprobar su doctrina. Habian sido condenados los legos constituidos en dignidad á perderla: los oficiales y militares á ser despedidos: los plebeyos y menestrales á una multa considerable y al destierro; mas el amor heroico de este buen pueblo á su Pastor le obligaba á despreciar todos los peligros, y sacrificar lo que mas estimaba.

91. Escribió el Sumo Pontífice al Emperador Honorio sobre un negocio que alteraba la paz de la mitad de la Iglesia. Discutióse de resultas seriamente el

asunto en el consejo de este Príncipe religioso y entre sus Prelados; y en consecuencia envió cinco Obispos á Arcadio, con dos Presbíteros y un Diácono, con las cartas mas enérgicas del Papa, de Honorio, y de los Obispos de Occidente. Regresaron llenos de confianza con estos diputados los Orientales que habian llevado sus quejas á Roma; pero el éxito de la diputacion fue bien contrario á sus esperanzas. Los diputados continuaban aun su rumbo sobre la costa de Atenas, cuando un tribuno militar los prendió, los sacó de su navío y los pasó á otros dos navíos diferentes, en donde sufrieron una horrible tempestad, sin tener apenas cosa alguna que comer en tres dias. Luego que pusieron el pie en Constantinopla á la entrada de la noche se apoderaron de ellos los guardias, y los condujeron furiosamente al encierro sin decirles con que orden lo verificaban. Despues los encerraron en una fortaleza que estaba á la orilla del mar, en donde se les trató con la mayor insolencia, poniendo á los Romanos en un cuarto y á los Griegos en otros muchos, sin dejarles ni un criado para servirles.

El principal motivo de haber separado á los Romanos de la audiencia del Emperador, era interceptar los papeles que iban á presentarle. Al oír que se les mandaba entregarlos, representaron el respeto debido á la calidad tanto de las personas que los enviaban, como de aquellas á quienes iban dirigidos; pero el paso dado no era de los que permiten volver atrás. Así que un tribuno llamado Valeriano arrebató las car-

tas al Obispo que las llevaba con tanta violencia que le quebró el dedo índice. Intentaron sus enemigos á la mañana siguiente corromperlos con el dinero en la mano, instándoles mucho tiempo á que comunicasen con Ático; á lo que se resistieron con valor. Mas desesperando de poner fin á las inquietudes del Oriente, suplicaron se les permitiese volver en paz á sus Iglesias. Pasó por último Valeriano á sacarlos del castillo en donde estaban, y los hizo embarcar en un navío viejo con veinte soldados feroces, sacados de diferentes compañías, y aun se decía que estaban tomadas las medidas para que todos pereciesen. Sin embargo, á poca distancia mudaron de bagel temiendo un naufragio inevitable, y veinte dias despues abor-
daron en las costas de Italia.

Ignoraban no obstante la suerte de los Obispos de Grecia que habian partido con ellos. Dijeron al principio que los habian arrojado al mar: mas se supo despues que habian sido desterrados á las estremidades mas bárbaras del Imperio; uno á las fronteras de Persia, otro á lo interior de la Arabia, cerca de los Sarracenos, otro hasta las inmediaciones de los Etiopes: y que habian sido despojados unos y otros de todas las cosas, y puestos bajo la guardia de esclavos públicos. No fueron estas las únicas víctimas del espíritu de cisma y de venganza. Serapion, uno de los mas fieles discípulos de San Crisóstomo, que le habia ordenado Obispo de Heraclea, fue blanco de mil calumnias, azotado públicamente, condenado por una rara crueldad á ver sus dientes arrancados, y desterrado

finalmente á su pais que era el Egipto. Padeció los tratamientos mas crueles un santo viejo llamado Hilario, que vivia ya diez y ocho años en una austeridad en que no se permitia aun el uso del pan, no por orden del juez lego, mas equitativo con el hombre de Dios, sino por el furor de la parte rebelde del clero. Viéronse reducidas años enteros otras muchas personas distinguidas por su dignidad ó por sus cualidades personales, para ocultarse y poder subsistir, á trabajar la tierra ó vivir de los mas viles oficios, y en fin á desterrarse á sí mismos temiendo un tratamiento mas bárbaro.

92. Envidiaban los cobardes enemigos á Crisóstomo la estimacion que se hacia de sus virtudes, y la gloria de las conversiones que obraba entre los fieles de su comarca. Solicitaron por esta causa y obtuvieron nueva orden de la corte para trasladarle á Pitionta, lugar desierto sobre las costas septentrionales del Ponto Eusino. Duró tres meses este nuevo viage, aunque el Santo se veía descortesmente importunado por dos soldados pretorianos que le conducian, para que acelerase su marcha. No pudo menos uno de ellos de disculparse con él al ver su decaimiento y dolor, y le reveló ser tal la orden de la corte: mas el otro se irritaba con las condescendencias de su compañero, obligaba al Santo á caminar de noche como de dia, hacia de él un objeto de diversion, y se burlaba del Santo con insolencia al verle todo mojado, y otras veces reía de su cabeza calva y quemada por los ardores del sol. Ni un momento permitia que se detu-

viere en las ciudades ni en los lugares que le daban algun alivio ó comodidad.

93. Llegaron por fin á Comana, término señalado por el cielo á los trabajos y á la vida del gran Crisóstomo. No se le permitió aposentarse en la ciudad, sino á cinco ó seis millas de distancia en un reducto dependiente de una Iglesia dedicada á San Basilisco, antiguo Obispo de este lugar, y martirizado en otro tiempo con San Luciano de Antioquía. Aparecióse por la noche el santo Mártir á Crisóstomo, y le dijo: *valor, hermano mio Juan, mañana estaremos juntos*. Era tanta la seguridad que tenia Juan de la revelacion, que á la mañana siguiente rogó á su implacable conductor retardase un poco la partida, lo que no pudo conseguir. Mas apenas habian caminado treinta estadios, ó legua y media, cuando el Patriarca se sintió tan malo, que fue necesario volver á la Iglesia de donde habian partido. Lo primero que hizo aquí fue dejar sus vestidos ordinarios para vestirse de blanco. Distribuyó á los pobres lo poco que le restaba: despues recibió estando aun en ayunas la comunión de los sagrados símbolos de nuestro Señor, como dice la crónica de Alejandría, es decir, recibió la Eucaristía. Hizo su oracion delante de todos, y la acabó con estas palabras que repetia muchas veces: *por todo sea Dios alabado*; y despues espiró el dia 14 de Setiembre del año 407 (1). Enterráronle con honor cerca de San Basilisco; y sus funerales, dicen los autores contemporáneos, tuvieron toda la gloria

(1) *Sozom. lib. 8. hist. cap. ult.*

del primer dia de fiesta de un Mártir. Hubo un concurso prodigioso de personas de todos los paises y de todos los estados: asistieron con el pueblo los monjes y las vírgenes, no solo de los lugares inmediatos sino tambien de la Siria, Cilicia, Ponto y Armenia, como si se hubieran convenido en juntarse todos.

Tenia el santo Obispo cerca de sesenta años, y habia gobernado la Iglesia de Constantinopla nueve y ocho meses, contando su destierro que fue de mas de tres años y medio. No disminuyó su muerte el celo de sus defensores; y mientras que los Orientales no quisieron honrar su memoria, la Iglesia Romana con todo el Occidente les negó su comunión, principalmente á Teófilo de Alejandría primer autor de esta injusticia.

94. Siendo su causa la de toda la Iglesia, era preciso que todos los Sumos Pontífices de su siglo, y todos los Doctores mas célebres hiciesen á porfia su elogio y el de sus obras, monumentos universalmente estimados. Ninguno podrá, pues, decir que abandonamos nuestro plan, porque demos fin á este libro con una noticia algo dilatada de los escritos del mas elocuente de los Padres de la Iglesia. Exhortando al clero de Constantinopla el Papa San Celestino á juzgar de las impiedades de Nestorio por la pura y sublime doctrina que habia recibido del gran Crisóstomo, dice: „¡qué dejó de enseñaros este Doctor de santa memoria, este Obispo tan lleno de luces, cuyos discursos esparcidos por toda la tierra habitada hacen tan recomendable la verdad católica! Su voz no pudo

resonar sino en pocos lugares; pero ninguno hay á quien no instruya todavía con sus escritos. La muerte lejos de cerrarle los labios le hizo el predicador de todo el universo, que lee sus obras sublimes con tanto fruto como admiracion." Ensalza San Leon en este Padre aquellos rasgos de doctrina espiritual y vivificante, que saliendo aun mas de su corazon que de su boca, infunden en todas las almas la unción, la fuerza y la vida. Reunidos en Concilio todos los Orientales le pusieron, despues de su muerte, en el número de los Doctores de la Iglesia, y le propusieron no solo como el honor del episcopado en la ciudad imperial, y como una de las mayores luces del Oriente, sino tambien como una antorcha capáz de disipar las sombras de todas las provincias y del mundo entero. No se contenta San Efren con darle simplemente el nombre de *boca de oro*, que se atribuía á otros muchos Doctores, sino que le llama *la boca de toda la Iglesia*. „Descansó, dice Casiano, sobre el seno de Jesus, como el Apóstol cuyo nombre tiene; y bebió como él aquella doctrina que abraza los corazones en el divino amor. Formáos con su doctrina; y si no se le puede igualar á lo menos será glorioso imitarle." El grande Obispo de Hipona, con la autoridad que le daba la misma estension de su ingenio, hablando de este Padre Griego, á quien se puede llamar en cierto modo el Agustin de Oriente, alaba especialmente la pureza de su fe, la elevacion de su espíritu, la fecundidad de su ciencia, y la justa celebridad de su reputacion.

95. Examinando San Isidoro de Pelusio con todo el rigor de la crítica los varios caracteres de la elocuencia de San Juan Crisóstomo, y juzgándole por las reglas severas de Plutarco, concluye haciéndole superior á todos los demás oradores sin escepcion. En efecto, es grande en la elocuencia, noble y natural en la composicion, en el método, en los pensamientos y en las espresiones. A esto es necesario añadir lo que no puede menos de espermentarse con Sozomeno (leyendo algunos de sus discursos), que sus espresiones como sus pensamientos tienen muchas veces un no sé qué de divino, que supera á la capacidad del hombre. Su estilo siempre es claro, sencillo, y sin los vanos adornos con que los declamadores habian sobrecargado la hermosura natural del antiguo aticismo. No pierde la pureza de los antiguos Atenienses ni en los términos. Siempre agrada, y siempre convence, porque tiene un aire de verdad y un tono de sentimiento que penetran toda el alma. Sobresalen en todo él racionios fuertes; mas siempre sencillos y perceptibles para todos sus oyentes: comparaciones exactas, frases vivas y penetrantes, imágenes grandes y luminosas, con todas las figuras que adornan y suben de punto la verdad en vez de debilitarla. Sin embargo, entre todas las propiedades de su pluma la que le caracteriza de un modo único, es el arte inimitable de mover y fijar, dando cuerpo y colores á los objetos mas sublimes, y sacando instrucciones tan interesantes como solidas del fondo mas árido y escabroso. Poseía tambien aquel arte tan



familiar en los antiguos de distinguir y usar de los verdaderos resortes de la elocuencia, aprovechándose del tiempo y de las ocasiones, y utilizando todo lo accesorio. Para lograr el fin del orador es esto muchas veces mas poderoso que el fondo de las cosas, como lo practicó con tan buen éxito en la consternacion que se siguió á la sedicion de Antioquia.

96. El estilo de San Crisóstomo parece algunas veces un poco asiático ó muy difuso; pero al mismo tiempo hasta en sus difusiones se notan tanto espíritu, tantas gracias, y sobre todo tantos rasgos de una imaginacion viva y brillante, que arrebatado el lector por un encanto inesplicable, no puede resolverse á omitir cosa alguna. Esperiméntase este interés principalmente en las obras de sus años floridos; porque hay una diferencia considerable entre las que se publicaron en Antioquia, y las que compuso despues colocado en la Silla Episcopal de la nueva Roma, cuando la multitud de sus ocupaciones y de sus trabajos no le permitian darles el mismo grado de perfeccion.

Antes de estar encargado de la instruccion pública, antes de ser Sacerdote, escribió sus tratados y todas sus dilatadas obras, entre las que se admiran sobre todo sus libros del sacerdocio; obra maestra en este género y una de las mas puras fuentes en donde la Iglesia bebió las reglas clericales. Prueba su liturgia en el fondo de las cosas cuan versado estaba en estos divinos objetos. Cuéntanse tambien entre sus mejores tratados los que compuso contra los

Gentiles; sus consejos á las viudas, su apología de la vida monástica, su exhortacion al monge Teodoro que habia caido en la apostasia, y el sublime paralelo en que remonta al verdadero solitario sobre los Príncipes del mundo. El tratado de la compuncion desempeña con tanta perfeccion su objeto, escitando á la contricion del corazon por la confianza en la grandeza infinita de la divina misericordia, que por él se ha adquirido los nombres de *patético* y *sabio autor*, de *lengua de la misericordia*, y de *ojo de la penitencia*. Estas, la limosna y el peligro de los falsos bienes de este mundo, eran el campo donde con mas frecuencia ejercitaba su elocuencia.

Escribió casi todas sus escelentes homilias á la edad de treinta y ocho años, despues de ordenarle Sacerdote de Antioquia, ciudad llamada el ojo del Oriente, así por lo brillante de los talentos y de las artes, como por su magnificencia. Agradó siempre tanto en Antioquia, que toda su modestia no podia imponer silencio á los aplausos que se le daban en medio de sus discursos públicos. Interrumpíanle muchas veces, y obligado á detener su discurso, protestaba, pero siempre en vano, que á él no se le honraba con palmadas, sino siguiendo la verdad.

Entre todas las piezas de San Crisóstomo, sus homilias al pueblo de Antioquia, que ocupan sin duda uno de los primeros lugares entre sus escritos elocuentes, produjeron el mayor efecto por el talento del orador para preparar los resortes que obran los

grandes movimientos. No será inoportuno hacer aquí una esplicacion para los que siguen la misma carrera. Aprovechóse de la ocasion que le presentaba el dolor y la consternacion en que lloraban despues de su rebelion, esperando el último castigo, para corregir á sus conciudadanos de sus malos hábitos inveterados. Mas contra su costumbre, dejó pasar siete dias enteros sin hablarles en público. Reuniólos despues con frecuencia, mostróse mas inquieto y mas afligido que nadie por la desgracia comun, padeció con todos, se compadeció de ellos, los animó y les presentó todos los motivos de consuelo y esperanza, sin hablarles apenas de otra cosa en los tres primeros discursos. Viendo despues por su fervor en acudir al lugar santo, que la fe se habia animado en sus corazones, les pintó con viveza la vanidad del siglo, la locura de los espectáculos que tanto amaban, el horror de la intemperancia, de la cólera, de la profanacion del nombre de Dios, y de todos sus vicios dominantes; y con la ocasion de un crimen que debia arruinar la ciudad, la adornó con todas las virtudes, y la hizo tomar un aspecto enteramente nuevo.

Pasan tambien plaza de elocuentes sus homilias sobre el Evangelio de San Mateo, las primeras homilias sobre las epístolas de San Pablo, con un gran número de panegíricos y sermones sueltos que nos guardaremos bien de hacer áridos analizándolos. Es necesario para juzgar de ellas, leer en toda su estension cada una de estas obras maestras y admira-

bles por mil rasgos sublimes, y mucho más por las bellezas del órden, por la disposicion oratoria y por la fuerza victoriosa de todo el conjunto. Advertiremos de paso con este motivo, que el extracto de las obras de este Padre hecho por un autor antiguo en treinta y un sermones, mirados como una coleccion de los mejores lugares del original, carece por el contrario de exactitud y de gusto.

Merecen tambien grandes elogios muchas cartas escritas por este Santo orador desde su destierro, en donde la continuacion del peligro y de los sufrimientos, la inhumanidad de sus perseguidores, el amor de sus amigos y el conjunto de mil circunstancias tiernas, restituyeron á su estilo el fuego y las gracias de su primera edad.

En cuanto á la interpretacion de las divinas Escrituras, para decirlo en una palabra, ocupa San Crisóstomo entre los Padres Griegos el mismo lugar que San Gerónimo entre los latinos. Mas cuando espone lo sublime de la doctrina, á lo menos de la moral y de las máximas de perfeccion del Apóstol San Pablo, debemos confesar, que entre los intérpretes de todos los tiempos y de todas las lenguas solo él logró sin disputa el primer lugar. Parece muchas veces que el espíritu de San Pablo se esplica por la boca del Crisóstomo, cuya admiracion respecto de este Apóstol llegaba hasta un santo entusiasmo. Dicen, que cuando escribía, tenia siempre su retrato á la vista, y que mirándole fijamente, y preguntándole con los ojos, conformaba su ingenio por el de

su modelo, y se elevaba, por decirlo así, con él hasta el tercer cielo. Así el mas elocuente de los Apóstoles formó é inspiró al mas elocuente de los Padres de la Iglesia.

RESUMEN

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

EN EL LIBRO DUODÉCIMO

N.º 1. *Muerte de Arcadio y de Eudusia.* 2. *Teodosio el jóven comienza á imperar segun los sabios consejos de Antemio.* 3. *Su justa confianza en la Princesa Pulqueria.* 4. *Caida de Estilicon.* 5. *Irrupcion de los bárbaros en las Galias.* 6. *Alarico conduce á los Godos contra Roma, y la abandona al saqueo.* 7. *Efecto que causa la Religion en el espíritu de los bárbaros.* 8. *Muerte de Santa Marcela.* 9. *Nota saqueada bajo el Episcopado de San Paulino.* 10. *Santa Melania con San Paulino.* 11. *San Gerónimo recibe á los Romanos fugitivos.* 12. *Esclavitud del hijo de San Nilo.* 13. *Atalo Emperador.* 14. *Usos de los Africanos en sus Concilios.* 15. *Violencias del Donatista Crispin.* 16. *Odio de los circunceliones contra San Agustín.* 17. *Sus obras á principios de su Episcopado.* 18. *Libros á Simpliciano.* 19. *Cartas á Januario.* 20. *Controversia entre San Gerónimo y San Agustín.* 21. *Libros de San Agustín contra Parmeniano.* 22. *Libros del bautismo.* 23. *Sentimientos de San Agustín sobre San Cipriano.* 24. *Conferencia en la cual se convierte el Maniqueo Felix.* 25. *Donatistas reprimidos.* 26. *Marcelino hace conferenciar á los Donatistas con los Católicos.* 27. *Generosidad de los Prelados Católicos.* 28. *Multitud de Obispos.* 29.

Condenacion y decaencia de los Denatistas. 30. Principios de Pelagio. 31. Celestio. 32. Es delatado por el Diácono Paulino. 33. Libros de San Agustin de la remision de los pecados. 34. Suerte de los niños muertos sin bautismo. 35. Libro del espiritu y de la letra. 36. Pelagio intenta seducir á San Agustin. 37. Demetriades consagrada á Dios. 38. Carta de San Gerónimo á Demetriades. 39. Carta de Pelagio á la misma. 40. Sorprende á Santiago y Timaso. 41. San Agustin les dirige su libro de la naturaleza y la gracia. 42. Maria Santisima exenta de todo pecado. 43. Proceder cuerdo de San Agustin con Pelagio. 44. Carta de San Gerónimo á Ctesifonte. 45. Concilio de Dióspolis. 46. Héros y Lázaro acusadores de Pelagio. 47. Paulo Orosio en Africa. 48. Concilio de Cartago. 49. Concilio Milevitano. 50. Carta del Papa Inocencio á Juan de Jerusalem. 51. Decretales de Inocencio á Aurelio de Cartago y á Decencio de Eugubio. 52. Secreto observado en las ceremonias sagradas. 53. Juicio de los Africanos confirmado por el Papa Inocencio. 54. Intrigas de Pelagio y Celestio. 55. Zósimo Papa. 56. Conducta de Celestio en Roma. 57. Zósimo favorece á Pátroclo de Arlés. 58. Carta de los Africanos á Zósimo. 59. Condena este á Pelagio y Celestio. 60. Decisiones del Concilio, llamado Plenario por San Agustin. 61. Reglamentos de disciplina. 62. Sistema de Pelagio. 63. Edicto de Honorio contra los Pelagianos. 64. Epistola de San Agustin á Sisto. 65. Obstnacion de Juliano de Eclana y de algunos otros Obispos. 66. Sentimientos de San Agustin sobre la apelacion de los Pelagianos.

HISTORIA DE LA IGLESIA.

LIBRO DUODÉCIMO.

Desde la muerte de San Juan Crisóstomo en el año 407,
hasta la condenacion del pelagianismo en el de 448.

1. Sobrevino la muerte del Emperador Arcadio poco despues de la de San Juan Crisóstomo, tan indignamente abreviada por sus persecuciones. Este Príncipe piadoso y débil, benigno é inconstante, tímido y de corta capacidad, á los treinta y un años de edad, dia 1.º de Mayo del año 408, subió á dar cuenta de los males que habia egecutado al trono del Omnipotente, ó por mejor decir, de los que habia permitido egecutar, aunque con buenas intenciones, durante un reinado de trece años, abandonado á la conducta de su muger y de sus eunucos. Dichoso él si pudo encontrar disculpa en la debilidad de su valor ó en lo limitado de sus luces. No vió su fin la Emperatriz Eudosa, primera causa de la persecucion, ha-

Condenacion y decaencia de los Denatistas. 30. Principios de Pelagio. 31. Celestio. 32. Es delatado por el Diácono Paulino. 33. Libros de San Agustin de la remision de los pecados. 34. Suerte de los niños muertos sin bautismo. 35. Libro del espiritu y de la letra. 36. Pelagio intenta seducir á San Agustin. 37. Demetriades consagrada á Dios. 38. Carta de San Gerónimo á Demetriades. 39. Carta de Pelagio á la misma. 40. Sorprende á Santiago y Timaso. 41. San Agustin les dirige su libro de la naturaleza y la gracia. 42. Maria Santisima exenta de todo pecado. 43. Proceder cuerdo de San Agustin con Pelagio. 44. Carta de San Gerónimo á Ctesifonte. 45. Concilio de Dióspolis. 46. Héros y Lázaro acusadores de Pelagio. 47. Paulo Orosio en Africa. 48. Concilio de Cartago. 49. Concilio Milevitano. 50. Carta del Papa Inocencio á Juan de Jerusalem. 51. Decretales de Inocencio á Aurelio de Cartago y á Decencio de Eugubio. 52. Secreto observado en las ceremonias sagradas. 53. Juicio de los Africanos confirmado por el Papa Inocencio. 54. Intrigas de Pelagio y Celestio. 55. Zósimo Papa. 56. Conducta de Celestio en Roma. 57. Zósimo favorece á Pátroclo de Arlés. 58. Carta de los Africanos á Zósimo. 59. Condena este á Pelagio y Celestio. 60. Decisiones del Concilio, llamado Plenario por San Agustin. 61. Reglamentos de disciplina. 62. Sistema de Pelagio. 63. Edicto de Honorio contra los Pelagianos. 64. Epistola de San Agustin á Sisto. 65. Obstinacion de Juliano de Eclana y de algunos otros Obispos. 66. Sentimientos de San Agustin sobre la apelacion de los Pelagianos.

HISTORIA DE LA IGLESIA.

LIBRO DUODÉCIMO.

Desde la muerte de San Juan Crisóstomo en el año 407,
hasta la condenacion del pelagianismo en el de 448.

1. Sobrevino la muerte del Emperador Arcadio poco despues de la de San Juan Crisóstomo, tan indignamente abreviada por sus persecuciones. Este Príncipe piadoso y débil, benigno é inconstante, tímido y de corta capacidad, á los treinta y un años de edad, dia 1.º de Mayo del año 408, subió á dar cuenta de los males que habia egecutado al trono del Omnipotente, ó por mejor decir, de los que habia permitido egecutar, aunque con buenas intenciones, durante un reinado de trece años, abandonado á la conducta de su muger y de sus eunucos. Dichoso él si pudo encontrar disculpa en la debilidad de su valor ó en lo limitado de sus luces. No vió su fin la Emperatriz Eudosa, primera causa de la persecucion, ha-

biendo muerto á 6 de Octubre del año anterior (*).

2. Teodosio, llamado el jóven porque no tenia mas que ocho años cuando murió su padre Arcadio, le sucedió en el trono, y tuvo la felicidad de hallar en Antemio, antiguo amigo de San Crisóstomo y de San Afraates, un guía tan sabio como virtuoso, siendo el honor de este nuevo reinado hasta que la Princesa Pulqueria entendió en los negocios del Imperio.

3. Tenia esta dos años mas que el Emperador su hermano, á quien parece habia negado la naturaleza lo que tan liberalmente concedió á su hermana. Su alma superior á su edad y á su sexo, tanto por su energía natural como por su virtud prematura, estuvo desde entonces en estado de cuidar de la educación de Teodosio y de sus dos hermanas tiernas Arcadia y Macrina, que juntamente con ella conserva-

(*) Por este mismo tiempo murió en nuestra España el célebre Poeta cristiano Quinto Aurelio Prudencio. Se disputa entre los historiadores acerca del lugar de su nacimiento, haciéndole unos natural de Calahorra, y otros de Zaragoza. En su juventud se dedicó al estudio del derecho, y sirvió al Imperio fuera de su Patria en la carrera de la judicatura, en la que se adquirió un justo renombre por su rectitud é incorrupcion. Habiendo despues regresado á España á los cincuenta y siete años de su edad, consagró el resto de su vida á la Poesía sagrada, y compuso diversas obras con admirable piedad y uncion. Tenemos de él la *Psychomachia*, ó pugna entre las virtudes y vicios; el *Catherinon*, ó coleccion de himnos *de tempore*; el *Peristephanon*, ó himnos en honor de algunos santos Mártires; la *Hamartigenia*, composicion contra los Marcionitas; dos libros contra Simaco; y el *Enchiridion* del antiguo y nuevo Testamento. Véase sobre ellas y su autor á D. Nicolás Antonio *Bibliot. antig.* tom. 1. lib. 2. cap. 10.

ron la virginidad, obligando á admirar en medio de la corte una piedad y pureza igual á la de las mas fervorosas monjas.

4. Preservaron en Oriente al Imperio el cuidado y prudencia de Pulqueria, de los azotes que desolaban las provincias occidentales bajo el gobierno de Honorio, muy distante por su desgracia de una sobrina tan digna. Habia ya separado de sí á Estilicon, de quien se decia que no contento con su poder excesivo, este Regente ambicioso á nada menos aspiraba que á destronar al Emperador su yerno, y colocar á su hijo en su lugar. Para conseguirlo mas fácilmente á favor de las turbulencias y de la confusion habia traído los bárbaros al Imperio.

5. Observáronse en efecto irrupciones espantosas de todos los pueblos de la Germania, que habian cubierto de cadáveres y ruinas las Galias. „Si se exceptúan algunas ciudades, dice San Gerónimo, todo fue assolado: las provincias mas fértiles y mas opulentas sirvieron mas tiempo de teatro á la crueldad y á los últimos horrores. Las mugeres de la primera distincion, y las vírgenes consagradas á Dios, eran el juguete de la brutalidad del soldado; los Obispos conducidos á la cautividad, los Sacerdotes y los monges degollados, las reliquias desenterradas y pisadas, las Iglesias demolidas ó cambiadas en caballerizas y los caballos atados á los altares (†).” „Yo vi por mis propios ojos, dice un autor contemporáneo, cuerpos de uno y otro sexo desnudos vergonzosamente en me-

(†) *Hieronym. Epist. ad Heliód.*

dio de las ciudades, comidos por los perros ó deshechos y podridos inficionando á los vivos (1).” Estos bárbaros eran de una superstición estúpida é inhumana, é hicieron muchos Mártires. Los mas célebres de ellos son San Nicasio, Arzobispo de Reims, y la virgen Eutropia su hermana; San Diego, Obispo de Langres, y San Fraterno de Auxerre martirizado el mismo dia de su consagración.

6. Fueron muy odiosos los Godos, sin ser Paganos, por su sediciosa inteligencia con Estilicon, y así despues de su muerte se les maltrató sin piedad en las provincias Romanas. Robaron los bienes en muchos lugares, y en algunas ciudades despojaron de la vida á sus mugeres y á sus hijos. Irritados de esta venganza indigna y vil, se reunieron bajo Alarico, el mas acreditado de sus gefes, guerrero valeroso y que en la guerra de Eugenio habia servido útilmente á Teodosio el grande. Despues de haber hecho alguna tentativa á lo menos aparente para conciliar los partidos, partió á Roma. Dicen que un santo solitario á quien encontró, quiso apartarle de su designio pintándole los males que iba á ocasionar. „No voy yo ni me muevo por mí mismo, respondió Alarico; sino que experimento y siento que alguno me mueve y atormenta cada dia diciéndome: *vé á castigar á la soberbia Roma.*” Estrechó tanto la ciudad, que pronto el hambre y la peste sembraron en toda ella la consternación. Los ciudadanos procuraron buscar á este aspecto lúgubre medios de apaciguar á este ter-

(1) *Salv. de Gubern. lib. 6.*

rible Godo, y entablaron una negociación; mediante cinco mil libras de oro, treinta mil de plata y una porción excesiva de otras cosas preciosas, libertaron los Romanos su ciudad de este primer peligro.

Volvió despues el Príncipe bárbaro hasta dos veces; porque la imprudente seguridad de los negociadores rompió las conferencias comenzadas sabiamente por disposición de Honorio, ó mas bien porque esta nueva Babilonia embriagada con la sangre de los Santos, debía á la edificación del universo una expiación notoria de su crueldad, y de la pasión invencible á la idolatría por parte de los Grandes y de muchos Senadores. Mientras duraba el mismo sitio, y cuando la mano de Dios se veía claramente, tuvieron la impiedad de acudir á los adivinos y arúspices, y derramar la sangre de las víctimas en el Capitolio y demás templos. Cedió Roma en fin á los ataques repetidos, y fue presa de los bárbaros el año 1164 de su fundación, es decir, el año de Jesucristo de 416 á 24 de Agosto. Abandonóla enteramente Alarico al saqueo á escepción de la Iglesia del Vaticano, donde estableció asilo por respeto al Apóstol San Pedro: esto preservó á la ciudad de una ruina total (1). Esta Iglesia con los edificios de su dependencia ocupaba un espacio vastísimo, y se refugió á ella bastante número de personas para impedir la despoblación de Roma; pero sin embargo padeció en alto grado. A mas de los robos, asesinatos y ultrages de toda especie, se debe añadir el que no solo los palacios par-

(1) *Prosp. Chron. ann. 411. circa fin.*

ticulares sino tambien los mas bellos edificios quedaron reducidos á cenizas.

7. Los Fieles á la verdad se hallaban espuestos á las mismas calamidades que los Paganos; pero todo se convirtió en bien para los adoradores sinceros del verdadero Dios; en quienes las mas peligrosas ocasiones de caer, sirvieron para dar realce á sus méritos y al esplendor de sus coronas. Por egemplo: una muger católica de una hermosura extraordinaria cayó en manos de un jóven Godo Arriano, que sacó su espada para asustarla y hacerla condescender con sus deseos, y aun la hirió y ensangrentó todo el cuello, pero sin intimidarla. Por el contrario, presentó con intrepidez la cabeza; hasta que el bárbaro convertido de repente la tomó bajo su proteccion, proveyó á su subsistencia, é hizo buscar á su marido para entregársela (1). Halló en una Iglesia otro Godo de los principales del egército una vírgen ya de mayor edad, que cuidaba del adorno de los lugares santos: la preguntó con bastante dulzura qué riquezas podia tener; y al momento con una confianza (inspirada por el cielo como demostró el resultado) le condujo á un lugar en donde quedó sorprendido al ver la multitud de vasos de oro y plata. Estos son, le dijo, los vasos del Apóstol San Pedro: como yo no puedo defenderlos, tú serás responsable de ellos. El oficial dió parte de esto á Alarico, que ordenó inmediatamente trasladar estas riquezas á la Basílica del santo Apóstol, y conducir al mismo tiempo con seguridad la

(1) *Sozom. lib. 9. hist. cap. 10.*

vírgen que las habia guardado con todos los Cristianos que se uniesen á ella (1). Asi en medio de la desolacion pública triunfó la Religion. Llevaban los vasos entre soldados que marchaban con espada en mano á vista de todo el pueblo que los respetó dignamente, disputándose los espectadores Romanos y bárbaros quién los habia de venerar más, y entonando himnos en alabanza de Dios. Acompañaban los fieles en orden la procesion al rededor de esta salvaguardia sagrada, y á vista de la gloria de la Religion protegida con tales maravillas, muchos Paganos parecian Cristianos, no haciendo los Godos distincion en medio de su fervor. Desterrándose por sí misma la multitud obstinada en la idolatría, abandonó la ciudad de Róma, dejándola limpia de idólatras: los bárbaros permitian salir á cuantos querian, y aun les daban escolta y les protegian para que sacasen sus bienes mediante una leve contribucion.

8. Encontrábase por fortuna ausente de la ciudad el Sumo Pontífice cuando sucedió este saqueo, pues habia salido poco antes á causa de las turbulencias á hablar al Emperador que aun residia en Ravena. No cupo igual dicha á la ilustre Santa Marcela, en cuya casa entraron los bárbaros, exigiendo el oro y las demás riquezas que juzgaban haber ocultas allí (2). Inútil la fue asegurar que era pobre, y ofrecer á la vista en prueba de ello la humilde rusticidad de sus vestidos. Creyeron ser este un disimulo artificioso, y

(1) *Oros. lib. 7. hist. cap. 39.* (2) *Hieronym. Epist. 16.*

Llegó su rabia hasta el punto de hierirla, no pudiendo creer que una persona de su calidad se hubiese despojado así de todo por Jesucristo. Sin embargo, conocieron pronto el lenguaje de la verdad y de la virtud; y ocupando la veneración el lugar de la ferocidad, condujeron á la Santa á la Iglesia de San Pablo, que como la de San Pedro sirvió de asilo. Pero lo que interesaba á esta madre cristiana mas que su propia persona era su hija Principia, de la que logró no separarse, para libertarla de los insultos de que la exceptuaba á ella su edad avanzada. Murió pocos dias despues en los brazos de esta hija virtuosa, bendiciendo al Señor por haber conservado su inocencia, y haberla preservado á ella de la pérdida infructuosa de sus bienes, aceptando el sacrificio que la habia inspirado hacer mucho antes del saqueo, que duró por tres dias.

9. Permaneció solamente cinco dias Alarico en Roma, y al sexto salió de ella sin dejar siquiera guarnicion, y pasó á la Champaña en donde sus tropas saquearon tambien la ciudad de Nola. Habia sido ordenado San Paulino Obispo de esta ciudad, á pesar de parecerle el episcopado un peso mas formidable que el sacerdocio que habia recibido contra su voluntad. Pero creciendo cada dia mas la fama de sus virtudes, y estando vacante la Silla de Nola, le hicieron tantas instancias que no pudo negarse á todos los votos que se reunieron en su favor. Aunque separado del siglo tanto tiempo antes continuaba siempre gozando de la mayor estimacion, mas por la belleza de

su espíritu y de sus obras, que por las dignidades á que habia ascendido en otro tiempo.

10. Apenas existia persona alguna distinguida por sus talentos y piedad que no fuese amigo suyo. Habia recibido en su casa á Santa Melania, cuando regresaba de Palestina; y aunque no habia en ella mas que una sala en un cuarto alto con una galería que comunicaba con las celdillas destinadas á la hospitalidad, encontró medio de alojar á toda la comitiva de la Santa que era numerosa. Por lo tocante á su persona y á su equipage no podia encontrarse nada mas humilde que Melania, pues vestia pobremente, y viajaba en un caballo igual en un todo á un jumentillo. Miraba con sumo horror el fausto, y parecia que el cielo se complacia en honrar á su sierva, porque sus ilustres hijos y nietos, que ocupaban los primeros puestos en el Imperio, habian salido á recibirla hasta Nola con un acompañamiento conveniente á su clase. Alojáronse todos en casa de Paulino, destinando la Providencia toda esta ceremonia á honrar la pobreza evangélica y el desprecio de la gloria terrena.

Los Godos saquearon la ciudad de Nola, y prendiendo al santo Obispo le allanaron la casa, aunque sin hacer daño á su persona (1). Tal era la súplica que habia dirigido al cielo antes de su infortunio: „no permitais, Señor, que Paulino sea atormentado por los bienes perecederos de este mundo: vos co-

(1) *August. de cur. mort. cap. 16. et de Civit. Dei. lib. 1. cap. 10.*

noceis en donde están todos mis tesoros." Aunque no tenia oro ni plata encontró medio de socorrer á una infinidad de miserables, y rescatar muchos cautivos, y aun se dice que habiendo agotado sus recursos, y no pudiendo rescatar al hijo de una pobre viuda que los bárbaros tenian cautivo, se entregó á sí mismo para libertarle (1). Varian las circunstancias de este suceso, y padecen sus dificultades, y aun contradicciones de cronología respecto al dueño que comunemente se da á Paulino en esta esclavitud. Mas la persuasion universal en que tanto tiempo estuvieron todos acerca del hecho mismo, si no deja la verdad sin duda alguna, fija á lo menos y asegura la idea que se tenia de la caridad de este digno discípulo del buen Pastor (*).

(1) *Gregor. M. Dial. lib. 3. cap. 1.*

(*) Mientras que los Godos assolaban de esta manera la Italia, invadieron otros pueblos bárbaros la España. Vándalos, Aláanos, Suevos y Silingos, entraron á la vez é hicieron sus correrías en Castilla, Asturias, Galicia, Portugal, Estremadura y Andalucía. Talaron sus campos llevándolo todo á sangre y fuego, á lo que se siguieron los estragos de una hambre y peste horrosas. Estos males que igualmente alcanzaron á invasores é invadidos fueron causa de que se apaciguasen los bárbaros, y ajustasen condiciones con los Españoles para vivir todos en el país. De aquí es, que ya en el año 411 se fijaron los Suevos en Galicia, comprendiendo las Asturias y tierra de Campos hasta el Duero; los Aláanos en Lusitania, Estremadura y parte de Castilla y Leon, y los Vándalos y Silingos en la Bética. Oros. lib. 7. hist. cap. 41. y 42. Mariana lib. 5. cap. 1. Algunos años despues, á saber, el 414 ó 415. vino el Rey Ataulfo con los Godos y ocupó la Cataluña y Gala Narbonense. Este fue asesinado en Barcelona, y poco despues lo fue tambien Sigérico su sucesor. Walla, á quien eligieron despues, sujetó á los demás bárbaros. Véase Mariana lib. 5. hist. cap. 2.

11. Retiráronse entre los Romanos que se salvaron de la ciudad saqueada muchos á las islas vecinas y hasta al África, otros á Oriente y particularmente á Palestina. Recibió San Gerónimo algunos de estos en Belen, y el dolor que le causó este tierno espectáculo retardó la interpretacion de los Profetas mayores, en que á la sazón se empleaba. Viendo tantos ilustres fugitivos de uno y otro sexo, redacidos á la mendicidad, casi desnudos, heridos por la mayor parte, y mirando como una dicha despues de haber perdido inmensas riquezas el encontrar la seguridad y un asilo, se deshacia en lágrimas, y no omitia medio alguno para hacerles su infortunio mas tolerable. Empero adoraba al propio tiempo la mano de Dios en estos golpes terribles, y la eficacia de los oráculos y amenazas proféticas.

12. Aunque el Imperio de Oriente no corría tantos riesgos como el de Occidente con las irrupciones de los bárbaros, ocurrieron sin embargo muchas que desolaron en gran parte la Siria, el Egipto y la Arabia (1). Entrando aquellos Sarracenos vagamundos que no viven sino de latrocinios en el desierto de Sinai, poblado de fervorosos solitarios, les despojaron de las cosas mas necesarias de la vida, é hicieron una multitud de Mártires. Los que escaparon de los golpes de su furor huyeron del modo que pudieron lejos de su santo retiro, en donde se les quedaba el corazón y el alma. Fue San Nilo uno de ellos; mas la vida en este estado llegó á serle casi insufrible, ha-

(1) *S. Nil. Epist. 17. et 151.*

biendo quedado su hijo en manos de los bárbaros. Estando perplejo sobre este punto, llegó un nuevo fugitivo, que según refirió sin conocerle, había tenido la dicha de escaparse á tiempo que iba á ser sacrificado con el hijo de Nilo al astro de Venus que adoran los Árabes. Añadió, que este infeliz compañero había quedado espuesto á su superstición sanguinaria. No dudó Nilo, oyendo esta relación, que su hijo hubiese espirado; aunque algún tiempo después se le aseguró que vivía y estaba cautivo en Elusa. Partió inmediatamente á esta ciudad, y en el camino supo que su hijo se había hecho clérigo, habiéndole rescatado el Obispo, y ordenándole después por la buena opinión que había formado de él, y por cierta inspiración que sintió á su primer aspecto. Reconoció Nilo su sangre antes que el hijo, y se conmovió de tal modo que cayó desmayado: estrechóle el hijo entre sus brazos, hízole volver de su desmayo, y después le contó la historia tierna de su libertad en estos términos.

„Cuando se salvó mi compañero de esclavitud, todo estaba preparado para sacrificarnos, el altar, el incienso, las libaciones y la espada destinada para degollarnos á la aurora del día siguiente. Estaba yo postrado en tierra, lloraba con todo el ardor que inspiran semejantes peligros, y decía: *no permitais, Señor, que mi sangre sea ofrecida á los demonios, ni que mi cuerpo sea víctima de los espíritus tenebrosos: volvedme á manos de mi padre, vuestro siervo, que me enseñó á esperar en vos.* Pronunciaba esta ora-

ción cuando se despertaron los bárbaros admirados de ver que había transcurrido el tiempo del sacrificio, porque había desaparecido la estrella de Venus, y el sol doraba ya todo el horizonte. Preguntáronme por el otro cautivo, y diciéndoles yo que ignoraba su destino, permanecieron tranquilos sin mostrarme descontento alguno. Principió entonces á renacer la esperanza en mi corazón; algunos momentos después me presentaron carnes sacrificadas, y me convidaron á sus diversiones libres con mugeres: invoqué de nuevo al Señor, y me dió vigor para oponerles resistencia. Ofreciéronme en venta en el primer pueblo donde pusieron el pie. Mas les presentaban una suma cortísima, y así después de haberme espuesto en público muchos días, me ataron finalmente desnudo á la entrada del pueblo con una espada al cuello, para manifestar que si no se me compraba iban á cortarme la cabeza. Estendía yo las manos á cuantos se presentaban, rogándoles diesen á mis robadores el precio que pedían por mí, y prometiéndoles que no solo les devolvería esta suma, sino que quedaría á su servicio después de haberla satisfecho. Moví por último á compasión, y vos sabeis como obtuve después mucho más de lo que esperaba.

Trató al padre y al hijo con mucha generosidad el Obispo de Elusa, los retuvo por algún tiempo en su compañía para que descansasen de sus fatigas, y cuando se despidieron de él les suministró lo necesario para su viage. Ignórase el resto de la vida de San Nilo: á la sazón tenía cincuenta años, y, según se

dice, vivió aun cuarenta. Conservamos de él muchos tratados de piedad, y mas de mil cartas la mayor parte sucintas, pero con un estilo vivo y sentencioso. Cuenta él mismo la historia de su hijo del modo que la acabamos de referir. Leemos tambien en sus obras (1), que San Juan Crisóstomo veía muchas veces los ángeles en el lugar santo, sobre todo durante el sacrificio adorable del cuerpo y sangre de Jesucristo, y que desde el momento en que el Sacerdote principiaba la oblacion cercaban el altar hasta la consumacion de los sagrados misterios. Sus espresiones acerca de la presencia real del Salvador en la Eucaristía son claras y concisas. „Despues de la invocacion, dice, y venida del Espíritu Santificador, lo que queda sobre la mesa santa no es ya simple pan ni vino comun, sino el cuerpo y sangre preciosa de Jesucristo nuestro Dios, que purifica de toda mancha á los que le reciben con un santo temor y confianza (2).”

13. Las conmociones de los bárbaros y las turbulencias del Imperio produjeron muchas mas á la Religion. Alarico con el fin de dividir las fuerzas enemigas, dió un rival á Honorio en Átalo, Prefecto de Roma, donde le hizo reconocer Emperador. Pretendió este nuevo partido apoderarse desde luego del África, tan apetecida siempre de las diversas facciones, como que les era precisa para sostenerse. El Conde Heracliano que mandaba allí, defendió con celo y con buen éxito los intereses del Soberano legítimo; mas antes de considerarlo en estado de seguridad, fue

(1) *Lib. 2. Epist. 294.* (2) *Id. lib. 1. Epist. 44.*

indispensable condescender mucho con los Donatistas, tenidos justamente por favorecedores de los enemigos del estado y de la pública tranquilidad. Obtuvieron entonces estos cismáticos, segun se cree, una ley que les concedia el libre egercicio de su religion.

14. Habian logrado antes los Obispos ortodoxos que se les declarase hereges; sujetándolos á las penas que las leyes civiles imponian á la heregia. Sin embargo, en la egecucion no se pretendia esponerlos á todos sin distincion á esta severidad, sino simplemente á los que fuesen delatados por causa de violencia. No se habia aun tomado este partido sino despues de muchos años de paciencia, y despues de maduras deliberaciones tenidas en varios Concilios, de los que algunos habian sido convocados de todas las provincias del África. Nótase claramente en el del año 403 el modo de proceder en estos Concilios nacionales. El Obispo de Cartago hacia que enviasen sus cartas de convocacion todos los Primados, es decir, los de Mauritania Cesariense, y Mauritania de Sitifi, y el de Numidia. Remitia cada Primado sus cartas para congregar el Concilio de su provincia; y en este Concilio se elegian diputados en número proporcionado á la estension de la provincia. Debian los ausentes justificar su ausencia, y el Obispo de Cartago les remitia los decretos del Concilio para que los confirmasen con su consentimiento. Ha de notarse aquí una singularidad bastante estraña, y es que en África la dignidad de Primado, que al parecer apenas se distingue de la de Arzobispo á no ser en la Silla de Cártago,

se arreglaba comunmente sobre la antigüedad de la ordenacion, y no sobre la calidad del lugar que no era muchas veces mas que una aldea.

Determinóse en estos Concilios que los Obispos Católicos propusiesen conferencias á los Obispos cismáticos, esperando ganar de este modo sus pueblos: porque los Donatistas, hombres sin carácter, habian hecho muchas veces semejantes proposiciones. Cuando los Pastores Católicos les aconsejaban que se convirtiesen, les respondian: „tratad con nuestros doctores, y quiera Dios que por este medio consigamos todos el reconocimiento de la verdad.” Pero cuando se dirigian los Católicos á sus Obispos, eludian la conferencia con artificio, y muchas veces con una arrogancia injuriosa.

15. Crispin, Obispo Donatista de Cálama, fue invitado por Posidio, Obispo Católico de la misma ciudad, á conferenciar juntos, y dilató al principio la disputa para un Concilio, en donde podria concertar sus respuestas con sus hermanos. Contestó algun tiempo despues en unos términos que hacian tanto menos honor á la secta, quanto este viejo era mas respetado de ella por su esperiencia y por su reputacion de doctrina y capacidad. Posidio por el contrario era un Obispo jóven que acababa de salir del monasterio ó seminario de San Agustin. Acudióse á falta de doctrina segun costumbre á la violencia, y se dispuso una emboscada de gentes armadas para sorprender á Posidio á tiempo que visitaba su diócesi (1). Estaba

(1) *August. cont. Crescen. lib. 3. cap. 47.*

al frente de esta tropa el Sacerdote Crispin, del mismo nombre y de la misma familia que el Obispo Donatista de Cálama. Huyó Posidio la emboscada, habiendo tenido aviso con bastante tiempo para salvar á lo menos su vida; mas perdió dos caballos despues de haber sido muy maltratado. Habiéndose tenido noticia en Cálama de este atentado, se notificó jurídicamente al Obispo Crispin que desaprobase esta indigna maniobra de un modo efectivo, castigando el atentado de su Sacerdote. Negóse á ello abiertamente, y toda la secta principió de nuevo sus correrías y movimientos sediciosos, hasta impedir la libertad de los caminos.

Los Católicos invocaron á vista de esto la proteccion de las leyes, protestando que sufririan todos los males sin quejarse, mientras no se tratase mas que de sus intereses temporales. Mas habiendo tomado este mismo Crispin una tierra en arriendo enfiteútico, aterró de tal manera á los esclavos Católicos, que los obligó á rebautizarse en número de cerca de ochenta, sin embargo del rigor de los edictos que lo prohibian. Movió y despertó tanta audacia la atencion del defensor de la Iglesia, que obtuvo contra él la condenacion á una multa de diez libras de oro, decretada por Teodosio contra los hereges. Alegó que á él no le comprendian los términos de la ley, y apeló al Procónsul, que no dejó de confirmar la sentencia. Mas á ruegos de su mismo antagonista se le dispensó de pagar la multa. Todavía osó apelar á los Emperadores, insensible á una caridad tan generosa; y

entonces tuvo lugar el edicto que sujetaba á los Donatistas á dicha multa como á los hereges. Impúsose la misma pena al Juez de Cálama, por no haberla hecho pagar realmente á Crispin. Los Obispos ortodoxos consiguieron tambien esceptuarle de ella: conducta verdaderamente pastoral, que conmovió los corazones mas obstinados, y aprovechó mas que los discursos mas sublimes para reunir los ánimos. Mas glorioso fue este modo de conducirse para San Agustin en particular, porque nadie estaba mas espuesto que él á sus insultos y atentados.

16. Los furiosos circunceliones desesperados á vista del gran número de cismáticos que este santo Doctor atraía diariamente á la Iglesia, le armaban muchas emboscadas, cuando iba á visitar ó enseñar á las parroquias católicas. Libertóse en una de estas ocasiones por el descuido de su guia, que sin pensar en ello se separó del camino recto en donde le aguardaban los Donatistas. Agustin reconoció en este suceso, tan casual al parecer, el beneficio de una providencia particular, y dió gracias al Señor.

17. No estuvo ociosa su pluma en medio de tantas ocupaciones y trabajos, antes dió pruebas singulares de su maravillosa fecundidad. Sus dos libros á Simpliciano, en los cuales responde á las preguntas que aquel Obispo de Milán le habia dirigido sobre la Escritura: su libro del combate cristiano sobre el modo de vencer al demonio venciendo nuestras pasiones, que es contra los principios de los Maniqueos: el libro que impugna directamente la famosa epístola

del Fundamento, es decir, toda la quinta esencia de la doctrina de Manés: el libro del trabajo manual de los monges: el tratado de la fe de las cosas invisibles: el del catecismo ó instruccion de los catecúmenos: sus confesiones: sus treinta y tres libros contra el Obispo Maniqueo Fausto: los cuatro libros de la conformidad ó concordia de los Evangelistas, que componen una escelente controversia contra los Paganos: las cuestiones sobre los Evangelios de San Mateo y San Lucas, y las anotaciones sobre Job: el libro del bien conyugal: todas estas obras inmortales son solamente una parte de las que publicó en los tres ó cuatro primeros años de su Episcopado.

18. No podemos segun nuestro plan, y siguiendo el método prescrito en esta Historia, explicar tan gran número de obras. Sin embargo, tampoco es posible dispensarse de esponer la doctrina de los libros dirigidos á Simpliciano, tan propios para conocer el verdadero sentido de otras muchas obras del Doctor de la gracia, y cuya omision mereceria la censura que ha recaido sobre otros historiadores. San Agustin se propuso en estos dos libros establecer la libertad de la voluntad humana, conservando á la gracia divina la precedencia que la es debida. Esta es la idea que da de esta obra en su libro de las Retracciones, y en los de la Predestinacion de los Santos y del don de la perseverancia; y aun remite á ella para justificar su doctrina contra los Semipelagianos. En una palabra, esta obra es de tal autoridad y carácter, que no debemos pasarla en silencio.

Comprende el libro primero dos cuestiones sacadas de la epístola de San Pablo á los Romanos. Trata en la primera del hombre bajo la ley comparado con el hombre bajo la gracia: sobre lo que dice el santo Doctor, que la ley no es viciosa por sí misma, sino que viene á ser nociva al que abusa de ella, ó no se sujeta á Dios con religiosa humildad para poderla cumplir con la gracia. „Es cierto, añade, que la ley no suministra vigor para obrar conforme manda; mas nos pone en claro nuestra necesidad, y nos dice que pidamos la gracia que concede la fuerza necesaria. Al mismo tiempo que el Señor da el socorro exterior de la ley, obra interiormente en el alma y otorga la gracia de la oracion, con la que se logra la gracia de poder seguir lo que la ley prescribe.”

Discute en la segunda cuestion acerca de lo gratuito de la vocacion á la fe: mas antes de entrar en cuestion debemos percibir bien y penetrar lo que el autor observa al principio, como necesario para entender á San Pablo sobre este particular. Es decir, que el Apóstol se proponia humillar el orgullo de los Judíos, que creían que por la fiel observancia de la ley habian merecido ser llamados al Evangelio. Del mismo modo para entender aquí á nuestro santo Doctor, necesitamos esponer su doctrina de lo gratuito de la gracia. Sienta por principio, que la fe no se debe á las obras precedentes, y que es la primera gracia; no porque el don de la fe preceda necesariamente y sin escepcion á todo otro género de gracia, ó porque no haya gracia en el estado de infidelidad,

ó fuera de la Iglesia; sino porque la gracia de la fe no es la recompensa de los méritos precedentes, sean efectivos ó previstos.

Cita San Agustin, á imitacion de San Pablo, el exemplo de Jacob y Esaú para demostrar lo gratuito de la primera gracia, en que Jacob habia sido preferido á Esaú antes que naciesen uno y otro, y por consiguiente antes que obrasen cosa alguna para determinar la eleccion de Dios. El santo Doctor comprende aquí todas las obras de la gracia y todos los actos de la voluntad que la corresponden, bajo el nombre de justificacion, que no puede ser sino efecto de la divina misericordia. Esto no impide sin embargo que haya una corona de justicia; pues que está fundada sobre la cooperacion de la voluntad. „Si en el gran número de los que son llamados hay pocos escogidos, es porque existen pocos que sigan la voz que los llama. La vocacion, dice el Apóstol, no proviene del que quiere ni del que corre; pero no por eso es menos necesario el querer y correr, y por la vocacion uno y otro está en nuestro poder por medio de la inspiracion é impulso que encierra. Si todos los que son llamados no siguen, es porque nadie sigue sin querer y no todos quieren. *Esaú*, (añade el santo Doctor en términos que creímos deber traducir escrupulosamente y á la letra) *Esaú no ha querido ni ha corrido; hubiera llegado por el socorro de Dios, el que llamándole le daría tambien el querer y el correr, si por el desprecio de la vocacion no incurriera en reprobacion. Así la buena voluntad es á un tiem-*

po de Dios y de nosotros ; de Dios por la vocacion, y de nosotros por la cooperacion."

„Existen, pues, diferentes modos de llamar, y diferentes modos de conducirse con respecto á la vocacion, en consecuencia de los cuales tiene ó no su efecto. En el gran número de los que son llamados, aquellos son escogidos, que fueren llamados de tal modo que siguiesen la voz que los llamaba; mas los que no obedecieron á la vocacion, no son escogidos, porque no siguieron, aunque fuesen llamados. Aunque el Señor llama á la multitud, no colma sin embargo de sus misericordias sino á los que llama del modo que les conviene ser llamados para que sigan. ¿Pero por qué Esaú, continúa el santo Doctor, no ha sido llamado de un modo tal que se siguiese el consentimiento? Porque el Señor es dueño de sus dones, y no se le puede pedir cuenta de sus obras. Por lo demás no fuerza Dios á pecar á quien no dá estas gracias de eleccion;" es decir, segun lo que se dijo antes, que por la substraccion de esta suerte de gracias, no le pone Dios en la necesidad de pecar. Así Esaú, y los que representa, tienen las gracias absolutamente requisitas para no pecar necesariamente, pues que el santo Doctor dice sin escepcion, que Dios no fuerza al hombre á pecar, ó no le obliga á esto. Porque violentar ó forzar no significa otra cosa que necesitar; y todos convienen en que los mismos pelagianos, fuese cual fuese su sutileza, jamás hicieron una distincion tan quimérica respecto á los actos de la voluntad. En efecto, supone contra-

diccion que lo que es voluntario sea necesario, ó lo que es lo mismo, como lo dice San Agustin en otros muchos lugares, que se quiera ó no se quiera una misma cosa.

No emplea otras razones para la condenacion del hombre pecador, ni para la justificacion de la equidad divina. En ninguna parte recurre al pecado original para inferir por él la necesidad de pecar actualmente; se contenta con hacer ver, que el hombre privado de la vocacion que llama congrua y que acabamos de esponer, puede, á pesar de esta privacion, con el auxilio de las gracias ordinarias huir el pecado.

Habla el segundo libro á Simpliciano de las cuestiones sacadas de los libros de los Reyes, que son mucho menos espinosas que las del primero. Será suficiente notar en primer lugar, que al temor de Dios alabado en el antiguo Testamento le ensalza tambien San Pablo. En segundo lugar, por qué el espíritu maligno, que se apoderó de Saul, se llama espíritu del Señor, y en qué sentido se ha dicho, que el espíritu de mentira fue enviado para engañar á Achab. „Estas espresiones fuertes y familiares en las antiguas Escrituras, dice San Agustin, no significan sino una simple permission, y no un orden positivo de parte del Dios de toda santidad." Confirmaba así el santo Doctor lo que acababa de explicar en el libro anterior, que aunque Dios no conceda la gracia de la justificacion á todos los pecadores, y se diga por esto que endureció á algunos, no los redujo sin embargo á la necesidad de pecar.

19. Compuso tambien á mas de estas obras importantes una infinidad de cartas, siendo gran número de estas otros tantos tratados dogmáticos y llenos de erudicion. Dignas son de notarse sobre todo las dos cartas á Januarió, porque cuentan la diversidad de los usos en las diferentes Iglesias. No se ayunaba los jueves de cuaresma en algunas; en otras se ofrecia dos veces el sacrificio el Jueves Santo, por la mañana y por la tarde despues de comer; y solo fuera de este caso era ya universal desde entonces la costumbre de recibir la Eucaristía en ayunas. Con motivo de esta variedad de observancias, el santo Doctor fija por regla, que se mire como mandado por los Apóstoles ó por los Concilios generales, lo que se observa en toda la tierra. „Tal es, dice, la celebracion anual de la pasion de Jesucristo, de la Pascua, Ascension y Pentecostes. De otro modo sucede con lo que varía segun los lugares, como ayunar ó no ayunar el sábado, comulgar todos los dias de la semana ó solo en algunos, ofrecer todos los dias el sacrificio, ó solo en el sábado ó domingo; puntos sobre los cuales es libre la práctica, como sobre todo lo que no es ni contra la sana fe, ni contra las buenas costumbres; y no hay mejor regla que sujetarse á las prácticas de la Iglesia donde cada uno reside.”

20. Escribia Agustin al propio tiempo el tratado de la doctrina cristiana; es decir, del modo de explicar la sagrada Escritura, como tambien su grande obra de la Trinidad; pero ni una ni otra concluyó

sino mucho despues. Mantuvo con San Gerónimo una controversia que hubiera podido alterar la caridad aun entre personas virtuosas, si Agustin no hubiera tenido aun mas humildad, modestia y mansedumbre que piedad (1), y si no hubiera mirado las palabras de un viejo Doctor, oráculo de su tiempo, como las de un padre con su hijo, ó á lo mas como el procedimiento de un sabio austero que tenia alguna razon para juzgarse ofendido.

Tenia dos objetos esta cuestion: en primer lugar desaprobaba Agustin la empresa de traducir la Escritura en latin sobre el testo hebreo, y no sobre el griego de sus primeros intérpretes, sobre los que opinaba que nadie podia gloriarse de hacerlo mejor; y se tomó la libertad de escribir al ilustre Gerónimo en nombre de todas las Iglesias de África (2). Delicado era el punto, y mas con un hombre que conocia sus fuerzas, y que desmintió con ventaja las preocupaciones que se oponian á su empresa. Pero no fue esto lo que mas hirió al docto intérprete.

San Gerónimo explicando el pasage de la epístola á los Gálatas, en el que San Pablo dice que resistió cara cara á Cefas, se habia explicado de un modo capáz de autorizar contra su intencion la disimulacion y las mentiras oficiosas. Advirtióle de ello San Agustin, que dirigió al principio sus quejas al mismo autor. Mas por una complicacion singular de contratiempos, de cuatro cartas escritas por San Agustin sobre esta materia, tres se extraviaron, y no lle-

(1) Hieronym. Epist. 92. (2) August. Epist. 28. (3)

garon sino despues de años enteros á manos de San Gerónimo. Supieron en este largo intervalo el contenido de estas cartas muchas personas, y toda la Italia estaba enterada de ello, cuando San Gerónimo nada sabia en Palestina. Esto nacia de la contrariedad de las circunstancias, y tuvo toda la apariencia de un mal proceder de que Agustin se disculpó en una carta con toda la modestia y bondad imaginable. En ella habla á Gerónimo de su controversia con Rufino, diciéndole que este ejemplo le aterra, y que mucho mas quisiera abandonar todas las disputas literarias, que esponerse al peligro de disminuir la caridad.

Entonces tuvieron fin todos los disgustos, y San Gerónimo escribió por su parte dando pruebas de la estimacion que hacia de Agustin, y disculpándose en cierto modo de la dureza de sus espresiones anteriores. Tambien sostuvo por algun tiempo su interpretacion que veía apoyada por Orígenes y algunos otros Doctores célebres en la Grecia, mas triunfando en fin la moderacion en donde no habia podido vencer la fuerza del racionio, pareció que Gerónimo habia vuelto enteramente á la opinion de Agustin, á quien llama su muy querido hijo en quanto á la edad, pero su padre en dignidad (1); y Agustin por su parte reconoció la utilidad de la traduccion de las divinas Escrituras trabajada sobre el testo hebreo.

21. Los Donatistas entretanto persistian en su obstinacion, y aunque Agustin convirtiese algunos cada

(1) *Hieronym. Epist. 96.*

dia, le quedaban aun mas que confundir para impedir los progresos de la seduccion. Multiplicábanse prodigiosamente en África donde habian tenido su origen, y contaban los Obispos por centenares, y entre ellos muchos doctores orgullosos con su ciencia. Parmeniano uno de los sucesores de Donato, á quien impugnó San Optato en vida, habia dejado un escrito que hacia tanta impresion aun despues de su muerte, que los Católicos rogaron unánimemente á San Agustin que le respondiese.

22. Escribió, pues, una obra que constaba de tres libros, á los que se siguieron inmediatamente los siete del bautismo. En los que compuso contra Parmeniano, despues de fijar con claridad la cuestion del Donatista, examina si los malos contaminan á los buenos permaneciendo en la misma Iglesia. Hace una esplicacion de todos los pasages á que recurrian los Donatistas para sustentar su error, y demuestra que no se participa del pecado por vivir con los pecadores, ni aun por escuchar de su boca la palabra de Dios, ó recibir los Sacramentos, sino solo por consentir en su pecado. Dice, que á la verdad los Sacramentos perjudican á los Ministros indignos, pero dan la vida á los fieles que los reciben dignamente. Que en el Sacrificio y Sacramentos, en que el Ministro no tiene otra virtud que la de Jesucristo, este Pontífice eterno es el Ministro principal; y que Dios es quien concede la gracia, que le plugo hacer depender de estas señales, y podia no hacer depender de ellas. Encuéntrense aquí todos los principios de la

doctrina católica contra Wielef, y contra todos los novadores, que quieren sostener, que la Iglesia no se compone sino de justos ó escogidos solamente.

Establece tambien esta obra las reglas siguientes tocante á la separacion de los malos: „hay pecados dignos de anatema, y la Iglesia puede sin duda separar de su seno los miembros que se hacen culpables de ellos. Mas no es conveniente egercer este derecho sino en el caso que no exista peligro alguno de cisma, que los culpados estén sin apoyo y la multitud permanezca unida con el Pastor. Porque cuando el contagio penetre el mayor número, los buenos deben solo gemir; temiendo arrancar el buen grano con la cizaña, y escandalizar á los débiles sin corregir á los malos. Jamás es permitido separarse de la sociedad general de los fieles por ningun pretexto. Así vemos que ni los Profetas, ni los Apóstoles, ni el mismo Jesucristo se apartaron de la sociedad de los pecadores á quienes reprendian.”

El santo Doctor despues de haber establecido estos principios generales contra Parmeniano, los aplica al bautismo en sus libros sobre este Sacramento. „La Iglesia, dice, es la que engendra hijos por el Sacramento de la regeneracion, que es un fondo inenagenable de la Esposa de Jesucristo, ó mas bien de aquel Dios Salvador, que es el que bautiza por medio de cualquier Ministro que sea; porque jamás podrán los hombres profanar la santidad, sino que la virtud de Dios será siempre esencial é inherente al Sacramento.” Viene despues la solucion de muchas

dificultades, que ya no lo son para nosotros despues que se aclararon estas materias, pero que nos muestran asimismo la penetracion y exactitud del espíritu de este ilustre Padre. Si una persona no bautizada podia conferir el bautismo, era una cuestion sobre la cual se esperaba la decision de un Concilio; mas en su tratado sobre este Sacramento se ve que se inclinaba mucho á sostener el valor de esta administracion, como se decidió despues (1).

23. De la doctrina de San Cipriano deducian una poderosa preocupacion á su favor los Donatistas; „no es mi sentir particular, les dice Agustin, el que prefiero al de Cipriano, sino la doctrina de toda la Iglesia, que este hubiera abrazado si la hubiera conocido con claridad, como la conocemos ahora por medio de un Concilio. Utilizó la libertad que dió á cada uno de abrazar diferente opinion que la suya. Él mismo reconocia que la costumbre antigua le era contraria; que no se habia principiado á rebautizar á los hereges sino despues de Agripino; y jamás rompió la comunión con los que sostenian contra él el primer uso. Por el contrario conservó siempre con el mayor cuidado la union, y condenó el cisma de Donato, mostrando que la diversidad de opiniones no autoriza la separacion, cuando la autoridad suprema de la Iglesia aun no se habia explicado (2).” Habla por fin de Cipriano con el mayor respeto, como de un Mártir coronado en el cielo y digno de una veneracion reli-

(1) *August. de Baptism. lib. 7. cap. 5.* (2) *Id. ibid. lib. 6. cap. 1.*

giosa. Mas previniendo las consecuencias que se podian deducir de su inflexible constancia , le disculpa tanto por la obscuridad en que estaba la cuestion de los rebaptizantes en tiempo de este Padre , como por la libertad que tenia de seguir su opinion con otros muchos Prelados , antes que se decidiese la controversia por el consentimiento universal de la Iglesia.

24. Tenia Agustin tiempo para conferenciar con los hereges , á mas del trabajo inmenso de estos escritos polémicos , y aun se dedicaba con gusto á este género de conferencias regularmente tan infructuosas. Mas Dios concedia al método del santo Doctor particular bendicion , y sus virtudes aun mas que sus talentos le proporcionaban las mayores ventajas y el éxito mas feliz. Su moderacion , su humildad , su invencible mansedumbre , y los testimonios claros que representaba á sus adversarios de la pureza de su celo únicamente ocupado en su salud y no en la gloria de su vano triunfo , ganaban á los mas arrogantes de ellos. Sobre todo les hacia conocer con un arte inimitable , que podian ceder sin vergüenza ; pues no cedian sino á la verdad y á la razon.

El Maniqueo Felix , del número de los que la secta llamaba electos y uno de sus principales doctores , habia pasado á Hipona para propagar allí su doctrina. Poco versado en las letras humanas , suplia este defecto con el artificio y astucia , que le hacian mucho mas peligroso que á Fortunato , con quien Agustin habia entrado en conferencia algunos años antes. Despues de una conversacion particular , que aumen-

tó la presuncion del sectario , tuvieron otra conferencia pública , que escribieron los notarios en la Iglesia de Hipona. Poco se adelantó el primer dia en que fue preciso seguir paso á paso al herege en todos los laberintos de su obscura doctrina : egercicio fastidioso que el santo Doctor sostuvo con una paciencia y mansedumbre inalterables , sin decir jamás cosa alguna que manifestase el menor desden al estravagante hablador ; antes bien le iba llevando con tanta modestia como exactitud y perseverancia al punto de la cuestion y al artículo preciso que se habia propuesto. Ni la epístola del fundamento , ni algun escrito de Manes podia sostener una prueba tan metódica ; y así para libertarse acudió Felix al recurso de manifestar al órden Episcopal un temor reverencial aun mas ageno de su secta que de todas las demás. „¿Pero cómo puedes temer nuestra autoridad , le dijo el santo Obispo con un aire capaz de asegurarle y darle ánimo? Bien ves con qué tranquilidad disputamos: este pueblo lejos de dar señal alguna de agitacion , escucha con la atencion mas pacífica ; y como su Pastor no quiere sacar partido sino de la bondad de su causa.”

Pidió Felix tres dias de dilacion para ponerse en estado de responder ; lo que se le concedió. Al tiempo señalado acudieron á la Iglesia ; pero dijo que no habia podido prepararse , porque no se le habian enviado sus libros. „¿Necesitabas tres dias , le dice San Agustin , para hallar este ardid? Dices que no te se enviaron tus libros , y acaso no los has pedido. Hoy,

respondió, los pido; envíense, y dentro de dos dias vengo á la disputa. Felix, le dijo el santo Obispo, todos ven que nada tienes que responder; pero pides en fin tus libros, que están guardados bajo el sello público: ¿cuáles quieres que se saquen? Al punto los tendrás; y nosotros tendremos la paciencia de esperar hasta concluir finalmente la cuestion." Pidió la epístola del fundamento, cuya sustancia le recordó San Agustín de memoria. Propuso Felix sus objeciones, repitió veinte veces la misma dificultad, enredándose y confundiéndose á sí mismo, causando lástima á todos los asistentes, hasta que penetrando un rayo victorioso de la gracia el velo que le cubria los ojos, exclamó convertido: „¿qué quereis que haga? Que anatematices al autor de estas blasfemias, respondió Agustín; pero hazlo con buen corazon, porque nadie usa aquí de violencia. Condenadle pues primero vos, respondió Felix, y le condenaré yo despues."

„No nos detengamos en esto, dijo el santo Doctor: voy á condenarle hasta por escrito, para que hagas tú lo mismo; y tomando al instante papel, escribió estas palabras: *yo Agustín, Obispo de la Iglesia católica, anatematizo á Manes, su doctrina y el espíritu que profirió por su órgano tan execrables blasfemias.* Pasó el papel á Felix, el que aun aumentó la fuerza de estas espresiones (1). Despues San Agustín compuso su tratado de la naturaleza del bien contra el fondo del maniqueismo, y en consecuencia

(1) *Posid. in vit. August. cap. 21.*

su respuesta á Secundino, obra concisa y fuerte, que á pesar de su brevedad, apreciaba mas que cuanto habia escrito contra esta heregía.

25. Pero importaba reprimir todavía mas á los Donatistas mucho mas poderosos en África que los sectarios de Manes. Sus pretensiones y audacia no tenían límites, desde que las desgracias del estado les habian permitido el libre egercicio de su religion. Talaron los campos y las tierras, derramaron el vino y los frutos que no podian consumir, y pusieron fuego á los edificios. No contentos con robar á los eclesiásticos, egercieron con ellos acciones de inaudita crueldad, hasta echarles vinagre y cal viva en los ojos. En el territorio de Hipona á uno de sus sacerdotes llamado Restituto, que sin violencia alguna ni sollicitacion, sino por su propia voluntad se habia hecho Católico, le sacaron los circunceliones de acuerdo con sus clérigos de su casa, le hirieron cruelmente, le sumergieron en una laguna cenagosa, le vistieron con una estera de juncos, y despues de haberle hecho servir de este modo de juguete á su furor por muchos dias consecutivos, le mataron. Cortaron un dedo y arrancaron un ojo á otro sacerdote llamado Inocente (1).

Para remediar estos desórdenes enviaron los Obispos congregados algunos diputados al Emperador, para obtener la revocacion del edicto de libertad que los cismáticos habian sacado con violencia, y cuyo abuso se manifestaba de un modo en extremo ofensi-

(1) *August. Epist. 233.*

vo (1). Las circunstancias eran á la sazón mas favorables á causa de la sumisión de los rebeldes. Espidió Honorio una ley firmada á 25 de Agosto de 410, anulando la que los Donatistas habian obtenido repentinamente, y prohibiéndoles juntarse públicamente bajo pena de la vida: tratamiento terrible y fuera de las reglas ordinarias; pero la audacia sediciosa de los secretarios y el orden público parecian exigirlo del poder secular. Por lo que toca á los Obispos, se manifestaron mucho mas inclinados á convertirlos que á oprimirlos: particularmente San Agustín propuso de nuevo el medio de las conferencias. Consiguíose segundo edicto que obligaba á los Obispos Donatistas á juntarse en Cartago dentro de cuatro meses, para que los Prelados escogidos de una y otra parte pudiesen conferenciar juntos. Si los Obispos no acudian allí despues de ser llamados por tres veces, se mandaba que se les desposeyese de sus Iglesias. Todas las personas celosas comenzaron á esperar felizmente á vista de estas medidas eficaces, y mucho mas de las piadosas disposiciones del ministro á quien se encomendaba la egecucion. Era este el tribuno Marcelino, revestido del cargo de Notario imperial ó Secretario de Estado, y un señor cuya religion y buenas qualidades adquirieron celebridad por su amistad y comunicacion con el docto Gerónimo y con el grande Obispo de Hipona.

26. Marcelino partió á Cartago, é inmediatamente dió aviso á todos los Obispos de África, tanto Ca-

(1) *Cod. Afric. num. 107.*

tólicos como Donatistas para que concurriesen allí á reunirse en Concilio dentro de cuatro meses, es decir, el 16 de Mayo de 411, y á mas tardar el dia 1.º de Junio, teniendo la orden fecha de 16 de Febrero. Manifestaba al mismo tiempo que se devolverian á los Donatistas dóciles las Iglesias de que se les habia despojado en cumplimiento del último edicto; y se les concedia elegir segundo juez para ser con él árbitro moderador de esta disputa. Protestábase por último con juramento, que nada tenian que recelar en virtud de las leyes anteriores, y que regresarian cada uno á su casa con plena libertad.

Ya fuese por la confianza que infundia la prohibición de Marcelino reconocida por los mismos cismáticos, ó bien por ostentacion y deseo de hacer ver que en vano y con injusticia se les oponia la multitud como á los hereges, concurrieron los Obispos Donatistas en el mayor número que les fue posible. Decian las cartas de convocacion enviadas por los diferentes Primados á sus sufragáneos segun costumbre, que suspendiendo todos los negocios, partiesen inmediatamente á Cartago para no privar á la buena causa de la ventaja de presentarse con el mayor esplendor. Acudieron todos en efecto, menos aquellos que no pudieron verificarlo por sus enfermedades ó edad decrepita: de suerte que se reunieron doscientos y setenta, que entraron en Cartago el 18 de Mayo en procesion y como en triunfo, haciendo ostentacion de su número con grande regocijo. Muchos mas Obispos Católicos concurrieron, pues habia doscientos

ochenta y seis, aunque verificasen su entrada sin pompa y sin magnificencia ⁽¹⁾.

Luego que llegaron todos, publicó Marcelino un reglamento sobre el orden que debía observarse, en el que puede verse el plan y método de estas reuniones. Ordena á los Obispos elegir siete de cada partido para conferenciar, é igual número para servir de consejo á los primeros, en caso de necesidad, con orden no obstante de guardar silencio mientras hablasen los primeros. Designaba hasta el lugar de las conferencias, á saber, las Termas Gargilianas, situadas en medio de la ciudad con una sala espaciosa, muy clara y dispuesta de modo que no se tuviese que sufrir en ella calor. Dicen también las cartas convocatorias, que ninguna persona del pueblo, ni Obispo alguno extranjero podrá entrar á oír las conferencias ni al lugar de ellas, para evitar todo tumulto. Todos los Obispos de los partidos interesados antes del día de la controversia ofrecerán por escrito ratificar lo que hagan sus representantes: hasta el fin del negocio cuidarán de hacer guardar la moderación á sus partidarios respectivos entre el pueblo: yo, añade Marcelino, publicaré mi sentencia y la espondré al juicio público: y aun daré á luz todas las actas de la controversia después de haber firmado mi resolución, y después que los comisarios firmen también lo que hayan dicho para que nadie pueda volver atrás. Habrá de cada parte para anotar las actas cuatro notarios eclesiásticos que se reemplazarán su-

(1) *August. post Coll. cap. 24. et 23.*

cesivamente; y para mayor seguridad se elegirán de cada partido cuatro Obispos con orden de velar sobre los escribientes y notarios. Deberán hacerme saber los Obispos de una y otra parte antes del día del Concilio, que se conforman con esta orden, y será suficiente que sus Primados formen estas cartas." De este modo solo debían concurrir entre todos á la conferencia treinta y seis Obispos, diez y ocho de cada parte, siete para conferenciar, siete para dar consejo, y cuatro para la seguridad de las actas.

27. Pretendían los Obispos Donatistas que se les admitiese á todos á la conferencia, con pretexto de convencer á sus enemigos de falsedad respecto al número; y los Católicos recelaron de que fuese para levantar tumultos. Opusieron solo débilmente á esta pretension de los cismáticos, para no dejarles recurso alguno y hacer alarde de la confianza que tenían en la bondad de su propia causa. Convinieron después en permitirles asistir á todos sin escepcion, y en que de parte suya no hubiese sino el número decretado por Marcelino, á no ser que los mismos Donatistas ansiasen lo contrario. Mas alta rayó aun su generosidad: „si nuestros enemigos, declararon de viva voz y por escrito, nos llevan ventaja, les cedemos nuestras Sillas; mas si los ámbros nos conceden á nosotros la palma, convenimos en que nuestros hermanos separados, reuniéndose con nosotros, conserven el honor del Episcopado. Y para convencer á todos de que no odiamos en ellos sino sus errores, en las sillas primitivas de dos Prelados ó bien pre-

sidirá cada uno de ellos por su orden, teniendo consigo á su compañero como un Obispo extranjero, ó los dos presidirán á un mismo tiempo en dos diferentes Iglesias de la misma Silla, hasta que muerto uno no quede mas que otro segun el derecho comun y la costumbre. Tiene algunos egemplos la escepcion, y se ha acostumbrado así desde el principio á favor de los cismáticos reunidos. Si los pueblos no quieren tener dos Obispos al mismo tiempo contra la práctica comun, cederemos la plaza los Católicos: bástanos vivir como sencillos y fervorosos Cristianos. Ya que nos ordenaron para servir al pueblo, usemos del Episcopado segun conviene para la paz y edificacion de la Iglesia." Debe observarse con admiracion que entre cerca de trescientos Prelados que los Católicos tenían en el Concilio, solo á dos disgustó esta resolucion magnánima, y aun estos no tardaron en adoptar el parecer generoso de todos (1).

28. Restaba solamente nombrar y autorizar los diputados, lo que se hizo el 30 de Mayo, habiéndose reunido los Obispos Católicos y cometido su causa por procuracion al número de doctores fijado por Marcelino. Para gloria del grande Agustin es digno de notarse, que entre los siete Prelados nombrados para las conferencias, habia con él dos de sus amigos y de sus mas afectos discípulos, Alipio y Posidio. Los Donatistas habian dado su procuracion á sus diputados desde el 25 de Mayo.

Despues de todos estos preliminares se congrega-

(1) *August. de gest. cum Emer. num. 6.*

ron el dia señalado, es decir, el 1.º de Junio de 417; mas se pasó todo en subterfugios de parte de los cismáticos, y en verificar las firmas de las procuraciones que nombraban ó daban poder á los diez y ocho diputados Católicos. Necesitaron para esto que compareciesen, uno despues de otro, todos los Obispos que habian firmado, fingiendo los Donatistas no creer que hubiese acudido á Cartago tan gran número, y quizá no acababan de persuadirselo á sí mismos: porque estos piadosos Prelados no habian verificado su entrada con la pompa y ostentacion de sus rivales. Los Católicos determinaron tambien comprobar las firmas de los Donatistas, y descubrieron mil odiosas señales de indignas maniobras. Mas intentaban persuadir á sus adversarios, y no confundirlos. No sacaron sin embargo mas ventaja de la rectitud particular de su proceder, que aumentar la persuasion á favor de la unidad. Contemporizaban así y trataban con la circunspeccion mas caritativa á unos hombres turbulentos y de mala fe, que no buscaban mas que un pretexto para un rompimiento completo, y que no se habian avergonzado de declamar, (como si se fijase dia y término preciso, despues del cual no se admitiria dilacion alguna) sobre los quince dias que Marcelino habia añadido por condescendencia al término de cuatro meses especificado en el edicto imperial. De donde infirieron con arrogancia, que la controversia no podia realizarse ya, por haber trascurrido el dia de la apertura. Habia concedido por dicha el Emperador al tribuno poder para otorgar dos meses mas

en caso de necesidad. La disputa que se suscitó sobre el número de firmas de uno y otro partido, produjo á la Iglesia la utilidad de dar á conocer que era grande el número de los Obispos diseminados con la misma proporcion en el resto de la cristiandad. Observamos que los Católicos contaban entonces en África cuatrocientas setenta cátedras Episcopales, sin comprender en este número las que ocupaban los Donatistas (1).

29. El 3 de Junio fue el segundo dia de la conferencia, en el que se juntaron en el mismo lugar y número que la primera vez el comisario Marcelino con sus compañeros ú oficiales y los diputados de los dos partidos. Habianse ya inutilizado en la primera sesion los principales ardidés, aunque no de todo punto. El Comisario pidió á los Obispos que se sentasen, pensando proceder por último con seriedad, y los Católicos lo hicieron sin dificultad alguna. Mas los Donatistas, afirmándose siempre en su perniciosa severidad, dijeron que las divinas Escrituras les prohibian sentarse en compañía de los malos. Marcelino tuvo la condescendencia de permanecer en pie, y los Católicos insultados se levantaron al punto de sus sillas. Esto dió lugar á otras muchas peticiones que no tenían otro objeto que dilatar el negocio. Se les otorgó cuanto fue posible, y este dia se pasó tambien en preámbulos.

En el tercero y último de la conferencia que fue el 8 de Junio, se discutió no sin dificultad el fondo

(1) *August. Brevi. num. 213.*

del asunto: tan inagotable es el espíritu de falacia. Desmintiéronse dos veces á sí mismos los Donatistas, quejándose de que insensiblemente se les empeñaba en la cuestion, como si se hubiera de tratar de otra cosa; mas la paciencia triunfó de la dobléz y de la obstinacion. Conocian los cismáticos todo el interés que tenían en multiplicar los preliminares, y en defender bien, si podemos esplicarnos así, las cercanías de una plaza, cuya debilidad no se les ocultaba, estando próxima á sufrir tan fuertes asaltos. En efecto, en el mismo punto fueron vencidos que atacados. Principiaron por la cuestion de derecho, y San Agustín demostró que en la Iglesia Católica estendida por toda la tierra, los malos, tolerados por espíritu de paz ó porque no son conocidos, no perjudican á los buenos que los toleran sin darles aprobacion. Para confirmar los pasages de la Escritura alegados por una y otra parte, distinguió la Iglesia en dos estados, el de la militante, es decir, de la vida presente, en el cual está compuesta de buenos y malos, y el de la Iglesia triunfante en que sus hijos no estarán sujetos al pecado ni á la muerte. Trataron despues de la cuestion de derecho, como medio de supererogacion la cuestion de hecho, es decir, examinaron la causa particular y primordial del cisma de Donato; y se aprobó de un modo incontestable la antigua relacion del Procónsul Anulino al Emperador Constantino, que Ceciliano no habia sido ordenado por un traidor: que Felix de Aptungia se habia justificado perfectamente de esta imputacion calumniosa: y que Segundo y mu-

chos cismáticos opuestos á Ceciliano eran por el contrario otros tantos traidores. Leyeron despues la sentencia de Constantino, contenida en su carta al Vicario de África, por la que declaraba inocente á Ceciliano y á los Donatistas calumniadores.

Dijo entonces Marcelino á los doctores del partido que ya podian responder; y ellos exigieron con toda la seguridad de la presuncion que prestasen oidos á la lectura que iban á hacer de un pasage triunfante de San Optato. Hiciéronlo así: y el pasage al principio nada esplicaba, todo era vago y obscuro. Pretendieron seguir, y leyeron toda la página hasta que vieron que el autor decia precisamente lo contrario de lo que pretendian. Es decir, que Ceciliano habia sido declarado inocente; lo que movió la risa de los asistentes que se habian sorprendido al pronto, viendo la confianza con que los sectarios pedian esta lectura. Obligaron á leer todavía los cismáticos otras piezas que no les fueron mas favorables que los escritos de los Padres, y algunas de las cuales dieron nuevas armas contra ellos. Habiéndoles demostrado que muchos de sus corifeos estaban verdaderamente contagiados en los errores que imputaban falsamente á sus contrarios, respondieron vencidos por la fuerza de la verdad, que una persona no formaba preocupacion razonable contra otra. Esto era venir de la cuestion de hecho á la de derecho; y era cabalmente lo que los Católicos acostumbraban á responderles, para mostrarles que aun dado el caso de que constase el crimen de Ceciliano, ninguna consecuencia se de-

duciria contra otros Obispos, y mucho menos contra la Iglesia universal.

Principiaban ya á oirse insultos y vagas declamaciones, cuando el comisario Marcelino les dijo: „si no teneis mas razones particulares que esponer, es tiempo de retiraros y de pronunciar la sentencia.” Obedecieron entrambos partidos, y Marcelino escribió la sentencia, llamando despues á unos y á otros para que la leyesen. Habia ya cerrado la noche á pesar de ser los dias mas largos del año; y esta sesion, comenzada al nacer el dia, no se pudo concluir sino con luz artificial. No nos queda sino una parte de las actas que fueron muy largas; mas San Agustin transmitió lo principal de ellas (1). Decia la sentencia, que no debiendo condenarse á nadie por la falta de otro, el crimen de Ceciliano no podria causar perjuicio alguno á la Iglesia universal, aun cuando pudiera probarse. Que Donato habia sido convencido de ser autor del cisma: y que el Obispo Ceciliano y Felix de Aptungia, que le habia ordenado, habian sido plenamente justificados. Despues de este preliminar se mandaba que los Magistrados, los propietarios y arrendatarios de las tierras impidiesen en todas partes las juntas de los Donatistas: que estos diesen á los Católicos las Iglesias que Marcelino les habia concedido durante su comision: que los Donatistas que rehusasen reunirse á la Iglesia quedaban sujetos á las penas promulgadas en las leyes; y que para este efecto sus Obispos obstinados deberian retirarse en el mo-

(1) *August. post. coll. cap. 12.*

mento cada uno á su morada : por último que serian confiscadas las tierras donde se diese asilo á las tropas de circunceliones. Diéronse á luz las actas de la conferencia , y se tomó el método de leerlas cada año en las Iglesias de Cartago , de Tagaste , de Hipona y de otras muchas Sillas. Los Prelados cismáticos apelaron no obstante de la sentencia de Marcelino , para lo cual les sobraron pretextos : no olvidando como se puede imaginar las mentiras , las quejas y las calumnias. Contestó San Agustin con un tratado entero que dirigió á los Donatistas legos , en los que fundaba muchas mas esperanzas que en unos doctores obstinados y de mala fe , entre quienes la vergüenza no produce ordinariamente mas efecto que el despecho y la obstinacion. Promulgóse una ley en 30 de Enero de 412 , en consecuencia de la relacion de Marcelino al Emperador , y de la injuriosa apelacion de los cismáticos obstinados , que se puede mirar como la época de la ruina de esta secta incorregible. Anula en ella el Emperador todos los edictos que los sectarios hubiesen conseguido , y confirma todas las leyes hechas anteriormente contra ellos : los condena á multas crecidas segun su clase , desde las personas mas calificadas hasta el simple pueblo , y á los esclavos á suplicios corporales : ordena sean espelidos del África sus clérigos , y que se devuelvan todas las Iglesias á los Católicos : este fue el golpe mortal de los Donatistas. Algun tiempo despues de la publicacion los mismos Obispos entraron por todas partes en el seno de la unidad con sus Iglesias enteras. Hubo algunos que

se obstinaron en el error por un partido desesperado , que ni aun se tomó el trabajo de salvar las apariencias , ni de correr el velo de la hipocresia , último recurso de los sectarios. Gritaban sin pudor , que no retrocederian aun cuando se les persuadiese la verdad de la doctrina católica y la falsedad de la suya (1). El celo sabio y paternal de los Obispos , y principalmente de San Agustin , hizo en poco tiempo de todos los Cristianos del África un solo rebaño sujeto á sus Prelados inmediatos , y subordinado al primer Pastor.

30. Conviene en verdad á la Iglesia tener siempre que combatir : á lo menos el Señor no permitió que se solazase con una paz muy larga , porque adormeciéndola en la seguridad haria perder á sus hijos con la gloria y frutos de la victoria el uso de las armas necesarias á la mas indispensable defensa. Apenas se habia conseguido vencer á los Donatistas , ó ponerles en estado de no poder dirigir ataques formidables , cuando se levantó una secta menos violenta , pero mucho mas peligrosa , cuyo autor fue Pelagio. Este habia nacido en la Gran Bretaña de una familia obscura , que no habia podido proporcionarle una educacion distinguida , ni instruirle en las letras : de todo triunfó y todo lo suplió con su ingenio , superior en disimulo y en astucia á cuanto puede imaginarse. Abrazó la profesion monástica , en la que fue lego ; mas habiendo pasado á Roma adquirió gran reputacion de virtud , y durante el largo tiempo que permaneció allí se aprovechó del trato con varias gentes

(1) *August. Epist. 1395.*

para grangearse por todas partes la estimacion de las personas justas de distincion y buena fama, y entre otras la de San Paulino y San Agustin. Así adquirió tambien buen nombre por su doctrina, y escribió algunas obras útiles.

Habiendo conocido á un Siro llamado Rufino, se precipitó en los errores mas impíos sobre el punto de la gracia: dogmas perversos que procedian del Oriente, y traian su origen segun se pretende de los principios de Origenes (1). Habíalos esparcido en Roma Rufino por los años de 400. Nunca osó darlos á luz por sí mismo; mas juzgó descubrir en el monge Pelagio un instrumento propio á sus intenciones; no porque Pelagio tuviese mas osadía que él para aventurarse, sino porque con un talento estremado para disimular é insinuarse insensiblemente, adelantaba ó hacia alto, se presentaba por sí mismo ó sondeaba el terreno por medio de emisarios de confianza, á los que admitia, y aprobaba ó desacreditaba segun las circunstancias (2).

31. Celestio fue quien mas concurrió á su designio, no solo por la preponderancia que le daba la nobleza de su nacimiento, sino tambien porque á un ingenio muy semejante al de Pelagio, entregado á las sutilezas y al amor de la novedad, reunia un carácter mas osado y mas emprendedor. Abandonaron uno y otro á Roma poco antes de la invasion de los Godos, y se dirigieron á África. Pasó Pelagio por Hi-

(1) *Mercat. in Common. in lib. sub not. pag. 30.* (2) *Gennad. cap. 44.*

pona antes de quitarse la mascarilla y mostrar su error. Vióle San Agustin despues en Cartago, y aunque habia oido hablar ya de sus errores, no logró conferenciar con él por estar enteramente ocupado en su controversia con los Donatistas; y así Pelagio fue de Cartago á Palestina donde residió mucho tiempo.

32. Celestio habia permanecido en Cartago, donde queria ordenarse de Sacerdote; sin embargo, como este novador furioso dogmatizaba sin respeto ni pudor, le delató al Obispo Aurelio Paulino, Diácono de Milán, antiguo secretario y autor de la vida de San Ambrosio. Habia sido enviado este Diácono de su Iglesia á la de Cartago, que careciendo de sugetos idóneos los habia pedido á Italia donde abundaban. Formado en la escuela de Ambrosio habia bebido en ella el horror á las novedades profanas, y el valor para descubrirlas (1). En la delacion que hizo de Celestio á un Concilio congregado con este motivo, redujo los errores á sus puntos principales. Demostró que el dogmatizador no solo negaba el pecado original con sus antecedentes y consecuentes, como es el feliz estado en que fue criado Adán, y que estaba destinado el género humano antes del pecado, y tambien la necesidad de la redencion, la insuficiencia de la ley para salvarse, y su imperfeccion comparada con el Evangelio. Estas cosas, decia Celestio, que eran solo opiniones problemáticas, que se podian sostener ó impugnar con indiferencia, y que conocia muchos eclesiásticos que no creían el pecado original.

(1) *Mercat. com. ad imp. cap. 1.*

Por otra parte confesaba, que los niños necesitaban de redencion, y que se les debia bautizar para que tuviesen parte en el reino de los cielos. Entre el reino de los cielos y la vida eterna, que no dudaba conceder á los niños muertos sin bautismo, ponía una distincion enteramente nueva, y usaba de otras mil sutilezas que templaban en apariencia ú obscurecian las proposiciones mal sonantes y escandalosas que antes habia sentado. Examináronle por último los Prelados metódicamente, haciéndole varias preguntas, hasta que le penetraron bastante para convencerle de errar obstinadamente en materia de fe. Condenáronle entonces espresamente en este Concilio de Cartago, y le privaron de la comunión eclesiástica. Aterró la sentencia á los partidarios, y los mudó en mucho mas exactos ó mas atentos. No habia asistido al Concilio San Agustin, y al principio no se opuso abiertamente contra los gefes de la nueva secta, tenidos por hombres de virtud y unidos familiarmente con las personas piadosas, á las que procuraban con gran cuidado ocultar sus maniobras. Contentóse con instruir á su pueblo y exhortarle á permanecer firme en la antigua doctrina, sin señalar claramente á los que la impugnaban, por no esasperarlos y precipitarlos en el último esceso. Escribió no obstante contra ellos ó contra sus principios este mismo año de 412 (*).

(*) Cuando comenzaba San Agustin á emplearse totalmente en la impugnacion de los errores de Pelagio, dos Prelados Españoles, Paulo y Entropio, pasaron al África deseosos de que el grande Obispo de Hipona se dedicase algun tiempo á confutar

33. El Tribuno Marcelino que veía renacer las turbulencias en la Iglesia de África, consultó al punto al oráculo de aquella provincia y de todo el mundo cristiano sobre estas funestas disputas, mayormente sobre el bautismo de los niños. Contestóle Agustin y le remitió sus libros de la remision de los pecados, los primeros que compuso contra los Pelagianos. Para refutar con fundamento esta heregía, demuestra desde luego que el hombre está sujeto á la muerte, no por la primera institucion del Criador, sino por el demérito del pecado: que el pecado de Adan contaminó á toda su posteridad, y que para obtener la remision de este pecado de origen se da á los niños el bautismo.

34. Sostuvo con constancia, que esta mancha original es bastante odiosa á los ojos del Señor para hacerle escluir á los que la conservan tanto de la vida eterna como del reino de los cielos, contra la vana distincion de los novadores. Aun llegó á asegurar despues especialmente en un sermón lleno de vehemencia predicado en Cartago, que los niños muertos sin bautismo padecen verdaderamente las penas del infierno y el fuego eterno. Esta doctrina entre muchos escritores eclesiásticos, especialmente entre los Orien-

estensamente la heregía de Prisciliano. Conferenciaron los celosos Españoles con S. Agustin, pero si bien les instruyó el Santo de palabra, y los confirmó en la sana doctrina, no pudo por entonces llenar sus deseos, por verse implicado en otros negocios de igual ó mayor utilidad para la Iglesia. Poco despues regresaron Paulo y Eutropio á sus Sillas.

tales, fue tenida por rigurosa; y el mismo San Agustín respondiendo después á Juliano de Eclana, la suavizó mucho en el quinto libro contra este peligroso sectario. Esta obra es de las mas bien meditadas y mejor trabajadas por el santo Doctor. He aquí sus propias espresiones: „no, no digo que los niños muertos sin bautismo deban sufrir una pena tan grande que les hubiera sido mejor no haber nacido. No osaré decir que les hubiera sido mejor no existir que padecer en donde están;” y así no los condenaba á las llamas eternas como á los adultos reprobados, de quienes dice el Señor á causa de este horrible castigo, que mejor les hubiera sido no haber nacido. Hemos de observar asimismo, que la severidad extraordinaria de San Agustín, á lo menos por algun tiempo, acerca de los niños muertos sin otra culpa que el pecado original, nacia tal vez de cierta propension á una opinion abandonada después de todos con justicia: porque afirma que nuestras almas y cuerpos dimanaban igualmente de los del primer hombre.

Juzgaron por el contrario algunos modernos que existia un tercer lugar en donde los niños muertos sin bautismo no solo no padecen pena alguna corporal, sino que gozan de una felicidad natural, á pesar de su privacion de ver á Dios. Opinion es esta que el piadoso y sabio Belarmino con los mas respetables miran como contraria á la fe, sin creer no obstante que estos niños padezcan la pena de fuego. Abstengámonos conforme á nuestra máxima de este género de controversias, y creamos sencillamente con el tor-

rente de los Padres y Doctores, que estos desgraciados herederos del crimen de su primer padre positivamente son infelices, si no por el fuego y demás tormentos corporales, ni por el gusano roedor, ó por los remordimientos de la conciencia, porque el pecado original no dependió de su voluntad, á lo menos por la pena de daño ó privacion de un Dios que era su postrer fin y la sola fuente de su soberana felicidad. No obstante, no se nos tenga por osados, si esperamos de un Dios piadoso por esencia y al cual solo nuestros crímenes obligan á ser severo, que no descubra á estos niños la grandeza de su pérdida de un modo que les haga sufrir una pena igual á la que su justa venganza impone á los pecadores condenados por el abuso que hicieron de su libertad. (Sucederá con estos niños lo que con aquellos que nacen sin el título de nobleza, que se conforman con facilidad porque no nacieron por su culpa sin el derecho que tendrían al reino, si sus mayores no le hubieran perdido.)

Los Pelagianos concluían del falso principio de que la naturaleza no habia sido inficionada en su origen, que los hombres tenían en sí el poder y facilidad de cumplir todos los mandamientos divinos si tenían voluntad: que podían con solas sus fuerzas pasar toda la vida sin pecado; y que muchos tanto en la ley antigua, como bajo el Evangelio se habían conservado en efecto limpios de toda mancha hasta la mas ligera. San Agustín conviniendo en que el hombre puede en esta vida pasar sin pecado por la gra-

cia de Dios y cooperación del libre albedrío, asegura que nadie se halla realmente en este estado, porque nadie lo quiere como es necesario: que excepto Jesucristo, ningún hombre vivió ni vivirá sin mancha. Explícase bastante en otro lugar respecto á la Madre de Dios, para que nadie pueda concluir la menor cosa contra uno de sus mas gloriosos privilegios, como veremos luego.

35. Escribióle Marcelino, despues de recibir estas respuestas del santo Doctor, admirado de que dijese, que el hombre puede vivir sin pecado, pero que ninguno ha vivido ni vivirá nunca sin él. ¿Cómo creis posible, le dice, una cosa de la cual suponeis que no hay ni habrá jamás ejemplo? Para desenvolver esta dificultad, escribió Agustin su libro del Espíritu y de la Letra, que no es mas que una esplicacion del pasage del Apóstol, que dice, *que la letra mata y el espíritu da la vida*. Demuestra con una larga induccion, que hay muchas cosas posibles que no han existido; y como se le podia replicar que la mayor parte de las comparaciones que cita ha como pruebas, no versaban sino sobre obras divinas, previene esta objecion, y dice, que la huida del pecado es en el hombre la mas divina de todas las obras: porque para evitarle no es suficiente al hombre la libertad que recibió de su Criador, ni los documentos exteriores, aunque sobrenaturales, que le enseñan lo que debe hacer para vivir bien, sino que con las fuerzas de la naturaleza y el socorro de la revelacion, es menester nos mueva el Espíritu

Santo con las inspiraciones é impulsos que produce interiormente en nuestras almas, para la práctica del bien ya conocido; pues de otra manera la instruccion no es mas que la letra que mata, puesto que la gracia interior unida á la naturaleza en virtud de la redencion es el espíritu que vivifica. La ley, pues que nos instruye es insuficiente, aunque sea buena y santa; y al contrario nos haríamos mas culpables, si estuviese sola, porque entonces conoceríamos nuestras obligaciones sin observarlas.

Despues añade: „aun cuando cumpla el hombre lo que se le ha mandado, si lo hace por un temor vil, que renunciando al mal siente no poder cometerlo impunemente, tal obediencia no merece este nombre, y es digno de castigo en vez de recompensa; porque no hay fruto bueno que no provenga de la raiz de la caridad.” Se ha hecho grande abuso de estas palabras de San Agustin, para que un escritor que da noticia de las circunstancias mas leves de la doctrina de este Padre, pueda dispensarse de explicar su verdadero sentido. Notemos, que el santo Doctor no reprueba el temor en general el cual en efecto no vence la concupiscencia sin el socorro de la esperanza; pero tampoco la favorece, y aunque imperfecto, no es malo si no le acompaña el afecto actual y libre al pecado; esto es, á no ser que nos haga abstener solo del acto exterior del pecado y no de la voluntad de pecar. Entiende el santo Doctor por la caridad, conforme á la esplicacion del clero de Francia en 1720, no solo la caridad habitual y

el amor dominante, sino tambien todo amor actual de Dios, toda buena voluntad y todo amor del verdadero bien en cualquier grado en que esté.

En este sentido, esplicando estas palabras de San Pablo á los Romanos: *los Gentiles que no tienen ley hacen naturalmente las cosas que son de la ley*, dice San Agustín, que los infieles hacen ciertas acciones conforme á las reglas de la justicia. Y aunque añade luego, que si se examina atentamente el fin de estas obras, apenas se halla que merezcan el nombre de obras de justicia, siempre es constante, que el santo Doctor reconoce que algunas de estas acciones, lejos de ser pecados, son actos de virtud. Porque cuando dice, que lo bueno que hay en estos infieles no servirá sino á disminuir su castigo, no pretende que serán castigados por el bien que habrán hecho, sino que la justicia divina hallará menos pecados que castigar en ellos, que si no hicieran alguna de estas acciones moralmente buenas. En el mismo sentido añade, que el libre albedrío no puede menos de pecar, si el camino de la verdad es desconocido; y aun cuando se le principia á conocer, si la caridad ó la gracia interior del Espíritu Santo no nos la hace tambien amable. En esto nada mas quiere decir, sino que en el orden de la salud, de que se trata únicamente en este lugar, el libre albedrío por sí solo lejos de procurarla, no puede sino poner óbice á ella pecando las mas veces.

Es digno de una atencion particular el capítulo 33 de este tratado por el modo con que establece, no

solo la voluntad sincera que tiene el Señor de salvar á todos los hombres, y por consiguiente la gracia suficiente, puesto que no todos se salvan, sino tambien el poder de Dios y la compatibilidad de la libertad con este poder ó con la gracia. El Santo habia ya dicho antes que el Señor, dando el poder de hacer bien, no impone necesidad de hacerlo. Añade aquí, que el libre albedrío es aquella fuerza intermedia que puede ser determinada por el partido de la fe ó por el de la infidelidad; sin que de aquí se infiera que el hombre tiene la voluntad de creer, á no ser que la haya recibido de Dios sobrenaturalmente: porque aunque proceda del libre albedrío que recibimos naturalmente del Criador, es necesario que una vocacion sobrenatural ó la gracia esciten al libre albedrío. El Señor que quiere que todos los hombres se salven, no por esto les quita el libre albedrío, sobre cuyo uso serán juzgados con justicia. Mas cuando hacen mal uso de él obran contra la voluntad de Dios, pero sin vencerla; y así experimentarán en los castigos el poder de aquel cuya misericordia ó dones despreciaron. Luego acaba diciendo: „la voluntad de Dios nunca es vencida, como que es invencible: lo que no podria ser si no hallase medio de castigar á los que la desprecian. Así conservamos juntamente el libre albedrío y todos los motivos que tiene nuestra alma de bendecir al Señor en reconocimiento de sus dones.”

Tan decisivas son estas últimas palabras, que aquellos cuya doctrina combatia el Santo no encontraron

mas recurso para responder que decir, que ellas contienen un argumento contra los Pelagianos; siendo así que es la misma respuesta de San Agustín á su objecion. Añade, que si esta respuesta no satisfaciese de todo punto, la causa es la obscuridad del misterio de la predestinacion, así como la siguiente pregunta será eternamente insondable: *¿por qué queriendo Dios la salvacion de los hombres, no los llama con una vocacion á que en efecto consientan?*

Por fin advierte el defensor de la gracia, que no se atribuya á Dios el pecado, como se le atribuye la voluntad de creer y obrar bien, aunque uno y otro existan por el libre albedrío que nos dió criándonos. Si se refiere á Dios la buena voluntad, no solo es á causa del albedrío que es una prenda natural de nuestra creacion; sino porque el Señor nos hace querer por medio de ausilios interiores y exteriores que no están en nuestro poder, aunque dependa de nosotros asentir ó resistir á ellos (ó para verter con mas escrupulosidad las espresiones originales), porque no está en poder de persona alguna lo que le viene saludable al espíritu; pero siempre depende de la propia voluntad dar ó rehusar el asenso. Así sostiene en todas partes el Doctor de la gracia los derechos de esta, sin perjudicar de manera alguna á los del libre albedrío.

36. Los Obispos de esta respetable antigüedad solian encomendar los oficios y enseñanza ó instruccion á los que llegaban de otras tierras. Habiendo pues pasado San Agustín á Cartago, el Obispo Aurelio pidió

á este huesped venerable cumpliese con este piadoso empleo. Prevínole sin duda, como era justo, que los enemigos de la gracia seguian, aunque mas reservadamente despues del Concilio, seduciendo á los simples con sus infames equívocos. El santo Doctor habló con una elocuencia extraordinaria, y probó el pecado original por los mismos principios de los Pelagianos, que negaban el reino de los cielos á los niños muertos sin bautismo (1). „Esplíquenla como quieran, decia, esta privacion siempre es una pena; ¿mas cómo una persona libre de todo pecado sufriria con justicia una pena sea la que fuere? „Esta dificultad la esfuerza el orador con viveza, hablando con la mayor vehemencia en todo lo restante de su discurso; de modo que los hereges echaron de ver al punto la fuerza de sus razones. Conocia Pelagio sus fuerzas y las de sus enemigos; y cediendo á Agustín la preeminencia en la doctrina, se reservaba el talento de la insinuacion y seduccion en que era aventajado: así formó el intento de ganar á un adversario que desesperaba vencer, y en primer lugar se dió traza de preocuparle en su favor con la lisonja y las alabanzas. Escribióle en un estilo capaz de deslumbrar á todo hombre que no tuviese igual humildad que ciencia; pero el modesto y profundo Doctor le respondió friamente, aunque con mucha urbanidad, que era sensible á las demostraciones de estimacion; pero que le rogaba por Dios pidiese á este Señor, fuese por la gracia divina cual él le pintaba, mas

(1) *August. Serm. 294.*

bien que seguir representándole diverso de lo que era.

37. Pasaba aun por ortodoxo entre la multitud seducida con estas artificiosas espresiones, y mucho mas por su manera de proponer el error en forma de cuestion, el heresiarca que no se declaraba abiertamente: estratagema concertada entre él y sus discípulos, en especial con su amigo Celestio (1). El mismo artificio habia usado en sus comentarios sobre las epístolas de San Pablo; pero la Providencia presentó pronto una ocasion brillante para quitar la máscara á la impostura.

Los Godos desolaban como vimos la Italia, quando Demetriades de la ilustre casa de los Anicios, huyendo de su furor se retiró al África con sus parientes; y los encomios que oyó á San Agustin de la virginidad hicieron en la ilustre fugitiva tan viva impresion que resolvió abrazarla. Guardó sin embargo sobre el particular el mas profundo silencio: en medio del fausto y de las delicias, rodeada de eunucos y esclavos de ambos sexos que la servian, se acostumbró á la práctica de los ayunos y abstinencias monásticas, vistiéndose tosca y ásperamente, cubierta de cilicio, y durmiendo sobre la dura tierra; ignorando esta vida mortificada casi todos sus domésticos, exceptuando algunas vírgenes santas dignas de su confianza. Consistia la mayor dificultad en conseguir de su madre Juliana y de su abuela materna Proba, que aprobasen su designio. No eran vanos ni infundados sus temores, y los pensamientos de estas ilustres Romanas,

(1) *Hieronym. Epist. 3. ad Demetriad.*

mas distinguidas aun por su religion que por su nacimiento, eran diferentes de los de la tierna vírgen, como ella misma temia. El matrimonio de Demetriades era lo único que ocupaba á esta madre y esta abuela respetables. En esto es verdad que no atendian mas que á salvar de algun accidente triste el corazon de una jóven tímida, de la que no se atrevian á exigir la mas sublime perfeccion. La ignorancia mútua de estas almas generosas, atentas todas y fieles á la guarda y conservacion de la castidad perfecta, guió las cosas de modo que casi iba á verificarse el matrimonio. Señalaron el dia, y se preparaba ya el lecho nupcial, en tanto que la tímida Demetriades se hallaba en la mayor zozobra é inquietud. Determinó irrevocablemente en aquella misma noche seguir su designio animada con la memoria y egemplo de mil vírgenes generosas y fuertes; y á la mañana siguiente abandonando todas sus joyas brillantes y adornos diarios, y cubierta de un vil y tosco manto se echó á los pies de su abuela, no esplicándose mas que con sus lágrimas y gemidos. Grande fue la sorpresa de Proba y Juliana, que llegó á tiempo que duraba la tierna escena, y no sabian á qué atribuirlo ni qué resolucion tomar; pero cuando supieron á fondo la pureza de las intenciones de Demetriades y su determinacion tan meditada, ensalzaron su piedad abrazándola con ternura y llorando con ella. La alegría fue general en toda la augusta casa al saber una cosa tan digna de interesar á todo buen Romano, cuyo heroismo tenia por objeto la Religion.

Siguieron su ejemplo muchas criadas y amigas de Demetriades: las Iglesias de África adquirieron mucha gloria y honor, y las de Italia se llenaron de consuelo en la triste situación que las afligia, y hasta el Oriente se admiró de este suceso. Nada disminuyeron Proba y Juliana de la dote de su hija, dando á su Esposo celestial en sus miembros que son los pobres todo lo que habían destinado para el matrimonio. Por fin recibió el velo de manos del Obispo con la mayor solemnidad.

38. El Pontífice San Inocencio y todos los ingenios ilustres por su piedad y elocuencia, consagraron en sus escritos la memoria de un suceso tan glorioso á la Religión. Trabajaba á la sazón el santo Presbítero Gerónimo su comentario sobre Ezequiel, y aunque le restaba poco para concluirle, suspendió este digno trabajo para reunir en una carta dirigida á Demetriades las obligaciones de una virgen cristiana. En esto no hizo mas que otorgar lo que le pidieron vivamente algunos, que se dedicase á esta obra inmortal, en la que procura advertir y sostener á la Santa contra los riesgos en materia de fe, como quien sabia que las personas de esta distincion y fervor, especialmente las mugeres, peligran si el falso celo de los novadores penetra hasta sus moradas. La regla principal que le prescribe en esta ocasion y á la cual sujeta todas las demás, es profesar invariablemente la fe del santo Papa Inocencio.

39. Pelagio, que entonces estaba en la Palestina, con mas deseos que nunca de representar una escena

brillante entre los hombres célebres de su tiempo por su doctrina y piedad, escribió tambien á Demetriades una carta muy estensa, ó por mejor decir, un libro, que decia este seductor haber compuesto á ruegos de la madre de la Santa (1). Aquí principió á esparcir el veneno de su heregia de un modo tan claro y perceptible que no podia justificarse, no obstante haber empleado con las flores de la elocucion todas las finuras de la sutileza, del equívoco y de todo el falso adorno de la impostura.

Oigámosle esponer sus sentimientos despues de un exordio lisongero y seductor. „Siempre que tengo que tratar, dice, de las costumbres y perfeccion cristiana, comienzo presentando á la vista las fuerzas de la naturaleza para animar á mi auditorio á la práctica del bien. Porque ¿cómo abrazaríamos el camino de la virtud, si no tuviéramos la esperanza de llegar á su término? Este método es tanto mas conveniente, cuanto se trata de formar una persona mas perfecta. Pongamos, pues, por fundamento de la vida espiritual el mismo fondo sobre el que debemos trabajar, y las fuerzas de que no se hace uso sino cuando se cree el hombre con ellas. El mejor modo de animar el corazón humano es enseñarle que puede lo que desea: para hacer cumplir todo el bien que está en poder de la naturaleza, es menester mostrarle que está en efecto en su poder. El mejor discurso en el campo de batalla es representar á los combatientes sus fuerzas y proezas valerosas.”

(1) *Ap. August. Epist. 17. Hieronym. Epist. 10.*
TOM. V. 27

Esta moral era muy contraria á todos los principios de los Padres de la vida espiritual y cristiana, que siempre versan sobre la desconfianza de sí mismo y el recurso de la gracia, para no escitar la inquietud y el escándalo. Despues que Pelagio dejó caer el velo de su descaró y osadía, nadie dudó de sus designios, ni fueron estos un problema. Para probar el poder de la naturaleza y del libre albedrío, presenta en lo restante de su libro el egeemplo de los filósofos Paganos, que sin conocer á Dios, decia, hicieron mil cosas muy agradables á Dios; y el de los Patriarcas, que solo con el socorro de la ley ó sin él, como Job, hicieron admirar las riquezas ocultas de la naturaleza, y mostraron en el heroismo de sus virtudes lo que todos podemos; pero lo que mas esplica la doctrina soberbia de Pelagio es lo que dice á Demetriades despues de muchas máximas escelentes para la conducta de una virgen: „he aquí, le dice, los motivos grandes de preferiros con justicia á vuestros semejantes. La nobleza y grandeza temporal provienen de la familia y no de la persona, mas tú sola adquiriste las riquezas espirituales. Única eres, pues, en esto y estimable sin comparacion; lo que te pertenece es tuyo, y hace parte de tí.” Ve aquí el compendio y la quinta esencia de toda la doctrina pelagiana, que en un principio no se diferenciaba de la doctrina de los Estoicos, y destruía como esta toda la virtud de la redencion por Jesucristo. A este modo el mas elocuente de los filósofos habia dicho en medio de Roma idólatra, que nadie daba gracias á los

dioses de ser hombre de bien ó justo, en el sentido que se puede tomar esta palabra segun ellos; sino que se los ensalzaba y bendecia por las riquezas, por los honores, por la salud, no por ser justo, sabio y sóbrio. Pelagio usaba sin embargo la palabra gracia en algunos lugares de su carta; pero en su lenguaje era un término genérico que significaba los socorros exteriores para la práctica mas fácil de la virtud, como la ley antigua, las instrucciones evangélicas, los egeemplos y las lecciones del Salvador, y no otra cosa.

No pudo San Agustin con toda su moderacion guardar silencio á vista de un proceder tan infame, y de tan indignas tramas de parte de los novadores. „Ya es demasiado, dijo predicando algun tiempo despues, y no es dable tolerarlos, porque acaban con la paciencia de la Iglesia. Enhorabuena que toleremos aun á los que se engañan en materias que son aun algo difíciles; pero no á los que quieren arruinar los cimientos mismos del cristianismo. Con todo no les quitemos todos los medios de volver á unirse con nosotros: cuidemos de que no les den el nombre de hereges por mas que lo merezcan (1).”

40. Parecia que Pelagio moderaria su conducta detestable; pero no fue así, pues cada dia esparcia sus errores con mas temeridad. Vertia este sagáz impostor, en cuanto le era posible, su hiel en el seno de las personas mas piadosas, siendo objeto de sus pérfidas palabras la porcion mas preciosa del rebaño de Jesucristo, ó las almas singulares que se consa-

(1) *August. Serm. 29.*

graban á una perfeccion mas eminente. Despues de sus vanas tentativas con la célebre Demetriades, logró mejor su designio, á lo menos en un principio, con dos jóvenes que eran de una piedad egemplar. Se llamaban Santiago y Timaso, cuya confianza captó; y consiguió con su raro modo en el arte de seducir que ambos abandonasen el mundo por la vida monástica, y gustasen de sus impías sutilezas. No nos cause esto admiracion: la sencillez y poca esperiencia de estos jóvenes les ocultaba el artificio maligno de su seductor, á quien antes bien miraban como un hombre celoso de su perfeccion. El Señor tuvo piedad de su poca esperiencia, y les procuró en las luces de Agustín un socorro proporcionado á la grandeza del riesgo en que estaban. La doctrina de este Padre penetró de tal modo sus corazones, y concibieron tanto horror á las opiniones con que se les habia principiado á corromper, que le entregaron un libro de Pelagio, intitulado de la Naturaleza, que con pretesto de defender la obra del Criador, destruía la gracia del Redentor.

41. Este heresiarca tenia un talento particular para presentar el error de una manera que pareciese ortodoxo; pero la penetracion de Agustín descubrió la heregía, á pesar del artificio con que el pérfido quería cubrirla. No obstante, conocia este inmortal Pastor de Hipona que el pueblo podia dejarse sorprender por falta de penetracion, y así juzgó necesario correr el velo y mostrar el veneno oculto. Compuso con estas miras su libro de la Naturaleza y de

la Gracia, dirigiéndole á los dos jóvenes, cuya instruccion se proponia directamente. En esta obra, monumento eterno de sus conocimientos profundos en la materia, trata á fondo de la corrupcion de la naturaleza por el pecado, y de la necesidad de la gracia para curarla. „De lo contrario, dice, en vano murió Jesucristo: lo cual es una execrable blasfemia. Así la naturaleza no está en un estado de integridad ó de salud perfecta: no puede cumplir por sus propias fuerzas con la ley, y mucho menos con la perfeccion de la justicia, ni por consiguiente establecerse en el estado de impecabilidad y esencion de las pasiones que los filósofos Estoicos llamaban *Apathia*, y que el orgullo pelagiano, poco diverso del suyo, sostiene con imprudencia (1).

42. El santo Doctor dice espresamente en esta obra, que cuando se trata del pecado no quiere que se dude ó cuestione acerca de si la Virgen estuvo esenta de él. „Cuando se trata de pecado, no hablo de la Virgen.” Despues de haber examinado bajo el reinado de las tres leyes divinas, á saber, la no escrita, la de Moisés y la de Gracia, si hubo hombres sin mançilla alguna, concluye por la negativa; y de todo el género humano solo exceptúa á la madre de Dios por honor al Redentor. El motivo que da y los términos que usa, aumentan mucho y esceden aun lo que en la asercion misma habia propuesto. Este Doctor tan modesto, que en ninguna criatura halla título para creerse digna de los favores celestiales, en

(1) *August. de Natur. et Grat. cap. 36.*

una obra dogmática en que no se trataba de hacer el elogio de María, afirma, que en virtud de la plenitud de la gracia que la hizo merecedora de concebir y dar á luz al que es indudablemente sin mancha, triunfó de la tiranía del pecado sin escepcion alguna.

43. No merecia Pelagio que se usase ya con él de atencion alguna, y con todo, su caritativo adversario aun no le nombra en esta refutacion, evitando de todos los modos posibles exasperar á este [miserable, á quien llama amigo para ganarle, y porque le llama con este nombre tierno el sagáz y astuto antagonista en la carta que le habia escrito tan llena de falsos y fingidos cariños y lisonjas; pero no deslumbraron al humilde y sabio Agustin. Este digno Pastor le dice con toda la expresion de su alma y de su corazon, que su persona le era siempre querida y estimada, y que su mayor consuelo era ver que aun podia conservar su honor, cuando el interés de la Iglesia no le permitia callar acerca de su doctrina. El resultado convenció al Santo de que no se gana á los orgullosos perdonándoles la humillacion: la modestia de Agustin hizo subir de punto la presuncion de Pelagio, que juzgó que sus dulzuras caritativas eran efectos del temor. A pesar de esto, leyendo la obra que le refutaba, no se tuvo por digno de responder; y como no se hacia mencion de él, se contentó con esponer que entre las obras que le criticaban, unas no eran suyas, y otras se las habian arrebatado y dado á luz sin su consentimiento antes que las corrigiese.

44. En Oriente observó San Gerónimo el mismo

porte que el Obispo de Hipona. Refuta con la vehemencia y erudicion que le eran propias en su epístola á Ctesifonte, que le habia consultado sobre estas novedades acreditadas ya sobrado entre los Orientales. Sin nombrar á los gefes de la secta, atribuye el primer origen á los filósofos Pitagóricos y Estóicos que se apropiaban orgullosamente el poder, no solo de reprimir, sino de extinguir radicalmente las pasiones. A los sectarios les hace cargo de haber renovado este error, cuyo tipo eran los Origenistas y discípulos de Joviniano, y aun tomando las cosas de mas lejos, los Maniqueos que eximian de todo pecado á los que decian ser sus escogidos ó perfectos. Despues compuso para satisfacer á las instancias de los fieles celosos un diálogo entre un Católico y un Pelagiano, en el que vemos que los eclesiásticos llevaban vestiduras blancas en la celebracion del santo sacrificio: y cumpliendo su promesa refuta aquí con mas estension que antes los errores de Pelagio acerca de la impecabilidad y fuerzas del libre albedrío (1). Se vale de los mismos medios que San Agustin, á quien cita con una estimacion y sencillez capaces sin duda de hacer creer que entonces no abrigaba el menor resentimiento ni agravio aparente en su interior; pues aunque en otro tiempo pareció que lo mostraba así, fue solo por celo. Lejos de esto, dice, que el santo y elocuente Obispo apuró el asunto, de modo que yo no me hallo ya con gusto para emprender un trabajo en que solo se pueden hacer vanas repeticiones. Si quisiera pre-

(1) Hieronym. lib. 1. ad tit. 73.

sentar razones nuevas, serian débiles, porque este ingenio apreciable profundizó y espuso las mejores." Al escribir esto San Gerónimo, aquel docto y santo solitario tenía ochenta y siete años, y se acercaba al término en que los mismos Santos examinan su conducta con mas escrupulosidad.

45. No habla así del Concilio que se celebró en Dióspolis en Palestina á fines de este año de 415 (1). Sin embargo, los Padres de este Concilio no estaban inficionados con la doctrina de los novadores, desechada en él sinceramente, aunque es cierto que se absolvió á Pelagio y permaneció en la comunión eclesiástica, porque condenó verbalmente sus máximas. A mas de la dificultad de penetrar el sentido verdadero de sus continuos equívocos, siendo los Padres de Dióspolis todos Griegos ó Sirios, no entendieron bastante el extracto latino de sus obras producido por sus acusadores; y estando estos ausentes, dió sin oposición las esplicaciones que le favorecian.

46. Estos eran dos Obispos de la Galia, Héros de Arlés y Lázaro de Aix, que estaban espelidos de sus Sillas. Habla muy mal de ellos el Papa Zósimo, aunque siempre los presenta como hombres buenos; y San Próspero al decirnos que Héros fue discípulo de San Martín, le presenta como varon venerable por su santidad. Estas diversas opiniones hicieron el punto mas insondable; sin embargo, parece que se pueden conciliar, atendiendo á la variedad de tiempos y materias en que se hallaron metidos ambos Obis-

(1) *August. de gest. Pelag.*

pós. Héros habia usurpado, segun afirman los que de esto escriben, la Silla de Arlés, protegido por el tirano Constantino sublevado contra el Emperador Honorio; y Lázaro condenado como calumniador en un Concilio de Turin, subió á la Silla de Aix por la debilidad de Proculo de Marsella, que no tuvo valor para oponerse á la voluntad del mismo tirano. Unos hombres que habian llegado de este modo al Obispado, no podian ciertamente merecer el amor ni la confianza del primer Pastor, que tiene el cuidado de todas las Iglesias: lo que no se opone á que el que sabe sacar bien del mal, los emplease útilmente contra las novedades heréticas. Lejos de las Galias, en la Palestina, donde se refugiaron y eran desconocidos, hicieron olvidar sus primeros defectos por su celo contra los Pelagianos; y no pudiendo menos San Próspero y San Agustín de acoger y amar á los que combatiesen esta secta, no es de admirar que formasen una idea ventajosa de estos dos Obispos y la comunicasen á los otros.

Sea lo que sea acerca de sus corazones é intenciones, que ahora mas que nunca conviene dejar para Dios, no pudieron acudir al Concilio el dia señalado; porque uno de ellos se halló enfermo de peligro. No sucedió así con el heresiarca que compareció al punto; y se cree que Juan Obispo de Jerusalem de quien se sospecha que fue su fautor, precipitó la apertura. Lo restante se hizo con mas rapidéz, porque el Presidente de la junta tenia ya en sus manos la delacion ó memoria escrita, en donde se habian re-

cogido los errores diseminados en los libros de Pelagio y de algunos de sus discípulos, con los artículos particulares que habian dado margen á la condenacion de Celestio en el Concilio de Cartago. Parece que el principal intento de los Padres de Dióspolis, fue el exámen de la acusacion intentada por Héros y Lázaro. Formaban el Concilio catorce Obispos de las Sillas circunvecinas. Juan de Jerusalem y Eulogio, que se juzga fue Metropolitano de la Palestina ú Obispo de Cesaréa, y fue el que presidió, eran los mas conocidos.

Queriendo el pérfido y sagáz Pelagio prevenir los ánimos á su favor, se vanaglorió de tener amistad con los mas dignos Prelados: enseñó sus cartas y aun algunas de San Agustin, el que en efecto le habia mostrado benevolencia, cuando esperaba todavía atraerle al camino verdadero (1). Leidas que fueron las acusaciones, no entendiendo los jueces el idioma latino, mandaron las explicase un intérprete. Pelagio que poseía las dos lenguas, se esplicó por sí mismo en griego.

Lo primero que se examinó fue su opinion respecto á la impecabilidad y ciencia de la ley. Sin negar formalmente un punto de que fácilmente le hubieran convencido, convino en que él le habia asentado, pero no como sus acusadores lo entendian. „Jamás opiné, dice, que el que tiene la ciencia de la ley no pueda pecar, sino que es ayudado por la ciencia de la ley para no pecar, segun está escrito

(1) *August. de gest. Pelag. cap. 25. et Epist. 146.*

en Isaías: *les ha dado el socorro de la ley.*” El Concilio declaró sobre esto, que lo que habia dicho Pelagio no era contrario á la doctrina de la Iglesia, y mandó pasar á otro artículo. Leyóse pues lo que el heresiarca habia escrito por el propio tiempo, que todos los hombres en la observancia de la ley son guiados por su misma voluntad. „Yo me esplicé así, dijo, á causa del libre albedrío. Dios ayuda á preferir el bien; y el hombre que peca, comete falta, porque tiene libre albedrío.” Tampoco se halló en esto cosa contraria á la doctrina católica, y así se prosiguió la lectura. Lo que habia sentado, de que el dia del juicio no perdonaria Dios á los pecadores, era muy reprehensible en el sentido del sectario que hablaba generalmente de todos los pecadores, sin exceptuar los que hubiesen borrado sus pecados por los méritos del Redentor: así reducía á casi nada el beneficio de la redencion. Pero como no habia allí nadie que le instase é hiciese descubrir su pensamiento, satisfizo citando el pasage del Evangelio, donde se dice: *que los pecadores irán á los suplicios eternos.* A vista de esto los Obispos se persuadieron que procedia de buena fe; y para mas convencerlos de que no pretendia otra cosa que sostener la eternidad de las penas del infierno, acusó, como todos los que son cabezas de partido, á sus adversarios de la heregía contraria á la suya, y los trató injuriosamente de Origenistas. Sobre otra proposicion, en la que con pretesto de prometer el reino de los cielos á los fieles del antiguo testamento, igualaba el mérito de la ley

antigua al de la nueva, acusó de maniqueismo á sus contrarios. „En cuanto á mí, dijo, no desprecio el primer testamento, ni me avergüenzo de haber dicho en el sentido del Profeta Daniel, que los Santos serán admitidos al reino del Señor.”

Por lo tocante á su famosa asercion, de que el hombre, si queria, podia vivir sin pecado, y sobre otras muchas proposiciones tan propias á destruir todos los cimientos de la humildad y piedad cristiana, contestó: „dije que el hombre podia vivir sin pecado, y guardar, si quiere, los mandamientos; porque Dios le ha dado poder para ello. No porque sostenga yo, que haya habido alguno que desde la infancia hasta la vejez no haya pecado jamás; sino solamente que despues de la conversion podemos permanecer sin pecado por nuestros esfuerzos, y por la gracia del Señor; sin ser por esto inmutables en el bien. No se lee en mis escritos lo demás que me atribuyen mis enemigos, y tales impiedades no son sino partos monstruosos de la malignidad y de la calumnia. Los Padres le dijeron: ya que niegas haberlas escrito, ¿condenas á los que las sostienen? Los condeno, respondió al punto, y los miro como insensatos y hereges.” Así quedaron satisfechos de sus obras; y solo se le hizo cargo de algunas proposiciones entresacadas de la doctrina de su discípulo Celestio.

Lo dicho es suficiente para conocer el carácter de la mas artificiosa secta, como lo demuestran las infames y falsas contestaciones del heresiarca. Así no referiremos individualmente las preguntas á que creía

no deber responder por sí mismo. Despues de la enumeracion que se le hizo de estos errores, dijo; „estas proposiciones no son mias, segun el testimonio de mis enemigos mismos, y no soy responsable de ellas. Lo que he confesado lo justifico, y desecho lo demás de acuerdo con la santa Iglesia Católica, diciendo anatema á cualquiera que contradiga la sana doctrina.” De este modo Pelagio engañó á los Padres de Dióspolis á fuerza de sutilezas y mentiras: despues de lo cual haciendo recaer sobre sus contrarios el desprecio y animadversion que por tantos títulos merecia, los infamó como calumniadores.

Despues de este Concilio subieron de punto su orgullo y satisfaccion, é hizo pública su absolucion á todos. Sin embargo, no osaba enseñar sus actas, porque en ellas se veía que habia desacreditado sus verdaderos sentimientos: así mientras pudo las tuvo ocultas, contentándose con anunciar en todas partes, que un Concilio de catorce Obispos habia aprobado lo que sostenia; á saber, que el hombre puede vivir sin pecado, y guardar, si quiere, los mandamientos del Señor: pero no decia que habia añadido, *con la gracia de Dios*. Añadia la palabra *fácilmente*, que siempre habia suprimido, y al contrario suprimia lo que habia confesado allí, *que para observar los preceptos era preciso hacer grandes esfuerzos y sostener dificultosos combates*. Por fin fabricó imprudentemente una apologia apoyada en esta decision eclesiástica; alabándose de haber confundido á sus acusadores, y haber quedado plenamente justificado.

Envió esta apología á San Agustin, el que con su penetracion conjeturó lo que podia haber sucedido, creyendo que el novador sin duda habia fingido ser Católico para alcanzar la absolucion; pero calló hasta que se le presentase la ocasion de vencerle. Pelagio escribió por el mismo tiempo contra San Gerónimo los cuatro libros del libre albedrío, en donde habla de un modo decisivo é insolente. Y no satisfaciéndole su justificacion personal, y queriendo hacer triunfar su impiedad, descubrió claramente el veneno en el libro tercero, justificando todas estas cosas con la aprobacion del Concilio de Dióspolis.

47. Un Sacerdote español llamado Pablo Orosio, que se halló en Palestina cuando se celebró este Concilio, y dió pruebas admirables de su celo contra las nuevas heregias, volvió por dicha entonces por el África como se lo habia rogado San Agustin. Habiale movido el mismo Padre á emprender el viage de la tierra santa: no por los Pelagianos, cuyos asuntos aun no habian principiado á examinarse allí, sino para consultar á San Gerónimo sobre diversas cuestiones, cuyas dudas, y deseo de salir de ellas, llevaban á Orosio desde las estremidades de la Hesperia. Deseaba instruirse este piadoso viagero, de un ingenio vivo y dotado de elocuencia, para volver despues á combatir con felicidad los errores de los Priscilianistas y Origenistas que infestaban su patria. Apenas conocia á los Pelagianos; de suerte que la Providencia condujo á este español al Oriente, y le

impelió á volver por el África para confusion del nuevo heresiarca (*).

48. Los Obispos de la provincia Proconsular celebraban Concilio, segun costumbre presididos en número de sesenta y ocho, por Arrelío de Cartago (1).

(*) Pablo Orosio fue natural de Braga, ó Tarragona segun quieren otros, y Presbítero de la primera de estas ciudades. Fue de ingenio noble, de una crítica y elocuencia admirable, y de una piedad singular. Habiéndose empezado á controvertir en España la cuestion sobre el origen de las almas, pasó Orosio al África por orden de Balconio, Obispo de Braga, para consultar con San Agustin sobre este asunto en que nada hasta entonces se habia definido. Perplejo el gran Doctor de la gracia acerca de aquel punto, aconsejó á Orosio pasase á Palestina á verse con San Gerónimo, lo que al momento efectuó; y parece, por los felices resultados que tuvo este su viage, que el mismo Dios inspiró á Agustin tan buen consejo. Puesto Orosio en Palestina, despues de haber hablado con San Gerónimo, asistió á una conferencia que se tuvo en la Iglesia de Jerusalem sobre la doctrina de Pelagio, en la que fue injuriado y tratado como Origenista por el Obispo Juan. Rebatío allí mismo la calumnia, mas visto despues el fatal resultado de la conferencia, y del Sínodo de Dióspolis, publicó un libro titulado *Apologético*, en el que se justificó la injuria, y refutó admirablemente la heregia del enemigo de la gracia. Esta obra, aunque algunos antiguos creyeron no ser de Orosio, se tiene ya por legítimo parto suyo, como se puede ver en San Agust. lib. de gest. Pelag. cap. 15. y en Nicol. Ant. Bibliot. antiq. lib. 3. cap. 1. Publicado su libro regresó Orosio á África, donde informó á Agustin de lo ocurrido en Dióspolis: le entregó las cartas de Héros y Lázaro, y algunas reliquias del Protomártir San Estévan, á cuya invencion se habia hallado presente en Palestina: de lo cual, como tambien de este oélebre Español se volverá á hablar en el libro siguiente.

(1) *August. Epist. 170.*

Traía Orosio cartas de los Obispos Héros y Lázaro, y las presentó á los africanos congregados; enterándoles al mismo tiempo de todo lo que habia pasado en Dióspolis, con lo que concibieron mas horror á estos seductores infames que iguales esfuerzos hacian para justificar su doctrina, que sus personas. Leyeron otra vez las actas del Concilio de Cartago, en donde Celestio habia sido condenado cerca de cinco años antes; despues de lo cual se pronunció anatema contra él y su maestro Pelagio, supuesto que no quiesen anatematizar sus errores: sentencia que se participó al Papa Inocencio para reunir á su decision la autoridad de la Silla Apostólica. Semejante precaucion, á mas de acostumbrarse, se juzgó tanto mas conveniente, quanto habiendo vivido Pelagio mucho tiempo en Roma, conservaba allí muchos secuaces adictos algunos á su falsa doctrina, la que no tenian muchos por tan perniciosa, como se decia, á causa del Concilio de Dióspolis, del cual aun no se sabia qué opinar rigurosamente. La carta sinodal de los Africanos especificaba los principales errores de Pelagio, y condenaba á cualquiera en general que enseñase, que bastan las fuerzas de la naturaleza humana, tanto para evitar el pecado, como para cumplir los mandamientos; y á los que negasen que el bautismo libra á los niños del pecado original.

49. Se celebró por el mismo tiempo, es decir, el año 416, un Concilio en Milevi, de sesenta y un Obispos de Numidia, entre los que estaba San Agustin, alma de esta junta, con sus dos amigos Alipio

y Posidio (1). Escribieron al Soberano Pontífice, á egemplo del Concilio de Cartago, pidiendo „se condenase la heregia que quitaba (estas son sus palabras) el socorro de la oracion á los adultos, y á los niños la gracia de la regeneracion.”

San Agustin compuso á mas de estas cartas sinodales una particular al Papa, tanto en nombre suyo como en el de sus amigos Alipio y Posidio, del Obispo Evodio y Aurelio de Cartago (2). En esta carta esplica mas prolijamente la heregia de Pelagio, y supplica á Inocencio que haga comparecer en Roma al dogmatizador, ó que le obligase con sus cartas pontificales á declarar con precisión qué especie de gracia admitia. Al mismo tiempo envió el libro escrito en otro tiempo por Pelagio con intento de seducir á Jacobo y Timaso, aquellos jóvenes que atraidos á la verdad pura y recta por el Obispo de Hipona, le habian entregado esta tenebrosa obra. Como el veneno estaba oculto con sagacidad en este libro, San Agustin notó con su ciencia divina y para ocurrir á todo, los pasages que no denotan otra gracia que los ausilios de la naturaleza, ó nuestras facultades naturales. La carta de Agustin añadia: „si Pelagio niega este libro ó estos pasages, que los condene. Quando vean sus amigos condenada la obra, no solo por la autoridad de los Obispos y en especial de vuestra Santidad, sino tambien por él mismo, juzgamos que no se opondrán mas á la gracia de Dios.” Sabian los experimentados Prelados que el solo medio de impe-

(1) *August. Epist. 178.* (2) *Id. Epist. 177.*

dir la corrupcion y estragos que causaba la novedad, era la condenacion clara y sencilla de los libros sospechosos en sí mismos, por mas que sus partidarios se esforzasen á darles un sentido especioso.

Agustin escribió asimismo á Palestina al Obispo de Jerusalem, cuyo escandaloso afecto al herege Pelagio habia sabido, y le envió, como al Papa, el libro del mismo herege con su refutacion (1). „Para convenceros por vos mismo, le dice, de la solidéz de nuestras observaciones, haced que el autor se esplique sobre la necesidad de la oracion y sobre el pecado original.“ Pide á este Obispo al propio tiempo las actas que justificaban, segun se decia, á Pelagio.

50. El Soberano Pontífice escribió por su parte á este Prelado sospechoso, quejándose de las violencias cometidas en Palestina por una multitud de Pelagianos, furiosos contra San Gerónimo, enemigo formidable por sus luces á sus gefes (2). Habian asaltado su retiro súbitamente, de modo que el Santo se salvó con mucha dificultad y en medio de los mayores riesgos en una torre fortificada. El propio furor experimentaron las personas adictas á Gerónimo: sufrieron algunos la muerte de manos de estos crueles, y entre otros un Diácono. Los monasterios saqueados y entregados á las llamas presentaban un espectáculo tristísimo: las vírgenes piadosas, objeto de los cuidados del docto y celoso solitario, como Eustoquio y

(1) *August. Epist.* 179. (2) *Innocen. Epist.* 22. tom. 2. *Conciliar.*

su sobrina Paula, fueron mucho tiempo perseguidas, y dieron gracias al cielo de haber evitado por dicha los últimos ultrages. A su vista fueron degollados sus criados por los sanguinarios asesinos, que con tanta barbaridad egercian su furor y despecho. Estos desórdenes conmovieron el ánimo y la piedad tierna de la Cabeza de la Iglesia, que á vista de tantos crímenes escribió á Juan de Jerusalem, y en virtud de la autoridad Pontificia le avisa que prevenga á lo menos en lo sucesivo el mal que no habia estorbado, si no queria ser responsable por sí mismo segun las leyes de la Iglesia. En la epístola consolatoria que el mismo Pontífice escribe á San Gerónimo le dice, que si se presenta á la Silla Apostólica una acusacion formal, nombrará jueces ó dará algun remedio que sea todavía mejor (1). Cuando estas cartas llegaron á Jerusalem, se juzga que habia muerto el Obispo.

51. El Papa Inocencio escribió el mismo año al Obispo de Cartago, y le encarga que mande leer su epístola en todas las Iglesias del Africa (2). Quéjase en ella de ver que ordenasen de Sacerdotes sin exámen ni la menor consideracion á unos hombres abrumados en los negocios seculares, y cuyas costumbres eran tan mundanas como sus ocupaciones: tambien se duele de que se cuidase tan poco en la eleccion de los Obispos, sobre lo cual el pueblo y las personas de dignidad murmuraban con razon. Las cartas del Pontífice tenian la aprobacion y apoyo de las del

(1) *Innocen. Epist.* 33. (2) *Id. Epist.* 1.

Magistrado, es decir en nuestro estilo, que tenían el asenso del Magistrado.

La decretal mas célebre de este Pontífice es la que dirige á Decencio, Obispo de Eugubio en la Umbría. Lamentándose de los descuidos de muchas Iglesias respecto de las tradiciones que la santa Silla recibió de San Pedro, afirma que ni en Italia, ni en las Galias, ni en España, ni en África, ni en Sicilia é islas adyacentes, hay Iglesias que no fuesen establecidas por aquellos obreros evangélicos, que el Apóstol San Pedro ó sus sucesores habian establecido Obispos.

52. Vemos por el resto de esta decretal, que todo el aparato de las ceremonias y las instrucciones de viva voz enseñaban lo tocante á la administracion de los Sacramentos, que aun se conservaba muy oculta; á vista de lo cual no nos deben causar admiracion las omisiones que se notan sobre este particular en los antiguos monumentos. El Papa le dice al Obispo de Eugubio: „veniste muchas veces á Roma, asististe á las juntas de nuestra Iglesia, y viste el uso que observa, ya en la consagracion de los santos misterios, ya en los demás ministerios sagrados, lo que debería bastar á tu instruccion.”

Nos enseña esta misma epístola del Papa Inocencio, que los Sacramentos de la Confirmacion y Estremauncion constan por la tradicion y la Escritura. Despues de decir que pertenece al ministerio Episcopal dar á los niños el carácter sagrado que los hace perfectos Cristianos, esto es, la Confirmacion, añade: „así nos consta, tanto por la constante costumbre de

las Iglesias como por la sagrada Escritura, en especial por lo que se dice de San Pedro y San Juan en los hechos de los Apóstoles. Los Sacerdotes pueden en verdad unguir á los bautizados con el crisma, con tal que esté consagrado por el Obispo; pero no signar su frente, lo que solo es dado á los Obispos cuando dan el Espíritu Santo. Respecto á la uncion de los enfermos tambien la pueden hacer los Sacerdotes, segun la epístola del Apóstol Santiago; mas siempre es preciso que el óleo de esta uncion esté consagrado por los Obispos. No se da á los penitentes porque es un Sacramento (*). En cuanto á las palabras de que es necesario usar, no las confío al papel por no esponer al insulto los sagrados misterios: cuando vengais acá diré lo que no puedo ni me atrevo á escribir.” Por la misma decretal nos consta, que en la Iglesia Romana se acostumbraba ya ayunar el viernes y el sábado de cada semana, y que en estos dos dias de penitencia y compuncion no se celebraba el santo Sacrificio. Habia Iglesias que de todos los sábados del año solo el sábado santo ayunaban. Tenemos de este Papa otras muchas decretales importantes, en las que se notan sobre todo diversos motivos de irregularidad, que ya entonces eran los mismos que hoy. Es tenido justamente Inocencio I. por uno de los grandes Papas de aquellos antiguos tiempos, por la santidad de su vida, por sus luces, por su celo en mantener la dis-

(*) Estas palabras deben entenderse de los penitentes que no han recibido la absolucion sacramental, á los que no se da la Estremauncion, á no ser en caso de necesidad.

ciplina, por su prudente fortaleza en sostener la dignidad de su Silla, y sobre todo por su vigilancia Pontifical y el cuidado que tenia del buen orden en todas las Iglesias. Lo cual mostró en particular cuando los asuntos de San Juan Crisóstomo.

53. Este Papa, respondiendo á los Obispos de África, los alaba en primer lugar por haberle consultado conformándose con la tradicion antigua fundada en el derecho divino, y que sabian como él haberse observado invariablemente en todo el mundo, cuya regla se estiende á las provincias mas remotas, y conforme á la cual creyeron que no debian llevar á cabo estos graves asuntos, sin dar parte á la Silla Apostólica, para que confirmase la decision ó sentencia con su autoridad; „porque se debe dar parte á Pedro de todo lo que es de un interés general para la salud del mundo Cristiano, y en especial en puntos de fe (1).” Despues de este preliminar establece sumariamente la doctrina Católica en cuanto á la gracia: condena á Pelagio, Celestio y sus sectarios, y los declara separados de la comunión de la Iglesia, con la obligación sin embargo de recibirlos en ella cuando abjuren sus errores. Las actas de Dióspolis no las tiene por auténticas, porque no se le enviaron de parte del Concilio, ni recibió carta alguna de los Obispos que se reunieron en él. Despues añade: „en estas mismas actas se justificó sincera y sencillamente Pelagio; y se ve que todo su cuidado ha sido evadirse con artificios y confusiones. Por esto no nos es

(1) *Innocenc. I. Epist. 24. et 25. apud Labbé tom. 2. Concil.*

dado, dice, ni criticar ni aprobar este juicio. Escuchad ahora el nuestro sobre el libro que nos habeis enviado como obra de Pelagio. Creemos que hay en él muchos errores y blasfemias, no hay nada que nos agrade, y cuanto contiene lo miramos con desagrado, y lo mismo debe hacer todo buen fiel.”

54. Al verse Pelagio y Celestio condenados por dos juicios tan respetables como los del Soberano Pontífice y de los Obispos de una de las tres partes del mundo, quebrantaron los límites de la obediencia y sumision. Escribió una estensa carta al Papa el maestro ó cabeza de la secta, haciendo su apología; y el discípulo pasó en persona á Roma con pretesto de seguir la apelacion que habia interpuesto cinco años antes; desde cuyo tiempo habia corrido las Iglesias de la Grecia y del Asia menor, diseminando astutamente en ellas sus errores, cuando estos eran aun poco públicos; y así que lograba darles publicidad y nombradía en un lugar, los pasaba á otro. Representó en Éfeso tan bien su escena y fingió de tal modo, que halló medio de lograr que se le ordenase de Sacerdote.

55. Cuando llegó á Roma acababa de espirar Inocencio el dia 12 de Marzo del año 417, despues de haber ocupado la santa Silla cerca de quince años. Presentó el novador su confesion de fe al nuevo Papa, de nacion Griego, llamado Zósimo. Esta confesion de fe de Celestio es la pieza maestra de la astucia y del artificio. Parece que este infame no respira aqui sino la piedad y la aversion á las antiguas heregías,

y al paso que espone prolijamente su creencia sobre los dogmas, acerca de los cuales nada se le reprehendía, se explica solo generalmente sobre los puntos críticos de que se trataba, pero con la mas grande apariencia de sumision y modestia (1). „Si se movieron, dice, algunas cuestiones sobre objetos todavía no decididos, no pretendí yo decidir, ni hacerme autor de un dogma nuevo. Os presento y sujeto á vuestro análisis lo que bebí en las fuentes de los Profetas y de los Apóstoles, para que rectifiqueis lo que haya podido introducirse menos conforme á las reglas de la verdadera ciencia y sabiduría.” Despues reconoce la obligacion de bautizar á los niños para obtener la remision de los pecados, „que provienen de la voluntad, añade, y no de la naturaleza; pues seria indigno de la santidad y justicia del Criador que pasasen ó fuesen transmitidos de padres á hijos.” Así este impostor estendiendo al primer pecado lo que los Profetas han dicho de las faltas, en que el castigo supone el consentimiento de la voluntad, procuraba evadirse para salvar el error capital de la secta que trataba de quimera el pecado original.

56. El Papa Zósimo resolvió evacuar prontamente este asunto, para sacar de zozobra á los Padres africanos, que no podian menos de tenerla sabiendo la mansion de Celestio en Roma. Se examinó pues lo que antes se habia hecho sobre esta causa, se preguntó á Celestio acerca de sus sentimientos, y leyóse su profesion de fe, que muchos miembros del Clero

(1) *August. de Peccat. orig. cap. 23.*

creyeron suficiente. No instó mas el Papa; no porque aprobase la doctrina, sino porque el impostor se declaraba desde luego sumiso á la decision de la santa Silla. Zósimo conociendo que Celestio era hombre de ingenio y de un carácter fogoso, que podía ser tanto mas útil ó tanto mas peligroso á la Iglesia segun el método que se observase con él, temió al principio usar de demasiado rigor. No se satisfizo sin embargo con su profesion escrita, sino que le hizo muchas preguntas para conocer su sinceridad. Celestio respondió á todo con aquellas demostraciones de ingenuidad y aun rectitud, con que la impostura sabe vestirse y hablar mucho mejor que la simplicidad de las almas virtuosas. El Pontífice le preguntó si condenaba todos los errores publicados bajo su nombre; á lo que respondió, que los condenaba segun la sentencia del santo Papa Inocencio, y prometió desechar cuanto no aprobase la santa Silla (1). Proponiéndosele despues condenar aquello de que Paulino le acusaba, eludió sagazmente esta instancia, quejándose con un fingido dolor de la injusticia que suponía en estas acusaciones injuriosas. Acerca de los Obispos Héros y Lázaro, dijo, que no habia visto á este sino de paso, y que Héros le habia dado satisfaccion de haber tenido mal concepto de él.

Zósimo no creyó con todo oportuno absolverle todavía de la escomunion, sino que dilató dos meses la decision, así para escribir á los Obispos de África que eran los mas enterados en ello, como para dar

(1) *August. cont. duas Epist. lib. 2. cap. 3.*

al acusado tiempo de pensar seriamente sobre su estado y volver al seno de la Iglesia. Diversa conducta usó con Héros y Lázaro, á quienes depuso del Episcopado nó obstante estar ausentes, y los privó de la comunión. Reprende á los Africanos de haber creído con demasiada ligereza las epístolas de estos dos Obispos á quienes trata como hombres inquietos, revoltosos y calumniadores, al escribirles participándoles esta decision.

En estas circunstancias recibió una carta de Praylo sucesor de Juan de Jerusalem, que con las mismas miras que este, le encomendaba como interesado la causa de Pelagio. También escribió este sectario, y compuso una profesion de fe dirigida al Papa Inocencio, creyendo que existía aun. Esta confesion concertada verosimilmente entre el maestro y los discípulos, era parecida á la de Celestio, muy circunstanciada y muy difusa sobre todos los puntos de fe de que no se trataba, y vaga, seca y equívoca sobre los puntos delicados. A mas de esto puso algunas proposiciones ó términos, de que en lo sucesivo se pudiesen aprovechar para defender el sistema. En tan crítico momento nada omitió el heresiarca para desvanecer todas las sospechas, haciendo en esto un estudio particular que nunca habia hecho con tanto cuidado, y afectando sobre todo una total docilidad. „Tal es, dice al concluir, bienaventurado Papa, la fe que creimos deber conservar preciosamente: si contiene algo que no esté explicado con la profundidad y exactitud debida, por vos, heredero de la Silla

y fe de Pedro, debemos y queremos ser dirigidos (1).”

Al leer públicamente en Roma estas piezas, fue tal la alegría que produjeron en todos los asistentes y hasta en el mismo Papa, que les parecia ultrajar la inocencia, si conservaban alguna idea poco ventajosa ú ofensiva de los dos sectarios. Lo que les causaba mas admiracion era ver, como Pelagio hablaba en Palestina el mismo language que Celestio en Roma; y estos crédulos Romanos lloraban sin poder tener las lágrimas. A Héros, á Lázaro y al Diácono Paulino los tuvieron por unos hombres revoltosos y calumniadores envidiosos. El soberano Pontífice escribió á los Africanos otra carta, en la cual se muestra plenamente convencido de la sinceridad de Pelagio, y en cierto modo los reprende sus procedimientos con él. Y con todo no decia ni una palabra que favorezca á sus errores, y aun afirma San Agustin, que Pelagio sorprendió á la Iglesia Romana solo por algun tiempo, pero que pronto salió de una ilusion casi inevitable al principio por la astucia y destreza de los impostores.

57. Si Zósimo pensaba tan desventajosamente de Héros, pensaba por el contrario con estimacion de Pátroclo, que en lugar de aquel ocupaba la Silla de Arlés. Hay una carta de este Papa, en la cual le concede los derechos mas extraordinarios de Metropolitano, sujetándole además de la provincia Vienense la primera y segunda Narbonense, en quanto á las ordenaciones episcopales y respecto á la jurisdiccion con-

(1) *Libel. Pelag. tom. 2. Concil. pag. 1563.*

tenciosa, á no ser, dice, que la importancia de las causas pida que Nos entendamos y conozcamos en ellas (1): ejemplo digno de notarse de las causas mayores reservadas al Papa. Funda las prerogativas de la Iglesia de Arlés sobre la dignidad de San Trófimo, al cual la santa Silla envió allí por primer Obispo, y fue como el primer origen y fuente de la fe en las Galias. No se sujetaron á estas disposiciones en favor de la Silla de Arlés los Obispos que tenían diversas pretensiones, y fueron poco sostenidas como veremos por los Papas sucesivos.

58. Así que recibieron los Obispos de África la carta del Soberano Pontífice sobre la causa de los Pelagianos, conocieron al punto que estos sagaces impostores le habían engañado. Los Prelados, que por fortuna ó casualmente se hallaban en Cartago, con los que el Primado pudo reunir prontamente, respondieron desde luego á Roma, pidiendo que se dejasen las cosas en el estado en que estaban antes, hasta que se pudiesen enviar instrucciones mas satisfactorias. Diéronse prisa al mismo tiempo á celebrar en África el Concilio mas numeroso que pudieron; y en el mismo año de 417 por el mes de Noviembre se reunieron los Obispos en Cartago en número de doscientos catorce. Establecieron en él cánones dogmáticos, aunque menos difusos que los que se formaron poco despues y cuyo fundamento fueron estos. Remitiéronlos inmediatamente á Roma con otra carta que decia así: „queda establecido, que la sentencia dada

(1) *Zósimo. P. Epist. 12.*

por Inocencio contra Celestio y Pelagio tenga efecto hasta que confiesen claramente, que la gracia de Jesucristo debe ayudarnos, no solo para conocer sino tambien para guardar las reglas de la justicia en cada accion; y que sin su auxilio nada podemos tener, pensar, decir ó hacer que pertenezca á la verdadera piedad. No es suficiente que Celestio se haya sujetado vagamente á las cartas de Inocencio, sino que para quitar todo escándalo y desengañar aun á los simples, se le debe obligar á que anatematize terminantemente lo sospechoso de su obra, porque sino pensarán muchos, no que el sectario ha dejado sus errores, sino que la Silla Apostólica los ha confirmado.” Al propio tiempo recordaban los Africanos al Papa Zósimo el juicio del santo Papa Inocencio sobre el Concilio de Dióspolis; esplicábanle cuanto habia pasado entre ellos sobre este negocio; descubrian el veneno oculto de la fórmula de fe remitida á Roma por Pelagio; y en una palabra, confundian ó hacian visibles las imposturas y astucias de los hereges. Tambien respondian por fin á la queja del Pontífice de haber creído á los acusadores de Celestio con ligereza, insinuando por el contrario que él mismo se había abismado en la confianza que hacia de este impostor (*).

59. Produjeron su efecto estas representaciones, y Zósimo examinó todas las cosas atentamente, el fon-

(*) Zósimo no hizo confianza alguna del impostor, solamente suspendió el juicio; y si no le negó la comunión fue porque la profesion de fe de Celestio y todos sus procedimientos aparecian de Católico.

do de los hechos, los procedimientos y el juicio de los Africanos. Contribuyeron tambien muchos Romanos para que conociese de todo punto las estrañas opiniones de Pelagio, pues por la mansion que habia hecho entre ellos, les era mejor conocido que al Pontífice, griego de nacimiento. Estos conocian que el sistema é intereses de Celestio y Pelagio eran los mismos, á pesar de la indiferencia recíproca que afectaban. Pelagio habia escrito comentarios sobre San Pablo, en los cuales se veía claramente el veneno de la nueva heregia; pero hubo fieles celosos que supieron presentarlos al Papa, el cual quiso, examinando de nuevo á Celestio, oír de su boca una respuesta que no dejase duda alguna; ó que renunciase y abjurase sus errores, ó se pusiese de manifiesto su dobléz é impostura; pero Celestio no tuvo valor para sufrir este exámen, y así huyó en secreto de Roma. Zósimo convencido entonces, pronunció su sentencia, en la que confirmaba los decretos de Cartago, y conformándose con el juicio de Inocencio su antecesor, condenó á Pelagio y Celestio. Escribió sobre el particular á los Obispos de África, y generalmente á todos los Obispos del mundo (1).

Esponde el Pontífice prolijamente los errores de que Paulino habia acusado á Celestio en esta larga circular; y al mismo tiempo los hace notar en los comentarios de Pelagio sobre San Pablo (2). Establece con solidéz el dogma del pecado original, condena á los

(1) *August. Epist. 205. ad Valent. num. 2.* (2) *Id. ibid. num. 1.*

novadores, porque conceden una felicidad verdadera á los niños muertos sin bautismo, y pone por fundamento que no hay ningun tiempo en que no necesitemos del ausilio de Dios, y que en todas nuestras acciones, pensamientos y movimientos todo lo debemos esperar de su asistencia, y no de las fuerzas de la naturaleza.

60. Varios escritores miraron como un solo Concilio este de que tratamos, pues los Obispos de África se reunieron por segunda vez á principios del Mayo siguiente, despues de su junta del mes de Noviembre. Lo cierto es que ambos fueron igualmente numerosos, tuvieron el propio objeto, y merecen el nombre de Concilios generales que da San Agustin á la junta que procuró la condenacion decisiva del pelagianismo. Este segundo Concilio, ó esta segunda sesion del Concilio general de África, Numidia y Mauritania, en el que se encontraron tambien algunos Obispos de España, dió todo el órden conveniente á las decisiones del año precedente, y estableció contra los Pelagianos ocho artículos de doctrina cuya substancia es la siguiente. „El que sostenga, que el primer hombre debió morir, sea que pecase ó no, sea anatema. El que suponga, que los niños no reciben de Adán pecado alguno original, que deba borrarse por el bautismo, sea anatema.” Algunos egemplares contienen por tercer artículo: „el que enseñe que segun la Escritura hay un lugar medio en el reino de los cielos, ó algun otro lugar, en donde viven felices los niños que mueren sin bautismo, sea anatema.” Los egem-

plares que contienen este artículo cuentan nueve. Los demás ponen por tercero : „el que diga , que la gracia de Dios que nos justifica por Jesucristo no sirve sino para perdonar los pecados ya cometidos , y no para ayudarnos á no cometer mas , sea anatema.”

Tambien condena el Concilio á los que convengan en que la gracia por Jesucristo nos ayuda á no pecar , pero solo en cuanto nos da la inteligencia de los mandamientos , para que sepamos lo que debemos hacer ó evitar , mas no dándonos asimismo el amar y poder lo que conocemos que debemos hacer. Anatematiza del mismo modo á los que sostienen , que la gracia de la justificacion se nos comunica para que mas fácilmente podamos hacer por la gracia lo que se nos manda hacer con el libre albedrío ; como si pudiéramos sin la gracia cumplir los mandamientos de Dios , aunque mas difícilmente. El resto de las decisiones y de los anatemas recae sobre el sistema de la impecabilidad y sobre los diversos medios empleados , ó para justificarle , ó para paliarle.

61. Tambien formó este Concilio otros muchos cánones acerca de los Donatistas que se convertían en gran número. Al arreglar á qué Catedrales pertenecerían las Iglesias particulares que tornasen al seno de la unidad , ordena que no se podría reclamar una Iglesia despues de tres años de posesion. Lo cual nos da el primer ejemplo del privilegio de la posesion trienal. En vista de las turbulencias inseparables de las novedades en materias de fe , los Padres del Concilio juzgaron que debian usar de una vigilancia particular

contra los que quisiesen eludir los juicios de la Iglesia , é hicieron algunos reglamentos , para impedir el abuso de las apelaciones , ni á los tribunales de ultramar , por no decir á la Silla de Roma. Establecieron tambien un decreto , por el que se permitía dar el velo á las vírgenes en algunos casos antes de la edad ordinaria de veinticinco años.

62. Los negocios de Pelagio eran sin embargo casi el solo objeto de este Concilio , cuya alma fue San Agustin. Se cree que los cánones los hizo este Santo , llamado con tanta justicia el Doctor de la gracia. Estas decisiones demuestran todo el sistema de Pelagio reducido á tres puntos. El primero , tomado de los Estóicos que precipitó al autor en todos los demás errores , fue el dogma de la impecabilidad , ó segun las palabras de San Agustin , la pretension de adquirir la perfeccion de la justicia y sujetar las pasiones de todo punto á la razon , de modo que nunca se subleven á pesar del hombre. He aquí por qué se habia condenado al principio en África esta proposicion pelagiana : *el hombre puede por si vivir sin pecar , y guardar fácilmente los preceptos con sola su voluntad*. El segundo y principal artículo del sistema es negar con una grande intolerancia , que el hombre necesita para practicar la virtud de una gracia actual , sobrenatural é interior que ayude y prevenga la voluntad. San Agustin contra esta opinion dirigió en efecto todos sus trabajos contra el heresiarca. Dice terminantemente , que todas las disputas tocantes á la gracia se disiparán , siempre que Pelagio confiese que el

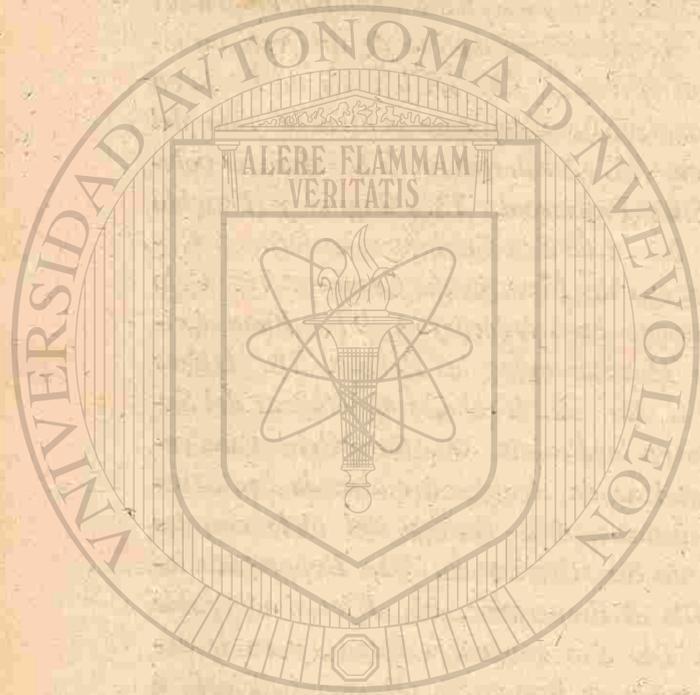
hombre necesita de tal suerte del socorro celestial para querer y obrar, que sin su auxilio nada bueno (sobrenatural) podrá hacer ni querer, y que tal es el homenaje que se debe rendir á la gracia de Dios dada por Jesucristo. San Agustin siguió constantemente este punto, y le tuvo siempre tan presente que en sus últimos escritos contra el pelagianismo, especialmente en el que la muerte no le permitió acabar, y que por lo mismo se llama su obra imperfecta, continúa haciendo consistir el veneno de esta heregia en que los sectarios niegan con orgullo que sea precisa una gracia de voluntad ó un socorro interior y gratuito de parte de Dios, para que nuestra voluntad se dirija al bien. Se trataba, pues, capitalmente entre el santo Obispo de Hipona y los Pelagianos de la necesidad de una gracia interior, actual y preveniente para toda obra tocante á la salvacion. No se disputaba sobre sutilezas escolásticas, ó sobre aquellas opiniones arbitrarias y contenciosas, sin las cuales la fe puede subsistir como la caridad; porque Agustin estrechaba á los Pelagianos con tanto celo para obligarles á confesar la gracia, sin la cual el hombre es tan enemigo de la fe, segun sus espresiones, que ni aun merece el dictado de Cristiano. Se trataba aun menos de las novedades desechadas del cuerpo de la Iglesia, maestra y verdadero intérprete del Doctor de la gracia, por lo cual mereció el grado sublime de autoridad, que tuvieron sus escritos, y que no le concedió la Iglesia sino despues de reconocer en ellos su doctrina misma.

63. El Emperador Honorio publicó su edicto despues de las decisiones de los Pastores para hacerlas egecutar; mandando que se echase á Celestio y Pelagio de Roma, ó mas bien que no serian admitidos allí, porque Pelagio estaba todavía en Palestina. Y añadía, que cualquiera que conociese á sus secuaces, estaria obligado á delatarlos á los magistrados para imponerles la pena de destierro. Publicaron los Prefectos del Pretorio, tanto en Oriente como en Occidente, su ordenanza, á consecuencia de este edicto dado en Ravena á 30 de Abril de 418, que confinaba para siempre con confiscacion de bienes á todos los que fuesen convencidos de este error.

64. Sisto, Sacerdote de la Iglesia Romana y electo Papa catorce años despues, fue uno de los que reclamaron la potestad imperial contra estos sectarios. Habian tenido sin embargo el descaro de prometerse su benevolencia, artificio muy usado de las sectas nuevas que quieren siempre tener algun fautor en la Iglesia Romana; y al paso que la tienen una aversion propia para desacreditarlos, se esfuerzan para ocultarla bajo estos infames rendimientos. Mas Sisto á nada atendió con tanto cuidado como á condenarlos, y desengañar á todas las personas sencillas á quienes los Pelagianos habian querido persuadir que este grande hombre era propenso ó afecto á las novedades heréticas.

Tomó tanto interés San Agustin en esta feliz noticia, que le escribió al punto, felicitándole de su conocido celo, y confirmándole en su aversion á es-

*sus obras. 95. Su carácter y sus prendas personales.
96. Distincion que se debe hacer sobre las muchas
producciones de su elocuencia.*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

HISTORIA DE LA IGLESIA.

LIBRO UNDÉCIMO.

*Desde la muerte del gran Teodosio en el de 395, hasta
fines del reinado de Arcadio en el de 407.*

1. La Iglesia, como que es la obra mas prodigiosa del Autor soberano, debia tener desde su primera edad una fuerza y perfeccion capaces de influir en todos los siglos siguientes. Habiendo triunfado de sus perseguidores, y habiendo trocado sus tiranos en discípulos dóciles, y en defensores celosos, restábale todavía dar á la doctrina de la salud el grado de publicidad y exactitud que recibió en el primer Concilio ecuménico. Profesó siempre sin duda la misma fe, y transmitió sin interrupcion la misma doctrina: tenia asimismo en sus mas antiguos Doctores testimonios positivos y muy suficientes de su creencia invariable. Mas nadie pondrá en duda que desde sus primeros monumentos tomó la tradicion de la verdad acerca de algunos puntos, un aspecto mas ventajoso; y á exemplo de los Padres de Nicea, sus sucesores tan-

to en el cuarto como en el quinto siglo obraron con tal pureza y tales precauciones, que no eran necesarias mientras no se levantaron las heregías que tuvieron que combatir.

Hemos visto á los Atanasios, á los Basilio, á los Gregorios Naciancenos, á los Ambrosios y á los Hilarios revestir la confesion de la Divinidad del Verbo y del Espíritu Santo de toda la claridad de que son susceptibles estos profundos misterios; descender y detenerse en el punto conveniente de estas terribles profundidades; reprimir la temeridad de los novadores profanos que querian saltar los sagrados límites, reprobar su atrevida y falsa sabiduría, anatematizar hasta la novedad de sus espresiones, establecer nociones, y consagrar algunos términos, que sin analizar la naturaleza incomprendible del Ser Divino, ni su modo incomparable de subsistir en tres personas, espresasen su realidad y existencia. Vamos ahora á ver á los Gerónimos, los Agustinos y los Fulgencios confundir por el mismo método los enemigos del reinado de Jesucristo en las almas, defendiendo la gracia, que es el precio de su sangre, el fruto de su encarnacion y redencion, y el espíritu vivificante de su cuerpo místico, ó de su Iglesia. Despues nos enseñarán los Celestinos, los Cirilos y los Leones cuantas formas diferentes puede tomar un error; y á pesar de la sutileza de Nestorio y Eutiques, en las mismas invenciones de estos falsos sabios, y en sus espresiones, aunque al parecer poco interesantes, nos darán á conocer la detestable impiedad de Arrio, la des-

truccion de nuestros mas augustos misterios, y el trastorno de toda la filosofia del cristianismo.

Pero al paso que estos grandes hombres, estos ingenios admirables, sin esceptuar á San Gregorio Papa, que vivió en un siglo ya bárbaro, nos instruyen en materias tan sublimes y tan espinosas, no dejarán de agradar á todo entendimiento exacto, y á todo apreciador de lo que es verdaderamente bello, pero sólido y útil. Si no encontramos en sus obras aquel método no interrumpido que mira al órden ideal de las cosas, muchas veces poco interesantes, notaremos un lenguaje juicioso y delicado, que se acomoda á las disposiciones de las personas con quienes se habla, que es el verdadero método de la elocuencia. Puede su elocucion resentirse de los defectos de su siglo; pero siempre interesará por la eleccion de la materia, por el calor del sentimiento, y por la hermosura de las imágenes: son estos escritos sin comparacion mas sensatos y agradables, que los de todos los escritores profanos del mismo tiempo: lo que se observará hasta en las turbulencias del Occidente, y en los Padres, á quienes ocasionaron mas trabajo y les dejaron menos tiempo.

2. Ninguno estuvo mas ocupado entre todos estos ilustres Doctores que Agustin por la importancia y diversidad de los negocios; y ninguno escribió mas, ni con mejor éxito para instruccion de los fieles y defensa de la Iglesia. Habia principiado ya desde el retiro, donde pasó tres años á su regreso de Italia, á cumplir con su destino; y sin limitarse á las obras

de penitencia, y á las meditaciones útiles para sí solo, opinó que debia servir á la Iglesia con sus escritos. Escribió entonces contra los Maniqueos sus dos libros sobre el Génesis en estilo mas sencillo que quanto habia escrito antes; comenzando ya á llenar toda su alma el espíritu de Dios, é influyendo para esto hasta en su estilo, que tal vez era lo mas difícil de despojar de toda vanidad. Compuso en el mismo retiro el libro intitulado *del Maestro*. Este santo Doctor habia tenido en el tiempo de sus extravíos un hijo natural, á quien llamaba Adeodato, y continuaba á egemplo de David amándole con firmeza y llorando el delito que le habia dado á luz. El libro del Maestro es un diálogo entre Agustin y su hijo; y se dirige á manifestarnos, que no hay otro maestro que nos enseñe eficazmente sino la verdad eterna. Adeodato, que no tenia sino diez y seis años, da en este diálogo ó coloquio pruebas prodigiosas de talento; y el santo Doctor asegura en sus confesiones, que todos los pensamientos que atribuye á este niño eran efectivamente suyos (*): Adeodato murió poco despues. Escribió tambien Agustin en este retiro un tratado de la Religion, en el que prueba, que esta no se halla sino en la Iglesia católica: trata de los medios afectuosos de elevarse á Dios con una fuerza, sublimidad y pureza de estilo, que se mira esta obra como una de sus mejores producciones.

3. Mientras pasaba de este modo su vida cerca de Tagaste, uno de sus amigos ya Cristiano, por el de-

(1) *Lib. 10. Conf. cap. 5.*

seo de una vida mas perfecta le atrajo á Hipona, ciudad marítima de la comarca. Algunos dias despues y al tiempo en que concurría á las santas instrucciones en medio de la multitud, el Obispo Valerio representó la necesidad que tenia de ordenar un Sacerdote para la Iglesia. Los asistentes, como si estuvieran anteriormente convenidos, toman al punto á Agustin y le presentan para que sin dilacion se le ordene; y efectivamente se le ordenó á pesar de las muchas lágrimas que vertia, y á pesar del aire de humildad y dolor con que procuraba probar su poco mérito; cuando eran este y su virtud tan brillantes, que no estaba en su mano poderlos ocultar. No solo tuvo parte en el gobierno de la diócesis, pues la costumbre autorizaba á los Sacerdotes para tanto; sino que tambien se le encargó la predicacion contra el uso de la Iglesia de África, en donde solos los Obispos egercian esta funcion. Esta innovacion ó excepcion la censuraron algunos Prelados; pero las raras cualidades de Agustin la justificaron al instante. Valerio sin embargo opuso á sus censores la práctica de los Orientales que él seguia en este punto (*), y el mayor bien de su Iglesia, en donde para egercer

(*) Aunque los Obispos sean con toda propiedad los ministros de la divina palabra y los doctores del pueblo, sin embargo, la Iglesia no solo en Oriente sino tambien en Occidente ha acostumbrado en todos tiempos dar esta comision á simples Presbíteros, y aun á las veces á Diáconos. Tenemos egemplos en San Juan Crisóstomo, y en el ilustre Diácono de Zaragoza San Vicente Mártir. Por aquí se puede ver cuán infundadas eran las quejas de los enemigos de Valerio y Agustin.



el ministerio de la predicacion no tenia bastante uso de la lengua latina, siendo griego de nacimiento.

Agustin no osó egercer desde el principio las funciones sacerdotales, para las cuales no se creía suficientemente preparado; y aun escribió á Valerio para representarle su dolor, sus lágrimas y sus temores. „Ruégoo, le dice (1), que considereis en primer lugar, que si no existe cosa mas lisonjera ni mas agradable que el Sacerdocio y el Episcopado para los que no cumplen con sus obligaciones; nada hay al contrario mas difícil, cuando se quiere cumplir con sus funciones segun la ley divina. Bien sabeis que no he estudiado estos deberes desde mi juventud, y que se me violenta en colocarme en el mas eminente grado, cuando principio á aprender. Sucederá que notaré mis faltas cuando no podré remediarlas; y esto sería, ó Padre, esponerme á que me pierda sin remedio.” Por fin pide algun tiempo para prepararse, y sin embargo se le obligó á instruirse sin dilacion; lo que hizo tan felizmente, que este egeemplo introdujo en muchas Iglesias la costumbre de confiar á los Sacerdotes el ministerio de la predicacion.

4. No agotó la fecundidad de su pluma esta nueva ocupacion; poco despues de su ordenacion compuso su libro de la utilidad de la fe, para sacar del maniqueismo á su amigo Honorato, á quien en otro tiempo habia afirmado en este error. Despues escribió el libro de las dos almas, tambien contra los maniqueos, que decian que en cada hombre habia efec-

(1) Agust. Epist. 146.

tivamente dos almas, una buena y otra mala; y daban esta absurda razon de la mezcla de los bienes y de los males, ó del origen del mal.

Mas entre todas las obras compuestas por San Agustin contra estos perniciosos sectarios, la mas digna de atencion respecto de algunos puntos de doctrina aun en el dia muy interesantes, es sin disputa su tratado del *libre albedrio*, dividido en tres libros. A pesar de que lo compuso antes de su Episcopado, y aun en parte antes de ser clérigo, habla de ella en todas partes, y hasta en sus retractaciones, como de una obra cuyos principios exactos y sólidos refutan de un modo victorioso á todos los enemigos de la libertad. Para pulverizar de un golpe los fundamentos del maniqueismo, distingue independientemente del pecado original dos géneros de males, el de la pena y el de la culpa; lo que nos atormenta y lo que nos corrompe. „Dios, dice, es causa del primero, sin dejar de ser bueno; pues su bondad le hace castigar á los que son malos. Por lo que toca al mal propiamente dicho, y en particular el del pecado personal, en este cada uno es autor de él voluntariamente.” Obsérvese aquí que no atribuye este género de mal á sola la voluntad de Adan. „Proviene el desorden á la verdad, prosigue, de la concupiscencia ó del amor de los bienes perecederos; pero Dios no consiente que lo que está fuera del hombre, le reduzca á hacerse culpable, atándole al yugo de la concupiscencia: sino que su libre albedrio le determina á seguir una guia tan mala; y así le aparta de su verdadera felicidad.

Mas ansiando todos ser felices, ¿de dónde nace que no lo son? De que no todos quieren vivir bien, sin lo cual no se puede ser feliz.”

„Pero no debe el soberano Autor de la naturaleza ser mirado como causa del pecado, supuesto que nos dió el libre albedrío, sin el cual no hubiéramos pecado?” San Agustin contesta á esta objecion en el libro segundo, que Dios tenía una justa razon para criarnos libres, para que así hiciésemos obras meritorias, las que no hubiéramos podido hacer sin el libre albedrío. Como tampoco sin este hubiera el Señor tenido modo de manifestar aquel género de justicia que consiste en coronar la virtud y en perseguir el delito.

Distingue el santo Doctor bienes de tres órdenes diferentes, que vienen todos de Dios: á saber, aquellos con los cuales no se puede menos de vivir bien, y son las virtudes: aquellos sin los cuales se puede vivir bien, y son los bienes corporales; por último los que son el medio entre los dos primeros, y sin los cuales no podremos vivir bien, y son las potencias del alma, de las cuales compone parte el libre albedrío. No podremos usar malamente de las virtudes, porque el efecto propio de la virtud es utilizarse dignamente de los otros bienes. Mas por lo que mira á los bienes del segundo y tercer orden, se puede abusar de ellos, lo que no impide que sean bienes, porque tambien se puede usar de ellos de un modo conveniente. El libre albedrío aunque tenido por menor bien que la virtud, es no obstante una dádiva dig-

na del Criador. Con este libre albedrío ayudado con el socorro celestial, ó con la voluntad cual la tenemos en el estado presente (pues no se trataba entre San Agustin y los Maniqueos sino del hombre caido en el pecado), podemos abrazar el bien ó el mal. „Aunque no todos los actos de la voluntad (añade el santo Doctor) vienen igualmente de Dios, porque si todos nuestros movimientos hácia el objeto de la salud dimanaran del Señor, los que se dirigen al mal en cuanto nos alejan del verdadero bien son efectos propios de nuestra nulidad, ú operaciones defectuosas de nuestra debilidad, que el Todopoderoso no hace mas que permitir.”

En cuanto al fondo de la impiedad maniquea por lo que mira al origen del mal, la sutileza y estension de la cuestion presente no nos permiten esponer la solidéz y verdadera filosofía con que se refuta en el segundo libro. Son estos unos puntos que no pueden menos de perder mucho compendiándolos, y conviene sobre todo estudiarlos en su fuente. Puede observarse por otra parte en ella, que nuestros Doctores sagrados conocian y usaban del método que tanto honra á ciertos modernos, y consiste en ir descendiendo de los primeros principios á las consecuencias mas remotas, con una serie continuada de ideas analizadas con exactitud y con precision. Demuestra de este modo San Agustin, que no podemos perder sin voluntad nuestra el soberano bien que poseemos en la facultad de querer ó no querer una cosa: de donde concluye, que la coaccion propiamente dicha no tiene

parte sobre esta facultad de nuestra alma, y que la violencia, si la pudiera experimentar, no se distinguiera de la necesidad.

El tercer libro prueba en términos espesos, que el pecado del cual nos hacemos culpables, no es un movimiento necesario que venga de la naturaleza del hombre, porque entonces no sería pecado, no habiendo acto pecaminoso, cuando nos subyugan la necesidad y la naturaleza. El movimiento, por el cual nos apartamos de Dios, no sería una falta reprehensible si no fuese voluntario; es decir, si no fuese un acto de la voluntad dependiendo de nosotros hacerle ó no: si entendian como los Maniqueos, con quienes el Santo disputaba, la palabra *voluntario*. Si se reputa semejante desorden por pena necesaria é inevitable, el crimen del que le comete siempre proviene de su voluntad; porque voluntariamente se espuso á esta pena. Por lo que mira á las consecuencias del primer pecado, que son la ignorancia y la concupiscencia, lo que se reprende en nosotros como culpa no es la ignorancia involuntaria, sino la negligencia en instruirnos: tampoco es el no curarnos á nosotros mismos, sino despreciar el médico caritativo que quiere curarnos. Tales son nuestros pecados propios; y en estas ocasiones por su culpa habria perdido el hombre tanto el poder de hacer indagaciones para aprender lo que ignora y le importa saber, como conseguir con una humilde oracion la luz y otros socorros de que necesita. Si se denomina pecado el mal que cometemos por ignorancia, y el bien que no obramos por impo-

tencia, es porque se originan del primer pecado cometido libremente, y se les da este nombre como se da el nombre de lengua á los sonidos articulados que esta produce en sus movimientos. Así pues tiene el nombre de pecado no solo el actual cometido por una voluntad libre y con conocimiento, sino que tambien se llama así á los movimientos indeliberados, aunque son un efecto necesario y una pena inevitable del pecado. El Doctor de la gracia en todo esto da por supuesto, que Dios antes de todo pecado hubiera podido criarnos sujetos á estos pecados impropriamente dichos, ó mas bien á estas miserias, de las que podemos usar útilmente para nuestra salud y para gloria del Criador (*).

Habla el santo Doctor contra los Pelagianos con tanto ardor, que viendo que estos niegan el pecado original y la gracia, parece que se halla obligado á decir, que por el solo pecado original serán los niños que mueren sin bautismo comprendidos en aquella sentencia: *id malditos al fuego eterno*. Mas en esto le salen al encuentro tantas dificultades, que esclama, que si los niños que mueren sin bautismo padecen pena, será una pena suavísima. Todavía le parece esto mucho, y dice: que será tal su pena que no quisieran haber nacido. Los teólogos que han vivido después, y entre ellos Santo Tomás, vencen las dificultades.

(*) El santo Doctor habla en este lugar en el mismo sentido en que San Pablo da el nombre, no la esencia de pecado á la concupiscencia, cuando dice: *quod habitat in me peccatum*. Rom. cap. 7. v. 20.

tades que hallaba San Agustin, diciendo: que la pena de estos niños será la privacion de ver á Dios. Y á los que preguntan cómo puede ser que esta pena de daño no les cause una suma tristeza, se responde, que así como ninguno padece grande tristeza por no ser Rey, cuando su nacimiento no le autorizó para serlo, así aquellos niños no padecen con la pena de no ver á Dios; porque no habiendo recibido el bautismo, no renacieron en Jesucristo por el bautismo, que es el título que da derecho para ver á Dios. Creí deber explicar este punto, para que se vea que la doctrina de San Agustin no es menos contraria á los enemigos de la libertad que á los de la gracia.

5. Tuvo una célebre conferencia por el tiempo en que escribió esta obra con Fortunato, Sacerdote maniqueo, que residia ya mucho tiempo antes en Hipona, en donde habia logrado una multitud de prosélitos. Todos los habitantes tanto Donatistas como Católicos, fueron á visitar á Agustin, y le pidieron que disputase con el sectario. No lo rehusaba el santo Doctor; pero Fortunato que conocia las fuerzas de su adversario, procuraba evitar el combate. Tanto le instaron por fin, especialmente los de su partido, que entre los dos extremos de desistir ó ser vencido, eligió por necesidad el último. Fue efectivamente confundido en presencia de un concurso inmenso de personas de ambos sexos y de todos los estados. Habian tomado la precaucion de escribir en cifras este coloquio célebre que duró dos dias: en el segundo hizo leer Agustin lo que Fortunato habia dicho la víspe-

ra, y haciéndole ver que se contradecía á sí mismo, le obligó á confesar que nada de sólido tenia que responder.

No quiso sacar su propia gloria de esta ventaja tan grande, sino la salud de su antagonista. „Si confesais, dijo, que nada teneis que contestar, y teneis el corazon sano, voy á esplicaros la fe católica, caso que los que nos escuchan lo lleven á bien. En confirmacion de mi sinceridad, respondió Fortunato, os prometo examinar vuestra doctrina con los principales de mi secta; y si no me satisfacen, seguiré la luz que me ofreceis, porque quiero ante todo salvar mi alma.”

Agustin que le juzgaba sincero, no podia refrenar su alegría, y repitió muchas veces: ¡bendito sea Dios! Así finalizó la conferencia; y la confusion de un sectario tan alabado, dió á conocer á lo menos la debilidad de la secta que tan mal habia defendido. Fue tanta su vergüenza, que se ausentó para siempre de Hipona; pero no se convirtió.

6. Logró Agustin un resultado mas feliz y de mas consuelo contra un abuso que se habia introducido en la Iglesia de África, en donde los ágapes ó comidas de caridad, establecidas para edificacion en tiempo de los Apóstoles, habian venido á parar en escenas de embriaguez y de disolucion. Recordó el celo de San Ambrosio en suprimir este uso en la Iglesia de Milán, y quiso imitar su egemplo. Habiéndole escrito Aurelio, amigo de Agustin, y promovido poco antes á la Silla de Cartago, para pedirle sus consejos.

tomó de aquí ocasion el santo Doctor para exhortarle á corregir el abuso de los ágapes. Así despues de haberle dado gracias en su nombre y en el de los compañeros de su retiro, por la amistad que le mostraba, le pintó los desórdenes que le aconsejaba reprimir; y le propuso el egeemplo, no solo de la Italia, sino tambien de la mayor parte de las Iglesias del lado de acá de los mares. Parecióle este mal tan grande, que incitó á Aurelio á convocar un Concilio numeroso para ponerle remedio (1).

Hubo efectivamente con esta ocasion en Hipona un Concilio general de toda la África, cuyos cánones sirvieron de modelo á los Concilios siguientes (2). En él se prohíbe á los Obispos y á los Clérigos, como al pueblo, celebrar comidas en la Iglesia, ó comer de otro modo que de paso y por necesidad. Publicóse tambien un decreto tocante á la reunion de los Donatistas. „En los Concilios precedentes, dice que se ordenó no se recibiera á los Clérigos Donatistas sino en el número de los legos. No obstante, á causa de la escasez de pretendientes que era tan grande en el África, por estar algunos lugares absolutamente abandonados, se esceptuará de esta regla á los que no hayan rebautizado, y á los que pasen con su pueblo á la comunión católica. Mas esta resolución no se llevará á efecto, sino despues de haber sido confirmada por la Iglesia de ultramar; es decir, la Iglesia Romana.”

7. Habíanse multiplicado los Donatistas tan prodi-

(1) *August. Epist. 22. alias 64.* (2) *Tom. 2. Conc. pág. 1180.*

giosamente en el África, que se les contaban mas de cuatrocientos Obispos: campo dilatado para el celo de Agustin, que desde entonces principió á escribir contra ellos (1). Su primer obra con este motivo es un canto en versos acrósticos y en estilo muy sencillo por ser para el pueblo, cuya mayor parte entendia el latin, aunque la lengua púnica se usaba todavía en aquella parte de la África. Pusieron en claro estos cismáticos, que arraigado una vez el cisma, no guarda ya ni regla ni moderacion. Despues de haberse separado del cuerpo de los fieles, se dividieron entre sí, casi hasta lo infinito. Claudianistas, Urbanistas, Rogatistas, fueron otros tantos partidos considerables, tan odiosos al cuerpo de la secta como los Católicos, sin contar las facciones obscuras, cuyos nombres perecieron; pero la division principal fue la de los Maximianistas, que bajo la conducta del Diácono Maximiano, se levantaron contra su Obispo Primiano, sucesor de Parmeniano, y segundo sucesor de Donato. Reuniéronse en Concilio en la provincia Bizacena en número de mas de cien Obispos. Condenaron á Primiano convencido de muchos crímenes, y en su lugar colocaron á Maximiano, como Obispo de Cartago. No se tuvo Primiano por condenado; antes bien volviendo sus miras á las provincias que su rival habia descuidado prevenir, y principalmente á la Mauritania y la Numidia, formó en Begaya, en Numidia, un Concilio de trescientos y diez Obispos; porque su partido fue siempre el mas numeroso. Condenóse en

(1) *August. lib. 1. Retract. cap. 20.*

tos artificiosos sectarios. Esta epístola que es la ciento y cinco del santo Doctor, y que se puede tener con otras suyas por un sabio tratado, instruye á fondo sobre las materias de la gracia, y responde á todas las astucias sutiles de los Pelagianos con tanta fuerza y claridad, que sola ella bastaba para imponer silencio á todos los fautores del pelagianismo descubierto ú oculto. Pero como las verdades que contiene se encuentran en otras muchas obras de San Agustin, de las que pronto se presentará ocasion de hablar, remitimos allí á los lectores, porque conviene juntar y cotejar todas estas producciones para explicar las unas por las otras, y entender las espresiones fuertes que la obstinacion del heresiarca le habia obligado á usar en esta carta.

65. Las luces de Agustin y el proceder de Sisto produjeron frutos admirables; pues muchos fieles que habian sido sorprendidos, renunciaron al error, y algunos Obispos corrieron á sujetarse á la santa Silla, y tornaron al seno de sus Iglesias. Fueron canónicamente depuestos y espelidos de Italia, en virtud de las leyes imperiales, los que no quisieron condenar la secta. Hubo hasta diez y ocho Prelados pertinaces, de los cuales el mas famoso fue Juliano, Obispo de Eclana en la Campania, ciudad destruida ya. Era de una familia ilustre de la Pulla, hijo de Mémor, que despues fue Obispo, y de Juliana, los dos de una piedad singular. Mémor era amigo de San Agustin y de San Paulino de Nola, y aun algo pariente de este último, que compuso el epitalamio de Juliano que

del matrimonio pasó como su padre al Episcopado: este Prelado era jóven, lleno de ardor y talento, y el mejor ingenio que habia conquistado el heresiarca, habiéndole seducido por sí mismo probablemente en la larga mansion que hizo en Roma antes que se conociese su infame proceder.

66. Se mandó á Juliano y sus compañeros que se uniesen á toda la Iglesia en la condenacion de Celestio y Pelagio, y que suscribiesen al decreto del Papa Zósimo; lo que no quisieron hacer, prestando que estos errores estaban ya proscritos y abjurados por escrito por los sujetos á quienes se acusaba de ellos; y así que ninguno debia ofenderse de su repugnancia en condenar á unos hombres que estaban ausentes, á los cuales no se podia oír. Despues de esto declararon, que si querian sin convencerlos escitar escándalo á vista de su conducta, apelaban á un Concilio universal. Zósimo sin detenerse y sin oír estos vanos subterfugios, sentenció contra Juliano y sus cómplices. Respecto á la apelacion, toda la Iglesia la miró como una muestra de la mala fe, añadida á la obstinacion. Hizo ver la ilusion San Agustin, y que la causa estaba concluida desde que la decidieron los Concilios de África y las cartas confirmativas del Romano Pontífice. Este santo Doctor tan caritativo y tan moderado decia, siendo notables sus postreras palabras: „Yá Roma ha sentenciado; aquí tenemos dos Concilios sobre el mismo asunto enviados á la silla apostólica, y cuyas respuestas hemos recibido: la causa está concluida, (tal es la espresion del santo

Doctor, y no la causa está juzgada, como quisieron traducir algunos autores); la heregia está bastante condenada; no se trata ya de examinarla, sino de reprimirla. No son Pastores, no; son lobos ocultos que se obstinan en esparcir el error, como doctrina de la Iglesia. Donde se descubran, es necesario perseguirlos y no dejarlos respirar, hasta que no puedan hacer ningun daño (1).” Palabras que redujo á la práctica, esto es, hizo una formidable guerra al escándalo; pero con la caridad que se debe á las personas mismas de los escandalosos y con la prudencia y mansedumbre que formaba su carácter.

(1) August. Serm. 131. de Verb. Ap. et lib. 3. contr. Julian. cap. 2.

RESUMEN

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

EN EL LIBRO DÉCIMOTERCERO.

N.º 1. *M*odo de interpretar á San Agustin. 2. *Pe*lagio quiere sorprender á Piniano y Melania. 3. *San Agustin* les dirige el libro de la gracia de Jesucristo y el del pecado original. 4. *Presuncion* de Juliano de Eclana. 5. *Modestia* de San Agustin. 6. *Sus libros* de la Trinidad. 7. *Tratado* de la Ciudad de Dios. 8. *Peligro* de las interpretaciones arbitrarias de la Escritura. 9. *Culto* de los Santos y sacrificio de la Misa. 10. *Libertad* del hombre pecador. 11. *Providencia* de Dios en las revoluciones de los Imperios. 12. *Grandeza* de los Romanos y recompensa de sus virtudes morales. 13. *Males* temporales comunes á los buenos y á los malos. 14. *Pruebas* de la resurreccion de Jesucristo. 15. *Historia* de Paulo Orosio. 16. *Hallazgo* de las reliquias de San Estévan. 17. *Milagros*. 18. *Judios* convertidos en la isla de Menorca. 19. *Relacion* del Obispo Severo. 20. *Milagros* obrados en Uzala. 21. *Milagros* testificados por el Obispo Evodio. 22. *Testimonio* de San Agustin tocante á los milagros de San Estévan. 23. *Pagano* convertido. 24. *Restablécese* la memoria de San Juan Crisóstomo. 25. *Muerte* del Papa Zósimo, institucion del manipulo, tabernas prohibidas á los Clérigos. 26. *Cisma* de Eulalio. 27. *Espulsion* del Antipapa. 28. *Concilio* nacional de Africa. 29. *Cánones* de Sárdica llamados de Nicéa. 30. *Conciliábulo* de Filipópolis teniao falsamente por el Concilio de Sárdica. 31. *Consultase* á las Iglesias de Oriente sobre los verdaderos egempla-

res del Concilio de Nicéa. 32. Última carta de San Gerónimo á San Agustín. 33. Muerte de San Gerónimo. 34. Su carácter, su genio y sus obras. 35. Fenómenos espantosos. 36. Carta de San Agustín á Hesiquio de Salona sobre el fin del mundo. 37. Libros de los matrimonios adulterinos. 38. San Agustín se opone á la revision de la causa de los Pelagianos. 39. Sus libros de las bodas y de la concupiscencia dirigidos al Conde Valerio. 40. Alipio en Roma. 41. Respuesta de San Agustín á las cartas de los Pelagianos, dirigida al Papa Bonifacio. 42. Causa de Máximo de Valencia. 43. Ordenanzas que hace el Emperador Honorio como protector de los cánones. 44. Libros de San Agustín del alma y de su origen. 45. Enchiridion. 46. Tratado del cuidado que se debe tener con los muertos. 47. Libros contra Juliano. 48. Pelagianos condenados por los Orientales. 49. San Simeon Estilita. 50. Santa Maria Egipciaca. 51. Coloquio de esta Santa y el Abad Zósimo. 52. Celo imprudente del Obispo Abdas. 53. Persecucion del Rey Isdegerdes. 54. Sarracenos convertidos. 55. San Eutimio. 56. Vararanes edificado con la caridad del Obispo Acacio. 57. Sabiduria y prudencia de la Princesa Pulqueria. 58. Es asociada al Imperio. 59. Celo y dulzura de Teodosio el joven. 60. Despósase con Atenais. 61. Jurisdiccion del Papa sobre la Iliria. 62. Causa de Perigenes de Corinto. 63. Pátroclo de Arlés reprimido por el Soberano Pontífice. 64. Muerte del Papa Bonifacio, y eleccion de Celestino. 65. Muerte del Emperador Honorio.

HISTORIA DE LA IGLESIA.

LIBRO DÉCIMOTERCERO.

*Desde la condenacion del pelagianismo en el año 418,
hasta la decadencia del Imperio de Occidente en
el de 423 (*).*

1. San Agustín escribió en defensa de la causa que le habian confiado los Concilios de África, despues de la condenacion del Pelagianismo por la santa Silla, las muchas y escelentes obras, en que estudiamos todavia la verdadera doctrina de la Iglesia sobre la gracia del Redentor. Pero cuanto mas sobresalió en este combate por su profundidad en las

(*) Durante el período de los cinco años que comprende este libro, siguieron en España las crueles guerras que suscitaron entre los diferentes pueblos bárbaros que la habian invadido. Por este motivo es tan escasa la historia de la Iglesia de España de aquella época, como que apenas se conservó monumento alguno que nos pueda instruir de sus sucesos. Lo mas que se encuentran tradiciones por la mayor parte inciertas, y sin el fundamento necesario para que se les pueda dar un total asenso, y señalar

res del Concilio de Nicéa. 32. Última carta de San Gerónimo á San Agustín. 33. Muerte de San Gerónimo. 34. Su carácter, su genio y sus obras. 35. Fenómenos espantosos. 36. Carta de San Agustín á Hesiquio de Salona sobre el fin del mundo. 37. Libros de los matrimonios adulterinos. 38. San Agustín se opone á la revision de la causa de los Pelagianos. 39. Sus libros de las bodas y de la concupiscencia dirigidos al Conde Valerio. 40. Alipio en Roma. 41. Respuesta de San Agustín á las cartas de los Pelagianos, dirigida al Papa Bonifacio. 42. Causa de Máximo de Valencia. 43. Ordenanzas que hace el Emperador Honorio como protector de los cánones. 44. Libros de San Agustín del alma y de su origen. 45. Enchiridion. 46. Tratado del cuidado que se debe tener con los muertos. 47. Libros contra Juliano. 48. Pelagianos condenados por los Orientales. 49. San Simeon Estilita. 50. Santa Maria Egipciaca. 51. Coloquio de esta Santa y el Abad Zósimo. 52. Celo imprudente del Obispo Abdas. 53. Persecucion del Rey Isdegerdes. 54. Sarracenos convertidos. 55. San Eutimio. 56. Vararanes edificado con la caridad del Obispo Acacio. 57. Sabiduria y prudencia de la Princesa Pulqueria. 58. Es asociada al Imperio. 59. Celo y dulzura de Teodosio el joven. 60. Despósase con Atenais. 61. Jurisdiccion del Papa sobre la Iliria. 62. Causa de Perigenes de Corinto. 63. Pátroclo de Arlés reprimido por el Soberano Pontífice. 64. Muerte del Papa Bonifacio, y eleccion de Celestino. 65. Muerte del Emperador Honorio.

HISTORIA DE LA IGLESIA.

LIBRO DÉCIMOTERCERO.

*Desde la condenacion del pelagianismo en el año 418,
hasta la decadencia del Imperio de Occidente en
el de 423 (*).*

1. San Agustín escribió en defensa de la causa que le habian confiado los Concilios de África, despues de la condenacion del Pelagianismo por la santa Silla, las muchas y escelentes obras, en que estudiamos todavía la verdadera doctrina de la Iglesia sobre la gracia del Redentor. Pero cuanto mas sobresalió en este combate por su profundidad en las

(*) Durante el período de los cinco años que comprende este libro, siguieron en España las crueles guerras que suscitaron entre los diferentes pueblos bárbaros que la habian invadido. Por este motivo es tan escasa la historia de la Iglesia de España de aquella época, como que apenas se conservó monumento alguno que nos pueda instruir de sus sucesos. Lo mas que se encuentran tradiciones por la mayor parte inciertas, y sin el fundamento necesario para que se les pueda dar un total asenso, y señalar

Escrituras, y principalmente en la doctrina de San Pablo, tanto mas se esforzaron en todos los tiempos los corruptores de la fe, para atraer á su partido al Doctor y al Apóstol de la gracia. Hay efectivamente en el Doctor, como decia San Pedro del Apóstol, cosas bastante difíciles de entender, para que unos falsos sabios no puedan abusar de ellas.

He aquí lo que debe hacernos cautos contra las interpretaciones nuevas y singulares, y obligarnos á buscar en el cuerpo de los Doctores y Pastores la inteligencia de la verdadera tradicion. Para entender bien los puntos de la doctrina Católica explicados por este Padre, no abandonaremos la regla que él mismo nos da cuando dice, que no daría crédito al Evangelio, es decir, que no admitiría lo que se nos inculca como verdades evangélicas, si no tuviera por garante la autoridad de la Iglesia.

Se corre aquí con especialidad mucho riesgo en juzgar de la doctrina de los Padres por extractos. Los puntos fijos y precisos confirmados por la Iglesia con

un lugar en la historia. Esceptuamos sin embargo de esta falta de certidumbre la relacion de los milagros obrados por Dios en la isla de Menorca, al llegar á ella las reliquias del Proto-Mártir San Estévan, de los que habla el autor en su lugar. — Por los hechos de los tiempos subsiguientes, y en particular por el Concilio segundo de Toledo celebrado en 447, se sabe que siguieron, aun en aquella época de revolucion y ruinas, algunos partidarios de Prisciliano tenazmente adheridos á sus errores, con los que mezclaron también, haciendo una ridícula amalgama, las falsas opiniones de Orígenes, y la orgullosa heregía de Pelagio; aunque fue siempre corto el número de estos prevaricadores.

sus decisiones, ó admitidos por ella como parte de esta cadena inmensa de tradicion, que se dilata desde los Apóstoles hasta los Pastores que ocupan hoy su lugar, deben ser para nosotros la verdadera y segura analisis. Acudamos aun á las fuentes con esta regla de fe, sin contentarnos con pasages sueltos: de esta manera concibiendo entonces una idea exacta de toda la doctrina, esplicaremos unos lugares con otros, y daremos el sentido natural y verdadero á algunos principios que parece que dicen tal vez demasiado, á algunas proposiciones que parecen ambiguas, y á algunas espresiones duras á primera vista.

¿Quién no se llenará de admiracion al leer en ciertos extractos de San Agustin estas proposiciones, sin atender á los antecedentes: *todo lo que se hace sin la caridad, es un acto vicioso, esto es, pecado: todo fruto que no dimana de la raiz de la caridad, no es buen fruto, y por consiguiente es tambien pecado ó mal fruto?* Léanse despues estas mismas proposiciones en el tratado de la Gracia y libre albedrío, y en el del Espíritu y la Letra en donde efectivamente se encuentran; pero obsérvese lo que se sigue y antecede, y se notará con un suave consuelo, que el santo autor de estos tratados, esplicándose á sí mismo, no entiende en estos pasages por el término de caridad, sino la buena voluntad, ó el amor al bien en general.

Acontecerá lo propio con extractos enteros comparados con el original; algunos de los cuales como el de la carta á Sisto, esponen siempre con proliji-

dad lo que parece duro, y lo que á primera vista parece favorecer á interpretaciones proscritas, y en los extractos se abrevia demasiado lo que disipa estas dificultades. Tenga el mérito que se quiera semejante método, por lo que á mí toca juzgo que debo seguir otro camino, y recordar aquí particularmente á nuestros lectores lo que dijimos ya en general acerca de los inconvenientes de la poca instruccion que se puede beber en los extractos.

Insistiendo siempre en desempeñar nuestro objeto, nos contentaremos con sacar de San Agustin, como de los demás Padres, la historia de la tradicion; y despues de las citas que establezcan los puntos capitales de la doctrina católica, remitiremos al original á aquellos de nuestros lectores que pueden unir la ciencia de los Padres á los conocimientos de la historia. Debemos advertir ante todo, que nada es mas propio que las cartas de estos grandes hombres, no solo para la inteligencia del verdadero sentido de las mismas, que las mas veces es de la mayor importancia, sino tambien para conocer exactamente la intencion general de los autores, las circunstancias locales y personales en que escribian sus tratados en forma, y para traslucir las miras que se proponen.

Hemos ya hecho mencion de la carta importante que el santo Obispo de Hipona escribió á Sisto, Sacerdote de la Iglesia Romana, que es la ciento y cinco de este santo Doctor. Establece de un modo demostrativo en la siguiente, ó la ciento y seis, dirigida á San Paulino de Nola, el cual habia amado y

estimado al artificioso Pelagio como á un grande hombre de bien, el dogma del pecado original, y lo gratuito de los dones sobrenaturales, en especial del beneficio de la predestinacion.

2. Agustin despues del último Concilio de Cartago habia permanecido en esta ciudad, para evacuar con otros Comisarios algunos asuntos, que no exigian la presencia de todos los Padres. Allí recibió una carta de Piniano, Albina su suegra y Melania su muger, ilustre familia de los Patricios Romanos, mas respetable aun por su piedad que por su dignidad y gerarquía. Se habian estos fugado de Roma para librarse del furor de los bárbaros, y se habian ocultado en el África en donde Piniano, que vivia con su muger como con su hermana, habia sido casi violentado por el pueblo de Hipona para que recibiese el órden del Sacerdocio. Pasaron de aquí á Palestina, donde residia entonces Pelagio, que nada omitió para sorprender con sus artificios y con una vil hipocresía á unas personas que podian dar tanto realce y consideracion á la secta recién nacida. Mas no consintió Dios que un hipócrita amancillase virtudes tan puras y tan brillantes; sino que les inspiró la idea de que recurriesen al Doctor nacido principalmente para defender la fe contra este género de peligros. Le escribieron unidos, y les contestó desde Cartago, á pesar de la multitud de negocios y ocupaciones que cada dia llamaban mas su atencion, y sin embargo de las muchas instrucciones que necesitaba comunicarles.

3. La respuesta forma dos libros, uno de la gracia de Jesucristo y otro del pecado original. Aunque Pelagio no se habia declarado tan abiertamente como Celestio contra estos dogmas capitales, se habia explicado suficientemente para un lector tan penetrante como Agustin. Participó pues el fruto de su perspicacia á los ilustres fieles que le consultaban, haciéndoles ver que estas cuestiones de ningun modo eran de la clase de opiniones libres, que no interesan á la fe, como publicaban sin cesar los dos novadores conformándose con el uso de todas las sectas cuando todavía son poco numerosas.

Trabajaba principalmente en manifestar en el libro de la gracia, que Pelagio la reconocia solo en el nombre: que por el poder de hacer el bien, que refería al Criador, no entendia sino nuestras facultades naturales; y que el socorro divino que añadía, no significaba en su boca sino la ley, la revelacion, la instruccion y el egeemplo; en una palabra, los diferentes medios que el Señor puede emplear esteriormente. Que por lo que hace á la gracia interior, la juzgaba solo útil y no de necesidad absoluta para obrar el bien: „y aun insiste, añade el santo Doctor, en que solo nos ayuda, cuando por nosotros mismos y sin socorro alguno nos hemos convertido á Dios.” He aquí efectivamente el punto fundamental del error, que se sostuvo en la secta aun despues de haber abandonado los demás. En esto fija y hace consistir el pérfido sistema la doctrina propia de los semi-Pelagianos, que destruyendo enteramente

el misterio de la Predestinacion, atribuyeron el principio de la salud á las fuerzas de la naturaleza.

4. No bastaron á intimidar al jóven Obispo de Eclana la profunda doctrina y la grande fama de Agustin, antes bien Juliano, con mérito á la verdad, pero con mucha mas temeridad y presuncion, se creyó capaz de oponerse por sí solo á este ilustre atleta; pues daba por acabada la guerra, y se creía coronado de gloria él y su partido, si triunfaba del Obispo de Hipona, y si quedaba vencido, se consolaba con la consideracion de las eminentes cualidades del vencedor.

No cabe duda en que el amor propio y la confianza que tenia de sí mismo no le permitian dudar de que saldría felizmente del combate. Ya daba á su antagonista el nombre de Goliath, y á sí mismo el de un nuevo David, que aterrándole, iba á hacer que triunfase la verdadera Religion de los blasfemadores del Señor de la naturaleza y de sus mas dignas obras. Tenian esculpido todas las producciones de Juliano este carácter de orgullo y arrogancia. Su pluma no se cansaba de mamar hiel y veneno, no solo sobre la persona del santo Doctor, sino tambien sobre toda la Iglesia, á la que acusaba de ignorante, precipitada é inicua en la condenacion de los dogmas, y de las principales cabezas del partido de Pelagio. Se quejaba de que se les hubiese proscrito sin convocar un Concilio ecuménico; siendo tal su vanidad, que deseaba ver toda la Iglesia ocupada en solo él, para agitarla á lo menos, si no podia arruinarla. Las espe-

ranzas que fundaba en una indecision larga, ó en las dilaciones necesarias para celebrar un Concilio, en la fermentacion de los ánimos y en los desórdenes inevitables durante la ausencia de los Pastores, lisongeaban tambien su orgullo y ambicion.

5. No obstante la superioridad tan conocida, el mérito, la edad y la opinion, respondió Agustin con una modestia egemplar, diciendo: que estaba muy lejos de abrogarse entre los Católicos la gloria que Juliano se atribuía entre los Pelagianos, creyéndose capáz de concluir por sí solo un asunto de tanta consecuencia: que por lo que á él pertenecia apenas se consideraba como débil combatiente entre una infinidad de héroes opuestos á las novedades profanas; y tampoco tenia la presuncion de imaginar, que su derrota ó su victoria personal decidiesen cosa alguna en favor ni en perjuicio de la fe. San Agustin emprendió entonces aquella sólida y vigorosa refutacion, que pulverizó todas las defensas de la secta; pero como hasta entonces no habia logrado ver la obra del orgulloso sectario, no dió la última mano á su respuesta, que por esta razon estuvo bastante tiempo imperfecta.

6. El mismo estado tenia hacia algunos años su grande obra en quince libros sobre la Trinidad: empresa digna de este hombre incomparable, para suplir lo que faltaba á los escritos de los latinos sobre esta sublime y profunda materia, y para la utilidad de las personas que no podian leer los autores griegos. Habia dejado este trabajo á causa de que le ro-

baron los primeros libros cuando apenas acababa de escribirlos. Utilizó el tiempo que se veía precisado á conceder á Juliano, para finir y perfeccionar este tratado de la Trinidad, en cuanto se lo permitian las circunstancias, y sin mudar cosa de consideracion en la que se habia publicado sin su consentimiento.

Sin embargo, esta obra pasa, á lo menos en el fondo de las cosas, por una de las mas apreciables de San Agustin. Los últimos libros son dignos de atencion particular, pues contienen lo mas sublime y sólido de la metafísica, con especialidad en lo que pertenece á la distincion del alma y del cuerpo, y sobre la naturaleza de los seres espirituales. Decide con claridad el autor la cuestion de las hipóstasis tan célebre entre los griegos y latinos, bien que en el fondo no era sino una disputa de palabras; pero admitiendo tres hipóstasis, cuida con esmero de observar lo que se entiende por esto; es decir, que el término de hipóstasis en boca de los latinos, como en la de muchos griegos, no significaba naturaleza ó substancia, sino subsistencia ó persona.

7. Mucho mas importante es el tratado de la Ciudad de Dios, en veintidos libros, y por consiguiente el mas dilatado de todas las obras de San Agustin; sea por la eleccion de materias, interesantes principalmente para el tiempo en que se publicó, sea por la amenidad, elocuencia, orden y método con que el Santo las presenta. San Agustin escribió esta obra para responder á las quejas insensatas de los Paganos, que atribuían todas las calamidades del Imperio á es-

tar los dioses irritados por la ruina de la idolatría. Hemos podido observar ya desde los primeros siglos, que estas quejas causaban muchas veces las mas violentas persecuciones. Afectaban los infieles en ocasiones escandalizarse: los Cristianos, decian, padecen como nosotros los males que nos atrae su irreligion: el Dios que adoran con exclusion de todos los demás, y al cual tienen por tan poderoso, no les favoreció á ellos mas que á nosotros; pues fueron robados y muertos por los bárbaros, ó reducidos á la mas horrible esclavitud; sus mugeres y sus hijas padecieron los mismos ultrages que las nuestras. Mucho tiempo habia que estas blasfemias ofendian los oidos piadosos, y el celo de las personas calificadas por su dignidad y sólidamente cristianas se lamentaba al ver que de este modo se retardaban los progresos del cristianismo. El Tribuno Marcelino, que con tanta sabiduría y con tanta felicidad se habia ocupado en la reunion de los Donatistas, escribió á San Agustin, rogándole que deshiciese enteramente unas acusaciones tan insensatas como obstinadas (1). Envióle primeramente el santo Doctor su carta difusa, intitulada: *de la politica*, que versa toda sobre la estravagancia de estas impiedades; pero conociendo despues que un campo tan vasto reclamaba mas estension, principió su obra de la Ciudad de Dios, que no pudo finalizar hasta mas de doce años despues, en el de 426: tantas y tan continuas eran sus ocupaciones y asuntos.

8. Vióse obligado en el primer año de este tra-

(1) *August. Epist. 136.*

bajo á componer su tratado de la fe y de las obras, para refutar á los que pretendian que la fe con el bautismo bastaba para la salvacion sin el socorro de las buenas obras. Nótase aquí claramente, que la doctrina de la Iglesia sobre este artículo fue siempre la misma que hoy, y que ya entonces la interpretacion arbitraria de las divinas Escrituras, particularmente de los escritos de San Pablo, daba lugar á los errores que se han reproducido en estos últimos siglos.

9. Volviendo á la Ciudad de Dios, el objeto de esta obra y el que la ha dado el título, es defender la sociedad de los hijos del Redentor contra la de los hijos del siglo; es decir, la Iglesia contra el paganismo. Para este fin el erudito y sabio autor refuta las preocupaciones de los Paganos en los diez primeros libros, que forman como la primer parte de la obra; y los doce siguientes establecen la verdad de la Religion Cristiana. No obstante de haberme prescrito no hacer un análisis seguido de las obras de los Padres, debo á lo menos sacar de ellas los rasgos importantes de la tradicion, y sobre todo los puntos de doctrina, cuya omision podria tal vez parecer sospechosa.

Lo primero que presentamos á nuestros lectores es el testimonio glorioso que nuestro santo Doctor da al culto de los Santos y al adorable Sacrificio de nuestros altares. „Nunca fiel alguno, dice, oyó al Sacerdote ni aun en un altar erigido en honor de Dios sobre el cuerpo de un Mártir, jamás le oyó decir en las oraciones: Pedro, Pablo ó Cipriano, yo os ofrez-

co este Sacrificio ; sino que se ofrece á Dios solo este grande , este verdadero , este único Sacrificio de los Cristianos , al cual cedieron su lugar todos los vanos sacrificios (1) :” espresiones tan propias y tan profundamente grabadas en la mente de este Padre , que en las instrucciones dogmáticas que remitió al Tribuno Marcelino , llama asimismo á la Misa nuestro único y muy verdadero Sacrificio. Atestigua la antigüedad de algunas observancias de nuestra liturgia , como los prefacios antes de la celebracion de los santos misterios.

10. No es menos interesante el testimonio singular que el tratado de la Ciudad de Dios da á la libertad del hombre pecador , y á la indiferencia activa de su voluntad. Despues de haber propuesto la hipótesis de dos hombres perfectamente semejantes en todo género de disposiciones , y tentados igualmente por los atractivos del deleite , de los cuales el uno cede á la tentacion , y el otro se resiste ; pregunta Agustin la razon de estas diferentes determinaciones , y responde : „¿qué podremos decir , sino que el uno quiso , y el otro no quiso violar las leyes de la castidad?” Es evidente que no se trata aquí del estado de inocencia , en el cual no se hablaba de las rebeliones de la carne : lo que el santo Doctor confirma indirectamente poco mas abajo , diciendo , que los buenos ángeles se distinguieron de los malos porque perseveraron en la buena voluntad , mientras que estos se pervirtieron apartándose con una voluntad per-

(1) *August. lib. 8. de Civit. Dei cap. 2.*

versa del soberano bien , el que no hubieran abandonado sin voluntad decidida. He aquí en estos diversos estados una determinacion verdadera y próximamente libre de la voluntad , tanto para el pecado como para la perseverancia en el bien. Tal es tambien la esplicacion de la necesidad , que el santo Doctor dice , no ser contraria á nuestra libertad ; es decir , la necesidad de querer , supuesto el que queramos , lo que los teólogos llaman necesidad consiguiente ; como de la necesidad con que se comete una falta prevista por el Señor , el que aunque deja obrar las causas segundas , no hace otra cosa que permitir el mal formal del pecado.

11. Por lo que mira al fondo del tratado de la Ciudad de Dios , plan magnífico que abraza y presenta toda la economía de la sociedad de los verdaderos adoradores del Altísimo , causan en él admiracion sobre todo la sabiduría , la erudicion , la destreza y exactitud con que Agustin mas prodigioso todavía aquí que en otras obras suyas , penetra , combina , presenta y maneja magistralmente los sucesos y las revoluciones de todas las edades. Recorriendo la historia profana desde los tiempos mas oscuros de la guerra de Troya , hace ver que los dioses ni preservaron ni libertaron á sus adoradores de las calamidades inseparables de la condicion y pasiones humanas. Insiste particularmente sobre las revoluciones de las guerras púnicas , y sobre las guerras civiles de Mario y Sila , y despues demostrando que estos azotes habian sido mucho mas horribles que las invasiones de los Godos,

concluye, que se pretendia con injusticia atribuir al culto de los dioses la prosperidad del Imperio, ó sus desventuras al establecimiento del cristianismo.

12. Esforzando cada vez este principio, „hubo, prosigue, otros grandes estados que sufrieron por mucho tiempo reveses y calamidades, y cayeron por fin en una total decadencia. Tales son entre otros los famosos reinos de los Asirios, de los Persas y Egipcios; luego ó los dioses no tuvieron parte en su suerte, ó la proteccion de estas divinidades es inútil. Los Judíos por otra parte adoradores de un solo Dios gozaron sus dias de gloria y de prosperidad.” La grandeza de los Imperios sin embargo no es efecto del acaso ni de un destino ciego y sin poder alguno, sino obra de la Providencia ó del Ser Supremo, que disponiendo de las mayores y mas grandes cosas, atiende por su inmensa grandeza al cuidado de las mas pequeñas. Plúgole recompensar con las prosperidades temporales las virtudes humanas de los antiguos Romanos, su frugalidad, su moderacion, su desinterés personal, su celo por el bien público, y la generosidad de su valor; aunque estas cualidades brillantes fuesen casi siempre obra del amor propio, que enfrenaba los demás vicios, pero vicios mas criminales que la vanidad. Así el Remunerador Todopoderoso y magnífico, que honra hasta los menores vestigios de virtud, y que la corona en el mismo ceno con que se desfigura, concedió á los Romanos el poder y dominio en que hacian consistir la felicidad; pero para que no se creyese necesario el culto de los dioses para reinar, otorgó el

Dios de los dioses un reinado feliz y largo al gran Constantino, enemigo de los ídolos. Por una conducta contraria, aunque igualmente sabia y santa, para que los Emperadores no fuesen Cristianos precisamente por gozar de los bienes temporales, sacó de este mundo al religioso Joviano mas pronto que á Juliano apóstata; y como árbitro absoluto de las causas como de los efectos, hizo triunfar las armas del piadoso Teodosio, y permitió que la virtud de Graciano fuese víctima de un tirano cruel.

13. Observemos de paso que las desgracias temporales no siempre son en esta vida penas del pecado; y que este error es tan contrario á los principios de San Agustin, como al sentimiento de la Iglesia que le ha condenado. Dice este Padre espresamente, que las adversidades fueron para Job prueba de su virtud; y aun añade, que con independencia de las faltas que cometen los hombres mas justos y de las penas temporales que por esto merecen, el Señor quiso que los bienes y los males de esta vida fuesen comunes á los buenos y á los malos; por esto preparó para lo futuro bienes y males que harán separadamente la felicidad ó la desgracia de unos y otros: economía sabia, que nos muestra al mismo tiempo el desprecio que Dios hace y se debe hacer de los bienes de esta vida por la indignidad de aquellos á quien los abandona. No quiso dar lugar de este modo á los hombres á que se precipitasen en una desgracia sin medida y sin fin por el temor de lo que llaman males, y los distribuyó ordinariamente á sus amigos, como

sus mas preciosos favores. Si ningun pecado castigase aquí de un modo sensible, creeria el hombre que no hay Providencia; y si todos fueran castigados en este mundo, se persuadiria de que nada se reserva para el último juicio. Acontece lo propio con los bienes aparentes de esta vida: si Dios no los concediera á ninguno de sus siervos, pareceria que estos bienes no dependen de él; y si los diese á todos sus adoradores fieles, no le serviríamos sino por este género de recompensas. Así la piedad no tendria otro estímulo que la codicia, y el espíritu bajo y carnal de la ley de servidumbre ocuparia el lugar de la ley del espíritu y del amor de los bienes invisibles (1).

Enseñanos San Agustin tambien á no emplear sino sabiamente las amenazas y las recompensas temporales, para escitar igualmente á la huida del vicio y á la práctica de la virtud. Es necesario con efecto procurar no proponer con mas celo que discrecion los contratiempos de los enemigos de la Iglesia, como otros tantos castigos divinos, y las ventajas de sus defensores, como pruebas incontestables de la verdad. Pueden estas promesas y estas amenazas deslumbrar por un momento á los sencillos; pero cuando las ven sin efecto, como acaece las mas de las veces en la conducta casi siempre impenetrable de la Providencia, entonces lo que debia hacer el apoyo de la fe, viene á ser su escándalo. Es necesario con la piedad acudir en mil ocasiones á la profundidad de los ju-

(1) *August. de Civit. Dei lib. 1. cap. 8.*

cios divinos; pues cuando las pruebas de induccion no son siempre concluyentes, nada significan.

14. Insiste el santo Doctor sobre la resurreccion de Jesucristo, á lo último del tratado, principalmente en el libro veintiuno, como el testimonio mas convincente de su Divinidad, y de la verdad de nuestra Religion: deduciendo las pruebas de esta resurreccion, de que el mundo entero la creyó sobre la predicacion de los Apóstoles. „He aquí, dice, tres cosas inconcebibles, á saber, que Jesucristo resucitó, que el mundo ha creído una cosa tan dudosa, y que un corto número de hombres groseros é ignorantes la persuadieron á los mismos sabios. No quieren nuestros contrarios creer la primera: ven y confiesan la segunda; y son incapaces de decir cómo sucedió, si no es por la tercera. Aquellos hombres despreciables que decian haber visto á Jesucristo subir al cielo, no solo lo aseguraban, sino que lo confirmaban con los mayores milagros, y esto en el siglo mas ilustrado y menos crédulo. ¿Por qué pues, dirá alguno, no se hacen semejantes milagros? Porque no son de la misma necesidad desde que la fe del mundo entero nos suministra uno siempre subsistente. Y se obran aun por mas que no tengan la misma celebridad, y sean poco conocidos fuera de los lugares en donde se hacen.” Refiere sobre este particular hasta veintidos milagros, de que da fe por haberlos visto él mismo, ú oído de testigos oculares á quienes conocia; añadiendo que omite un número incomparablemente mayor.

15. Consiguió de Orosio que escribiese su histo-

ria, para dar mas peso á una obra tan importante á la Religion, la que efectivamente contribuyó á sostener la gloria y buen éxito del escrito de la Ciudad de Dios. Regresaba de Palestina el historiador español por África, conforme á su promesa, con las cartas de Héros y Lázaro contra Pelagio. Era á la sazón España teatro lúgubre de las desolaciones de innumerables y crueles enjambres de bárbaros, por lo que no pudo Orosio regresar al seno de su patria tan pronto como deseaba. Empezó su historia en este intervalo, segun se cree, en la que recorre sumariamente las diferentes edades del mundo desde el diluvio hasta su tiempo; pero como su principal objeto era la edificación de los Romanos, se estiende mucho mas sobre la historia romana que sobre las demás. Reune todos los sucesos propios para hacer ver á los Paganos, que en todos tiempos y en todos los cultos el género humano habia padecido los mismos azotes que se sufrían entonces.

16. Traía Orosio á España algunas reliquias de San Estévan, las primeras del príncipe de los Mártires que habian llegado á Occidente (1). Habian sido descubiertos pocos años antes estos preciosos despojos por medio de la revelacion hecha por tres diferentes veces á un santo Sacerdote llamado Luciano, y establecido en la Iglesia de Jerusalem desde el tiempo en que el Obispo Juan se hallaba en el Concilio de Diospolis. Despues de la tercera aparicion de Gamaliel,

(1) *Marcel. Chron. ann. 418. Epist. Lucian. num. 8. Phot. cap. 17.*

enterrado con su hijo Abibon y su amigo Nicodemo en el mismo lugar que San Estévan cerca del arrabal de Cafargamala, es decir, arrabal de Gamaliel, temiendo Luciano resistir á la orden de Dios, fue á referirlo todo á su Obispo. Este derramando lágrimas de alegría y alabando á Dios, le mostró un monton de piedras en un campo particular, en donde le mandó cavar. Ya tenia el Obispo conocimiento de alguna tradicion concerniente al lugar donde yacian estos cuerpos santos; é informó despues Luciano á los habitantes de aquel parage del tesoro depositado en su territorio, convidándolos á que fuesen á cavar con él á la mañana siguiente. Mas aquella noche tuvo revelacion el monge Migeccio, hombre de una vida pura y sencilla, de que aquel monton de piedras no era sino un monumento de luto usado entre los Judíos, y que las santas reliquias descansaban mas al oriente en un viejo monumento que amenazaba ruina. Avisó de esto á Luciano y á los que en vano se fatigaban: así abrieron el túmulo, en el cual encontraron tres cajas ó féretros con una piedra en que estaban grabados en carácter siríaco los nombres de Estévan, Nicodemo, Gamaliel y Abibon.

Comunicaron sin dilacion esta noticia feliz al Obispo Juan, que partió de Diospolis acompañado de otros dos Obispos, para recoger las reliquias con la solemnidad conveniente. Todos los que estaban inmediatos se sintieron penetrados de un santo horror al abrir el féretro de San Estévan; sintióse muy lejos un temblor de tierra, y se exhaló un olor tan agradable y

tan extraordinario, que los circunstantes le tuvieron por sobrenatural y milagroso. El cuerpo del Mártir estaba reducido á cenizas, á escepcion de los huesos que conservaban toda su frescura, sin haber padecido alteracion alguna; pero estas cenizas sagradas tenían una virtud poderosa.

17. Hubo setenta y tres personas que sanaron repentinamente al abrir el féretro, entre la multitud de enfermos atraidos por la curiosidad ó por la Religion: unas de fiebres, con dolores de las entrañas y cabeza; otras de flujos de sangre, de fistulas inveteradas, de humores frios y de epilepsia. Besaron todos con un profundo respeto las santas reliquias, y despues las encerraron de nuevo; y cantando himnos y salmos, condujeron las de San Estévan á la Iglesia de Sion, en donde habia sido ordenado Diácono, dejando no obstante parte de ellas en Cafargamala, sepulcro honrado por tanto tiempo con su presencia. Esta traslacion se hizo en 26 de Diciembre, en cuyo dia honró despues la Iglesia al santo Mártir, aunque la memoria de esta traslacion se haga hoy el dia 3 de Agosto, sin que sepamos la causa. Cayó una lluvia abundante durante la ceremonia, que previno la hambre con que una larga sequedad amenazaba á todo el pais.

Dió parte de las reliquias que habia guardado el Sacerdote Luciano, es decir, de algunos huesos y alguna parte de las carnes reducida á polvo, á un Sacerdote español llamado Avito que se hallaba ya desde algun tiempo en Palestina, y Avito las envió á

España por Orosio con una relacion del modo con que fueron halladas. Hízoles creer el espíritu de fe que serian un poderoso consuelo en las irrupciones y persecuciones de los bárbaros para el Clero y pueblos de Lusitania; y que nada seria tan propio para alentar el valor de los fieles, como tener presentes los instrumentos del primer triunfo conseguido de los enemigos de la fe.

18. Orosio, despues de haberse detenido algun tiempo en África, quiso por fin entrar en España; pero no pudo, ó no se atrevió á pisar el continente á causa de los bárbaros que le infestaban. Aportó en la isla de Menorca, y permaneció algun tiempo en la ciudad de Magon, hoy Mahon, célebre ya en aquel tiempo por su escelente puerto. Parecia que el espíritu del santo Mártir que con tanto arrojo destruyó la impiedad judaica, habia inspirado á todos los fieles que en gran número corrian á tributar á las reliquias sus honores religiosos. Los Cristianos principiaron por toda la ciudad llena de Judíos á disputar contra ellos sobre la Religion. De estas disputas particulares pasaron á una conferencia pública y formal, y los Judíos se prepararon no tanto con argumentos y doctrina, como con piedras, palos y todo género de instrumentos ofensivos de que llenaron sus sinagogas. Tenian mucha confianza en el poder y riquezas de su gefe, á quien llamaban Patriarca: asimismo dieron este nombre á uno que se llamaba Teodoro que tenía una autoridad extraordinaria, y habia pasado á la isla de Mallorca.

El Obispo Severo se hallaba tambien ausente de Menorca, quien sin dilacion regresó á ella con muchos fieles animados por visiones, que despues acreditó el resultado (1). Túvolas asimismo Teodoro, y facilitaron mucho su conversion. Mandó entretanto el Obispo dar parte á los Judíos de su llegada, y habiendo acudido á la casa en donde estaba alojado, les dijo con benignidad: „hermanos míos, ¿por qué en una ciudad gobernada por leyes Romanas, hicisteis provision de armas y palos, como si tuvierais que haberlas con salteadores y bárbaros? ¡Qué injustos sois! Quereis nuestra muerte, y nosotros no deseamos mas que vuestra vida y salud.” Los Judíos que creían estar su trama oculta y secreta, todo lo negaron con juramento, al oír estas razones. „¿Para qué es perjurar, dijo el Obispo, si la vista sola de los lugares basta para confundiros? Vamos á la sinagoga,” y todos fueron cantando un salmo en comun Judíos y Cristianos; pero en el camino unas mugeres judías arrojaron desde las ventajas piedras grandes, bien que á nadie hirieron.

Los fieles por su parte, á pesar de los ruegos y persuasiones del Obispo para contenerlos, acometieron á los Judíos; pero nadie quedó herido en esta ocasion. Apoderáronse sin embargo los Cristianos de la sinagoga, que á la sazón parecia un arsenal; la quemaron despues de haber sacado los libros sagrados, por no verlos profanados, y entregaron la plata á los Judíos para convencerlos de su perfecto desinterés.

(1) *Epist. Sever. de mirac. S. Steph. num. 2.*

De aquí regresaron á la Iglesia con una tranquilidad y moderacion, que dejó como absortos á aquellos, cuya conversion deseaban y pedian al Señor. Obra-ron con eficacia en sus corazones tan santos deseos, y mas que todo la intercesion del santo Mártir. Abjuró al punto el judaismo con tanto fervor el judío Ruben unido íntimamente con Teodoro, que públicamente reprendió á los demás su indocilidad. Fue Teodoro tres dias despues á la sinagoga incendiada, cuyas paredes aun permanecian en pie. Nunca habia mostrado mas celo por la ley judaica, que defendió con todo el ardor y firmeza que puede inspirar la presuncion, cuando repentinamente comenzó á gritar el pueblo Cristiano: *Teodoro, cree en Jesucristo.* Los Judíos al oír esto opinaron que Teodoro creía ya en Jesucristo; y consternados de verse abandonados de su gefe, se derramaron por todas partes: corrian las mugeres con el cabello suelto, llorando y repitiendo: *¿Qué hiciste, Teodoro, qué hiciste?* Quedó en un instante este solo de tantos Judíos como habia, atónito, suspenso y confuso al observar que todos sus hermanos le habian desamparado. *¿Qué temeis?* le dijo entonces Ruben, convertido ya. *El medio mas seguro para vivir, así en este como en el otro mundo, es creer en Jesucristo.*

Entonces recordó Teodoro el sueño misterioso que habia tenido, y notando al rededor de sí monges que cantaban, como en la vision los habia visto, quedó pensativo por algunos momentos. Despues dijo al Obispo y á los Cristianos: „haré lo que deseais, oír lo

ofrezco; mas para que mi conversion sea mas útil, dadme tiempo para arengar á mi pueblo." Mostraron todos los fieles su alegría del modo mas espresivo: los mas distinguidos corrian á abrazarle, otros ansiaban oírle, y todos se abalanzaban á verle y aplaudirle. Regresó á su casa, y los Cristianos se dirigieron á la Iglesia á ofrecer en accion de gracias los sagrados misterios, y al salir vieron una multitud de Judíos que venian á pedir al Obispo que se les contase en el número de los siervos de Jesucristo. Tornaron con esto á la Iglesia, en la que de nuevo alabaron y bendijeron al Señor, y el Obispo los puso á todos en el número de los catecúmenos.

No se pudo al otro dia principiar el santo sacrificio sino una hora despues de medio dia: tan ocupado se hallaba el Obispo con los Judíos que se presentaban para ser instruidos. Se aguardaba entretanto con impaciencia que Teodoro cumplierse su oferta, y dijo, que queria convencer antes á su muger que habia quedado en la isla de Mallorca. Pensamiento fue este que los Cristianos aplaudieron; mas el fervor de los Judíos convertidos se ofendió de la dilacion. Teodoro satisfizo sus deseos, siguiendo su egemplo la multitud, y entre otros un viejo de ciento y dos años. Cedieron sin disputar hasta los mismos rabinos: algunos Judíos estrangeros, á quienes urgia hacerse á la vela, quisieron mas perder la ocasion que se les presentaba, que dejar de seguir los movimientos de la gracia. Obstináronse solamente algunas mugeres por algun tiempo. Pasados ocho dias, una de ellas que

habia tomado el partido de huir por mar, conducida de nuevo á la isla, fue á echarse á los pies del Obispo, rogándole con lágrimas que la reconciliase. „¿Pero por qué, la dijo el Prelado, tomasteis el partido de la huida? Aunque el Profeta Jonás, le respondió, intentó ocultarse á los ojos del Señor, no por eso dejó de cumplir su santa voluntad." Por fin, quinientas y cuarenta personas judías se convirtieron en ocho dias, contando desde el 2 de Febrero de este año 418; y demolieron por sí mismos los restos de sus sinagogas. Edificaron despues una hermosa Iglesia, trabajando en ella por sus propias manos los mas distinguidos de su nacion.

19. Notició Severo al Clero y á todos los fieles del universo este feliz suceso, en una carta que se conservó hasta nuestros dias. Presentada á Úzala, en África, al Obispo Evodio, antiguo amigo de San Agustin, se leyó públicamente en la Iglesia un dia que por fortuna recibió tambien reliquias del Mártir, á quien tanto veneraba la Iglesia Africana. He aquí como logró este inestimable tesoro. Oyendo unos monges de Úzala contar á Orosio las maravillas acaccidas en Oriente, encontraron ocasion de procurarse una bottelita con sangre del Mártir San Estévan, y algunos pequeños fragmentos de sus huesos.

20. El Obispo Evodio salió en procesion á recibirlas fuera de la ciudad con pompa y solemnidad conforme á la alegría pública, y el cielo quiso honrar esta primera ceremonia con un milagro. Quedó sano por sola la invocacion del Santo un barbero

llamado Concordio, que de una caída se había quebrado un pie, el cual inmediatamente acudió á dar gracias junto al santo depósito, encendió cirios, segun entonces se usaba, y en testimonio del milagro dejó allí el palo, sin el cual no podia andar antes (1). Habiendo el Obispo celebrado los divinos misterios en una Iglesia inmediata, partió el Clero acompañado de inmenso pueblo que caminaba con orden y en muchos coros, llevando lúces, cantando salmos, y repitiendo aquellas palabras de la Escritura: *Bendito sea el que viene en el nombre del Señor*. El Obispo estaba sentado en un carro adornado, y con las reliquias sobre sus rodillas: de este modo las condujo con una lentitud magestuosa hasta la ciudad, adonde no llegaron hasta la tarde; y las depositó cubiertas con un velo blanco en el santuario de la Iglesia principal sobre el trono del Obispo. Acudió el mismo día á esta escena una panadera muy conocida y ciega, con aquel grado de fe que obra los prodigios: dispuso que la acercasen á las reliquias, tomó á tientas la estremidad del velo que las cubria, y le aplicó á sus ojos; y hecho esto regresó á su casa. Quedó tan perfectamente curada durante la noche, que á la mañana siguiente muy temprano corrió á la Iglesia á dar gracias al Señor.

Colocáronse despues de esto las reliquias en un lugar cerrado, en el cual no obstante se había dejado una ventanilla abierta por donde se tocaban lienzos para alivio de los enfermos. Acudia de muy lejos

(1) *Sever. lib. 1. cap. 4.*

un gran número de gente á buscar el remedio y la salud: obráronse infinitos milagros aquí, consagrando al mismo tiempo una multitud de ofrendas figurativas que los acreditaban. Entre estos merece notarse la de un velo, en el que estaba pintado San Estévan arrojando con la cruz un dragon de la ciudad: imagen que se espuso en la Iglesia enfrente de las reliquias.

21. Mandó el Obispo escribir su historia á uno de sus clérigos, para conservar la memoria de los milagros de Úzala, el que no pudiendo referirlos todos, segun él dice, por ser infinitos, se limitó á los mas brillantes (1). Leíase públicamente esta relacion el día de la fiesta del Mártir, y despues de la lectura de cada hecho particular, se buscaba en el concurso la persona con quien se había obrado la maravilla: hacíasele andar en medio de los fieles, y subir despues á un lugar del santuario, en donde permanecia algun tiempo de pie para que todos la conociesen. Vióse primero de este modo á la panadera que había estado ciega, despues el paralítico perfectamente sano, y luego á los demás sucesivamente. Conócese con facilidad los efectos que producía este espectáculo, muy diferente á la verdad de una simple relacion. Parecía que todos veían renovarse el prodigio: el pueblo arrobado hacia vivas aclamaciones, derramando lágrimas de alegría. San Estévan en esta augusta escena se aparecía muchas veces, bajo la figura por lo comun de un jóven vestido de Diácono. Esta multitud

(1) *Pref. 2. cap. ult.*

de maravillas testificadas por los hombres del primer orden de aquellos tiempos, dió mucha celebridad á la traslacion ó invencion de las reliquias del primer Mártir.

22. Refiere San Agustin como indudable, no solo la cura de un gran número de enfermos de toda especie en Calama y en las aguas de Tibilis en Numidia, en donde habia reliquias del Santo, sino que cuenta tambien la resurreccion de muchos muertos con las circunstancias mas notables y mas persuasivas (1). Cayó peligrosamente enfermo uno de los principales ciudadanos de Calama llamado Marcial, de edad avanzada, y como era Pagano, su hija que tenia la felicidad de ser Cristiana, y su yerno que aquel mismo año habia pedido el bautismo, suplicaban con lágrimas á su padre que se asegurase la eterna felicidad abrazando la verdadera Religion. Su odio al cristianismo sin embargo le hizo desechar con dureza los ruegos de las personas que en este mundo le eran mas queridas. El yerno triste y afligido fue á derramar su alma delante del Señor cerca de las reliquias de San Estévan; y rogó al santo Mártir con un fervor extraordinario que convirtiese á Marcial. Tomó al retirarse unas flores que estaban sobre el altar, por uno de aquellos movimientos imprevistos, precursores de los favores celestiales: y vuelto á donde estaba su suegro, las puso secretamente cerca de la cabeza de este infiel obstinado.

23. Era ya de noche, y cada uno se retiró á des-

(1) *August. Serm. 23. et 24. et de civit. Dei lib. 22. cap. 5.*

cansar: antes de amanecer pidió Marcial que se le trajese pronto al Obispo; pero estaba en Hipona con San Agustin. El enfermo quiso entonces se llamase á los Sacerdotes, á quienes apenas vió, confesó la verdad de la fe con tanta edificacion y tantas señales de arrepentimiento de su error, que consiguió el bautismo. Desde este instante hasta el dia de su fallecimiento acaecido poco despues, pronunciaba continuamente estas palabras de San Estévan al espirar: *Señor Jesus, recibid mi espíritu*; pero las proferia sin hárselas enseñado nunca, ni saber que el Mártir las habia proferido antes que él. Cuenta tambien San Agustin la resurreccion de dos muertos, y la cura de muchas enfermedades naturalmente incurables entre los milagros de San Estévan, de los que tuvo particular cuidado de informarse.

24. Era asimismo objeto de la veneracion general de la Iglesia la memoria de San Juan Crisóstomo. San Cirilo, Patriarca de Alejandria, que por amor á su tio Teófilo habia juzgado hasta entonces que debia mirar al santo Obispo de Constantinopla como legítimamente condenado, cedió finalmente á los consejos que no cesaba de darle San Isidoro Pelusiota. Decíale este, que no hiciese creer por mas tiempo que habia heredado la pasion de su tio, para conservar con pretesto de piedad una division eterna en la Iglesia. No se pretendia ya restablecer la memoria del Santo sino en la Iglesia de Alejandria, pues ya su nombre habia sido escrito en los dípticos de Antioquia por dos Patriarcas seguidos, San Alejandro y Teó-

dato. Este último se vió precisado á ello por su pueblo que retenia la preciosa memoria de la divina elocuencia, y de todas las virtudes de este ilustre ciudadano. Teódoto receló por mucho tiempo que esta conducta le indispusiese con Ático, Patriarca de Constantinopla; y así le envió un Sacerdote con una carta para consultarle. El enviado publicó luego el contenido de la carta, y el pueblo de la capital se enteró al instante de cuanto pertenecía á su antiguo Pastor, á quien habia mirado siempre como á padre, y á quien ya principiaba á venerar como Santo. Tal fue la conmocion en toda la capital, que Ático corrió muy asustado á ver al Emperador, para proceder de acuerdo y suspender el alboroto sin irritar al pueblo. Mas Teodosio resolvió sin dilacion, como cosa fácil y justa, que se honrase la memoria de un Obispo digno y perseguido despues de su muerte. De este modo se escribió al punto en las tablas eclesiásticas el nombre de San Crisóstomo. No sabemos el tiempo crítico en que la Iglesia de Alejandría hizo tambien justicia á este Santo; pero consta que por los años de de 419 conservaba una perfecta union con la de Roma, y por consiguiente que entonces á mas tardar siguió su Obispo el egeemplo de los demás Prelados; porque el Soberano Pontífice, que con tanto empeño empleaba su autoridad en la defensa de San Juan Crisóstomo, no comunicaba sino con los que habian consentido en hacerle por último justicia.

25. Habia muerto el Papa San Zósimo á 26 del año antecedente, despues de haber reinado en la Silla

Apostólica un año y nueve meses. Mandó que los Diáconos llevasen al altar una especie de lienzos, que dieron principio al uso de los manípulos. Asimismo ordenó, que los clérigos no entrasen á beber en los lugares públicos; que no lo hiciesen sino en las casas de los fieles, y si fuese posible en las de otros clérigos; lo que muestra la antigüedad del celo eclesiástico en apartar á los clérigos de las ocasiones de disolucion é intemperancia, prohibiéndoles la frecuentacion de las tabernas y mesones.

26. El Papa Zósimo, antes de espirar, estuvo mucho tiempo en peligro, y aun varias veces corrió la voz de que habia muerto, y el Arceiano Eulalio, que concibió el ambicioso proyecto de sucederle, tuvo tiempo y facilidad para formar una faccion (1). Cuando aun no se habian finalizado los funerales de Zósimo, se apoderó de la Iglesia de Letran, y mandó cerrar las salidas, esperando allí durante dos dias á que llegase el domingo para la solemnidad de la ordenacion: declaráronse á favor suyo los Diáconos, algunos Sacerdotes, y un número bastante considerable de gente sostenida por el Prefecto Símmaco.

El 29 de Diciembre la mayoría del pueblo y del clero junta en la Iglesia de San Marcelo, eligió á un antiguo Sacerdote llamado Bonifacio, tan versado en las ciencias eclesiásticas como egercitado en todas las virtudes, y tanto mas digno de la Cátedra Pontifical, cuanto mayor repugnancia tenia en subir á ella. Nueve Obispos de diversas provincias le ordenaron con

(1) *Prosp. Chron. ann. 417.*

todas las solemnidades requisitas, y firmaron la acta de ordenacion cerca de setenta Sacerdotes. Finalizada la ceremonia se le condujo á la Basílica de San Pedro. Ordenó á Eulalio el Obispo de Ostia, á quien los de su partido habian obligado á pasar á Roma, á pesar de su ancianidad y de una enfermedad grave que le mortificaba. Era costumbre antigua que este Prelado ordenase al Papa, y querian los turbulentos partidarios de Eulalio que hiciese una ceremonia, de la cual esperaban sacar una ventaja considerable para su faccion. Escribió el Prefecto de Roma, el mismo dia de la eleccion de Bonifacio, lo que habia sucedido al Emperador Honorio que vivia en Ravena, pintando las cosas segun la pasion que le animaba, y remitiendo actas formadas del modo mas favorable al Anti-Papa.

Con esto seducido el Emperador se declaró á favor del falso Pontífice, y mandó noticiar á Bonifacio que saliese de Roma, con orden á los Romanos de obligarle á ello si se resistia. Encontraron no obstante sus amigos camino por donde dirigir la verdad á la corte: proponiendo al mismo tiempo á Honorio que llamase á las dos cabezas con sus principales protectores, é hiciese salir de Roma al que no obedeciese. Mandóse al Prefecto que suspendiese la egecucion de la primera orden á consecuencia de esta súplica ó representacion, y comunicase á Eulalio y Bonifacio que estuviesen en Ravena el 8 de Febrero con los autores de las dos ordenaciones, so pena al que no la cumpliese de ver declarar nulas sus pretensiones.

Envió á llamar á varios Obispos de diferentes provincias para decidir este negocio de un modo canónico, y acudiendo sin dilacion se juntaron en Concilio. Mas siendo muy encontrados los pareceres suspendió el Emperador la decision para el primer dia de Marzo, y despues para el 13 de Junio. Convocó en este intermedio mayor número de Prelados, y escribió en particular á San Paulino de Nola, cuyas luces y virtudes eran igualmente respetadas. Esceptuando á Aurelio de Cartago, cuya Silla se miraba con tanta veneracion, San Agustin, su amigo Alipio, y otros en corto número, cuyos méritos eran singulares, se escribió en general á los demás Obispos de las Galias y África. Inútiles fueron por dicha todas estas precauciones.

27. Habia prescrito el Emperador provisionalmente al acercarse la Pascua, que este año 419 caía á 30 de Marzo, con consejo de los Obispos juntos por la primera vez y con consentimiento de las partes, que ni Bonifacio ni Eulalio permanecieran en Roma por temor de algun tumulto, y que Aquiles Obispo de Espoleto, que no era partidario de uno ni de otro, celebrase los santos misterios. Regresó no obstante Eulalio el 18 de Marzo, y entró en la ciudad sin saberlo el Prefecto Simmaco, que afectaba no favorecerle desde que Honorio conocia el asunto, y queria pasar por imparcial. Escribió el mismo dia el Obispo de Espoleto al Prefecto, que el Emperador le habia encargado que celebrase en Roma la fiesta de la Pascua, y á los tres dias se presentó en la ciudad. Hubo á

su llegada alguna conmocion entre los dos partidos del pueblo, y el de Eulalio fue el que peor se portó. Acercábase el momento de ver los mayores excesos, amenazándose mutuamente los ciudadanos de venir á las manos de un modo decisivo, para echar de la Basilica de Letran á la faccion, que trataban recíprocamente de cismática: lo que obligó al Prefecto á pedir sin dilacion una declaracion imperial sobre lo que habia de hacer antes de las fiestas. Trajo la orden el Canciller ó Secretario Vítulo: porque este título que fue tan glorioso despues, no significaba entonces sino un simple Secretario. Encargábase en primer lugar, insiguiendo la prohibicion de estar en Roma intimada á los concurrentes, que debia Eulalio salir absolutamente para quitar todo motivo de sedicion, so pena de perder no solo su dignidad, sino tambien su libertad; y en segundo lugar, que la Iglesia de Letran se abriera solo al Obispo de Espoleto, destinado para celebrar el oficio los dias santos de Pascua. La egecucion de esta orden se cometió á los oficiales del Prefecto bajo la pena de multas considerables, y de la misma vida.

Hízose saber el decreto á Eulalio, el que manifestó una obstinacion inflexible: á la mañana siguiente juntó su faccion y se apoderó de la Basilica de Letran, en donde administró el bautismo é hizo las demás solemnidades. Necesitáronse tropas para echarle de la Iglesia, en la que se dejaron guardias para que Aquiles de Espoleto pudiese celebrar los santos oficios tranquilamente. Llegaron las cosas hasta desterrar á

Eulalio de Roma y conducirle al destierro. Aprobólo todo el Emperador, declarando por decreto firmado en Ravena á 3 de Abril, y recibido en Roma el 8, que Eulalio habia sido legitimamente espelido, y que Bonifacio podia volver allí para tomar el gobierno de la Iglesia. Restableció este edicto la quietud pública, llenando de alegría al pueblo y al Senado. Volvió en efecto dos dias despues el Pontífice legítimo á la ciudad con un concurso prodigioso y entre las mas vivas aclamaciones. Ascendió su rival algun tiempo despues al Obispado de Nepi: con esto no fue necesario el Concilio señalado para el 13 de Junio, y los Obispos, tanto de África como de otras partes, recibieron contra-orden. He aquí como la irregularidad de la conducta de Eulalio puso de manifiesto su intrusion á los Obispos y á sus mismos partidarios, como tambien al Emperador, y todos elogiaron la decision de este Príncipe, terminándose el cisma legítimamente.

28. Libres los Africanos por el buen aspecto que tomaron los negocios, y que inutilizó el Concilio de ultramar, celebraron uno nacional el 25 de Mayo de este año de 419. Habia enviado el Papa Zósimo poco antes de su muerte legados al África con motivo de las quejas de Apiario, Sacerdote de la Iglesia de Sica en Mauritania, escomulgado por su Obispo. Asistieron á él conforme á la dignidad de su ordenacion estos legados que existieron en África hasta el tiempo del Concilio. Celebróse pues en Cartago, entre cuyos Concilios se cuenta por el sexto, y presidió en él Au-

relío con Valentiniano , Primado de Numidia. Seguía-se despues el legado Faustino , Obispo de Portentina, y en seguida los Obispos de las diferentes provincias del África , entre todos doscientos diez y siete (1); número que para un Concilio celebrado por diputados pareció poco verosímil á algunos escritores , y así lo entendieron de las firmas enviadas por los ausentes: congetura no solo imaginaria sino tambien de una consecuencia peligrosa contra los Concilios. Bastaba para desvanecerla seguir con un poco mas de atencion la historia de este Concilio , que principió á la verdad por veintidos diputados , pero se continuó por los Obispos convocados , segun costumbre , de toda la África. Estaban sentados despues de todos estos Obispos los otros dos legados del Papa , Felipe y Aseo, simples Sacerdotes , y sin tener por su legacion ni distincion ni carácter en esta junta nacional.

29. Al comenzarse el Concilio pidió Faustino que se leyese la instruccion que traía de Roma. Contenia esta dos puntos de reglamentos todavia muy delicados para la Africa ; á saber , las apelaciones de los Obispos al Papa , y los recursos de los Sacerdotes ó Diáconos escomulgados por su propio Obispo á los Obispos inmediatos. A pesar de que estos decretos eran obra del Concilio de Sárdica , los habia dado Zósimo á sus legados como cánones de Nicea , aunque sin artificio , que era ageno sin duda de este santo Papa, en especial cuando no se halla el mas leve indicio de ello. Una sutileza de esta especie tan fácil de confun-

(1) Tom. 1. Concil. pag. 1589.

dir , era mas propia para arruinar que para favorecer las pretensiones del Papa. Mas no siendo el Concilio de Sárdica sino como un suplemento al de Nicea , se los citaba sin distincion á uno por otro , como consta por la carta del Papa Inocencio al Concilio de Toledo. Enseñanos el Papa Siricio , que desde él hasta Gelasio se llamaban cánones de Nicea en la Iglesia Romana todos los que estaban recibidos allí. Los Africanos si conocieran bien su historia , no hubieran suscitado esta dificultad ; pues á mas de su Primado, treinta de sus Obispos habian asistido al Concilio de Sárdica , del que ninguno de ellos , que sepamos, puso en duda ser ecuménico.

30. Desde este tiempo los Donatistas habian encontrado medio de substituir en África á las actas del verdadero Concilio de Sárdica , las del conciliábulo tenido al mismo tiempo en Filipópolis por los Arrianos. Hacia este una mencion honrosa de su gefe Donato , y les transmitia algun género de testimonio de su comunicacion con los Orientales. Habian los cismáticos obscurecido de tal modo la verdad de los hechos sobre este punto , que en las actas que hacian pasar por de Sárdica , dice San Agustin en su epístola ciento setenta y tres , que Julio , Obispo de Roma , y Atanasio , Obispo de Alejandria , estaban condenados en ellos : lo que conviene exactamente al Concilio arriano de Filipópolis.

31. Acudieron los Padres á las copias de aquel Concilio que el Primado Ceciliano habia depositado antiguamente en Cartago , á vista de la cita de los cáno-

nes de Nicea hecha por los legados. No habia en ellos lo que se buscaba, ni se pudo leer en los cánones de Sárdica, que la desgracia extrema de los tiempos y el artificio de los cismáticos habian impedido llegar al conocimiento de los Prelados mas ilustrados. Resolvióse pues, que para informarse exactamente de los cánones alegados se preguntaría sobre el particular á las primeras Sillas de Oriente. Convinieron interinamente los Padres, y hasta ver de cierto lo contrario en las actas originales, en sujetarse á las apelaciones y demás reglamentos prescritos, como se habia hecho en vida de Zósimo. Lo que al parecer temian en extremo, á lo menos con relacion á algunos particulares, es que en el ejercicio de un derecho, bien que legítimo, se tratase por ventura al África de otro modo que á las demás Iglesias, y se la subyugase con leyes de que la Italia estaba exenta. „Porque si estas cosas, (dijeron poco tiempo despues los Padres de Cartago escribiendo al Papa Bonifacio) se contienen en el Concilio de Nicea, y las observais vosotros en Italia, no pretendemos reclamarlas mas, ni resistirnos á cumplirlas (1). Sabreis por nuestros hermanos el Obispo Faustino, y los Sacerdotes Filipo y Asele, quienes os presentarán sus actas, lo demás que se resolvió en nuestro Concilio.” Estos legados nombrados por Zósimo, y á quienes hizo Bonifacio confirmar en su comision, le llevaron esta respuesta apenas se concluyó el Concilio, que es el último de África de que conservamos actas. Con motivo de haber habido segunda

(1) *Vers. Gre. pag. 403.*

sesion en 30 de Mayo muchos cuentan dos Concilios, á saber, sexto y séptimo de Cartago. Se le atribuyen treinta y tres cánones, que no hacen mas que renovar los de los Concilios precedentes: se acostumbraba mucho dar el nombre de un Concilio á los cánones formados en otro. Así se cree que los cánones de Milevi é Hipona son de los Concilios de Cartago, como los de Sárdica del Concilio Niceno.

32. Iba el Sacerdote Inocencio entre los diputados enviados á las Iglesias de Oriente por las del África, á quien se encargó que consultase á la Iglesia de Alejandría. Pasó por la Palestina, y despues de los santos lugares, creyó que ningun personage era mas digno de su visita que el santo y sabio presbítero Gerónimo, que residia allí. Este utilizó la ocasion, y entregó á Inocencio una carta para San Agustin y San Alipio. „Dios me es testigo, les dice (1), de la alegría inmensa que me causa el triunfo que habeis logrado contra la heregía de Celestio. ¡Ay! ¿quién me diera alas de paloma para ir á abrazaros, y enlazar-me con vosotros? Deseais saber si por mi parte respondí á los libros de Aniano; pero desde que llegaron á mis manos me he visto tan oprimido de mis enfermedades, y con la muerte de nuestra santa hija Eustoquia, que casi estaba resuelto á ponerlos en olvido. Sin embargo responderé, si Dios me da fuerza; pero vosotros lo hariais mucho mejor y con mas propiedad que yo; porque parecerá que alabo mis propias obras defendiendo la verdad que contienen. Nues-

(1) *Hieronym. Epist. 7.*

tros santos hijos, Albina, Piniano y Melania os saludan con grande alegría de su corazón, como también la jóven Paula, que os ruega vivamente que os acordeis de ella delante de Dios."

33. Ya hemos observado la conexión que Albina, Piniano y la jóven Melania su esposa, habían tenido con San Agustín en la misma Hipona, adonde se habían retirado después de la toma de Roma por los bárbaros. Santa Eustoquio era la tercera hija de Santa Paula: fue siempre virgen, y nunca abandonó á su santa madre en su retiro; tenía en Belen un monasterio de cincuenta vírgenes, en el cual murió en 419, sin duda á 28 de Setiembre, en cuyo día la Iglesia honra su memoria. Era sobrina la jóven Paula de Santa Eustoquio. Esta carta es la última de San Gerónimo, que murió á 30 de Setiembre del año siguiente, casi á los noventa de su edad (*).

34. Pasa plaza de ser San Gerónimo el Padre mas versado en la ciencia de las Escrituras entre todos los latinos, y acaso de toda la Iglesia. Hablaba con per-

(*) Murió también por este tiempo S. Dicitino, Obispo de Astorga, de quien ya hicimos mención hablando de la decretal de S. Inocencio á los Padres del primer Concilio de Toledo. Después que adjuró Dicitino la herejía de Prisciliano, vivió con tanta perfección y santidad, y fue tan celoso en el ministerio Pastoral, que justamente le venera la Iglesia de España como á uno de los santos Prelados que florecieron en la antigüedad. Se hallan aun en su Diócesis algunos templos consagrados á Dios bajo su invocación, siendo el principal de ellos el del convento de predicadores de Astorga donde se venera su sepulcro, célebre por algunos milagros que en él ha obrado el Señor en todos tiempos.

fección las lenguas griega y hebrea, y por una constancia análoga á su carácter había aprendido esta última con mucho tesón, con el fin de hacer una versión latina de la Biblia sobre el hebreo: lo que verificó con tan buen éxito, que la Iglesia la adoptó después y la declaró por auténtica bajo el nombre de *Vulgata*. Puede conocerse cuan versado estaba en la ciencia de las sagradas Escrituras por sus comentarios sobre muchos libros del antiguo y nuevo Testamento, los mas útiles que tenemos; porque no haciendo caso de las alusiones, y en especial de las alegorías violentas, se confirma únicamente con el sentido literal. Brillan además de su erudición, la fuerza de su raciocinio, y su elocuencia en sus tratados polémicos contra los herejes de su tiempo, en su catálogo de los escritores eclesiásticos, en su continuación de la crónica de Eusebio, y en algunas vidas de los Santos. Ocupan uno de los primeros lugares entre sus obras sus cartas tan apreciables por el estilo, como por el fondo de las cosas, y contienen con importantes investigaciones sobre la Biblia, elogios é instrucciones en general muy estimadas de las personas, en quienes se encuentra la piedad con la cultura del espíritu y de las letras.

Hubo osados escritores que acusaron á este Santo de haber manifestado en algunas ocasiones cierta dureza en el genio y en las espresiones: esta es una falta aparente, y la disculpa de todo punto el celo que le animaba, y la severidad de la moral que practicaba; ó bien se debe atribuir al furor de los enemigos que

le perseguían hasta en la profunda soledad, donde vivía consagrado á la aspereza de los estudios mas secos y áridos; ó es defecto, cuando mas del temperamento, y una de aquellas imperfecciones naturales, que Dios, para conservar á sus escogidos en la humildad, no destruye muchas veces en ellos, sino despues de los mayores esfuerzos. Amaba con ternura en su vejez á Agustin, con quien en otro tiempo habia controvertido largamente, y veneraba en extremo las decisiones de este hombre singular.

35. En cuanto al Obispo de Hipona, á pesar de que contaba ya setenta años de edad, trabajaba sin interrupcion como en sus mas floridos dias. Consultábasele sobre todo género de materias de todas partes, aun de los lugares mas remotos. En el año 418 hubo un eclipse extraordinario de sol. Veíanse brillar á las dos de la tarde las estrellas, y se apareció en el cielo un metéoro prodigioso en forma de cono, que algunos por ignorancia tuvieron por un cometa. No se disipó con el eclipse, que comenzó y acabó el dia 19 de Julio; sino que se conservó visible hasta el fin del otoño. Siguióse á este fenómeno una sequedad horrible, y gran mortandad de hombres y animales (1). Hubo en 419 un temblor de tierra en Palestina que arruinó algunas ciudades y un gran número de aldeas. Aparecióse Jesucristo sobre el monte de las Olivas en medio de una nube: muchos Paganos vieron en sus vestidos cruces luminosas, y el prodigio fue tan sensible que muchos de varias naciones se convir-

(1) *Marcel. Chron. ann. 419.*

tieron al cristianismo. El terror fue aun mas general que las señales que le causaban, creyendo todos que habia llegado el fin del mundo. El Obispo de Salona en Dalmacia, llamado Hesichio, que así lo juzgaba, escribió sobre el particular á San Agustin.

36. „Me guardaré yo muy bien, respondió el santo Doctor, de querer fijar el momento de la última venida de Jesucristo; me atengo religiosamente á lo que dice el Señor: *nadie puede conocer los tiempos que el Padre puso en su potestad.* Es cierto segun las palabras del Señor, prosigue, que antes del fin del mundo se ha de predicar el Evangelio en toda la tierra; ¿cuántos pueblos hay no obstante á los cuales aun no ha sido predicado? Sin hablar de los mas remotos, hay en el África una infinidad de bárbaros á quienes aun no ha llegado la fe, como vemos por nuestros esclavos. Si de algunos años á esta parte se convirtieron algunos mas inmediatos á las provincias Romanas, no tienen comparacion con los que continúan en su obscuridad. Sin embargo, pues, de que observamos la mayor parte de los prodigios que Cristo profetizó, no podremos con todo determinarnos á creer que sean ó no los decisivos, pues pueden acaecer otros mas pasmosos. El orbe está en su última hora, segun el modo de hablar del Evangelista San Juan, pero esta última hora significa muchos siglos. Ved aquí todo lo que puedo responderos: quisiera corresponder á vuestra esperanza, pero quiero mas mi ignorancia que hacer ostencion de una ciencia falsa. Lo que nos interesa principalmente es que en el úl-

timo dia de nuestra vida nos hallemos prontos para recibir al Señor; pues debe juzgarnos al fin de los siglos sobre el estado en que nos encuentre este último dia. Estableciendo el dia de su venida, si nos engañamos es temible que los simples crean que no vendrá, y que los infieles insulten nuestra creencia (1).”

37. San Agustin escribió dos libros de los matrimonios adulterinos, con motivo de haberle dirigido Polencio por escrito varias preguntas sobre el adulterio. Polencio pretendia, que la esposa separada del esposo por causa de adulterio cometido por este, fuese libre en tomar otro. Aplicaba á todos los casos, menos al adulterio, lo que San Pablo dice tocante á la indisolubilidad del vínculo conyugal. Sostenia San Agustin, como lo hace la Iglesia Romana, que esta prohibicion no permitia escepcion alguna. Aseguraba por otra parte Polencio que el matrimonio contraido entre una parte fiel ó cristiana y una infiel es indisoluble.

Sostienen algunos intérpretes de San Agustin, que fue de contrario dictámen, y que segun este santo Doctor, permite el Apóstol la disolucion de estos matrimonios, aunque no la aconseja; pero se engañan ciertamente, y no entienden lo que dice este Padre, que juzga á lo menos tales separaciones ilícitas á causa del escándalo que pueden ocasionar, y ni aun las declara válidas de modo que no admita disputa. Esto es compatible con la decision del Papa Inocencio III. en las decretales; á saber, que un fiel convertido no

(1) *August. Epist. 197.*

debe abandonar á su muger que continúa en la infidelidad, á no ser que ella no quiera habitar con él, ó solo viva en su compañía para inclinarle á la impiedad; y que si su muger, despues de haberse retirado, se convierte, y vuelve á su marido antes de tomar otro, viene obligado á admitirla.

38. Los hereges suscitaron nuevas inquietudes al Doctor de la gracia, como á todos los ortodoxos celosos (1). Quejáronse los Pelagianos de Italia á Honorio de haber sido condenados subrepticamente, y le pidieron jueces eclesiásticos para reveer su sentencia: „mas el Emperador, dice el santo Doctor, les negó este nuevo exámen, que hubiera dado á conocer que se procede con arbitrariedad en las decisiones católicas. Tavo razon, añade, en contener á los novadores con la severidad de las leyes, en vez de permitirles nuevas disputas.” Teniéndose ya generalmente por finalizado este negocio, despues de la sentencia de la santa Sede, pronunciada á ruegos de una Iglesia numerosa, y aceptada por un conocimiento á lo menos tácito de las demás Iglesias; mandó Honorio salir de Italia á los Obispos Pelagianos que Zósimo habia depuesto. Los clamores resonaban por todas partes, y fueron despreciados quejándose sediciosamente de que se les negaba un Concilio universal, y valiéndose de esta repulsa con una presuncion insensata, como si de este modo quedasen ellos vencedores.

39. Sirvió útilmente en estas circunstancias á la

(1) *August. de Nupt. lib. 1. cap. 2. et Op. Imp. 1. n. 10.*

Iglesia el Conde Valerio por sus cualidades personales, y por el crédito que gozaba con el Emperador. Era católico, Cristiano fervoroso, y gustaba mucho de la lectura de los buenos libros, particularmente de las obras del santo Obispo de Hipona. No le permitian sus muchas y graves ocupaciones consagrar por el día todos los momentos que descaba á esta tarea santa; pero se privaba del sueño para satisfacer sus piadosos deseos. Los novadores para despojar á la antigua fe de semejante protector, no omitieron ningun trabajo, ni artificio ni arbitrio. Enviáronle un escrito, en el que llegaron á decir, que el Obispo de Hipona, sosteniendo el pecado original, daba en el maniqueismo, y condenaba el matrimonio. Valerio que no era un hombre inconsecuente, y conocia perfectamente el carácter de la heregia, despreció á los calumniadores. Escribió inmediatamente á San Agustin; y este le respondió con el primer libro de las bodas y la concupiscencia.

El Santo hace ver en él al Conde la santidad y utilidad del matrimonio, y al mismo tiempo el desorden de la concupiscencia, la cual sobrevino por el pecado del primer hombre, y es el efecto de la rebelion de la carne contra el espíritu que permanece en nosotros aun despues que fuimos bautizados, y todavía nos tiene inclinados al pecado, sin hacernos propiamente culpables. Explicando despues que la santidad del sacramento produce bien de este género de mal, le da excelentes reglas sobre el uso cristiano del matrimonio.

40. Luego que este libro llegó á manos del jóven y vano Obispo de Eclana, que no ansiaba sino ocasiones de brillar y figurar en la escena del mundo, escribió una obra bastante difusa para responder á él. Divulgó poco despues por la capital del mundo una carta que pintaba como Maniqueos á los enemigos de sus propios errores, á fin de sorprender á una multitud de personas, mas bien deslumbradas por la enormidad de la calumnia, que atentas al motivo interesado del calumniador. Escribió por el mismo tiempo con otros diez y ocho Obispos Pelagianos á Rufo de Tesalónica, para atraer, si fuese posible, á su partido al Obispo de aquella grande Silla. Lograron algunos ortodoxos de un celo muy activo un egemplar de estas dos cartas, que remitieron al Sumo Pontífice. Llegó por el mismo tiempo á Roma Alipio, Obispo de la ciudad de Tagaste, vecina de Hipona, de vuelta de los viages que habia hecho á la corte, es decir, á Ravena. Recibió Bonifacio Papa á este Prelado célebre por sí mismo, y mucho mas por su íntima amistad con Agustin, con todas las demostraciones posibles de estimacion y benevolencia. Mientras estuvo en Roma permaneció en el palacio Pontifical en compañía del Papa, que muchas veces tenia sus delicias en hablar con Alipio del grande Agustin. Entrególe las dos cartas de los Pelagianos, en las cuales no se perdonaba á este santo Doctor, sino que se le denigraba, para que la elocuencia de este grande hombre cubriese á sus calumniadores de todo el rubor y oprobio que merecian.

Trabajó el Conde Valerio porque llegasen también á Roma á manos de Alipio algunos extractos de la obra de Juliano contra el libro de las bodas y la concupiscencia, con el propio designio de mover á Agustin á refutarlas cuanto antes. Este hubiera querido no reponder hasta leer toda la obra; pero el celo de Valerio no permitía dilaciones, y así luego recibió otro libro segundo con el mismo título de las bodas y la concupiscencia. Las acusaciones de Juliano versaban casi todas sobre la supuesta semejanza del maniqueísmo con el dogma del pecado original, y se esfuerza San Agustin y procura manifestar en esta obra la diferencia.

41. Por lo respectivo á las cartas de los Pelagianos que el Papa Bonifacio le habia remitido, responde á ellas en cuatro libros dirigidos al mismo Pontífice. „Vuestra humildad, (le dice al principio en reconocimiento de los testimonios de amor que habia recibido por Alipio) vuestra admirable modestia hace que aunque ocupais un puesto tan sublime, no desdeñeis la amistad de vuestros inferiores. Parece por el contrario que temeis que estos hagan mas que vos.” Entra persiguiendo paso á paso á los Pelagianos, despues de este preámbulo, sobre la multitud absurda de sus calumnias contra los Doctores y los dogmas católicos, cuya falsedad demuestra hasta la evidencia. Despues justifica á la Iglesia de Roma y á su cabeza Zósimo, antecesor de Bonifacio, contra las acusaciones que los novadores les hacian de haber pensado como ellos, y haber variado en la fe.

Testifica el santo Doctor hasta lo sumo en el libro segundo, que jamás se aprobó en Roma la doctrina de Pelagio ni la de Celestio, aunque Zósimo habia usado por algun tiempo de indulgencia con este último.

Descubre el libro cuarto el fin de estos hereges en los elogios afectados que hacian, tanto de las criaturas corporales y del matrimonio, como de la ley antigua, del libre albedrío y de la pureza absoluta de la vida de los Santos. Alababan sin cesar y ensalzaban los Pelagianos la ley y el libre albedrío, para obligar á creer que la gracia se daba al hombre segun su mérito; y realizaban enfáticamente la eminencia de la virtud de los Santos, para generalizar su sistema de la impecabilidad perfecta. „Conserva la Iglesia Católica un justo medio entre los Maniqueos y Pelagianos (dice con este motivo el Doctor de la gracia), enseña que todas las criaturas son buenas, y con mucha mas razon la naturaleza humana que es una de las mas dignas obras del Criador; pero que por consecuencia del pecado original que la inficionó en su origen, necesita para purificarse de la gracia del Redentor. Muestra la Iglesia, prosigue, que el matrimonio es bueno; pero que la concupiscencia nacida del pecado y sobreadida á la union conyugal, es mala; que la ley es útil, pero insuficiente, pues hace conocer el pecado sin dar fuerza para huirle; que el libre albedrío hace parte del estado natural del hombre; pero que en el estado de su degradacion presente, se encuentra de tal modo esclavo, que na-

da puede obrar para la salvacion sin haber sido libertado por la gracia. Por fin, que la justicia ha sido real en los Santos, pero no absolutamente perfecta, tanto bajo la ley nueva como bajo la ley antigua:” espresiones dignas de notarse y que sirven para esplicar los lugares en que San Agustin parece pensar menos ventajosamente de la ley que Dios dió á Moysés. Principia así á llenar las esperanzas que habia concebido el Papa Bonifacio, remitiéndole los escritos de los Pelagianos.

42. En tal estado se hallaban las cosas, cuando llamaron la atencion del Soberano Pontífice otros desórdenes del todo distintos. Se acusaba de maniqueismo y de otros crímenes detestables á Máximo, Obispo de Valencia, en las Galias. Documentos que todavía existian, probaban que habia sido perseguido por causa de homicidio, y aun aplicado al tormento por jueces legos. Con todo este peso de ignominia, no dejaba de aspirar á la dignidad episcopal en los lugares de refugio por donde vagaba errante, sin querer sujetarse á la decision de sus compañeros, no obstante habérselo mandado muchas veces los Papas. Recurrió de nuevo el Clero de Valencia á la autoridad de Bonifacio; los Obispos de la Galia sostuvieron esta Iglesia desolada, á favor de la cual formaron y enviaron á Roma vivas y urgentes representaciones. El Papa con fecha de 13 de Junio de 419, contestó por medio de una carta dirigida particularmente á diez Obispos los mas distinguidos por su Silla ó por su mérito, y generalmente á los Obispos de las siete provincias

de la Galia. Como deseaba tratar el negocio de un modo decisivo, tuvo la indulgencia de señalar algun tiempo mas al fugitivo; pero ordenó que antes del primero de Noviembre seria juzgado presente ó ausente por los Obispos sus compatriotas juntos en Concilio; con obligacion no obstante de hacer que se confirmase la sentencia por la Silla Apostólica. „Porque cualquiera cosa que decidais sobre el particular, les dice, es necesario que la decision sea confirmada, como conviene, por nuestra autoridad, despues que se nos envíe la relacion (1).” En vista del proceder de los Obispos de la Galia que recurrían á Roma de su propio movimiento, se puede observar que no era el recurso á la santa Silla el que descontentaba á los Obispos en region alguna, sino el abuso que se podia introducir.

43. Conservaba siempre Bonifacio en la memoria las turbulencias que la Iglesia habia padecido con motivo de su elevacion; pero una larga enfermedad se las representó con mas viveza. Por lo que escribió al Emperador con el fin de moverle á tomar medidas eficaces y prontas, para que la Iglesia Romana, al elegir nuevo Pontífice, no se viese de nuevo espuesta al escándalo de las intrigas y facciones. Honorio respondió con un edicto en que mandaba, que si al morir Bonifacio se ordenaba contra las reglas á dos competidores, ninguno de los dos seria reconocido por Obispo de Roma, sino que en su lugar lo seria el que de nuevo fuese electo por un consenti-

(1) *Bonif. I. Epist. ad Episc. Gall. tom. i. Concil. Gall.*

miento unánime. Procedía el Emperador como protector de los cánones sobre este artículo particular; y acerca de otras disposiciones, que en materia espiritual ordenó por el mismo tiempo, obró como defensor de la Iglesia. En este mismo año mandó, que se declarase á los Africanos que sostenian aun los errores de Pelagio, que si no firmaban la condenacion de este novador, no solo se les echaría de las ciudades, sino que se les escomulgaria y depondría del Episcopado. Enviáronse las cartas imperiales por distincion á San Agustin personalmente, como al Obispo de Cartago. Honorio publicó poco despues una ley que condenaba al destierro y confiscacion de bienes á los raptos de las vírgenes consagradas á Dios, y prohibía á los Eclesiásticos habitar con otras mugeres que sus madres, sus hijas ó sus hermanas. No se les obligaba á separarse de las mugeres con quienes se hubiesen desposado antes de su ordenacion; pero es claro, que no las miraban ya sino como sus hermanas.

44. Escribió por el mismo tiempo San Agustin contra un jóven de Mauritania, llamado Víctor, cuatro libros intitulados del Alma y de su origen. Lo mas notable de estos libros es la incertidumbre de este santo Doctor respecto á la cuestion que se habia suscitado sobre el momento de la creacion de las almas. No se atreve á decidir, como lo declara él mismo, si todas las almas vienen de la del primer hombre, ó si cada una de ellas es criada en el instante que el cuerpo se debe animar; y aun responde á to-

dos los pasages que empleaba Víctor para establecer esta última opinion; aunque mas bien para demostrar la debilidad de las pruebas de que se usaba, que para desechar esta sentencia que era ya la de San Gerónimo, y aun se ve que San Agustin no dejaba, sin tomar el tono decisivo, de mirarla como cierta.

45. Parece que por esta misma época escribió su *Enchiridion*, que es un escelente compendio de la teología familiar, para contestar á las dificultades mas principales de los Paganos y hereges de aquel tiempo. Escribióse este libro á instancias de Lorenzo, Primicerio de la ciudad de Roma, es decir, cabeza de alguna compañía de oficiales, el cual habia suplicado al Santo que escribiese un libro que pudiese tener siempre entre sus manos, con arreglo á la palabra Griega *Enchiridion*, que significa manual. No hay cosa mas evidente que lo que aquí se demuestra de la utilidad de la oracion por los difuntos. „Cuando se ofrece el sacrificio del altar, ó se hacen limosnas por los difuntos bautizados, (ved aquí como se explica este Padre) estas son otras tantas acciones de gracias relativas á los perfectamente buenos, y de nada sirven á los enteramente malos; pero á las almas que no tienen ni una pureza sin mancha, ni pecados que gravemente las maculen, les sirven, bien sea para obtener una plena remision, ó bien para hacer su pena mas llevadera (1).”

46. Hállase la misma doctrina de un modo mas claro en la obra que el mismo Padre dirigió á San

(1) *August. Enchir. cap. 116.*

Paulino, Obispo de Nola, sobre el cuidado que se debe tener de los muertos. Dice así: „en el libro de los Macabeos (que menciona como canónico) hay ofrecimientos hechos por los muertos; y cuando no lo leyéramos en pasage alguno de las divinas Escrituras, no es poca autoridad la de toda la Iglesia que sigue este uso. Se puede aliviar á los difuntos con el santo sacrificio, con oraciones ú otros sufragios. Sin embargo, estos socorros no sirven sino á los que murieron en estado capaz de percibir tales utilidades, y no generalmente á todos aquellos por quienes se ofrecen; mas como nosotros no distinguimos los unos de los otros, es necesario ofrecerlos por todos los fieles; porque mejor es que sean de ninguna utilidad á los que no puedan servirse de ellos, puesto que no les pueden perjudicar, que falten á los que los esperan y recibirán alivio con ellos. En una palabra, cuide cada uno de sus prógimos de un modo singular, para ser tratado como él hubiese tratado á sus hermanos.”

47. Habiendo por último conseguido Agustín ver toda la obra escrita contra él por Juliano, no se contentó con los extractos truncados y bastante defectuosos que el conde Valerio le habia enviado, y á los que habia respondido ya el santo Doctor. Comenzaba Juliano á triunfar, y daba gritos por todas partes de que se habia usado contra ellos de impostura. Dedicóse, pues, Agustín á hacer una entera y sólida refutación en seis libros, que testifica haber trabajado con un esmero extraordinario. Rebate en los primeros los principios de su adversario generalmente

por la autoridad de los Doctores católicos: en los otros cuatro combate por grados los cuatro libros de Juliano. Todo extracto que se haga de esta obra no podrá menos de quitarla su vigor y fuerza; y así la idea que podremos dar de ella mucho mas conveniente, aunque general, es asegurar con los mejores críticos, que es la mas sublime de las numerosas obras de este Padre contra los hereges, de quienes fue principalmente azote. Quería Juliano tener de su parte á los Orientales; y demuestra Agustín la conformidad de la doctrina de los Católicos con la de los Padres de todos los tiempos y de todos los climas: luego le hace ver, que acusando á sus enemigos de maniqueismo, deshonra tanto á los Santos Ireneo, Cipriano, Hilario y Ambrosio, como á los mas famosos Doctores Griegos San Basilio, San Gregorio Nacianceno y San Juan Crisóstomo. Cítale entre las autoridades mas célebres, la de dos escritores cuyas obras no tenemos ni existen, á saber, Reticio, Obispo de Autun, y un Obispo Español llamado Olimpio.

48. Justificaron los Orientales al momento el testimonio que se acababa de dar de ellos; pues habiéndose quejado á estos los Pelagianos de la que llamaban persecucion de los Occidentales, en particular de la dureza é injusticia que fingian hallar en negárseles un Concilio general, no encontraron mejor composicion que con sus primeros jueces (1). Opúsoles Ático, Patriarca de Constantinopla, á quien enviaron algunos emisarios, la antigua creencia de la Iglesia, y procu-

(1) *S. Prosp. Carm. 2.*

ró alejar de su rebaño á estos contagiosos heréges. No fueron mejor recibidos en Éfeso, en donde Celestio habia permanecido en otro tiempo, y adquirió algunos conocimientos con diversas personas. No servian estas tentativas sino para mostrar y prevenir los intentos dañosos de una secta inquieta y turbulenta. Delatado Pelagio en persona en un Concilio presidido por Teódoto de Antioquia, fue condenado como herege, y despues arrojado de los santos lugares; de lo que dió al Papa aviso Prailo, Obispo de Jerusalem, de acuerdo con el Patriarca de Antioquia (1). Despues de este suceso ocurrido en 421, no se vuelve á hablar mas de Pelagio: era ya muy viejo, y verosímilmente no sobrevivió mucho tiempo. Uno de los emisarios enviados á Oriente fue Juliano de Eclana: luego que recorrió diferentes provincias con sus compañeros, pasó á Cilicia á ver á Teodoro de Mopsuestia, al que respetaba con justicia como á maestro suyo, y que dudaba algo sobre las verdades fundamentales del cristianismo, como veremos despues. Con todo, por una contradiccion singular, pero que no debe admirar en unos hombres que son tan inconsecuentes en los principios de la probidad como en los de la fe, luego que Juliano salió de Cilicia, hubo allí un Concilio en el que Teodoro condenó el pelagianismo, y anatematizó á Juliano.

49. Admirábase entonces en el Oriente la virtud extraordinaria de San Simeon Estilita, cuyos primeros pasos en los caminos de la santidad ya pasmaron

(1) *Merc. Comment. ann. 429.*

á los mas perfectos: tanto le previno la gracia que en este hombre prodigioso fue superior al órden general. De un niño despreciado y casi salvaje, de una rusticidad é ignorancia extrema hasta los trece años en que dejó la guarda de sus rebaños, pasó á ser un santo y sublime asceta, tan ansioso del alimento espiritual, como indiferente al del cuerpo. Un solo dia de la semana comia, y con gran dolor, lo que no podia negar á su cuerpo sin ser homicida de sí mismo. Eran para él las maceraciones acostumbradas como ejercicios de regalo: extraordinario en todo, hizo su celda en un pozo inficionado, su cilicio de una cuerda que le ceñia y oprimia de tal modo que se le entró en la carne, de manera que hizo de la mayor parte de su cuerpo una horrible llaga. Esto no fue mas que un preludio de su larga y milagrosa penitencia, mas admirable sin duda que imitable, y cuyo espectáculo dió el Todopoderoso al mundo para aterrar la flojedad, y mostrar hasta qué punto puede elevar la fuerza de su gracia á la flaqueza humana.

No tuvo por espacio de cuarenta y ocho años, es decir, hasta la decrepitud y la muerte, otra morada que una columna, en la que sin cesar padecia el calor vivísimo de la Siria, ó el frio agudo de sus noches húmedas, y las lluvias, vientos y yelos, en extremo rigurosos en aquellas provincias en ciertas estaciones. Formósele una úlcera en un muslo, de la cual corrían por la columna los gusanos y la podredumbre; pero nada pudo separarle de su resolucion. Al mismo tiempo que daba la salud á una multitud

innumerable de pacientes que de todas partes le llevaban, lejos de pedir á Dios su propia cura, se tenia por tan feliz y dichoso en sufrir sin cesar, que volvía á la llaga los insectos que le devoraban vivo. No obstante, vivió sesenta y nueve años; prodigio increíble como todos los de su vida, si no hubiera pasado á vista de todo el mundo, por decirlo así, en un tiempo y lugares conocidos, cerca de un monasterio numeroso que estaba á quince leguas lo mas de Antioquía. Pareció tan singular y extraordinario este espectáculo, y duró tanto tiempo, que de los lugares mas lejanos acudieron para experimentar con su humildad el espíritu que le conducia por sendas tan desconocidas. Enviáronle á decir los Padres del desierto que bajase de su columna, lo que creyó al momento debía hacer bajando de ella. Visitáronle tambien los Emperadores con admiracion, y le consultaron sobre los objetos mas importantes al estado y á la Iglesia (1). Además del testimonio de los fieles, los sarracenos y otros infieles que acudian todos los dias á su columna, y que le veían obrar en ellos un número infinito de curas milagrosas, dieron á estos prodigios una celebridad que se transmitió de edad en edad hasta los últimos siglos. Teodoreto que le habia visto y hablado muchas veces durante su larga y maravillosa vida, cuyo epítome escribió entonces, pone por testigos de lo que dice á todas las personas de su tiempo (2); precavia sin embargo la dificultad que tendrían los venideros en creer estos hechos mucho mas

(1) *Evagr. l. 2. hist. c. 10. et 13.* (2) *Theodor. Philot. pag. 883.*

verdaderos que verosímiles. „Estas cosas, continúa, son tan superiores á la humanidad, que mi relacion comprobada, por decirlo así, por todos los hombres vivos, tendrá luego el carácter de una fábula á los ojos de los que no conocen las cosas divinas, y miden todo lo que oyen por las fuerzas de la naturaleza.”

50. No es menos maravillosa la historia de Santa María Egipciaca, ni menos cierta que la de San Simeon (1). Despues que esta pecadora predestinada se abandonó durante diez y siete años á las fogosas pasiones de la juventud, con un furor poco comun hasta en las personas mas perdidas, el brazo misericordioso del Señor la sacó como á pesar de ella del abismo de iniquidades en que se precipitaba cada dia mas. Pasó de la ciudad de Alejandría, teatro ordinario de sus vergonzosas disoluciones, á la ciudad santa de Jerusalem con el intento de seducir hasta la piedad de los peregrinos, y satisfacer toda la viveza de sus pasiones entre los estrangeros, que atraía sin número la solemnidad próxima de la exaltacion de la Cruz. Viendo pues el dia de la fiesta que todos acudian al lugar santo, quiso entrar con ellos; pero invisiblemente se sintió rechazar desde el momento en que veía la Iglesia. Llegó no obstante hasta la puerta con un trabajo y esfuerzos prodigiosos; y no pudiendo entonces dar un paso adelante por mas que se esforzaba, se retiró á un rincon del perístilo ó pórtico de columnas mientras que todos entraban libremente.

Crejó que su depravada vida causaba la indigna-

(1) *Bolland. 2. April.*

cion del Señor, quien impedia su entrada al lugar santo. Hecha entonces un mar de lágrimas, y despidiendo amargos suspiros, se arrepintió de sus delitos pasados y de la impureza de sus últimos intentos, prometiendo que luego que tuviese el consuelo de adorar el leño sagrado en donde el cordero sin mancha derramó su sangre para lavar y purificar nuestras culpas, renunciaria todos los deleites y delicias del siglo, sepultándose en algun espantoso desierto que el cielo tuviese á bien señalarla. Pudo sin dificultad alguna, acabada esta súplica, entrar en la Iglesia, en donde adoró la Cruz; y despues cumpliendo su promesa, se retiró á los desiertos situados al oriente del Jordan, adonde no llevó sino tres panes. Pasó cuarenta y siete años en esta vastísima soledad, desconocida del mundo, hasta que en esta época por disposicion del cielo la halló un solitario de la Palestina llamado Zósimo, consumado en la virtud y favorecido con los dones del Altísimo tan copiosa y singularmente, que la piedad divina le presentó este prodigio de santidad y penitencia para curarle de una tentacion de vanidad. Representábale su imaginacion ó el espíritu maligno, que nadie le escedia ni en la ciencia ni en la práctica de la salud, cuando se presentó á él un hombre que le dijo fuese á un monasterio que estaba á las orillas del Jordan. Zósimo obedeció, dejó la comunidad en donde habia sido educado desde su infancia y vivido cincuenta y tres años, y se trasladó al lugar que se le habia dicho. Este monasterio no era en donde debia encontrar el objeto tan capáz de

humillarle; mas acostumbrándose allí á pasar el Jordan y recogerse en su desierto durante la Cuaresma, para disponerse á celebrar la Pascua con el mas profundo recogimiento, siguió Zósimo esta santa práctica, y aun se internó mucho mas que otros hermanos en aquellas vastas soledades, ocupado siempre con el pensamiento de hallar algun solitario mas perfecto. Habiendo caminado cerca de veinte dias, á tiempo que hacia la oracion de sesta, vió á cierta distancia sobre la derecha una figura humana tan negra y tan flaca que semejaba en un todo á una sombra. Súbitamente quedó asustado, juzgando que era una ilusion del demonio; pero habiéndose fortalecido con la señal de la cruz, acabó con tranquilidad su oracion; y despues volviendo los ojos hácia el objeto de su terror, vió una persona que le parecia estar desnuda, y que corria con ligereza hácia el Occidente. Era la penitente Egipciaca, cuyo cuerpo habia destruido de todo punto el rigor del sol, escepto los cabellos que eran de una blancura extraordinaria, los que semejantes á una madeja de algodón la cubrian la cabeza. Lleno Zósimo de alegría, corrió hácia la Santa, creyendo que era hombre; pero huyó la Santa con una velocidad extrema hácia lo interior del desierto.

51. No pudiendo Zósimo alcanzarla, comenzó á gritar llorando y dando gritos: „siervo de Dios, ¿decia, ¿por qué huyes de un pobre viejo que solo aspira á imitaros y á recibir vuestra bendicion? Abad Zósimo, respondió, soy muger, y estoy en tal desnudéz que no me permite presentarme á tus ojos.

Cúbreme con tu manto, si quieres que me detenga.” Zósimo admirado de que le llamasen por su nombre, la dejó su propio manto. Habian llegado en su huida á un pantano profundo, á donde bajó María, pero habiendo subido por el lado opuesto, se sentó cubierta con el manto. Hizo alto Zósimo sobre el borde donde se hallaba, y la rogó que le dijese quién era, de dónde habia venido, y desde qué tiempo y con qué motivo tenia una vida tan extraordinaria. „Por último, la dijo, nada me encubras de todos los prodigios que en tu penitencia glorifican al Altísimo. No tengas mas tiempo la luz oculta, ni el temor de la vanidad te haga encubrir tantos motivos de edificacion en un silencio infructuoso. Pongo por testigo á Dios á quien ambos servimos, y por quien existimos, que en el estado de vejez y enfermedad en que me hallo, no es posible que se me haya conducido á lo interior de estos desiertos, sino con el designio de manifestarme el Señor por este medio lo que hicisteis por su gloria.”

„¡Qué lejos estoy de temer el orgullo y la ostentacion, dijo suspirando la penitente! ¡O cuántos mas motivos tengo para temblar que te llenes de horror, dándome yo á conocer! Tus oidos no podrán escuchar los enormes excesos de que debo acusarme; y si presento á tus ojos el cuadro horrible de mis iniquidades, huirás de los ecos de mi voz como del hábito mortal de un mónstruo venenoso. Te lo diré no obstante todo con tanto candor como confusion: pero intercede por la suerte eterna de esta miserable pe-

cadora, y nunca dejes de pedir al Señor que me juzgue en su misericordia.”

Contóle despues con las señales mas patéticas, y con las demostraciones mas tiernas de humildad y arrepentimiento el desórden y licencia en que habia vivido en sus primeros años, y su conversion en el viage de Jerusalem que habia principiado con distinto designio. „Mas la bondad divina, continuó, conducia por la mano á esta ciega pecadora; y la Reina de las vírgenes, á quien yo habia imitado tan mal, se dignó de interceder por mí para con su Hijo. Pasé por inspiracion suya el Jordán, despues de haberme fortalecido antes con el Viático saludable del cuerpo y sangre de Jesucristo en la Iglesia de San Juan Bautista, á orillas del rio. Penetré luego á unas soledades tan desiertas y abandonadas, que desde que aquí vivo, no he visto criatura viviente, ni aun un bruto. ¿De qué te alimentaste pues, preguntó Zósimo? Con tres panes que traje tuve bastante para muchos años: despues de lo cual me alimenté con yerbas de estos desiertos. Preguntóla otra vez Zósimo, si la habia costado muchos esfuerzos la perseverancia, y si habia padecido crueles tentaciones. ¡Ah! Zósimo, respondió, lo que me preguntas me hace todavía temblar. Mis pasiones, como otras tantas bestias feroces, me atormentaron tantos años como habia pasado en satisfacerlas. Sentí por espacio de diez y siete años completos mi seno devorado por todo el ardor de las llamas impuras. Gustaba tambien yo del vino, y muchas veces me hallé sin una gota de agua en la últi-

ma estremidad de la sed. Cayéronse por fin mis vestidos hechos pedazos, y padeci alternativamente el frio y el calor; de modo que muchas veces me quedé desmayada semejando á una muerta y sin movimiento alguno. Uniendo los demonios sus furores á otros muchos ataques me rodeaban como leones que respiran sangre y muerte, y al punto me sentia atróznmente tentada: entonces me heria el pecho, y postrándome en tierra vertia un rio de lágrimas invocando á la mas pura de las vírgenes, mi protectora, que siempre me hizo triunfar de tantos enemigos."

Al oír la Zósimo citar pasages de la Escritura, la preguntó si habia estudiado. „No, respondió sonriéndose, nunca aprendí cosa alguna de las criaturas; pero Dios enseña á los hombres, y no necesita para esto de órganos exteriores. Por lo demás no me preguntes nada; y acerca de cuanto acabo de decir te ruego por la cruz de nuestro Redentor, que nada digas á persona alguna hasta que Dios me haya sacado de este mundo. Al año siguiente no emprendas pasar el Jordán al mismo tiempo que los demás solitarios del monasterio donde habitas; aun cuando quisieras pasarle no podrias verificarlo antes del dia de la Cena del Señor. Tráeme entonces el cuerpo y sangre de Jesucristo, que deseo vivamente recibir, y espérame sobre las orillas del rio que están al lado de la tierra habitada." Encomendóse despues de estas palabras de nuevo á sus oraciones, y huyó inmediatamente hácia los reductos mas incultos del desierto. Zósimo se arrojó, besó la tierra que la Santa habia tocado con sus

pies, y despues tomó, alabando á Dios, el camino del monasterio, donde llegó para celebrar como sus hermanos el dia de Ramos.

Guardó un profundo y religioso silencio sobre lo que habia sabido, y esperó con impaciencia á que transcurriese el año. Mas el domingo primero de cuaresma, cuando los demás solitarios salian á pasar el Jordán, le atacó una fiebre que le recordó la profecía de la Santa, de que no podria salir del monasterio cuando lo desease. Restablecióse despues de algunos dias, y el Jueves santo llevando los sagrados misterios, partió con diligencia á las orillas del Jordán, y sentóse sobre la ribera que la santa penitente le habia señalado el año anterior. Parecíale largos los momentos: temia si por desgracia no habia acudido al tiempo prefijado, y si la Santa no habiéndole hallado se habia vuelto al desierto. Tendió los ojos por todas partes hácia las riberas del rio; y no viendo barca alguna temió que la hubiese sido imposible pasarle. Agitado estaba y lleno de estos sobresaltos, cuando compareció súbitamente María, y despues de haber hecho la señal de la cruz sobre las aguas, caminó sobre su superficie. Zósimo se inclinó delante de ella penetrado de un santo terror; mas la Santa exclamó: *¿qué haces, Sacerdote del Señor, dispensador del más sagrado de sus dones?* Rogóle que rezase el simbolo y la oracion dominical; y despues de haber comulgado, le obligó á ofrecerla que volveria al año siguiente á la cascada donde le habia hallado la primera vez. Zósimo le besó los pies, se los regó con sus lágrimas,

dijola que rogase por la Iglesia, por el Imperio y por sí mismo, y no podia separarse de ella, ni dejarla partir; pero no pudo detenerla mucho tiempo: hizo María la señal de la cruz segunda vez sobre el rio, y volvió á caminar sobre las aguas.

En el año siguiente cumplió Zósimo la promesa hecha á la Santa; pero habiendo llegado cerca del lugar dicho la halló muerta, con el rostro vuelto hácia Oriente y las manos cruzadas. Derramó sobre sus pies un torrente de lágrimas, sin atreverse á tocar aquel cuerpo santo. Leyó estas palabras escritas en la arena despues de haber cantado los salmos y rezado las oraciones de la Iglesia: *Padre mio Zósimo, volved á la tierra lo que es de la tierra, y rogad por la pecadora Maria, muerta en la misma noche de la passion del Señor, despues de haber participado de los santos misterios que la habiais traído.* Sirvióle de mucho consuelo saber el nombre de esta Santa, que por olvido no le habia preguntado; mas no sabia que medio tomar para disponer la sepultura, lo que hasta entonces no le habia ocurrido. Se valió aunque en vano de algunos pedázos de madera: sus austeridades le tenian tan debilitado, y la tierra estaba tan dura por la sequedad, que perdía toda esperanza de salir con el intento, cuando vió acercarse un enorme leon, que acudió á lamer los pies de la Santa. Rey de los animales, le dijo, pues nuestro Criador te envia para que el cuerpo de su sierva no quede sin sepultura, haz tu oficio, y dame lugar para cumplir el mio. Hizo pronto el leon una cueva suficiente, en la que de-

positó Zósimo el cuerpo de la Santa envuelto en el manto que él la habia dado. Refirió de vuelta al monasterio todo lo que habia visto y oído; vivió con mucha mas humildad y piedad, y no murió hasta cerca de los cien años. Hónrale la Iglesia como á Santa María Egipciaca: á esta el dia 2 de Abril, y á Zósimo el dia 4. Un autor contemporáneo escribió esta historia sobre la relacion de unos monges que la habian oído á este santo Abad.

52. No lejos de los lugares testigos de este ejemplo singular y grande, demolió un Obispo de Persia, llamado Abdas, un templo consagrado á la adoracion del fuego: de lo que se quejaron los Magos al Rey Isdgerdes, que se contentó con mandar al Obispo que restableciese el templo á sus espensas. Hubiera sido sin duda mucho mejor enfrenar un celo indiscreto, que ponerse en la perpleja alternativa, ó de edificar un templo á los falsos dioses, ó de atraer al cristianismo una cruel persecucion. El Obispo despues de esta imprudencia se horrorizó de un escándalo tan sacrilego y que era muy semejante á la apostasia. El Rey le quitó la vida, y arruinó por represalias las Iglesias de los Cristianos. Tal fue el principio de una horrible persecucion, que duró treinta años en tres reinados consecutivos.

53. No es posible pintar las invenciones de crueldad usadas con los fieles: á unos desollaron las manos, á otros el rostro desde la frente hasta la barba ó toda la espalda: á estos les metieron puntas de cañas por debajo de las uñas, ó por una invencion

tan infame como inhumana, en las partes del cuerpo mas sensibles: atados de pies y manos arrojaron á aquellos en grandes fosos, echando al mismo tiempo millares de ratones que los roían vivos. Cortábanles los miembros uno tras otro, y pieza por pieza por cada juntura, de suerte que les dejaban solo la cabeza con el tronco, hasta que la violencia del dolor y el desfallecimiento los hacia espirar. Fue infinito el número de los Mártires: los mas conocidos son Hormisdas, persona de la primera calidad, Suenes, Santiago y Benjamin.

54. Mas esta persecucion en medio de ser tan violenta, sirvió para estender mas lejos la doctrina saludable que se quería reprimir. Los sarracenos, súbditos por la mayor parte del Rey de Persia, estaban en las fronteras del reino confinantes con los Romanos. Mandóles Isdegerdes por dictámen de los Magos guardar los pasos, para impedir á los Cristianos refugiarse en las tierras romanas. Causó este mandato tal compasion á Aspebetes uno de los gefes de los sarracenos, que lejos de prender á un solo Cristiano, facilitó con todo su poder su evasion: sabido lo cual por el Rey, á quien dieron aviso los Magos, se retiró el sarraceno al dominio romano con su hijo Terebon y con toda su familia. Padecia el hijo desde sus primeros años una parálisis en todo el medio cuerpo; y la comunicacion con los Cristianos le hizo recapacitar sobre lo inútil de la medicina y de la misma magia, destinadas sucesivamente para curarle. Penetrado un dia de estos sentimientos, esclama:

mó: „gran Dios, Ser Criador, que de nada hicisteis el cielo y la tierra, y que habeis mostrado vuestra gloria á los Cristianos, manifestad de la misma manera vuestro benéfico poder curándome, y desde luego renunciaré todo otro culto para abrazar vuestra Religion.” Durmióse despues de esta súplica, y vió en sueños como un solitario, cuyas facciones quedaron estampadas profundamente en su memoria: el rostro redondo, la vista placentera, un aire dulce y agradable, la estatura regular, y una barba venerable que le bajaba hasta la cintura. „Ven á buscarme, dijo á Terebon, al sitio ordinario de mi morada, y te curaré: soy Eutimio, que habito el desierto Oriental á diez leguas de Jerusalem.”

55. Habia nacido San Eutimio en Melitina ciudad de Armenia, de una familia tan distinguida por las virtudes como por la nobleza; pero su nacimiento milagroso hizo concebir mayores esperanzas de él, que todas estas ventajas de sus padres, á cuyos deseos fue concedido cuando oraban en la Iglesia del Mártir San Polieucto, en un tiempo en que principiaban ya á desconfiar de tener hijos (1). Fue su nombre solo como una señal de los favores del cielo. Oyeron su padre y su madre una voz celestial que profirió por dos veces esta palabra griega: *Euthymite*, que quiere decir, tened buen ánimo; mandándoles despues que llamasen así al niño que les prometía, porque su nacimiento daría alientos á la Iglesia. Llamósele por esta razon Eutimio, y fue con-

(1) *Vit. Euthim. in annal. Græc. pag. 7. et seq.*

sagrado al Señor y educado como un niño, que no tanto pertenecía á su padre como á Dios. Hízole pasar San Otreo Obispo de Melitina por todos los grados de la clerecía, y habiéndole por último ordenado de Sacerdote, le confió el cuidado de los monasterios de su Diócesis, porque siempre habia notado en él mucho amor á la soledad. Con esta ocupacion creyó este nuevo Juan Bautista que aun estaba muy distraido; y así se alejó de toda habitacion humana, y de retiro en retiro, mas riguroso uno que otro, buscando por todas partes establecer la vida del espíritu sobre el triunfo de los sentidos y el olvido del mundo, permaneció en una caverna, que tenia la entrada sobre el borde escarpado y elevadísimo de un torrente, adonde no se llegaba sino trepando con dificultad. Edificó despues un monasterio mas abajo; pero dejó la direccion á su amigo Teoctisto, y permaneció siempre en su caverna. Así vivió hasta la edad de noventa y seis años, durante los cuales no cesó de admirar á todos el ver que la mas profunda soledad no impide servir á la Iglesia con el espíritu de Dios. Este solitario la dió mucha gloria y ventajas infinitas, no solo por el gran número de imitadores que consiguieron la gracia siguiendo sus huellas, sino tambien por el celo sabio y puro con que utilizó el respeto que tenian á su virtud para hacer reverenciar las decisiones de los Pastores legítimos, que los novadores afectaban desconocer.

Quiso Aspebetes conducir por sí mismo su hijo á San Eutimio; en cuyo viage le acompañó gran mul-

titud de Árabes, no solo súbditos suyos, sino tambien otros á quienes la esperanza de un milagro atraía en mucho mayor número. Iba por fin tanta gente, que los monges que habitaban á la falda del monte juzgaron en el primer movimiento de susto que eran bárbaros acostumbrados al pillage; pero pronto calmó Aspebetes su inquietud, descubriéndoles sus santas disposiciones. Ordenó que avisasen al Santo, demostrando el objeto de su viage y la vision que le hacia esperar que seria fructuoso. Eutimio mirando este primer favor como prenda que le aseguraba del segundo y como una órden del cielo, bajó sin dificultad adonde estaba Terebon, que reconoció al punto en este Santo al viejo misterioso que habia visto en sueños. El hombre de Dios le curó al instante con la señal de la cruz.

Postráronse en tierra llenos de admiracion los sarracenos, confesando el poder de Jesucristo, y pidiendo á grandes voces el bautismo; pero Eutimio quiso asegurarse de la sinceridad de su fe. Despues de haber fabricado una especie de pilas bautismales en un rincon de la caverna, los instruyó en los puntos mas esenciales de nuestra creencia, y los bautizó. Primeramente á Aspebetes, al cual llamó Pedro, y á Amaris, hermano de la muger de Aspebetes, que eran los principales de la nacion, tanto por su sabiduría como por su poder; y despues á Terebon y á los demás que los acompañaban. Detúvolos consigo cuatro dias, tanto para acabar de instruirlos, como para arraigar en sus corazones la doctrina de la salud; y

despues los despidió. Mas el cuñado de Aspehetes no quiso salir del monasterio: dió todos sus bienes para reedificarle y hacerle mas capáz de lo que era: renunció todas las cosas de la tierra para abrazar la vida monástica, y adquirió celebridad entre los mas grandes siervos de Dios. A vista de la cura de Terebon, acudieron innumerables enfermos á San Eutimio, cuyo nombre en poco tiempo se hizo famoso por una multitud de prodigios.

56. Ofendiéronse entretanto los Persas de que sus súbditos Cristianos buscasen un asilo en el Imperio: quejáronse de esto, y amenazáronlos inútilmente (1). Al fin rompieron la paz, y se comenzó una guerra sangrienta de una y otra parte. Pero fue desgraciada para los Persas, que despues de muchos combates adversos perdieron una batalla decisiva; noticia que llegó á Constantinopla el 6 de Setiembre de 421. Hizose el mismo año la paz, y pusieron fin á la persecucion, á lo menos por algun tiempo, con el motivo que voy á espresar.

Habian los Romanos conducido á la ciudad de Amida siete mil prisioneros, á quienes abandonaban allí á la muerte por falta de subsistencia. El Obispo Acacio reunió su clero, y hablo así: „nuestro Dios que se hizo hombre por ponernos en libertad, estima mucho mas la vida de los hombres que una multitud de vasos de oro y plata que no necesita: destinémoslos pues á liberrar ó sustentar estos pobres cautivos.” Sus palabras produjeron efecto, pues sin

(1) *Socrat. lib. 6. hist. cap. 18.*

dilacion alguna fueron fundidos estos vasos, y recibieron víveres los desgraciados, hallándose pronto en estado de volver libres á su tierra. Este hecho conmovió y llenó de admiracion á Vararanes, que empuñaba el cetro despues de la muerte de su padre Isdegerdes; concibió la idea mas ventajosa de la Religion que la inspiraba, quiso ver al Obispo, al que mostró el mayor amor, y prohibió incomodar en adelante á los Cristianos.

57. Acaecieron durante la guerra de Persia muchos sucesos extraordinarios que parecieron milagrosos, y que se atribuyeron á las brillantes virtudes que florecian en la corte de Teodosio el jóven. Era la Princesa Pulqueria el primer móvil que dirigia todas estas escenas. No contenta con fortalecer al Emperador su hermano en la piedad y otras virtudes cristianas, pugnaba asimismo por vencer la indolencia natural que notaba en este Príncipe. Inspirábale amor á la aplicacion y á los negocios, le mostraba á presentarse en público con dignidad, á tomar resolucion en los consejos, y dar á los Ministros de las Cortes estrangeras respuestas dignas de la Magestad Imperial. Pulqueria no habia llegado aun á los quince años, cuando consagró solemnemente su virginidad al Señor, y la ceremonia fue magnífica. En testimonio de que preferia esta consagracion á toda la grandeza del siglo, ofreció en la Iglesia de Constantinopla una mesa de altar de oro llena de pedrería, con una inscripcion que esplicaba juntamente el objeto del sacrificio y la generosidad de la víctima. Persuadió tam-

bien á sus dos hermanas que se ofreciesen á Dios, tanto para hacerlas participantes de la feliz libertad del corazon, cuyo inestimable valor conocia, como para alejarlas de los ambiciosos que casándose con ellas hubieran podido turbar el estado. Parecia el palacio una de las mas fervorosas casas religiosas, pues se entonaban en él desde el amanecer las alabanzas divinas (1). Habia á horas determinadas oraciones y lecturas piadosas: no solo se observaban los ayunos de precepto, sino que se añadian otras abstinencias y buenas obras de supererogacion. Habia en él una Biblioteca de libros de piedad y de las mejores versiones de la sagrada Escritura; pero para entenderlas en el verdadero sentido de la Iglesia, y ponerse á cubierto de las novedades peligrosas, conferenciaban muchas veces con buenos Sacerdotes, con santos solitarios, y sobre todo con los Obispos jueces naturales de la sana doctrina, á quienes se hacia una especie de gloria en tributar los honores debidos á los primeros ministros de la Religion.

58. En 415 teniendo la Princesa de diez y seis á diez y siete años, su hermano la asoció al Imperio; cosa sin egemplo hasta entonces, pero bien merecia la escepcion, y si alguna vez se hizo justamente, fue esta. Formó Pulqueria un excelente consejo, cuyas resoluciones hacia obedecer rigurosamente, y cuyas órdenes tomó á su cargo intimar. En efecto, nadie sabia hablar ni escribir con mas gracia, bien fuese en griego ó en latin; pero lo mas admirable é interesan-

(1) *Socrat. lib. 7. hist. cap. 22.*

te á la felicidad y tranquilidad del estado, fue el que por una modestia en extremo rara en una muger de su talento é ingenio, todo lo atribuía, y de todo daba la gloria al Emperador su hermano. Pareció necesario proceder del modo mas rígido contra los restos siempre inquietos del paganismo, para asegurar todavía mejor el reposo y la autoridad absoluta del Imperio. Se prohibió bajo la pena de muerte todo egercicio de idolatría, sin escepcion de los honores casi divinos que se tributaban á las imágenes de los Emperadores; mas Teodosio, cuya piedad escedia á todas las demás virtudes, redujo á la confiscacion de los bienes y al destierro la pena capital decretada contra los que sacrificasen á los ídolos. Perdonaba á todos los delincuentes que encontraban modo de implorar su clemencia (1), por lo que reconviniéndole un dia Pulqueria tan benigna como su hermano, pero mas cauta en el riesgo de una clemencia escesiva, la dijo: *¡ah! hermana mia, fácil nos es quitar la vida á un hombre, pero solo el Todopoderoso puede resucitarle.*

59. Fueron renovadas las leyes de sus antecesores contra los hereges, estendiéndolas á las reuniones cismáticas de los últimos novadores. Publicó una prohibiendo generalmente representar espectáculos públicos, sin consentirlos ni á los Judíos ni á los Paganos los dias del Nacimiento, Epifanía, Pascua, Pentecostés y todo el espacio de tiempo que hay entre estas dos últimas fiestas, como tambien en las festividades

(1) *Cod. Theod. l. ult. de pæn.*

de los Apóstoles y todos los domingos del año, aunque concurriesen estos días con el de su nacimiento ó con toda otra solemnidad civil que se acostumbrase celebrar en su honor (1). Dice con este motivo: „sepan todos, que jamás nos agradan tanto como cuando reverencian á la Magestad Divina.” Fue abolido el Patriarcado de los Judíos, que era una dignidad muy considerable por los honores y las rentas; les vedó edificar nuevas sinagogas, atraer á su culto á Cristiano alguno, ni tenerlos por esclavos. Al mismo tiempo reprimió el celo indiscreto de los Católicos, prohibiéndoles egercer violencia alguna contra los Judíos ó contra los Paganos, ó quitarles cosa alguna bajo pena de restituirlo cuadruplicado (2). No obstante, es preciso confesar que Teodosio el jóven, dotado de las virtudes que hubieran hecho un escelente ciudadano, fue un Príncipe débil, de un genio tímido y limitado, dado á las preocupaciones y fácil de dejarse gobernar.

60. A los veinte años aun no habia contraido matrimonio. Dióle á entender Pulqueria que en el colmo de la grandeza, en que brillaba bastante por el esplendor de su dignidad propia, no debia buscar en su esposa sino la distincion del mérito personal, y aquellas cualidades que son la felicidad de la sociedad conyugal. Vivía en Constantinopla Atenais, hija de un filósofo Ateniese que habia venido á aquella ciudad para anular el testamento de su padre, que la desheredaba con pretesto de que sabiendo la filosofía, de

(1) *Cod. Theod. leg. de spectat.* (2) *Ibid. l. 25 26 et 27 de Jud.*

nada mas necesitaba, y que debia contentarse con las riquezas del espíritu. Dirigióse Atenais á la Princesa Pulqueria, pidiéndola justicia contra sus hermanos tan duros é injustos con ella, que querian cumplir tan estravagante testamento. Llamó toda la atencion de Pulqueria la novedad del asunto, y se tomó un vivo interés por una persona de su sexo, en quien se castigaba realmente la ciencia con pretesto de honrarla; y cuando conoció á fondo el mérito de Atenais, la amó hasta el punto de adoptarla y desposarla con el Emperador. Cumplióse de este modo y en algun sentido la última voluntad, ó el vaticinio del padre de esta jóven virtuosa, mas admirable aun y mas aventajada por los dones de la naturaleza que por su sabiduría.

Ocultáronse los hermanos de Atenais cuando supieron su fortuna; mas envióles á decir que lejos de escuchar las voces del resentimiento, conservaba solo la memoria de la obligacion que con ellos tenia; porque rehusando tratarla como hermana, la habian elevado á la Soberanía. Cumplió fielmente sus promesas, porque les consiguió distinciones y dignidades convenientes á su augusta alianza. Aunque educada en las preocupaciones del paganismo, se convirtió luego que la dejaron ver la antorcha de la verdad, y aun antes de desposarse con el Emperador. Llamáronla en su bantismo Eudosia, porque se miraba como profano su primer nombre por derivarse del de Minerva, llamada en griego *Athene*. Amóla tiernamente el Emperador, y la dió el título de Augusta

dos años despues de su matrimonio , cosa asombrosa en un tiempo en que la persona que poseía el corazon del Soberano , raras veces tenia parte en estas decoraciones y títulos.

61. Manifestaba Teodosio no obstante demasiada debilidad en medio de sus virtudes , por lo que se veía rodeado de aquel género de cortesanos que usan de la piedad como de cualquier otro medio para conseguir sus intenciones profanas y culpables. Toleraban con dificultad muchos Obispos la autoridad del Papa sobre cualquier parte del Imperio de Constantinopla. No obstante la distincion de las dos potestades tan bien distinguidas en el Evangelio , no cesaban de confundirlas , y pretendian ordenar en todas las ocasiones el gobierno de la Iglesia por el dominio temporal. He aquí el escollo que al fin hizo dar de ojos á los Griegos de un modo tan funesto , cuando solo hacian traspie por decirlo así , mientras reinó Teodosio. Obligaron á este jóven Príncipe á publicar una declaracion con fecha 14 de Julio de este año de 421, por la cual se cometian los negocios eclesiásticos de la Iliria á la junta de los Obispos de esta provincia, bajo la direccion del de Constantinopla , que obtiene, segun decian para autorizar la determinacion , las prerogativas de la antigua Roma. Se citan los antiguos cánones : es decir , sin duda los del primer Concilio general de Constantinopla , pero estos sencillamente concedian al Obispo de esta capital la primera distincion de honor despues del Soberano Pontífice, sin género alguno de jurisdiccion sobre las otras Igle-

sias ; y aun el Concilio de Nicea habia confirmado las principales Sillas en todos los derechos , temiendo que las perjudicase el nuevo órden civil. Por lo que toca á toda la Iliria , que en otro tiempo pertenecia al Imperio del Occidente, habia conservado sin variaciones allí el Papa su jurisdiccion, no solo por ser Cabeza de la Iglesia , sino tambien por la cualidad particular de Patriarca de Occidente. Nada habia cambiado esta jurisdiccion eclesiástica la division en Iliria oriental y occidental , hecha bajo el Imperio de Arcadio. Egercia el Obispo de Tesalónica la autoridad del Papa sobre aquellas provincias , en cualidad de legado de la Santa Silla.

Bonifacio sabedor de que se transferia al Obispo de Constantinopla derechos enteramente nuevos sobre las Iglesias de la Iliria oriental , escribió á Rufo , Obispo de Tesalónica , que no cediese cosa alguna de su autoridad, á los que haciendo innovaciones querian disminuirla (1). El Papa supo al mismo tiempo que para esta innovacion iban á reunirse en Concilio los Obispos de diferentes provincias de la Grecia , y hasta los de la Dacia. Manifestó grandes quejas de sentimiento por semejante proceder , preguntándoles qué superior de ellos se abrogaba el derecho de convocarlos. „Si leéis los cánones , dice , (así se citaba el Concilio de Nicea) vereis á qué Prelado pertenece egercer conmigo la autoridad : sabreis entonces cual es la segunda y tercera Silla. Estos antiguos cánones sostuvieron en su preeminencia las grandes Iglesias de Ale-

(1) Tom. 4. Concil. pag. 1704. et seq.

jandría y Antioquía. ¿Emprendieron, no obstante eso, en ocasion alguna lo que se os quiere hacer que intentéis? Al contrario ¿no se las vió á todas recurrir á la Iglesia Romana en los asuntos graves, como los de Atanasio y Flaviano de Antioquía?"

62. Para comprender la fuerza de esta comparacion es necesario saber, que la controversia de la Iliria nacia de que los Ilirios occidentales no querian adherirse á lo que el Papa habia ordenado acerca de la eleccion del Obispo de Corinto. Era este negocio de los que se llaman mayores, en los cuales era de costumbre, y tambien de derecho, acudir al sucesor de San Pedro; no solo respecto de las Iglesias del Patriarcado de Occidente, sino tambien respecto de todas las demás. En efecto, en calidad de primer Pastor, le pertenecia velar sobre la observancia constante y general de las santas reglas, sobre todo en los casos que interesan al órden episcopal, cuya cabeza es particularmente. Bonifacio prohibe en los propios términos á los Obispos de Iliria congregarse con designio de examinar segunda vez lo que habia establecido por sí ó por Rufo de Tesalónica, en lo perteneciente á Perígenes, Obispo de Corinto. Les manda por el contrario obedecer en todo á Rufo, y amenaza á los obstinados que los separará de la comunión de la Silla Apostólica.

A fin de mantener sin embargo con mas seguridad los privilegios de la Iglesia Romana, envió una diputacion á Honorio, tío del jóven Emperador de Constantinopla. Este Príncipe siempre pronto á servir

á la Iglesia, ilustró á su sobrino sobre las consecuencias peligrosas de lo que se acababa de conseguir violentamente de él. Reflexionando de este modo Teodosio respondió á su tío, que sin atencion á lo que los Ilirios habian obtenido por sorpresa, mantendria los antiguos privilegios de la Iglesia Romana conforme á los cánones, y que desde este momento encargaria á los Prefectos del Pretorio velar sobre ello.

Si esta constitucion imperial no se encuentra en la compilacion de Justiniano, no por esto se debe disminuir la autoridad del egemplar conservado en los archivos romanos con todos los caracteres de autenticidad. Insertóse con mucho cuidado en el código Teodosiano y en el de Justiniano la constitucion que esta revocaba; pero como estas colecciones se hicieron en la nueva Roma, rival muy celosa entonces de la antigua, no debe causarnos admiracion que solo se conservase en ella lo que era ventajoso á esta émula soberbia. La Santa Silla en tiempo de Teodosio el jóven sostuvo toda la jurisdiccion sobre la Iliria, y la administró enteramente mucho tiempo despues; pero aun ahora podemos conocer hasta donde se estendian las miras ambiciosas de los Griegos, y á que escesos llevarian algun dia la envidia y el cisma.

63. Reprimió el mismo Pontífice en las Galias la temeridad de Pátroclo, Metropolitano de Arlés, que se habia atrevido á ordenar fuera de su provincia á un Obispo para la Silla de Lodeva (1). Escribió el Pa-

(1) *Bonif. I. Epist. 3. in tom. 2. Concil.*

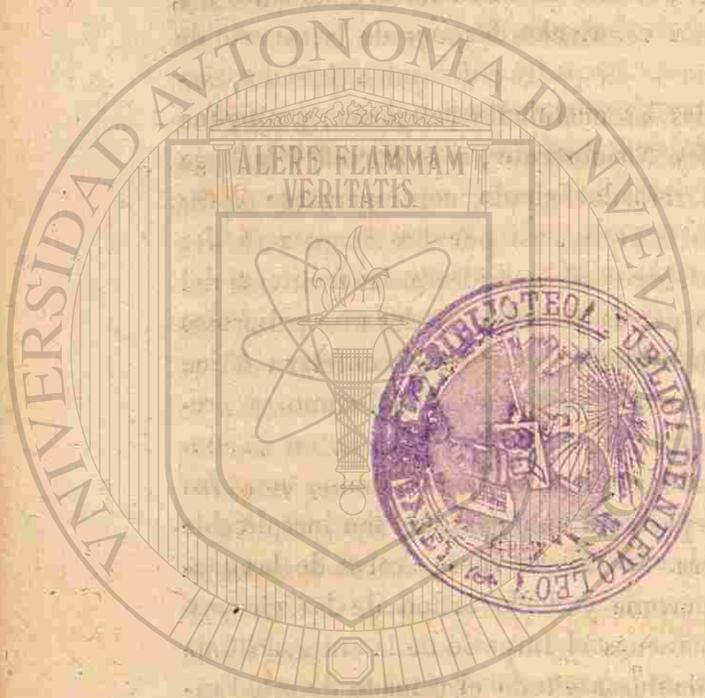
pa á Hilario de Narbona , mandándole que pasase adonde se habia verificado la ordenacion , y practicasen lo que creyese conveniente tanto en calidad de Arzobispo , como en virtud de la comision apostólica , avisando despues de ello á la Santa Silla. Apela aquí Bonifacio tambien , y se autoriza con lo dispuesto en Nicea , cuyas determinaciones conservan religiosamente , dice , las prerogativas de cada metrópoli , y no permiten que dos provincias estén sujetas al mismo Prelado. Aquí es fácil notar que el Concilio de Nicea asegura de tal modo á cada Metropolitano su jurisdiccion propia , que nada quita al Soberano Pontífice de los derechos de su primacia sobre ellas. Murió Pátroclo algunos años despues á manos de un Tribuno , que se cree haber sido egecutor de las órdenes secretas del Prefecto de la milicia.

64. Dejó de vivir el Papa Bonifacio , segun la mas cierta cronología , á 25 de Octubre de 422 , despues de haber ocupado la Silla tres años y ocho meses (1). Muéstranos un epitafio antiguo que llegó al Pontificado en una edad muy avanzada ; pero que desde su juventud habia servido útilmente á la Silla Apostólica , y favorecido á la ciudad de Roma en un año de esterilidad. Componian su carácter la mansedumbre , la modestia y la clemencia : virtudes amables que sirvieron mucho mas que la severidad para extinguir el cisma que ocasionó su eleccion , pero que no le estorbaron sostener con vigor la dignidad de su Silla. Nueve dias despues de su muerte , á 3 de Noviembre

(1) *Prosp. Chron. ann. 426.*

se eligió á Celestino , Romano de nacimiento , que ocupó cerca de diez años la Cátedra de San Pedro.

65. El Emperador Honorio murió de hidropesía al año siguiente , siendo de edad de treinta años , y habiendo reinado veintiocho despues de la muerte de Teodosio el grande su padre ; de quien heredó , segun dicen , todas las cualidades religiosas , y ninguna de las imperiales. No obstante , si se atiende á la larga duracion de su reinado agitado continuamente en estos desgraciados tiempos , así por los ataques de los innumerables bárbaros que inundaron las fronteras del Imperio , como por la rebelion de los mas peligrosos tiranos que logró domar ; es preciso confesar , ó que su piedad no hizo un Príncipe tan débil como se pretende , ó que supo discernir y conservar en su empleo á los grandes Capitanes de su reinado , con una constancia que parecerá una paradoja tan inesplicable como la primera. Sea lo que fuese acerca de las cualidades de su persona y de lo árduo de las circunstancias , por lo menos el Imperio de la antigua Roma se mantuvo firme durante todo el reinado de este Emperador , ó por sus propias fuerzas , ó por la solidéz de su constitucion. Muerto Honorio , y sucediéndose rápidamente vanos fantasmas de Césares que ocuparon su lugar , experimentó Roma la caida que la sepultó para siempre.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TABLA CRONOLÓGICA.

Desde el año 395, hasta el de 423.

PAPAS.

- XXXVIII. San Siricio, muerto en..... 398.
XXXIX. San Anastasio, electo en 399, y muerto segun
Tillemont, á 27 de Abril de..... 402.
XL. San Inocencio, electo en 402, y muerto en..... 417.
XLI. San Zósimo, electo en 417, y muerto en..... 418.
XLII. San Bonifacio, electo en 418, y muerto en..... 422.
XLIII. San Celestino, electo en..... 422.

ANTIPAPA.

- Eulalio, opuesto á San Bonifacio en..... 418.

EMPERADORES DE ORIENTE.

- Arcadio, muerto en 408, y reemplazado por Teodosio 2º

EMPERADOR DE OCCIDENTE.

- Honorio..... 423.

CONCILIOS MAS NOTABLES. ®

- Concilio de Cartago, en 397. Tenemos cincuenta artículos de sabios reglamentos con el nombre de este Concilio, y algunos

de los cuales, según todas las apariencias, fueron recogidos de los Concilios siguientes.

Concilio primero de Toledo, en 400, en el cual se formaron veinte cánones, y se resolvió recibir á los Obispos que abjurasen el priscilianismo: tomósese aquí por reglas de fe, lo que el Papa, llamado así por excelencia la primera vez, escribía de acuerdo con los demás Obispos. Es también notable este Concilio por haberse añadido en él la primera vez la partícula *Filioque* al Símbolo de Constantinepla.

Concilios de Alejandría y de otros muchos lugares de Oriente, en 401, para condenar las obras de Orígenes.

Concilio de Cartago, en 404, para implorar el socorro del Emperador contra los Donatistas, que fueron delatados á causa de sus violencias.

Concilio de Cartago, en 411, en el cual se tuvo la célebre conferencia que procuró la decadencia total del donatismo.

Concilio de Cartago, en 412, que condenó á Celestio, discípulo de Pelagio.

Concilio de Dióspolis, en 415. Pelagio condenó en él lo que se había referido de la doctrina de Celestio, y con sus tramas evitó su propia condenación.

Concilio de Cartago, en 416, en el cual se condenó á Pelagio y Celestio, si no condenaban sus mismos errores. Escribióse después al Papa Inocencio para que añadiese á esta decisión el sello de su autoridad.

Concilio Milevitano, en 416, del cual escribieron los Obispos asimismo al Papa: este condenó en efecto á Pelagio, Celestio y sus secuaces, estableciendo sumariamente la doctrina católica tocante á la gracia.

Concilio de Cartago, en 417, después que el Papa Zósimo tuvo por Católico á Celestio, atendida la profesión de fe que hizo en Roma. Los Padres escribieron á este Pontífice pidiéndole que subsistiese la decisión del Papa Inocencio, hasta que Pelagio y Celestio confesasen claramente que la gracia de Jesucristo de tal modo nos es necesaria en cada acción, que sin ella nada podemos tener, pensar, decir ó hacer que pertenezca á la verdadera piedad. Instruido entonces Zósimo á fondo sobre el particular, confirmó los decretos del África, como había hecho Inocencio; sin que se pueda decir de él que fue seducido, ó que dudó de la decisión de su antecesor, como pretenden los enemigos de la santa Silla.

Concilio de Cartago, llamado *Plenario*, es decir, Concilio general del África, en 419. El Legado del Papa propuso allí, bajo el nombre de Nicéa, los cánones de Sárdica concernientes á las apelaciones al Papa; lo que ocasionó algunas disputas, é hizo tomar á los Africanos el partido de enviar á Oriente para consultar las actas auténticas del Concilio de Nicéa. Entre los treinta y seis cánones que hizo este Concilio de África, el veinticuatro contiene el catálogo de las divinas Escrituras, conforme enteramente al que usamos hoy.

Concilio de Hipona, en 422, en el cual fue depuesto Antonio de Fúsala. Este Obispo apeló al Papa Bonifacio, cuya religión sorprendió; lo que causó tal sentimiento á San Agustín, que resolvió dejar el Obispado antes que prestarse á una administración que le parecía ocasionar la ruina de la disciplina.

Concilio de Cilicia, en 423, en el cual se condenó á los Pelagianos hasta por Teodoro de Mopsuestia, mirado como su

cabeza, y á cuya compañía se había retirado Juliano de Eclana, para escribir contra San Agustín.

~~~~~

AUTORES ECLESIÁSTICOS.

San Ambrosio, nacido según la opinión común en Arlés, en las Galias, murió en 397. Tenemos de él excelentes tratados sobre los deberes de la mayor parte de los estados de la vida; exhortaciones y sermones muy patéticos; comentarios sobre el Evangelio de San Lucas, sobre las epístolas de San Pablo, y sobre muchos salmos; algunos elogios fúnebres, y muchas cartas que no son las menores producciones de su elocuencia. Algunas veces parece excederse á sí mismo, y tomar una fuerza más que humana en aquellos discursos, como inspirados por sucesos tan capaces de conmover una alma sensible, y en los cuales se halló él mismo muchas veces, como en las persecuciones de la Emperatriz Justina, y la muerte imprevista del joven Valentiniano. La dulzura de sus expresiones le hizo dar el sobrenombre latino de *Doctor Mellifluus*: á lo que puede haber contribuido lo que su historiador refiere, que descansó sobre la boca de Ambrosio, cuando estaba en la cuna, un enjambre de abejas.

Evagrio del Ponto, Arcediano de Constantinopla, 399. Dejó varias obras, la mayor parte de las cuales son instrucciones sobre la vida monástica.

San Epifanio, 403. Su principal obra es un tratado contra las heregías, intitulado *Panarion*, es decir, Antídoto universal. Este Padre tenía mucha erudición, pero también mucha cre-

dulidad y poca exactitud en la relación de los hechos. Dicen que de los Padres griegos es el que más descuidó de la elegancia y estilo. No obstante, le debemos muchos fragmentos de autores eclesiásticos y profanos, de los que sin él no tendríamos conocimiento alguno.

San Juan Crisóstomo, 407. Se le puede mirar como el Cicerón cristiano, no solo por el número y belleza de la dicción, sino también por los pensamientos y movimientos de la elocuencia. La facilidad, la claridad, la abundancia y la nobleza reinan en sus figuras, y una misma fuerza en sus raciocinios. El Cicerón cristiano excede al profano, en que teniendo que tratar objetos infinitamente superiores á la esfera ordinaria de nuestra inteligencia, los maneja con una capacidad y facilidad que hacen sensibles á todos las cosas más inaccesibles á los sentidos. Sus obras más elocuentes son las homilias al pueblo de Antioquia, las homilias sobre el Evangelio de San Mateo y sobre las primeras epístolas de San Pablo, la mayor parte de sus sermones sueltos y muchas de sus cartas. No es menos admirable en sus tratados, compuestos por la mayor parte en la flor de su edad, y acabados con una atención que la carga del Episcopado le hizo mucho menos practicable en lo sucesivo. Sus comentarios le hacen mirar como al mejor de los intérpretes Griegos, y sus interpretaciones sobre San Pablo en particular le hacen preferible á todos los comentadores de este Apóstol, sean griegos ó latinos.

Quinto Aurelio Prudencio, en 408. Tenemos de este piadoso poeta español algunas obras que por su hermosura, variedad de figuras, elegancia y exactitud en el metro, le colocan entre los mejores poetas antiguos. Sus dos libros contra Símmaco

son una prueba luminosa de la Religión, y un triunfo completo del paganismo.

Rufino, en 410. Tradujo del griego al latin las obras de Josefo, la historia eclesiástica de Eusebio, á la cual añadió dos libros, y muchas obras de Orígenes; lo que ocasionó la censura de la santa Silla. Comparando sus traducciones con el original, se ve que se tomaba una libertad estremada. Escribió asimismo comentarios sobre algunos Profetas, muchas vidas de los Padres del desierto, en las que muestra poca crítica, apologías que son elocuentes, y una esplicacion del símbolo que siempre fue estimada.

San Gerónimo, en 420. Fue suscitado por Dios para explicar las divinas Escrituras, que interpreta de un modo literal y el mas sólido. La Iglesia adoptó su version bajo el nombre de *Vulgata*, escepto los salmos, en los cuales se conservó casi enteramente la antigua version la mas respetable por su antigüedad, pero no la mas clara. Sus tratados contra muchos hereges son elocuentes y de gran vehemencia. Hasta en sus cartas es orador, en estas cartas que hacen una parte de las mas interesantes de sus obras. Su tratado de la vida y de los escritos de los autores eclesiásticos ha sido de un gran socorro á todos los bibliógrafos mas modernos. Este Padre tenia una erudicion inmensa, grande penetracion, un juicio recto, y al mismo tiempo sólido. Su estilo es vivo, lleno de fuego, y muchas veces muy noble, pero algunas un poco duro, sobrecargado de adornos, y se resiente de la declamacion.

Paladio, por los años de 420. Su historia llamada *Lausiaca*, porque fue dedicada á Lausio, Gobernador de Capadocia, es

muy estimada. Contiene la vida de muchos solitarios ilustres. Tambien se le atribuye una vida de San Juan Crisóstomo; pero verosímilmente es de otro Paladio amigo, como este, del santo Patriarca de Constantinopla.

Paulo Orosio, Presbítero Español, se ignora el tiempo fijo de su muerte: floreció por los años 420. Tenemos de este celoso escritor su libro titulado *Apologético*, una carta sobre los errores de los Ptsilianistas y Origenistas, y la historia que escribió movido por San Agustin. Esta obra, en gran manera apreciable, ha hecho célebre la memoria de su autor, y por ella se le ha mirado siempre como á hombre de una piedad singular y de erudicion extraordinaria.

San Sulpicio Severo, 423. Hay de este ilustre Sacerdote un compendio de la historia sagrada, desde la creacion del mundo hasta el año 400 de Jesucristo, la vida de San Martin de Tours, un diálogo y algunos opúsculos. Hállanse en su historia algunos sentimientos particulares, tanto sobre los hechos, como sobre la cronología, lo que no impide que se le mire como el compendiador mas perfecto de la historia santa. Iguala á Lactancio, y escede á todos los demás autores latinos de la antigüedad eclesiástica por lo que toca á la pureza y elegancia del estilo. En cuanto al vigor y concision se habia propuesto imitar á Salustio, y lo consiguió bastante bien, para merecer el nombre de Salustio cristiano.

~~~~~  
PERSECUCIONES.

Persecucion comenzada en 403 contra San Juan Crisóstomo y

los Prelados adictos á su comunión, y continuada hasta despues de la muerte del santo Patriarca.

Violencias cometidas por los Donatistas y sus circunceliones, hácia el año 404.

Furores de los Pelagianos en Palestina despues del Concilio de Dióspolis, celebrado en 415.

SECTARIOS.

Vigilancio.....	406.
Pelagio.....	408.
Celicolas.....	409.
Celestio.....	412.
Caída de los Donatistas en.....	412.
Juliano de Eclana.....	418.

Discurso

sobre la primera edad de la Iglesia.

Aunque para someter el entendimiento al yugo de la fe bastará conocer á fondo la Religión cristiana y seguir su historia ó la de la Iglesia, que viene á ser lo mismo, con tal que el corazón se muestre dócil á las impresiones de la gracia; sin embargo, no será fuera de propósito insinuar las reflexiones mas propias para conseguir este fruto. Por tanto, ya que hemos llegado á la mitad de la edad primera, que abraza seis siglos y comprende una parte, quizá la mas importante de nuestra carrera, nos detendremos en ella como en el punto de vista mas á propósito, no menos para ver como de un golpe lo mas digno de memoria que se contiene en el espacio que hemos recorrido, que para dar una ojeada sobre lo que nos queda que caminar. La significacion general de la Iglesia comprende la congregacion de los fieles de todos los tiempos, ó la sociedad visible de los hombres que profesan la verdadera Religión: pero no es mi ánimo tomar la narracion desde tan alto, y sí hablar de la Iglesia que se llama Cristiana, y observar en los tiempos antiguos lo que nos sirva y conduzca á manifestar la sabiduría de Dios respecto del establecimiento y propagacion de la fe, único objeto de nuestras reflexiones. Pero al mismo tiempo convendrá recordar el trastorno

los Prelados adictos á su comunión, y continuada hasta despues de la muerte del santo Patriarca.

Violencias cometidas por los Donatistas y sus circunceliones, hácia el año 404.

Furores de los Pelagianos en Palestina despues del Concilio de Dióspolis, celebrado en 415.

SECTARIOS.

Vigilancio.....	406.
Pelagio.....	408.
Celícolas.....	409.
Celestio.....	412.
Caída de los Donatistas en.....	412.
Juliano de Eclana.....	418.

Discurso

sobre la primera edad de la Iglesia.

Aunque para someter el entendimiento al yugo de la fe bastará conocer á fondo la Religión cristiana y seguir su historia ó la de la Iglesia, que viene á ser lo mismo, con tal que el corazón se muestre dócil á las impresiones de la gracia; sin embargo, no será fuera de propósito insinuar las reflexiones mas propias para conseguir este fruto. Por tanto, ya que hemos llegado á la mitad de la edad primera, que abraza seis siglos y comprende una parte, quizá la mas importante de nuestra carrera, nos detendremos en ella como en el punto de vista mas á propósito, no menos para ver como de un golpe lo mas digno de memoria que se contiene en el espacio que hemos recorrido, que para dar una ojeada sobre lo que nos queda que caminar. La significacion general de la Iglesia comprende la congregacion de los fieles de todos los tiempos, ó la sociedad visible de los hombres que profesan la verdadera Religión: pero no es mi ánimo tomar la narracion desde tan alto, y sí hablar de la Iglesia que se llama Cristiana, y observar en los tiempos antiguos lo que nos sirva y conduzca á manifestar la sabiduría de Dios respecto del establecimiento y propagacion de la fe, único objeto de nuestras reflexiones. Pero al mismo tiempo convendrá recordar el trastorno

que el pecado causó en el orden primitivo, dejando al linage humano envuelto en las tinieblas de la ignorancia, hecho el juguete de sus pasiones, despojado de sus nobles sentimientos, y por necesaria consecuencia en estado de degradacion, debilidad, pobreza y desventura: pues rotos en parte, y en parte debilitados los vínculos de la virtud y de la honestidad, se debilitaron tambien los lazos sociales en mil modos, y en gran manera se relajaron. Tropas de hombres medio salvages y casi embrutecidos mutuamente se hicieron los unos objeto del terror de los otros, sin quedarles mas que la natural semejanza, que fue la que en cierto modo mantuvo algun resto de amor y union, y estos en muchas cosas menores y mas débiles que los de los irracionales, los que no teniendo tantas necesidades y objetos que apetecer como el hombre, tienen tambien menos motivos para huir unos de otros y atentar mutuamente á su destruccion. En tan triste estado ocupando á los hombres las necesidades y peligros del cuerpo, perdieron casi el uso de las facultades intelectuales: se alteró la naturaleza tan bella en su produccion, se obscurecieron las ideas, y aunque el germen de la razon subsistia, entorpecieron los sentidos su egercicio primario y principal. Verdad es que desde la antigüedad mas remota se vieron pueblos numerosos, en los cuales parecia que se observaban con mayor exactitud los derechos de la humanidad, ó á lo menos las leyes de la sociedad humana, pero ¿qué fueron aquellos grandes estados que se levantaron con el soberbio título de imperios universales, si se comparan con todo el mundo? ¿Qué fueron en cuanto á los dogmas y costumbres las luces de los magos Persas, de los Sacerdotes Egipcios y de la Grecia toda? El resultado de las mayores confederaciones no fue otro que reunir mas vicios y

estravagancias; y no de otro modo que acontece en los aduares de los bárbaros, la necia supersticion y estúpida idolatría obscurecieron cuasi hasta la ley de la naturaleza.

Sin embargo, nunca faltaron hombres de ingenio superior, que ó fuese en fuerza de su raciocinio, ó en virtud de constante aplicacion en recoger los restos poco conocidos de las antiguas tradiciones, como amantes y admiradores de la sabiduría se sobrepusieron á la mayor parte de los errores del vulgo respeto de la religion y de las costumbres. Cuando las naciones civilizadas formaban ya un solo pueblo, cuyo centro y capital era Roma, reuniendo la filosofía estos descubrimientos, que andaban sueltos, y tomando la mayor parte de los monumentos judáicos, pues ya concedian el derecho de ciudadano á los Judíos, la fuerza de la verdad y esplendor de la luz llegó á tal punto, que parecia iba á disipar las tinieblas del gentilismo. A lo menos los objetos de que era capáz la razon, examinados por tantos entendimientos filosóficos, daban á entender que estaban ya en proporcion de acomodarse mas á la inteligencia y conocimiento del vulgo. Pero aquellos sabios, que falsamente se aplicaron este nombre, bien lejos de iluminar á los pueblos ocultaron cobardemente la verdad, y la tuvieron como prisionera: porque habiendo conocido á Dios continuaron tributando honores divinos con el vulgo fascinado á los vanos simulacros de hombres, de animales, y de criaturas quiméricas de toda especie. De este modo, á escepcion de algunos Gentiles que frecuentaban las sinagogas esparcidas por algunas partes de Europa y Asia, el Criador solo era conocido en Judea. En cuanto á la ciencia de la moral, se ponian en cuestion los principios mas incontestables, á causa de la eterna oposicion con que se miraban las diferentes sectas, y

venian á ser como un problema ó paradoja mas proporcionada á divertir los genios disputadores, que propia para influir en la mejora de las costumbres. Así encaprichándose los hombres mas y mas en su ciencia, segun los reprende el Apóstol, se entregaban á las pasiones mas ignominiosas, y á escesos no solo contrarios á su sabiduría especulativa y estéril, sino capaces de degradar al hombre y hacerle inferior á los irracionales. A pesar de esto podremos decir, que el espíritu humano cansado y confundido con errores tan monstruosos, veía en cierto modo la profundidad de sus llagas, y se mostraba dispuesto á recibir el remedio.

Pero ; cuántos prodigios debía obrar el Reparador prometido que habia de hacer á la naturaleza participante de la gracia, tanto para extinguir el venenoso germen que la viciaba en su origen, como para hacerla producir frutos que agradasen al Dios de toda santidad! Este es el prodigio que vamos á considerar en la primera edad de la Iglesia ó en sus primeros seis siglos; siglos de luz y de fervor, y por consiguiente los mas propios para darnos una idea tal cual la merece nuestra Religion, y probar su verdad y cuan necesaria era á los hombres. Con el fin de que esta prueba sea mas completa y eficaz, antes de contemplar el maravilloso establecimiento y propagacion de la Iglesia, la consideraremos en sí misma, fijando nuestra atencion en la escelencia de la fe cristiana, y despues en el curso dilatado de su edad primera observaremos el portentoso de su conservacion, tan digno de notarse: aunque esta es otra de las pruebas mas fuertes en que se ve la perpetuidad de la obra de Dios en las edades subsiguientes.

Y en primer lugar, no hay cosa que tanto sorprenda como

el ver la pintura de la Iglesia en su edad primera. Aunque es natural condicion de todas las instituciones ser imperfectas é informes en sus principios, con todo no sucedió así con el cristianismo, el cual apenas se dejó ver en el universo, cuando llevó tras sí la admiracion de infinita multitud de hombres de equidad y de juicio. Traigamos á la memoria lo que se dijo de la vida celestial de los primeros discípulos, del desprendimiento de los bienes terrenos, de la generosa caridad que hacia comunes entre ellos sus riquezas, poniendo cuanto poseían á los pies de los Apóstoles, sin quedarse mas que lo necesario para vivir con sus hermanos los pobres, y cortando en este modo de raiz la codicia, el orgullo, el regalo, la injusticia y toda iniquidad. Recordemos las reglas de moral dirigidas por estos modelos y consignadas en sus monumentos divinos. A pesar de la corrupcion del mundo, ; con qué admiracion no debía mirarse un cuerpo de doctrina sencillo pero sublime, compuesto de máximas las mas conformes al buen sentido y á la verdad, á la honestidad y á la razon, en lo que escedia con desproporcion admirable á cuanto enseñaron los sabios de todas las naciones y de todos los siglos!

Si los enemigos de la Religion cristiana han querido disputarle esta gloria, se han visto precisados á trocar hasta las primeras nociones de la virtud y de la verdad, y han pretendido variar las esencias inmutables de las cosas aun mas que el interés de las pasiones; pues intentan nada menos que sacar el origen de nuestros pensamientos de la indivisibilidad de las partículas materiales. ¡Estraña lógica! Pero estaba reservado para la falsa filosofía del siglo diez y ocho tan original trastorno de todos los principios de la razon, y de los que pretenden adoptar-

los. Así como hubiera sido extravagancia en los filósofos más célebres de la antigüedad afirmar clara y públicamente, que llegaría tal vez el tiempo en que los axiomas hasta entonces tenidos como tales, vendrían á ser falsos; se hubieran avergonzado también de publicar, que es flaqueza de espíritu venerar las impresiones primeras de la virtud que grabó en lo más íntimo de nuestra alma la misma naturaleza ó la razón eterna, que ha sido una y la misma en todos los entendimientos y en todos los tiempos: se hubieran avergonzado de decir, que la docilidad á la voz de la conciencia y el disgusto de los remordimientos son una timidez pueril, ó que el pudor no es el mejor adorno de una muger, sino efecto despreciable de la preocupacion: y se hubieran avergonzado por último de afirmar, que vicio y virtud son dos palabras que carecen de sentido. Los Gentiles á pesar de lo sumo de su depravacion, vieron admirados en el Evangelio la gran luz de su doctrina respecto de las obligaciones individuales, y el conjunto de verdades, que sin mezcla de perversion ó falsedad, dirigen y santifican las costumbres. Por esto se decidían á abrazar el cristianismo según el grado de aficion ó indiferencia con que miraban la virtud. Tertuliano en el tiempo mismo de las persecuciones se esplicaba de esta manera: „jamás ha amado sinceramente la virtud el que mira con odio nuestra Religion; y por eso el primer perseguidor de la fe ha sido el tirano más vicioso, y podemos juzgar de su escelencia por el odio que Neron la tuvo. Nada se omite en la moral evangélica, y nada se lleva á un extremo contrario á la razon: todo conduce en ella á la perfeccion y felicidad del hombre, al buen orden de los pueblos, á la seguridad en su comercio, y á las conexiones todas que unen entre sí las sociedades. En una palabra,

obsérvense las máximas del Evangelio, y será el hombre lo que debe ser tanto para los ojos de su conciencia como para los de Dios.”

Limítanse las leyes humanas á prohibir los delitos más enormes ó groseros. „Ya es mucho para vosotros prohibir el incesto y adulterio, decía San Gregorio Nacianceno á los Gentiles de su tiempo: en el Cristiano una mirada apasionada á una muger es un delito. Abstenerse de la torpeza y de cualquier otro vicio vergonzoso no es un elogio para este; porque hace profesion de crucificar su carne para evitar su rebeldía. Vosotros, añade el mismo Santo, prescribís el amor á los padres y á la patria; pero nosotros profesamos tener á todos los hombres, sin escluir á nuestros mayores enemigos, el amor que nos tenemos á nosotros mismos. Por lo que hace al juramento, no solo está prohibido á los Cristianos el jurar en falso, sino también jurar en vano. En cuanto á las riquezas si en realidad no las desprecian nuestros hermanos, se les manda poseerlas como si no las poseyesen, ó que no tengan el corazón pegado á ellas. Y ¿cuán lejos no estaremos de robar á otros los que debemos soltar la túnica si nos quitan la capa? Bendecimos á nuestros perseguidores, y si nos dan una bofetada en la mejilla derecha presentamos la izquierda cumpliendo con el Evangelio. Decidme ahora ¿será esto disposición para dejarnos arrebatados de la ira, y para decir injurias, para calumniar ó levantar falsos testimonios? Vuestros legisladores solo tratan de reprimir las obras; nuestras leyes se dirigen á la raíz del mal, á los pensamientos y á la sensacion: y ¿qué más? hasta la falta de vigilancia castigan, porque es reprehensible entre nosotros quedarse en el grado mismo de virtud sin esforzarse á subir á otro más alto.”

Pasemos adelante en este paralelo, y examinemos exactamente y con pleno conocimiento de la materia, como los sabios mas célebres en algun punto de la moral se contradecian en otros muchos y se deshonoraban. Entre estos, que tomaron el nombre de amantes de la sabiduría, unos permitian el hurto egecutado con destreza, otros desafiaban con arrogancia á los que veían poco favorecidos de la fortuna. Los obscenos discípulos de Epicuro decian, que la perfeccion y felicidad se cifraba en apurar el goce de los placeres. El orgulloso Estóico al mismo tiempo que hacia mil elogios de la virtud, la conocia tan mal, que lo mismo era para él degollar á su padre que irritarse contra el vil insecto. El mas famoso entre ellos, en su plan de república, que será un perpétuo monumento de los estravíos de la razon humana, cuando no la ilumina la antorcha de la revelacion, Platón, á quien llamaron el divino los panegiristas de la idolatría, desecha la fidelidad y estabilidad del matrimonio: y si no es digno de las reconvenciones que se le hacen acerca del uso comun de las mugeres, á lo menos intentó sancionar como otras tantas leyes mil costumbres licenciosas que contribuyen igualmente á desterrar la honestidad. Era costumbre legal en algunos pueblos maldecir de sus dioses cuando parecia que tardaban en mostrárseles propicios. Otros suponian que hacian un obsequio á sus divinidades domésticas degollando á los huéspedes. Bien sabido es cuanto ocultaban el fanatismo, las iniciaciones, y todos los misterios orientales, segun los qué los padres sacrificaban á sus hijos, consagraban la deshonor de sus hijas, y cometian otros crímenes todavía mas abominables. Estas fueron las consecuencias prácticas de las especulaciones de los maestros mas famosos y de sus discípulos.

Paso en silencio una multitud de misántropos, triste ludíbri de su orgullo, que esforzándose en variar los unos la forma de los otros, dieron por fin en los estravíos mas contrarios á la razon. Ni hablaré de aquel censor que solo esceptuó sus vicios entre las causas que le hacian llorar continuamente: ni del cínicco ridículo que en medio del dia buscaba un hombre con su linterna en la mano, y por el placer mezquino de la ostentacion se contentó con vivir dentro de una cuba: ni del otro soberbio vagamundo que arrojó sus riquezas al mar, para ir diciendo de costa en costa que todo lo llevaba consigo. Omitamos hablar de ellos, pues no tratamos de censurar lo ridículo sino los crímenes. Hasta la muerte misma de Sócrates, cuya vida no dejó de tener sus lunares, se deshonoró por el respeto humano que le obligó á ofrecer á Esculapio un sacrificio estravagante. El Emperador Romano cuyo elogio costó á Plinio treinta años de trabajo, se abandonó á las mayores infamias. El tan celebrado gefe de la escuela peripatética no pudo disimular su pasion á una muger pública.

Otros muchos hicieron famosa su muerte ó por los excesos ó por la desesperacion con que se quitaron la vida. Nadie ignora los impíos y crueles horrores de las juntas nocturnas del apóstata Juliano y de sus helenistas. Los impostores que dieran tan bellas lecciones de modestia y desinterés, no por eso eran menos reprehensibles en el modo con que aspiraban á los honores y bienes de fortuna. El cínicco mismo de quien hemos hablado, aquel cínicco despreciador del fausto de Platon, pisaba su orgullo pero con soberbia mas intolerable. Uno de los mas infames aduladores de Alejandro, se dice que fue su maestro mismo. Pitagoras y Zenon intentaron usurpar el poder supremo. Y últimamente pe-

reció Hippias por haber querido ser el tirano de su patria. Tales eran los corifeos de las sectas que mas se preciaban de virtud; porque no hablo de Epicuro ni de su secta ó por mejor decir piara, como la llamaron otros filósofos, que solo con este nombre nos dan exacta idea de su honrosa doctrina y de las únicas obligaciones que reconocia.

Bastará cotejar esta pintura, no digo con los venerables gefes de los primeros Cristianos, sino con la multitud indistinta de sus discípulos, para conocer y ver claramente en cual de los dos extremos se halla la ventaja. ¡Cuán edificante, y al mismo tiempo cuán verdadero es el retrato que nuestros primeros Doctores hacen de cada una de aquellas almas pacíficas y benéficas aun con los enemigos mas crueles. «Bien conocéis nuestro candor y nuestra fidelidad á pesar de vuestras persecuciones, (decia á los tiranos de su siglo Tertuliano, con aquella noble fortaleza que da el testimonio de la buena conciencia). Nosotros con la cabeza desnuda y levantando al cielo nuestros puros ojos é inocentes manos dirigimos á Dios votos fervorosos por el Imperio y el Emperador: y los ofrecemos llenos de confianza, porque van acompañados no de unos pocos granos de incienso, ó de algunas copas de vino quitadas á la avaricia, ni con la sangre infecta de algun toro moribundo, sino con el tributo digno de un cuerpo casto y una alma pura. No celebramos, es verdad, las fiestas del Príncipe con escesos vergonzosos como vosotros, porque nos parece le deshonoraríamos egecutando en los dias de sus fiestas lo que profanaría cualquiera otro de los del año. No gritamos como vosotros: *Júpiter, quita de nuestros años para añadir á los del César.* No profieren los Cristianos sus oraciones con esta engañosa ostentacion, y se contentan con que Dios les oiga. ¡Y

qué súplicas son mas sinceras? ¿De qué religion era un Niger y un Albino? Jamás fueron del número de nuestros hermanos los rebeldes que con el puñal y la copa del veneno en sus manos se entran por el palacio, aunque nuestros hermanos tienen ya parte en todos los empleos del Estado. Vosotros mismos los reconocéis por los soldados mas fieles y valientes. Jamás habeis reprendido por cobardes á los que beben con su religion el desprecio de los placeres y dolores. ¿Hay alguno de nuestros hermanos que pronuncie sentencias injustas en los tribunales, sabiendo que Dios juzgará á los mismos que egercen la justicia? ¿Nos pueden echar en cara ó el ser traidores á la amistad, ó en el comercio infieles ó fraudulentos? Antes por el contrario, nos debe la república el que vivan los pobres miserables, que á no ser por nuestra liberalidad casi todos perecerian.»

El mismo elocuente Apologista sacando la ilacion de estos principios, y desafiando generalmente á los perseguidores, sobre que no hallarian vicio alguno en las santas víctimas del martirio, con toda seguridad afirma: «¡Oh! ¡cuánto daño haceis al Imperio proscribiendo así á los mas virtuosos ciudadanos! Yo apelo á vuestras sentencias, magistrados, destinados para limpiar la tierra de los malhechores que la inficionan: entre tantos culpados como condenais ¿quiénes son los ladrones, los asesinos, los perjuros, los enemigos de las buenas costumbres? ¿Hay por ventura entre ellos algun Cristiano? Y si en vuestras cárceles teneis detenido alguno, ¿no es su único delito ser Cristiano? Los juicios mismos con que quereis amancillar nuestra honra, son nuestra mas bien fundada gloria. Cuando condenais á la brutalidad de un libertino á nuestras honestas doncellas, que oyen impávidas los rugidos de los leones, manifestais en eso mismo, que

para un Cristiano es mayor desgracia la pérdida del honor que la de la vida."

Si consideramos la caridad y mútua union de los fieles no solo en los primeros tiempos de la Iglesia, sino aun mucho despues, fue tan admirable y tal, que despertó la emulacion de los idólatras. Ya hemos podido advertir, que Juliano Apóstata despues de mil esfuerzos que hizo para establecer entre sus he-lenistas la concordia y maravillosa union cristiana, viendo que sus tentativas le salian inútiles, hizo á sus sacerdotes reconven-ciones las mas humillantes. Aunque pierde su vigor la virtud porque se egercita menos, aunque la caridad se resfría porque la iniquidad abunda; siempre hemos observado y tendremos frecuentes ocasiones de advertir, que de tiempo en tiempo se dejan ver almas tan elevadas y estraordinarias, que con su celo y egeplios restituyen las costumbres cristianas á su integridad primera, y no solo en los primeros siglos, sino en todos tiem-pos y países se han visto y verán siempre modelos de perfecta justicia, á pesar del torrente de la perversidad. No se puede negar á lo menos que el cristianismo abolió los escesos que mas deshonraban la naturaleza humana; y ha desterrado la torpeza horrible, cuyo nombre no nos atreveremos á proferir. Los poe-tas y aun los filósofos Paganos conservaban entre sí mirando con indiferencia esta torpeza: pero el Evangelio de tal modo ha re-formado las ideas en esta parte, que desde su promulgacion mi-ramos á los que á ella se entregan como á otros tantos mons-truos, dignos de ser esterminados con el fuego, y con todo cuanto pudiera perpetuar la memoria de sus infamias. ¿No ha estinguído el cristianismo los sacrificios de las víctimas humanas en todos los pueblos donde se ha estendido? La fe, la fe sola

pudo conseguir, que los bárbaros adoradores de Moloch y otros demonios homicidas, no se alimentaran de la sangre mas precio-sa, que no sacrificasen los Romanos á sus semejantes en obse-quo de Júpiter Lacial, y que no ofrecieran los Griegos su pro-pia sangre á los manes de sus muertos ilustres del mismo modo que á sus dioses. El Evangelio ha introducido cierta especie de clemencia y humanidad hasta en los horrores de la guerra: al menos ha corregido la enorme atrocidad de las antiguas, en las que no se conocia el derecho mas sagrado de las gentes, en que los guerreros mas distinguidos por su valor eran degollados á sangre fria, y en que el uso habia autorizado costumbres, que las nuestras ni aun pueden concebir. Tales eran el quitar la vida al niño que apenas habia salido del vientre de su madre, pasar á cuchillo á las legiones vencidas y desarmadas, poner en cadenas pueblos enteros, atar á los Reyes y Reinas al carro del vencedor triunfante, sujetar á las matronas de alta clase á ultra-ges menos tolerables que la muerte misma. En fin, nuestra Re-ligion amiga de los hombres y tan digna de ser amada, como luego lo veremos, y señora benéfica de las naciones, parece no se halla todavía satisfecha hasta que abroge legalmente, ó con su sabiduría anule el derecho injusto de la servidumbre ó esclavitud. ¿Y qué diré del matrimonio? Ella sola pudo restituirle su unidad é insoluble permanencia que tuvo en el principio, y unir sus lazos en tan diferentes climas y con tanta firmeza. Por lo dicho podrán convencerse los que sean capaces de razon y persuasion, de que ninguna escuela puede entrar en paralelo con la Iglesia Cristiana sobre la enseñanza práctica y favorable á las costumbres.

Mas sobre los puntos meramente especulativos, ó que solo

él á Maximiano sin esperanza de indulgencia; pero solo con los diez Obispos que le habian impuesto las manos. Por lo que mira á los demás, se les concedió una dilacion de ocho meses para arrepentirse; despues de lo cual no se les admitiria, y quedarian condenados sin esperanza.

8. Procuró unirse Agustin para oponerse á tantos adversarios con todos los Doctores de su tiempo que eran enemigos de novedades profanas. Alipio, su amigo antiguo, que habia abrazado con él el partido de la virtud, en un viage que hizo á Palestina, conoció al ilustre Sacerdote Gerónimo: hablóle de Agustin, y de este modo principió la union que hubo despues entre estos dos grandes hombres. Acababa Gerónimo de componer su catálogo de los autores eclesiásticos, para mostrar los muchos santos y sabios defensores, que contaba la Religion Cristiana desde San Pedro. Llega hasta sus propias obras; de las cuales las últimas que menciona, son los libros contra Joviniano, con su apología dirigida á Pamaquio. Háiale advertido este amigo, que á fuerza de elogiar la virginidad habia dado lugar á creer que miraba el matrimonio como un mal, ó á lo menos como una cosa menos permitida que tolerada. El santo Doctor explica en esta apología todos los lugares en que habia parecido echar por tierra el matrimonio; y hace notar que no solo habia censurado á los Marcionitas, Maniqueos y todos los hereges que le condenaban; sino que le habia reconocido por un estado puro y digno de honor, conforme á las divinas Escrituras. Sin embargo,

le habia pospuesto á la continencia; y tambien habia observado que si los Obispos, los Sacerdotes y los Diáconos reputaban el comercio de las mugeres incompatible con el servicio del altar; el uso de Roma con los fieles casados, era que comulgasen cada dia, y que recibiesen el cuerpo de Jesucristo en sus casas, cuando no se creyesen en estado de entrar en la Iglesia.

9. Algun tiempo despues por medio del mismo Alipio, que habia sido electo Obispo de Tagaste su patria, contrajo Agustin amistad con San Paulino, que ascendió despues al Obispado de Nola. San Alipio (este es el título que le da la Iglesia) habia conocido en otro tiempo á Paulino en Milán; y cuando supo su separacion del mundo, le remitió algunas obras de su amigo Agustin, tan apreciadas por todos los verdaderos fieles. Añadió Paulino á su contestacion, dando las gracias, una carta para el mismo San Agustin, en la que demuestra el amor que profesaba á sus escritos, y se encomienda á sus oraciones. Esto era suficiente para reunir dos corazones tan parecidos el uno al otro, y que no necesitaban mas que conocerse para unirse de todo punto.

No obstante la grandeza de Paulino respecto del mundo, miraba con indiferencia todas las cosas de la tierra; y su alma, mucho mas sublime que su dignidad y fortuna, transformó á uno de los mas poderosos patricios de Roma en un pobre de Jesucristo. Era su casa una de las primeras de aquella capital del mundo, aunque él habia nacido en Aquitania, en

donde poseía bienes inmensos; porque tenían los nobles Romanos tierras considerables en las provincias, y vivían algunas veces en ellas. Igualaba su mérito personal á su fortuna: el poeta Ausonio cultivó su talento y sus admirables disposiciones para las bellas letras; de modo que vino á ser con el tiempo uno de los escritores mas cultos de su siglo, tanto en prosa como en verso. Dice San Gerónimo, que su panegirico de Teodosio estaba escrito de un modo juicioso, agradable y conforme á todas las reglas del arte (1). Llegó Paulino á los mayores cargos y hasta al Consulado. Teresa ó Terasa su muger, dotada por su parte de todas las ventajas de la fortuna y de los dones exteriores de la naturaleza, acrecia la felicidad de su esposo por la sinceridad de su amor, y por la escelencia de su carácter. Nada faltaba á su prosperidad temporal sino hijos que pudiesen heredarlos: gracia que tambien el cielo quiso concederles, nasciéndoles un hijo á tiempo que estaban en España. Mas el Señor solo permitió que lo viesén, y despues de ocho dias se le llevó para sí, mostrándoles de este modo en dónde debían fijar su corazón y todo su amor (*). Renunciaron el mundo, despues de haber-

(1) *Hieronym. Epist. 13. cap. 3.*

(*) Murió este niño en Alcalá de Henares, adonde habían ido sus padres á visitar los cuerpos de los santos mártires Justo y Pastor; los que descubrió poco antes, por revelacion del cielo, y espuso á la pública veneracion el santo Prelado de Toledo Asturio. Obró Dios muchos milagros por la mediacion de estos ilustres Mártires; por manera, que Asturio atraído de ellos, renunció la Silla de Toledo, y fijó su residencia en Alcalá, consagrando el resto de

lo meditado seriamente, y se consagraron ambos enteramente á Dios. Lejos de mostrar debilidad la esposa de Paulino, animó á su marido, que desde entonces no la miró sino como á su hermana, practicando juntos con una emulacion santa todos los egercicios de la vida religiosa.

Paulino asistia el dia del nacimiento de Jesucristo á los oficios sagrados en la Iglesia de Barcelona; cuando el pueblo con un movimiento de veneracion y celo, le puso sobre sus brazos, y presentándole al Obispo rogó encarecidamente que le hiciese Sacerdote. Opúsose Paulino cuanto pudo, deseando solamente sepultarse en la obscuridad de la vida solitaria. Tenia ya formado su plan de retiro, y hacia mucho tiempo que había resuelto pasar lo restante de sus dias en Nola, ciudad de Italia, junto al túmulo de San Felix, cuyos milagros eran célebres por todas partes, y Paulino tenia un conocimiento particular de ellos á causa de las tierras que poseía en las inmediaciones de Nola. No consintió pues en ordenarse sino con la condicion de que no residiria en la Iglesia de Barcelona, sino solo asistiria al Sacerdocio en general, y aun rehusó ser contado entre los Sacerdotes de Milán, como le proponia San Ambrosio, que conoció su mérito cuando le vió en Italia. Es Paulino uno de los primeros Sacerdotes ordenados sin obligarles á fijar su vida en honor de aquellas santas reliquias. Pidió tambien por su devocion, y obtuvo que se erigiese en Catedral la Iglesia de aquella ciudad; lo que se llevó á efecto despues de la muerte de Asturio. *S. Ildeph. lib. de viris illust. n. 2.*

jarse en alguna Iglesia: parece asimismo que recibió la ordenacion Sacerdotal sin haber pasado por las órdenes inferiores; y aun se atribuye á esta causa el poco acogimiento que le hicieron el Papa y el Clero Romano cuando fue á Roma (*). Escusábase bastante la violencia de su ordenacion; pero Dios para purificar mas la virtud de sus Santos permite algunas veces, que esta padezca en la opinion de las personas mas respetables á los ojos de los mismos Santos.

No consiguió sin embargo Paulino sufocar sus quejas, é inmediatamente se retiró á Nola en donde construyó á quinientos pasos de la ciudad, en un sitio agradable, una habitacion pequeña para vivir los dos esposos cerca de la Iglesia en que reposaban las reliquias del santo Mártir Felix. Todo respiraba humildad y santa pobreza; pero la calma de las pasiones y el olvido del mundo, la alegría de la buena conciencia y la dulzura de la contemplacion les hicieron este modo de vida infinitamente superior á su primer estado. Conservaban solo una pequeña heredad para

(*) Ocupaba entonces la Silla de Barcelona Lampio, que unos dicen ser el mismo que suscribió al primer Concilio de Toledo con el nombre de Olimpio, y otros le suponen diverso, sin que se pueda afirmar nada con certeza por falta de monumentos. Como quiera que esto sea, Lampio que ordenó á San Paulino habia sucedido al grande Obispo San Paciano, el cual murió poco antes dejando los mas nobles egemplos de santidad, doctrina y vigilancia Pastoral. Escribió San Paciano un libro contra los Novacianos, que cita San Gerónimo en su catálogo de Escritores Eclesiásticos, donde alaba la elocuencia y sabiduría del santo Obispo de Barcelona.

las mas indispensables necesidades; porque no solo habian distribuido sus tesoros y todos sus muebles, sino que tambien habian vendido sus vastos dominios, para poder contribuir á todas las obras de caridad, en especial á la redencion de cautivos. Considerábanse en su retiro como guardias de la Iglesia, y tuvieron á honor el ocuparse en asearla y limpiarla. Consagró Paulino tambien su pluma á la gloria del santo Mártir, y ya por costumbre escribia un poema cada año sobre esta materia; sin embargo, no tenemos hoy mas que diez, á pesar de haber vivido treinta y cinco años en aquel sitio.

10. Igual edificacion causó al Oriente y Occidente el retiro de Arsenio, que del seno de los placeres y de las grandezas corrió á enterrarse en los desiertos de la Tebaida. Habia visto la luz en Roma por primera vez, de donde el santo Pontífice le envió al gran Teodosio, que ansiaba tener consigo un hombre capaz de ayudarle á cumplir los deberes de padre respecto de los Príncipes sus hijos. Arsenio, Diácono sabio y ya muy virtuoso, logró hacerse tan amado, que á los títulos de preceptor y ayo que los Romanos temian separar, añadió el de padrino de sus augustos discípulos. Colocóle tambien Teodosio en el orden de los Senadores para que los Príncipes le tuviesen en mas aprecio; y aun observando un dia en que presenciaba su leccion, que Arsenio les hablaba de pie estando ellos sentados, lo llevó tan á mal, que les quitó las insignias de su dignidad, é hizo colocar á su preceptor como su juez en una especie de tribunal.

11. Arcadio, el primero de los dos Príncipes, en nada progresó con tan buen maestro. Era débil de complexion, de aspecto poco agraciado, de ojos amortiguados y de un mirar desagradable. Tan desgraciado era en el ingenio como en el cuerpo; y si su natural cobarde y perezoso tenia poca propension al vicio, tampoco tenia disposiciones para la virtud, ni cualidad alguna conveniente al trono. Un dia que recibió una correccion propia para humillarse, se abandonó á un despecho tan violento que resolvió la muerte de su preceptor, á pesar de ser bastante bueno y muy dulce, ó muy indiferente por hábito; lo que no tardó en llegar á oídos de Arsenio. Mirando con tedio los honores solo suspiraba por el momento de huirlos, y creyó ser este el mas favorable. Puesto en oracion para asegurarse aun mas de la voluntad de Dios, creyó oír una voz que decia: *Arsenio, huye del fausto y del tumulto del mundo, y encontrarás el camino de la salud.* Hizose á la vela al punto con el mayor secreto para Alejandría, pasó mas allá del desierto de Esceta y abrazó la vida monástica (1).

12. Hasta despues de la muerte de Teodosio no se supo el lugar de su retiro. Entonces Arcadio le escribió una carta muy espresiva, pidiéndole perdon del mal designio que habia concebido contra él; y al mismo tiempo se encomendó vivamente á sus oraciones, como á las de un amigo de Dios, y le ofreció que dispusiese de todos los tributos de Egipto para distribuirlos á los monasterios y á los pobres.

(1) *Cotel. Mon. Gr. tom. 1. pág. 353.*

Arsenio, que rehusaba conservar relacion alguna con el siglo, no contestó al Emperador, sino que le mandó decir: „ruego al Señor que nos perdone nuestros pecados á uno y á otro. Por lo respectivo á la distribucion de vuestras limosnas abundantes, y todos los negocios temporales ya estoy muerto para ellos, y no puedo cumplir con vuestro encargo.” Sostuvo este desinterés en todas las cosas hasta la edad de noventa y cinco años en que murió; es decir, por cincuenta y cinco años, pues no tenia sino cuarenta cuando abandonó la corte. Mientras permaneció en ella nadie tenia tanto valimiento como él, y en el monasterio ninguno vistió con mas pobreza: reduciéndose á tal estremo de indigencia, que necesitado de algun lienzo en una enfermedad, le dieron de limosna dinero para comprarlo. „Bendito seais Dios hecho pobre por nosotros, dijo entonces con agradecimiento, por haberme admitido á la participacion de vuestra gloriosa pobreza.” Habiendo recibido poco despues el testamento de uno de sus parientes que era Senador, y le hacia heredero de una rica posesion, no quiso recibir la menor cosa. Ocupábase como el último de sus hermanos en trabajar esteras de palma, y no dejaba la labor de manos que duraba hasta medio dia, sino para ocupar el resto del tiempo en la oracion, si es que su vida no era una oracion continuada y fervorosa. Hasta trabajando se veía obligado á tener un pañuelo en su seno para recibir las lágrimas de compuncion que corrian de sus ojos tan continuamente, que le hicieron caer los pelitos de los párpacos.

dos. Sola una vez al año mudaba el agua en que humedecía las hojas de palma con que trabajaba, para castigarse con este mal olor de la sensualidad que habia tenido, como él decia, en perfumarse con esencias. Oraba durante la noche con tanto ardor y continuacion, que apenas concedia algunos momentos a sueño hácia la madrugada, suspirando mucho por esta ley de la naturaleza. Pasaba muchas veces las noches enteras sin dormir un instante: todos los sábados á lo menos por la tarde, se ponía en oracion con la espalda vuelta al sol, y permanecía en la misma postura con las manos levantadas al cielo hasta que el sol con sus rayos venia á interrumpir su contemplacion dándole en el rostro. Creía que bastaba á un solitario dormir una hora; y en cuanto á su alimento no gastaba en todo un año, hasta con las personas que le visitaban, sino la pequeña medida de trigo que los Egipcios llamaban *thallis*.

Atento siempre á la voz que le habia llamado á la soledad, y que le parecia resonar de continuo en sus oidos, sobresalió principalmente por su amor al retiro. Su celdilla (de donde no salia sino á la fuerza) distaba mas de diez leguas de todas las otras. Cuando estaba en la Iglesia, se mantenía sentado detras de un pilar, para que nadie le viese, ni él á los demás. Fue en una ocasion el Patriarca de Alejandria con uno de los principales magistrados á suplicarle que le admitiese en sus piadosas conversaciones. „Y observareis, dijo Arsenio, lo que yo os diga? Le prometieron que sí, y les dijo: pues olvidad para siem-

pre la habitacion del pecador Arsenio.” Quiso no obstante hablarle otra vez al Patriarca; pero le envió á preguntar antes si abriria su puerta. „Os abriré, le envió á decir, si venís; pero si os abro, abriré á todos, y despues de esto abandonaré esta mansion.” Quiso mas el Prelado no verle que obligarle á huir. Habiéndole preguntado algunos solitarios venerables por su edad, la causa de su retiro tan riguroso, les respondió: „mientras que una doncella permanece encerrada en la casa paterna todos hablan de ella con estimacion, y la buscan con cuidado; pero desde que vive en el mundo, cada uno la juzga á su modo, y es cosa rara el que no pierda mucho de su opinion. Así el solitario que se comunica, lejos de edificar á las personas del mundo, se pierde muchas veces con ellas.”

Poseía un gran fondo de ciencia, mucho talento para hablar, un exterior magestuoso por lo grande de su talla, por sus canas y su barba, que le bajaba hasta la cintura, y á estas prendas unia toda la moderacion y modestia de los solitarios mas jóvenes. Rehusaba siempre tratar de las cuestiones profundas de la Escritura. „¿De qué me sirve, decia, toda mi ciencia mundana? Estos buenos Egipcios adquirieron las mas sublimes virtudes en sus rústicos ejercicios.” Habiendo consultado á un viejo virtuoso, pero simple, le dijo uno de los hermanos: „padre Arsenio, ¿cómo recurrís á semejante director cuando poseeis todas las ciencias de los Griegos y de los Romanos? No cabe duda, contestó, estudié mucho las ciencias

de Roma y Atenas; pero todavía ignoro el alfabeto de este buen viejo."

En una grave enfermedad que padeció, fue á visitarle el Sacerdote, encargado de administrar los socorros espirituales; y segun la piadosa costumbre le hizo llevar á la Iglesia en donde se le habia preparado una cama de lana y una almohada. Pareció escandalizarse de lo que veía uno de los hermanos que le vió en este estado, como de un regalo y delicadeza excesiva, y exclamó con temeridad: „¿es este el Abad Arsenio, cuya virtud se admira tanto? (Dábase con frecuencia el nombre de Abad á los solitarios venerables por su edad y pureza de costumbres). Llamó el Sacerdote aparte á este solitario y le dijo: ¿qué profesion egerciais antes de ser solitario? Era pastor, respondió ingenuamente. ¿Y cómo pasabais la vida? Con mucho trabajo. Y al presente, prosiguió el Sacerdote, ¿cómo os halláis en vuestra celdilla? Con menos trabajo y mucho reposo. El Sacerdote entonces añadió con una voz firme y mas robusta: juzgad al presente del Abad Arsenio: en el siglo era respetado de los Emperadores, como su padre; tenia para servirle una multitud de personas vestidas de seda, adornadas de bandas y telas de oro: dormia en cama de pluma y cubierto de púrpura. Vuestro estado presente sobrepuja en comodidades al pasado, y el regalo, que le reprendéis, es inferior á las delicias que probaba en la corte: tú pasaste del trabajo al reposo, y él de las delicias á las esperanzas. El murmurador confuso y conmovido se arro-

dilló diciendo: perdoname, padre mio, yo pequé, creyendo con insensatez que podia juzgar al que camina por las sendas de la humildad y de la justicia."

Conservaba Arsenio aun, sin advertirlo el mismo, algunos modales, que á los ojos delicados de tantos ascetas consumados en la perfeccion, parecieron resentirse de la vanidad del siglo. Acostumbraba cruzar los pies, y poner uno de ellos sobre la rodilla cuando estaba sentado. El respeto que infundia, impidió que nadie osase darle consejos. Así el santo Abad Pastor se sirvió del arbitrio siguiente: convino con otro de los antiguos Padres, que se pusiese en la misma postura cuando se reuniese la comunidad, para que de este modo él le reprendiese. Egecutóse esta escena inocente como se habia convenido; y Arsenio que no dejó de penetrar el designio de los actores, se aprovechó de él con una humildad egemplar.

13. De este modo trabajaban para corregirse con el mayor cuidado los menores defectos en aquellas escuelas de perfeccion tan numerosas y tan justamente elogiadas, principalmente en Egipto. Este era el régimen y el modo de vivir entre este pueblo de santos, cuyas costumbres piutadas con exactitud no pueden menos de agradar y edificar. Serviales de alimento ordinario el pan y el agua: despues de largas esperiencias le habian preferido al de las legumbres y frutas que comian antes sin pan (1). El suyo era vizcocho, y cada dia consumian solo una libra ro-

(1) Hieronym. in reg. S. Pach. Casian. pasim.

mana, es decir, doce onzas en dos pequeños panes iguales, uno de los cuales comían á nona ó á las tres, y el otro por la noche. Los días que no eran de ayuno, como los domingos y en tiempo pascual, hacían la primera comida á medio día sin exceder jamás la medida de pan prescrita para cada día. En algunas solemnidades y al recibir huéspedes añadían al pan lo que llamaban regalos; pero he aquí en lo que consistían, según refiere el Abad Casiano, que había recorrido todas estas escuelas evangélicas antes de establecerlas á su imitación en las Galias. Dice, pues, que estando en la laura de las celdas entre Nitria y Esceta, el Abad Sereno alabado por su pureza angelical le convidó un domingo con los hermanos, y le dió una salsa con un poco de sal y aceite frito, tres aceitunas á cada uno, cinco garbanzos, dos ciruelas y un higo. Observa no obstante, que no se prescribían las mismas austeridades á todos, sino que se atendía con prudencia á la edad, al sexo y á la fuerza de cada uno; y aun se condenaba la absoluta privación de todo alimento durante dos ó tres días.

No aprobaban tampoco el uso del cilicio, porque era extraordinario, y huían con cuidado de todo lo que parecía singularidad y afectación. Consistía su vestido ordinario en una túnica de lino con una pequeña capilla que bajaba hasta los hombros, y no lo dejaban ni de día ni de noche. No pasaba la túnica de las rodillas sino un poco, y las mangas no excedían de los codos para dejar mas facilidad para el trabajo. Era ancha, y usaban para ajustársela del

ceñidor ó de un cordón de lana, que desde el cuello pasaba por debajo del manto ó capa, ataba las dos extremidades y dejaba entera libertad á los brazos. Llevaban, á escepcion de las horas de trabajo, sobre la túnica un manto también de lino que cubría el cuello y las espaldas, y sobre el manto la piel de carnero llamada melota. No obstante de andar casi siempre descalzos, se ponían algunas veces una especie de botines para libertarse de las arenas abrasadas en los días del estío y de los frios excesivos de las mañanas del invierno, y caminaban con un báculo en la mano.

Dejábase ver la misma simplicidad en su oficio ó en la oración común que hacían dos veces, la primera por la tarde y la segunda por la noche, rezando doce salmos en cada una: observancia, que respetaban como recibida de un ángel que, según la tradición de sus antepasados, vino á cantar este número de salmos en medio de ellos, con una oración después de cada uno de los once primeros, y alleluia al fin del doce. A estos añadieron dos lecciones para los que deseaban aprender la Escritura, una del antiguo y otra del nuevo testamento, á escepcion del sábado, domingo y tiempo pascual, en que las dos eran del nuevo testamento; la primera de las epístolas ó hechos de los Apóstoles, y la segunda del Evangelio. Concluido cada salmo se ponían á meditar algunos momentos de pie, y con las manos estendidas para no dejarse dominar por el sueño, se postaban y se levantaban inmediatamente según los mo-

tienen referencia indirecta con las pasiones, y acerca de la naturaleza y atributos de Dios, ¿quién podrá contar los extravíos de la ciencia del paganismo? Sus sueños y sus fábulas siempre darán vergüenza. Sus dioses eran groseros y viciosos, reinaba la disension entre ellos, se trataban con injurias y desprecios, y en el cielo se veían convites y amores mezclados de locura. Pero no insultemos á la razon humana trayendo á la memoria sus quimeras ya olvidadas. Se desengañó por fin la filosofía de tales extravagancias: aunque mejor diria, que salió de un precipicio para arrojarle en otro. ¿Qué mezcla tan horrorosa ha desfigurado las verdades mismas que conserva, y de que es deudora al Evangelio al tiempo mismo que blasfema de su doctrina? Veamos algunas. Dios es un Ser independiente, y por tanto necesario y perfecto. Pero, dicen, que para este Dios son iguales la virtud y el vicio: que no premia ni castiga: y que la multitud de los objetos sobrecargaria su entendimiento y degradaria su magestad. Si á esta divinidad sustituyen el *acaso* los filósofos de nuestros dias, el concertado orden del mundo, el curso invariable de los astros, la ordenada sucesion de las estaciones, la multiplicacion ó reproduccion casi infinita, pero tan portentosa de los animales y plantas cada uno en su especie: la multitud de fenómenos que tanto tiempo há nos tiene como admirados, produciendo incesantemente motivos nuevos de admiracion; todo esto segun su ruinoso sistema, será obra del *acaso*, y siendo así que el *acaso* es nada, tendrá mas industria y habilidad que todas las inteligencias conocidas.

Comparemos ahora con estos desatinos y locuras las ideas que nos da la Religion Cristiana de la grandeza de Dios, y del poder que en sus obras resplandece, ó de su impenetrable sabi-

duría, de su inmensidad, independencia y de todas sus perfecciones infinitas. Apesar del yugo con que la fe cautiva nuestro entendimiento, todos los conocimientos de la filosofía son tinieblas y fuegos fátuos, comparándolos con las luces del cristianismo. Un muchacho con las primeras luces de la razon entre nosotros, y un pescador de Galilea, un curtidor de Tarso y una mercadera de Libia en los principios de la Iglesia, tienen mas conocimiento de la naturaleza de Dios que el Areópago, y hablan con mas dignidad de los atributos divinos, de las propiedades de nuestra alma y de las virtudes sólidas que el Pórtico y el Licéo, y que Sócrates y Platon. Las pocas espresiones sublimes y luminosas que tanta nombradía han dado á aquellos filósofos, son unas riquezas prestadas, y que se encuentran en nuestros santos libros, como lo verá claramente quien los leyere.

Si algunas veces nuestra Religion deja de levantar el velo magestuoso, y supera á la razon la fe en sus misterios, nunca la contradice. La razon impetuosa en sus indagaciones, se sorprende al principio de no ver manifiesta la verdad; pero si reflexiona sobre sí misma, verá claramente que si alcanzara los misterios, seria de una capacidad sin límites y dejaria de ser lo que es: ó que si comprendiera á Dios, dejaria Dios de ser quien es, pues no seria infinito. Si no podemos conocernos perfectamente á nosotros mismos, ¿cómo conoceremos la inmensidad del autor de todas las cosas? ¿Acáso sabemos lo que es el principio de la vida que nos anima, y por qué lo que ya no es, y lo que no es aun, se nos presenta como lo que es? ¿Qué lazo es el que une nuestra alma con el cuerpo? y si no está pegada á él ¿cómo le mueve á su gusto? ¿Cómo si estuviera en una sola parte del cuerpo, podria moverlas todas? ¿y estando esparcida por todo

el cuerpo, cómo carece de estension que es una propiedad incompatible con su naturaleza misma?

Hay aun otras cuestiones menos sutiles y todavía mas capaces de confundirnos. A Job se las propone la eterna Sabiduría. «¿En dónde estabas, le dice, cuando yo disponia el diseño del edificio del mundo? ¿Quién aplicó á esa grande masa la regla y el compás? ¿Sobre qué basa se fundó, y quién fue el que puso el primer cimiento? ¿Quién señaló al mar tan justos límites? ¿Qué cadenas ó qué invisible freno contiene con tanto imperio el furor de sus altas y espumosas olas? ¿Dó está la luz por la noche, y dónde las tinieblas durante el día? ¿Dónde están guardadas la nieve y la escarcha? ¿Por qué canales sale á propósito la medida de calor y de humedad proporcionada para hacer que broten las semillas en la tierra, que es el elemento menos activo? ¿Cómo el barro que ni tiene color ni sabor produce flores tan varias y frutos de toda manera? ¿De dónde las plantas tan ricamente variadas, que cada año pierden sus frutas y verdor, y casi su vida, vuelven á sacar las mismas frutas y colores para el año siguiente?» Venga la orgullosa filosofía antigua y moderna á resolver estas preguntas. Que nos diga alguna cosa que nos satisfaga mas que lo que enseñó á los sabios mas instruidos de la Grecia San Pablo, simple artesano, cuando redujo la causa de tan pasmosas operaciones á sola la voluntad de aquel Ser Supremo, por quien nosotros y todas las criaturas vivimos, obramos y somos.

Mas si la filosofía no puede responder á estas cuestiones naturales, y lo mismo que tiene á la vista y en su mano encierra tantos enigmas, ¿será razon que se admire de no poder sondear las sagradas tinieblas con que se oculta, por que quiere, el Dios

de la gloria? Ninguna cosa nos comunica tan alta idea de su grandeza, como los misterios que no puede penetrar nuestro limitado entendimiento. No respetaría yo tanto la santa Religion, si sus objetos cayeran enteramente en la jurisdiccion de mis sentidos, ó si los misterios no escudieran la corta medida de mi actual inteligencia. Pero cuando Dios me revela por sí mismo una manera de Ser superior á todas mis perfecciones, ó á una sin igual naturaleza en tres Personas perfectamente iguales: cuando me pasma con los prodigios de bondad y sabiduría que no tienen egemplo, un Dios que se hace hombre, para reconciliar á los hombres con Dios; un Dios que se anonada y abre una nueva via á la gloria por entre los oprobios y el abatimiento; entonces no puedo menos de clamar: unas maravillas que para pintarlas no hay colores bastantes, ni palabras para espresarlas, no pueden ser invenciones del hombre.

Estas sublimes verdades están entrelazadas entre sí con toda perfeccion, pero observando la esplicacion del Apóstol en sus epístolas sobre los misterios del Hombre Dios, principalmente cuando escribe á los Romanos, á los Gálatas y á los Hebreos, ¿qué orden y qué trabazon tan admirable encuentran allí las almas rectas! Sentados los principios, todo se sigue, todo se explica por sí mismo, en todo se nota una exacta consecuencia y una precisa conexion tan manifestamente divina, como la inmensidad del objeto cuya infinidad es incomprendible. Examínese el punto que se quiera de nuestra fe: por egemplo, si pecó el primer hombre. Dios que es libre en sus obras, aunque mostró su justicia contra los ángeles rebeldes, puede mirar al hombre con misericordia; pero si quiere, usando de su clemencia, reparar completamente y del modo mas oportuno la injuria que el hom-

bre hizo á la Magestad divina, es preciso que en la Persona del Libertador se asocien la naturaleza del hombre y la naturaleza del Dios ofendido: solo así podrá satisfacer completamente el agravio que hizo el hombre á Dios; porque si Jesucristo fuera solo Dios, no hubiera podido morir ni padecer, ni hacer obras espiatorias de la culpa; y si fuera puro hombre, por mas santo que fuese, ni los tormentos que padeció, ni sus trabajos serian de mérito infinito, y por consiguiente no guardarian proporcion con la infinita grandeza ofendida y ultrajada por el hombre. Luego era indispensable que hubiese entre las dos naturalezas de Jesucristo una union tan estrecha, que por ella las obras del hombre fuesen en verdad obras de Dios, y que la divinidad unida á la humanidad personalmente y sin confusion diese á la grande obra de la redención su valor infinito. Supuesto, pues, el fondo del misterio, ¿qué enlace no encuentra la razon en su esplicacion y en sus consecuencias!

Ninguno de nuestros dogmas, aun el mas impenetrable, es opuesto á la razon: solamente es opuesto á nuestros sentidos y preocupaciones. ¿Mas cuántas verdades indisputables las contradicen siendo enteramente naturales? Son tan engañosos nuestros sentidos, que una de las primeras máximas de la sabiduría es que desconfiemos de cuanto nos dicen. ¿Por qué pues les hemos de dar una absoluta confianza, cuando se trata del misterio mas impenetrable cual es la unidad de la esencia, por ejemplo, y la Trinidad de subsistencias ó personas en el Ser divino? ¿Y de dónde vienen las dificultades de creer este profundo misterio? De que vemos que en los hombres una sola naturaleza forma una sola persona, y muchas personas tienen muchas naturalezas distintas. Así pues la dificultad proviene del hábito y preocupa-

cion, no del juicio ni de las luces de la razon. Para que hubiese contradiccion seria preciso afirmar y negar una misma cosa, como seria afirmar que hay una sola naturaleza divina y que hay muchas; que hay un solo Dios y que hay tres Dioses. En esto sí que habria contradiccion; pero la misma fe nos incita á despreciar este abominable absurdo, y nos enseña, que en Dios hay una sola naturaleza, y hay no obstante tres Personas. ¿Quién nos induce á confundir los términos de persona y de naturaleza? La imaginacion tan solo, mas no la inteligencia. ¿Acaso el hombre menos circunspecto no debe estar siempre alerta para guardarse de la imaginacion y aun de lo que le digan los sentidos? ¿Yo doy asenso á mis ojos y á mis sensaciones cuando me dicen que el sol tiene un pie de diámetro, ó que los colores son una cosa añadida á los cuerpos y á la disposicion de las partes de la superficie de estos? ¿No me dice por otra parte la razon, que hay analogía entre las propiedades de las cosas y su naturaleza? Luego en el Ser perfecto y necesario deben ser necesarias y perfectas; y en aquel Ser en quien la inmensidad es tan esencial como sus demás atributos, deben ser infinitas y sin comprension. Luego seria una loca pretension querer comprender las propiedades del Ser divino, y un absurdo el querer hacer la esplicacion de ellas.

Algunos se niegan á creer el misterio de la Trinidad porque no le comprenden, y repugnan sin razon creerle, porque no entienden en toda su estension los términos con que se anuncia, que son los de naturaleza y persona, por mas que en este misterio no haya ciertamente contradiccion alguna. Sabemos y sostenemos contra la impiedad de Sabelio, como lo notamos en la historia de su condenacion, que las denominaciones de las Per-

sonas divinas no son vanos sonidos ó términos sin sentido que signifiquen las propiedades convenientes á una misma persona, de la manera que á una misma naturaleza. Aunque no sabemos todo lo que significan estos términos, sabemos lo suficiente para no hacer de ellos un uso impío y abusivo. Dirán que seria menester saberlo todo; y si así es, seria necesario saber á fondo lo que es naturaleza, y lo que es persona, para decidir por la razon si puede ó no puede ser que haya muchas naturalezas en una sola persona, ó muchas personas en una sola naturaleza. Mas mientras que no podemos hacer un exacto análisis de estas profundas ideas, y penetrar la conexión que tienen entre sí, nuestros juicios naturales como que se fundan en conjeturas simples, serán unas presunciones arriesgadas y muy espuestas al error. ¿Y se dirá por esto que hay contradicción, ó que es muy pesado el yugo de la fe? Si fuera así, tambien tendríamos en poco los testimonios de mayor peso en cuanto no pudiéramos profundizar, y entonces el que tuviera menos ciencia y penetración adquiriria mas derecho para no creer á las personas mejor instruidas y de mas ilustración. ¿Podrá haber una consecuencia mas fuera de razon? y por consiguiente ¿se ha visto nunca principio mas defectuoso que aquel de donde tan naturalmente dimana?

No se incurre en tan crasos errores en las cosas humanas. ¿Cuántos hechos extraordinarios se creen fácilmente, aunque parece que están en contradicción con todo cuanto se ha visto, y que chocan con todas las preocupaciones? Tantas hazañas de los héroes de la Grecia y de Roma son con respecto al orden comun de los sucesos verdaderos prodigios, y no obstante no se dudan por estar apoyados con testimonios irrefragables. Por el

mismo principio no se mueven disputas sobre la posibilidad de las cosas de hecho, cuando son suficientemente atestiguadas. Por lo que respecta á la naturaleza ¿cuántas imposibilidades se suponian en la física que han desaparecido con las esperiencias mas modernas? Estos objetos corresponden á nuestras facultades naturales, y son mas proporcionados á ellas sin comparacion que los objetos sublimes de la revelacion; y no obstante hay quien admite aquellos, que no quiere admitir estos. Sea la que fuere la causa de una conducta tan desigual, nos debe ser mas sospechosa; porque si hay ventaja en la razon de creer, está de parte de nuestros misterios. Mientras que en esta materia no nos prueben una patente contradicción, nada absolutamente prueban; y por lo menos, supuesto lo que acabamos de decir, debe haberse presentido que no tienen las nociones suficientes para demostrar tal contradicción, aun dado por un imposible que existiese.

Proponer dificultades y dar lugar á dudas y sospechas, es en vano; pero esto es lo mas que han podido hacer los incrédulos. Los unos han convenido con franqueza y en términos espresos: los otros han hecho y cada dia están haciendo la misma confesion de un modo equivalente, considerando los milagros de Jesucristo como una prueba sin réplica de la divinidad del cristianismo, supuesto que sean verdaderos. El mismo Espinosa, como él dice, se hubiera convertido con la resurreccion de Lázaro, si hubiera sido testigo de ella; es decir, si le hubiera convencido la vista de este milagro, contrario segun él á la razon, aunque no era realmente contrario; y por consiguiente las contradicciones que oponen como existentes en nuestros misterios son de pura presuncion ó aparentes. ¿Será por ventura la

resurreccion de Lázaro contradiccion porque no la vió Espinosa?
 ; Mas qué necesidad tenemos de semejantes testimonios? Tantos Padres de la Iglesia y santos Doctores, ingenios vastos, sublimes y dotados de penetracion y discernimiento, no menos que de fuego y de elocuencia, como lo confesará todo lector imparcial por lo que haya visto en las obras de un San Cipriano, un Basilio, un Gregorio Nacianceno, un Ambrosio, un Crisóstomo, un Gerónimo, un Agustin; y ascendiendo mas arriba un Justino, un Aristides, un Arnobio, un Clemente Alexandrino, un Orígenes y un Lactancio: todos estos varones de un inmenso estudio y profundidad, de entendimientos tan sólidos y exactos, estos verdaderos filósofos ; no hubieran echado de ver las contradicciones, si existieran, en nuestros dogmas? Ya se ha visto que muchos de ellos experimentaban grande trabajo en sujetarse al yugo de la fe, como que habian nacido en el paganismo y en la incredulidad, y las preocupaciones de la educacion no podian allanarles el camino. »Nosotros, decia Tertuliano á los Gentiles del tercer siglo, tambien hemos sido de vuestra religion, no nacimos Cristianos, nos fue preciso llegar á serlo.» Mas aquellos corazones rectos y virtuosos, aquellos espíritus verdaderamente fuertes y capaces de conocer y amar la verdad, entendian bien que las presunciones y las apariencias en nada la despojan de su realidad. No era su intento penetrar unos objetos que son impenetrables; les era suficiente el que su existencia estuviese sólidamente probada, y la misma obscuridad de nuestros misterios les convencia que no eran invencion de hombres, quiero decir, de los primeros predicadores del Evangelio. No podia señorearse en aquellos entendimientos exactos y consiguientes la suposicion quimérica de que unos impos-

tores de suficiente habilidad para haber manejado la revolucion mas pasmosa en las costumbres y opiniones, pusiesen por basa de una Religion que querian hacer universal la ciega docilidad á sus misterios, siendo este el sacrificio mas costoso. Reconocian, que así como es inaccesible á la razon en cuanto al objeto, así tambien es conforme á la razon en cuanto á los motivos de creer, y por cuanto su elevacion es superior á nuestra débil inteligencia. Así es sin duda; no hay cosa mas razonable que el que nosotros no podamos concebir las infinitas perfecciones del Soberano Autor de lo criado, ni su modo de ser infinitamente perfecto é infinitamente superior á nuestro modo de ser. Muy conforme es á la razon que suspendamos nuestros juicios, mejor diré, que triunfemos de nuestra ciega repugnancia en aquellas cosas que solamente nos parecen dificiles, porque nos faltan las nociones á causa de que la esfera de nuestro entendimiento tiene límites. Bien pudiera la Verdad increada haber dilatado sus términos con una revelacion mas circunstanciada, que destruyese todas nuestras dificultades; pero es muy puesto en razon que Dios nos haya ofrecido algunos misterios para abatir nuestro soberbio entendimiento, así como nos ha dado algunas leyes para enfrenar nuestras inclinaciones desordenadas. Necesario era domar todas las facultades de nuestra alma, supuesto que todas ellas habian sacudido el yugo sagrado de la obediencia. En la ley de la naturaleza, con la que el Eterno Legislador se contentaba antes del Evangelio, casi todos los hombres ignoraban los sublimes misterios que son el objeto de nuestra fe; ; pero en qué estravíos tan deplorables no cayó entonces el hombre? Ya hemos visto con dolor el delirio casi universal del mundo idólatra, y el furor de las naciones mas ilustradas que fueron

las que se ostentaron mas sedientas de la sangre de los Mártires, y así por mas oscuros que parezcan nuestros dogmas son verdaderamente fuentes de luz y poderosos preservativos contra las tinieblas del error, fijando la pasagera y peligrosa curiosidad del entendimiento humano.

Están reunidos en el símbolo los puntos capitales de nuestra fe para contener nuestra natural inconstancia. El ejemplo de los Apóstoles nos advierte juntamente con los escritos de los Padres y con los primeros Concilios, que con mucho riesgo intentaríamos ir mas allá de lo que estos nos enseñan: que sola la innovacion de los términos arbitrariamente inventada en esta materia es una verdadera profanacion; y que no se distingue el Doctor del simple fiel respecto de objetos tan sublimes, antes bien el mas sabio y mas digno de ser oido, es aquel que se sujeta mas religiosamente á la letra. Y así se ha visto en cuatro siglos y se verá en todos los siguientes, que el santo depósito de la Escritura y de la tradicion ha ido pasando, segun lo recibió la Iglesia sin añadir, suprimir ni alterar cosa alguna, permaneciendo la doctrina de la salud invariable y la misma en el curso borrascoso de los tiempos.

Hablemos ahora del sacrificio importante de las escasas luces naturales, y observemos si los que le tienen por contrario á la razon son los que mejor usan de ella. Para combatir solamente la maravilla del establecimiento de la Iglesia, que es el objeto de nuestra obra, ¡cuántas paradojas y absurdos estravagantes es preciso adoptar! Es preciso desde luego negar los hechos extraordinarios consignados en todas las historias; pues no hay otra que tenga la autoridad tan bien fundada como la de los hechos evangélicos. Se necesita creer ciegamente lo que nos quie-

ran alegar algunos espíritus estragados por el orgullo y otras pasiones humanas, que todos los Profetas supusieron que leían lo futuro con el objeto de autorizar alguna faccion sacrilega: que el mas Santo que nació de muger, un San Juan, á quien por la santidad reputaron por el Mesías, no llevó mas fin en no recibir este título incomparable que el hacer que tributasen honores divinos á un seductor: que los Apóstoles y el mismo San Pablo, que al principio perseguia con furor la Iglesia en su cuna, y todos los primeros discípulos de Jesucristo sacrificaron su fortuna ó sus esperanzas, su reposo y su vida á un impostor, justa víctima de la muerte y de la infamia, y esto cuando era incapáz de inspirar afecto ni temor, como que habia muerto en un suplicio. Es necesario confesar que los mismos enemigos del cristianismo contribuyeron á una empresa quimérica, y que la Providencia, que es la que dirige el curso de los sucesos, los dispuso de modo que facilitasen la sorpresa y fomentasen el error. Que el cielo con sus prodigios acreditó la mentira con el sello de la verdad; y que el hombre y la sociedad encontraron en las impiedades y en las imposturas su dicha, su tranquilidad y su seguridad: que los hombres mas falsos y mas perversos no respiraban otro deseo que el de la satisfaccion del género humano, y por conseguirla todo lo sacrificaron. Que siguió este plan una multitud innumerable, y se egecutó felizmente á pesar de los esfuerzos de todas las potestades de la tierra; y en una palabra, que se obró súbitamente una revolucion total de la que resultaron mejoradas las costumbres y la conducta de los hombres; y que siendo así que siempre el amor propio utiliza la impostura á costa de la justicia y de la caridad, aquí la mentira y la supercheria aprovecharon á

la virtud á costa de los deseos desordenados del amor propio. Esta es la menor parte de las contradicciones y absurdos que abrazará el que tome el partido de la incredulidad. Pregunto: ¿nos presentan tantas dificultades nuestros dogmas, aun los mas difíciles de creer?

Confesemos pues, que el símbolo de nuestra fe y las obligaciones que resultan de los preceptos evangélicos contra el desorden de las pasiones, eran una terrible prueba, respecto de los pueblos que recibieron primero la doctrina de la fe. Uno de los primeros ministros de este sublime Evangelio y de aquella Sabiduría recóndita para los sabios del siglo, nos enseña que Cristo crucificado era un escándalo para los Judíos y una locura y motivo de risa para los Gentiles. Para convertir un mundo carnal, no se trataba menos que de elevarse á una esfera desconocida del espíritu humano, adorando á un Dios pobre que padeció por nosotros, prefiriéndole á cuanto lisonjeaba los sentidos y encantaba los corazones. Se trataba de dar al humano corazon, de suyo tan estrecho, una nobleza y una caridad tan dilatada que abrazase á todos los hombres, que reconociese en ellos los hijos de Dios, y aun á los mayores enemigos los mirase como hermanos muy queridos. Pretendian apagar ó amortiguar todas las inclinaciones perversas de la naturaleza, y sujetarla con violencia á todo lo contrario á su imperiosa propension, y casi destruirla para rectificarla. Se trataba de morir para sí, de renunciarse á sí mismo, y de declarar guerra abierta sin cesar á los gustos depravados, y sin dejar de seguir una lucha intestina entre el Evangelio y nuestra depravacion toda la vida. Era el cristianismo una nueva Religion que al mismo tiempo se oponia á las opiniones generalmente recibidas, y á los afectos que se miraban

como naturales. El soberbio filósofo que la abrazaba, se veía precisado á refrenar su entendimiento con unos principios que destruían toda su penetracion; porque le era necesario abandonar las preocupaciones y máximas que le habian inspirado sus padres y sus maestros, ó bien los sabios y políticos mas respetados. El Judío, aunque depositario de la verdad de las Escrituras, no tenia que vencerse menos que el filósofo ó el idólatra vulgar; porque á pesar del celo de la gloria nacional, el primer paso que tenia que dar un Israelita para llegar al cristianismo era de confesar el oprobio y la reprobacion de una nacion tan altiva por haber sido el pueblo elegido de Dios. No era por último menos difícil el establecimiento de la Iglesia que las ruinas del capitolio y la entera destruccion de la sinagoga.

» ¡Qué maravilla, esclama San Juan Crisóstomo, es ver tropas de Judíos y otros diferentes pueblos adorar á un hombre condenado á muerte como un malhechor! ¡Qué maravilla ver la cruz que antes era una señal tan vergonzosa y ahora mas honrada y venerada que el cetro y la diadema! Horrorizan los ecúleos y las uñas de hierro destinadas para maltratar á los malhechores; y siendo la cruz mas horrible y mas infame que todos los instrumentos del suplicio, y reservada para el castigo de los esclavos y de los bárbaros, siendo tan execrada, que los magistrados se hacian culpables si condenaban á muerte de cruz un ciudadano Romano, hoy la vemos reverenciada por todo el universo. Todos hacen la señal de la cruz en la frente, y quisieran imprimirla en el corazon: brilla la cruz en los templos sobre los altares, en las mas augustas ceremonias, y en las habitaciones como en los asilos de la Religion. Se ve levantada en triunfo en la cúspide de los palacios, en las puertas de las ciudades, en

los monumentos públicos, y se coloca en los trofeos." Tal era el culto de la cruz desde los primeros siglos.

No trataba la Religión Cristiana de un culto favorable á las pasiones como el paganismo, ni de un culto indiferente para las costumbres y la conducta del hombre; porque Jesucristo ordenó preferir su cruz á las honras y placeres, y que la negacion de sí mismo sucediese á la codicia y desenfreno. Hizo mansos y humildes de corazon á unos hombres apenas susceptibles de humanidad: inspiró el amor de los enemigos á los mónstruos de crueldad y de perfidia. Enseñó tambien la clemencia á los tiranos del universo, y á aquel pueblo que sobresalia sobre todas las naciones, derramando pródigamente su sangre y apoderándose de sus bienes; en una palabra, sacó al género humano del ancho camino, y le hizo marchar con perseverancia por los caminos estrechos y sembrados de espinas. No imponia su yugo Jesucristo á hombres de otra naturaleza que la nuestra, ó que fuesen de pasiones mas moderadas, ó mejores inclinaciones que la perversa multitud de los mortales; sino á los que entorpecidos con la lascivia y la depravacion en que habian nacido, parecian haber adquirido derecho de prescripcion para no abandonar los vicios.

No ha habido sin embargo cosa mas rápida que la mudanza que obró el Evangelio. Apenas predicaron los Apóstoles que el Hijo de María Santísima era el Hijo del Eterno, cuando muchos se sometieron á sus leyes en la misma ciudad en donde tan ciegame le habian desconocido, y le habian crucificado. Los que le desecharon como blasfemo, le adoraron como igual al Altísimo. No necesitó San Pedro, como se ha leído con admiracion, mas que de muy pocas palabras para convertir millares de Judíos; y no obró con menos eficacia la gracia del Espíritu San-

to en los territorios de la Judea por donde Santiago y San Juan hicieron resonar la palabra de salud. Este fuego sagrado no pudo contenerse en los límites de Israel, y en poco tiempo estalló en todos los climas; y como un arroyo que no cabe en la madre por donde corre, se esparció con tanta rapidéz y á tal distancia que se puede comparar con los rayos del sol. La revolucion es tal, que la lloran los falsos dioses, la lamentan sus sacerdotes; y quedando desiertos los templos de los ídolos en el mismo centro de la supersticion, pronuncian quejas los sacrificadores de que han cesado los sacrificios por falta de asistentes. De este modo, si bien se recuerda, escribia Plinio al Emperador Trajano desde su gobierno de Bitinia.

»Nosotros somos de ayer (decia Tertuliano en las memorias dirigidas á informar á los Senadores y á los Césares) nosotros somos de ayer; pero ya llenamos vuestras ciudades y campos, vuestros egércitos y consejos, hasta el palacio, el senado y la audiencia. Abandonamos únicamente vuestros templos. Nosotros sobresalimos en vuestro comercio, en vuestros tratados y en todas vuestras juntas, menos en las supersticiones del capitolio, en las libertades del circo, y en las crueldades del anfiteatro. Si nosotros nos desterráramos del imperio, este seria un desierto, y vosotros consternados con el silencio y la poca actividad de las ciudades, mirariais vuestra soledad con horror." Esta prodigiosa mutacion, dicen los Padres casi contemporáneos, no se reduce á un solo pueblo, y á un imperio. No solo los Romanos sino los Persas, los Indios, los Arabes, los Scitas, el abrasado mediodia y el helado septentrion destruyen ó purifican sus templos, destrozán sus ídolos y detestan sus impuros sacrificios y sus fiestas impías, haciendo que sucedan á estas otras

nuevas y mas dignas solemnidades. Desde poniente á la aurora, y de un cabo del mundo á otro, se adora con sinceridad, segun lo predijo el Profeta, al verdadero Dios, y por todas partes se le ofrece la víctima sin mancha.

Hemos visto ya á San Panteno desde el segundo siglo llevar la luz evangélica á las naciones desconocidas del Oriente y hasta las orillas del Indo. San Atanasio por el ministerio de San Frumencio la dilató por la vasta estension del imperio de los Abisinios. Hasta los Arrianos se esforzaron con espíritu de emulacion á enseñar el Evangelio á los Homeritas y en las estremidades de la Arabia feliz hácia el Océano; y de esta semilla infecta no dejó de sacar el Señor la verdadera fe, que se mostró tan perfectamente en la resistencia magnánima de estos neófitos contra el furor de una numerosa colonia de Judíos sus vecinos, y contra todos los designios de los enemigos del Hijo de Dios. No prueba la multitud de los Mártires de Persia con menos solidéz la feliz consistencia que allí habia tomado el cristianismo. Vemos desde el tiempo del Concilio de Nicéa un Obispo de Escitia, llamado Juan, que en aquella augusta asamblea sobresalió por la fortaleza y pureza de su fe. Los pueblos llamados nomados ó pastores, errantes con sus ganados y sin otras casas que sus carros, habian recogido el precioso tesoro del Evangelio entre los despojos de las provincias Romanas sus vecinas. Los sarracenos que igualmente andaban errantes por los confines de la Siria y de la Mesopotamia, aprendieron con el mismo ardor la doctrina de la salud de los santos anacoretas derramados por aquellos desiertos. Acontecia tal vez que una sencilla muger ó un muchacho de los que llevaron cautivos, convirtiesen numerosos pueblos y naciones enteras.

No era efecto de la inconsideracion ó de una caprichosa credulidad la profesion del cristianismo. No solo los aduares sin policia ni luces, no solo el vulgo inquieto y amante de la novedad seguia esta ley tan dura como maravillosa, pues en el segundo y aun en el primer siglo de la Iglesia, se pasaron á nuestros estandartes muchos de los mas bellos ingenios de Roma y Atenas, abandonando las águilas romanas y la engañosa pompa de la supersticion. No trato ahora de hombres comunes, de espíritus crédulos y débiles: hablo de un Dionisio Areopagita, de Apolonio el Senador, de Justino, filósofo profundo: nombro á un Arístides, á un Meliton, á un Atenágoras, y poco despues á un Clemente Alejandrino, prodigio de erudicion; á un Orígenes, prodigioso en todos géneros; á un Tertuliano, tan digno de la fama, mientras fue fiel á la Iglesia: á un San Cipriano, á un Arnobio, á un Lactancio y á sus innumerables discípulos. ¿En dónde se encuentra mas juicio, mas luces, mas fuerza en el razonamiento, mas conocimientos adquiridos ni mas penetracion y estension de espíritu que en estos primeros defensores del cristianismo? Reputémoslos por sus triunfos contra los mas terribles contrarios, como contra Celso, contra Porfirio y contra todos los sabios de la gentilidad. Creyeron no obstante estos ingenios poderosos con sencilléz, y no fundaron su creencia por preocupacion de nacimiento y educacion como ellos mismos aseguraban, sino despues de haber defendido la mayor parte absurdos hasta que la verdad los subyugó con su evidencia moral.

Recordemos los motivos á que no pudieron resistir. Si las verdades morales, si las reglas ó las imágenes de ciertas virtudes tenian algo que les agradase, la obscuridad de los nuevos dogmas, los frenos de las antiguas costumbres y de los vicios

inveterados todavía permanecían enteros, y los mas elocuentes panegiristas de las buenas costumbres vivían tal vez mas sujetos que sus admiradores á las pasiones ignominiosas. Luego fueron muy poderosas las causas que vencieron su resistencia, y les obligaron á tomar una resolucion tan generosa y difícil: estos motivos fueron superiores á las fuerzas del entendimiento humano, y llevaban consigo la marca de la eterna verdad y el sello visible del dedo de Dios.

Hízose observar á estos entendimientos exactos y penetrantes el cumplimiento de las profecías en toda su estension, y el tiempo y lugar de la venida del Mesías, con todas las circunstancias de su vida y de su muerte, señaladas tanto tiempo antes que naciese en unos monumentos auténticos sin disputa. Mostráronles aquella serie de obras maravillosas, que aunque no hubieran sido profetizadas, eran bastantes para probar la dignidad y divinidad del culto que se les proponía. Recordáronles á los paralíticos, á los sordos, mudos y ciegos de nacimiento que Jesus habia curado, y á los muertos que habia resucitado á vista de toda la Palestina: á esto se unió que se habia resucitado á sí mismo, que habia aparecido con toda la gloria de su vida nueva á mas de quinientos testigos juntos, y que habia ascendido al cielo con la misma publicidad y esplendor. Los que atestiguaron estas verdades eran testigos oculares, y á algunos de ellos los habia librado el Señor del sepulcro, ó los habia curado milagrosamente, y así se ofrecieron á confirmar su testimonio, y con efecto le confirmaron con prodigios semejantes á los de su Maestro, y comunicaron á sus nuevos discípulos el poder de repetirlos.

Ahora bien; ¿no era absolutamente imposible que se enga-

ñasen, no digo los grandes ni los sabios, pero ni el vulgo mas ignorante y limitado acerca de unos objetos de esta naturaleza, y de unos hechos tan públicos, tan admirables y muchas veces repetidos? ¿Cómo seria posible convencerse, si no fuera verdad, de que habian presenciado dar vista repentinamente á ciegos de nacimiento, conocidos de toda una ciudad; la salud y vigor á unos miembros ya secos con una parálisis de treinta y ocho años, y la vida á los cadáveres que ya exhalaban mal olor? Pero sobre todo, ¿quién, no siendo verdad, se puso en la cabeza que tenia poder para hacer maravillas semejantes, y que muchas veces las habia hecho? El convencimiento solo en que estuvieron los primeros testigos de estos milagros, es una prueba irrefragable, y sola la persuasion mas sincera era la única que los podia hacer abrazar una Religion de la que tanto los alejaban las disposiciones naturales. Si los primeros Cristianos y con ellos los Apóstoles, si todos los miembros de la Iglesia primitiva, si aquella santa porcion del género humano que no ansiaba mas que honrar á Dios y edificar á los hombres, si estos no creían sinceramente lo que afirmaban con riesgo de su vida, su conducta seria la mas contradictoria y el fenómeno mas monstruoso. Esto es un trastorno del orden moral infinitamente mas increíble que la docilidad de la naturaleza á la voz de su Criador.

Hemos observado ya en los principios de esta Historia, y se verá despues repetidas veces, que no osaron los Gentiles decir que eran falsos los milagros evangélicos, y así á los sabios del paganismo les pareció mejor que negar los hechos, atribuir á la magia la resurreccion de los muertos medio corrompidos, la liberacion de los energúmenos, y la curacion de las enfermeda-

des mas incurables. Propusieron al Senado los Emperadores, admirados de la perpetuidad de estos prodigios, que sabian por los Gobernadores de las provincias, y que algunas veces vieron con sus propios ojos, que el Dios de los Cristianos fuese admitido en el número de los dioses del Imperio. Ya hemos oido á San Justino, á San Meliton, á Tertuliano, y á todos nuestros apologistas exaltar hasta lo sumo estos hechos milagrosos y estos poderosos testimonios, citando las piezas auténticas en que se eternizaba su memoria, apelando á los archivos romanos en donde estaban depositados, y reconviniendo vivamente á los idólatras sobre su ingratitud para con el Dios de los Cristianos, tan indignamente desconocido. Aun cuando tan solo los fieles les diesen crédito, como lo dieron millones con tal firmeza que todo lo sacrificaban á la fe, si no hubieran visto los milagros que nos refieren; ¿quién no observa con San Agustin que su conversion seria un prodigio indestructible, y mucho mas lo seria el triunfo de una Religion despojada de todo auxilio humano contra todo el poder de la idolatría protegida por los Césares?

Recordemos quienes fueron en esta grande empresa los primeros actores. Eran doce pobres trabajadores, sin nobleza, sin bienes, sin letras, y sin ninguna de aquellas prendas naturales que arrebatan la estimacion de los hombres. ¿Qué elevacion ni que penetracion podia haber antes de la venida del Espíritu Santo en unas almas egercitadas desde la infancia, y enteramente ocupadas en las profesiones mecánicas y mas groseras? No entendian muchas veces mas que la corteza de las parábolas mas inteligibles que les proponia el Redentor para instruirlos. Tan llenos estaban de imperfecciones morales y naturales, que tra-

tando su divino Maestro de su mayor humillacion, osaron con una ambicion injusta y fuera de propósito disputar sobre quien seria entre ellos el primero. En una palabra, dos artesanos, Pedro y Pablo, el uno pescador y el otro curtidor de oficio, emprenden, siendo unos bárbaros á la vista del pueblo con quien habian de discutir, trastornar todas las ideas romanas, imponer leyes sobrenaturales al Imperio, y hacer que aquel terrible y soberbio coloso viniese rodando á los pies de Jesucristo.

Representémonos, segun la bella idea de San Crisóstomo, que siendo contemporáneos de estos dos Apóstoles y encontrándolos cerca de Roma, á vista de sus soberbias torres, de aquellos palacios que llegaban á los cielos, entre carros triunfales, entre legiones, Tribunos y Procónsules que salian de sus suntuosos pórticos para llevar á las naciones la ley y la servidumbre; imaginemos pues, que á vista de tantos objetos que deslumbraban y abatian toda otra filosofia que no fuese la de estos héroes del Evangelio, supongamos que nos comunican sus ideas y su proyecto de convertir á Roma; ¿no esclamaríamos: eso pensais hombres incomprensibles? ¿Con que quereis arruinar la religion y los dioses de Roma, y que el Senado y los Césares adopten vuestros dogmas desconocidos para el pueblo Romano? Sin comitiva, sin medios de sujetarlos ¿cuáles son los recursos ocultos en que confiais? ¿y en dónde están los regalos, las promesas ó la magia de vuestra elocuencia? Cuando capteis la atencion popular por lo particular de vuestro entusiasmo, ¿cómo quereis que os dejen llegar á que os sigan esos Monarcas divinizados, que pretenden tener con Júpiter á medias el poder supremo, y que este ha puesto en sus manos el gobierno del mundo? Un delirio nos parecería el proyecto de San Pedro y San

Pablo, si no lo hubiera justificado el buen éxito; pero unas manos tan flacas vencieron á Roma y á todo el universo, y entregando á Jesucristo el cetro de los Césares, derribaron á Júpiter del capitolio, y del campo de Marte hicieron el baluarte de la Cátedra Apostólica. No solo se tribután allí supremas veneraciones al Hijo de Dios, sino que á sus ministros y á sus amigos se les da la honra conveniente. Hemos ya visto y sucesivamente veremos acudir los Emperadores al sepulcro de los Santos Apóstoles, dar culto religioso á sus cenizas, y besar con profundo respeto sus cadenas. Se tendrán por dichosos con que se les entierren, no en donde están los cuerpos de San Pedro y San Pablo, sino solamente á la entrada de su Iglesia, y tendrán á grande honra, como dice San Juan Crisóstomo, el ser guardias y porteros del Pescador.

Lo mas sublime del prodigio es, que la conversion del mundo se consiguiese entre peligros y persecuciones. Tuvieron los primeros fieles que sostener guerras violentas contra las ciudades y provincias; poco he dicho, contra las naciones conjuradas, y aun en el seno de sus familias, porque la diversidad de religion separaba á la esposa del esposo, y á los padres de los hijos, renovándose cada dia los odios y las vejaciones mas atroces, hasta que se fueron convirtiendo.

Como á los secuaces del nuevo culto se los miraba como sacrilegos desertores y enemigos públicos, se tenia á mérito acelerar su perdicion. Todas las órdenes del estado, los estraños y los parientes se declararon contra ellos, y los que habian recibido la semilla de la fe, antes que esta echara profundas raices, se veían aprisionados, arrojados á los desiertos, escluidos de los empleos y los honores y notados de infamia. Les imponian todo

género de tormentos, todas las invenciones de una crueldad animada de la supersticion. El fuego lento, las parrillas encendidas, el aceite hirviendo, y tormentos tan horribles que no sabe uno de que admirarse mas, ó de que los inventasen los Griegos y los Romanos, ó de que los Cristianos los arrostrasen con tanta constancia.

Parecia que todos aquellos inhumanos enemigos llevaban una misma idea, y era la de sobrepujarse unos á otros en crueldad, y triunfar á fuerza de escesos de la paciencia inalterable de sus inocentes víctimas. Arrastraban de los cabellos brutalmente por las calles á unas personas de ilustre nacimiento y delicada complexion, y las revolcaban desnudas y desfiguradas entre zarzas y espinas, sin que ninguno de sus miembros quedase sin la mortificacion mas inhumana. ¡Ó cuántas veces al ver la pintura que aquí hemos trazado, nos ha venido al pensamiento que los que merecian semejantes horrores eran los que tenian la barbaridad de egecutarlos! A unos los aserraban por medio del cuerpo, á otros los desollaban vivos, y despues echaban sal en todos sus miembros, los untaban con miel, y los esponian á los ardores del sol á la lenta voracidad de las abejas y las moscas. Los rodeaban con betun, y de este modo servian á manera de teas para iluminar las calles: imágenes horribles que parecerian pinturas de una imaginacion desenfrenada, si no hubiéramos demostrado la realidad en las actas mas auténticas de los Mártires, y en algunos pasages de historias estritas por los mismos Paganos.

Estos generosos atletas entre tantos tormentos no decaían de su valor pacífico. Tan libres juzgaban estar en las cadenas, y tan superiores á los que los hacian juguete de sus crueldades, como

si no fueran sus cuerpos á los que atormentaban, ó asistieran al suplicio de una persona indiferente. Iban corriendo al cadalso y á las hogueras encendidas los viejos decrepitos y las tiernas vírgenes. Hasta los niños balbucientes empleaban las primeras palabras, cuando apenas las podían articular, para confesar á Jesucristo y pedir el bautismo. Veíanse precisados los tiranos, no pudiendo vencer su intrepidez, á revocar sus bárbaros rescriptos por no despoblar el Imperio. Convirtiéronse muchas veces los mismos ministros de la tiranía. La espada se les cayó de la mano á los verdugos, que presentaban su propia cabeza para ser ellos también Mártires.

¿De dónde vino tan general y tan heroico desprecio de la vida? ¿De dónde aquel unánime deseo de morir por un hombre que había muerto en una cruz, sino del pleno convencimiento de la verdad de los milagros y divinas obras que hacía como Hijo de Dios? Es cierto que han existido algunos hombres muy singulares que han desafiado por un capricho á la muerte, pero su corto número, con mil defectos en el juicio y en la conducta, acredita que eran raras producciones del fanatismo ó de un heroísmo loco. Mas aquí doce millones, según calculadores muy eruditos, ó una multitud prodigiosa por lo menos de personas de ambos sexos, de todas edades y condiciones, los más ilustrados en las cosas divinas y en las obligaciones del hombre, los más prudentes y virtuosos en su conducta, fueron los que por tres siglos consecutivos y aun en los siguientes dieron á los estados en cada provincia este santo y admirable espectáculo.

El incrédulo que conoce la fuerza de este testimonio, trabaja en vano para disimularla reduciendo á la nulidad el número de estos generosos testigos. Sus tentativas solo han servido

para que se reconozcan mejor aquellos monumentos originales y sinceros, cuya antigüedad y certidumbre demuestran la piadosa sencillez y lo mucho que hemos extractado. ¿Qué efecto pues no produciría la sabia colección que ha pulverizado los atrevidos alegatos del Inglés Dodwel, y los hubiera sepultado en el eterno olvido, si en nuestros días no los hubieran otros adornado al gusto de una depravada juventud en aquellos escritos cínicos, en donde la sal de la ironía, la obscuridad, la blasfemia y un tono de impostura que en nada repara, son toda su historia y erudición! No hay ningún alma sublime que leyendo los combates de nuestros Mártires, aun en los estrechos límites á que los reduce nuestro plan, haya podido menos de sentirse convencida y edificada.

Solo el carácter de ciertos perseguidores, como un Nerón, un Domiciano y un Maximino, hace más que verosímiles las circunstancias de sus sacrílegas crueldades. Si no se puede negar la gloria de equidad, clemencia y otras buenas prendas á los Emperadores Trajano, Marco-Aurelio, Severo y Decio; el genio de la superstición popular con que se honraban, el afecto de alguno de estos á una filosofía soberbia, libertina y enemiga declarada de una Religión pura, incomparable con otra Religión, que no da lugar á vicio, ni error alguno; y por último la política y el celo mal entendido de la pública tranquilidad y del bien del estado obligaron á estos Emperadores como lo hemos observado, á ser más terribles para los Cristianos sin comparación que Eliogábalo y Calígula. Tenían también algunas veces aquellos héroes de la idolatría la flaqueza de ceder contra su propio sentir á los gritos sediciosos de la soldadesca y del populacho, y frecuentemente no podían contener en las provin-

cias distantes los repentinos alborotos, en los cuales eran víctimas los Cristianos, armados solo de su paciencia. La Religión cristiana, como estrangera en el Imperio Romano, habia sido solemnemente proscrita, así por los decretos particulares de muchos Emperadores, como por la autoridad general del Senado, como consta por la proscripción del senador San Apolonio. Así que, antes de Constantino ninguno tomó la defensa de la fe con el vigor y autoridad que debia, para oponerse á las violencias que las antiguas preocupaciones coltreaban de un modo especioso.

Mas ¿para qué necesitamos inducciones y controversias? Para desvanecer toda sombra de duda recordemos al lector la historia de la última persecucion general. Entonces, como dice Lactancio ó el autor del tratado de las muertes de los perseguidores, apoyado de un torrente de escritores de su siglo, entonces tres fieras, Diocleciano, Maximiano Hercúleo y Maximiano Galerio descargaron su insaciable rabia por diez años consecutivos contra la mayor parte de las provincias del Oriente y Occidente. ¿Qué de excesos no cometió este triunvirato sacrilego! La Religión que no tenia á su favor mas que la santidad y mansedumbre, ¿pudiera sobrevivir por medios humanos al proyecto, meditado y seguido con tanto rigor, de aniquilarla? Aquí los partidarios anti-cristianos del scepticismo, obligados á conceder la mayor parte de los hechos, no encuentran donde recurrir sino á vagos clamores sobre el peligro de exageracion. No pueden dudar de unos hechos claros, atestiguados por tan distintos escritores: rasgos brillantes de la justicia divina, que justificando la opinion comun sobre el grande número de Mártires añaden un nuevo grado de energía al elo-

cuente testimonio de su sangre tan generosamente derramada.

Podria yo aquí recordar el enlace que se debió advertir en la historia de la última persecucion entre el carácter de cada perseguidor y el género de su muerte. Pudiera yo añadir el castigo funesto, no de Nerón, ni de Domiciano, igualmente odiosos por muchas circunstancias, sino el triste fin de Severo, Príncipe irreprochable, si no hubiera dado despues de ellos el primer edicto contra los Cristianos. Tampoco debia pasar en silencio la infelicidad en que se precipitó Decio en un acceso de vértigo con que el Señor amenaza al impío soberbio; y la desgracia de Valeriano que vino á verse esclavo de un Rey bárbaro, que le tomó por juguete por todo el resto de su vida, y para prolongar el oprobio le mandó desollar despues de muerto. No es mi intencion hacer inducciones que aquí no caben, y que para ser concluyentes debian ser perfectas: volvamos pues la atencion á los objetos que pertenecen mas á nuestra materia.

Las cualidades personales de los generosos confesores de la fe, sus virtudes, su noble candor, su celestial prudencia no son pruebas menos evidentes en favor de la Iglesia, que el número extraordinario de ellos. ¿Quién no convendrá desde luego en que fueron los hombres mas ilustrados de su tiempo en materia de culto y de costumbres, y en que constantemente sostuvieron los sólidos principios de lo verdadero y lo honesto contra el delirio y corrupcion de la idolatría? Que cayeron sobre ellos las persecuciones por esta causa honorífica, y no por alguna accion deshonrada, lo demuestra la misma forma de los procesos que se actuaron contra ellos. Mandaron los Príncipes idólatras, como hemos visto que se lo echaba en cara Tertuliano, que no se buscasen los Cristianos, pero que se castigase á los que fuesen

denunciados. Sobre esto se esplicaba así este elocuente apologista:
 »; O sentencia, que por sí misma descubre nuestra inocencia y su injusticia! ; Conque el Cristiano no es condenado por ser reo, sino por ser el blanco de la envidia y malignidad de los delatores! ; El tormento destinado por las leyes para sacar la confesion de los reos, le empleais con el fin de formar nuestras lenguas al perjurio! ; Nosotros confesamos lo que somos, y vosotros quereis que digamos lo que no somos; y siendo así que á otros no los crecis cuando niegan, á nosotros nos creeriais si mintiéramos! Luego en vuestro proceder se ve, que el delito del Cristiano no es otro que su nombre y su constancia en la fe, y que con la apostasia podria librarse del cadalso y de todos los males de la persecucion.»

»No obstante, ya veis que persevera, y que cuanto mas probais su fe con los tormentos, mas pura y constante la hallais, como que crece en los tormentos en lugar de rendirse.» Por un fiel á quien quitaban la vida se convertian millares de infieles, y la sangre vertida de un Cristiano era una semilla tan fecunda que fructificaba en las tierras mas ingratas. Ya vimos que los publicanos, las mugeres prostitutas, los gladiadores y los cómicos se convertian de repente en apologistas é imitadores de los Mártires. Muchos se condenaban á un destierro voluntario, y llevaban consigo la luz del Evangelio á las estremidades mas tenebrosas del mundo idólatra, y como dice San Agustin, eran como aquellas grandes antorchas que cuanto mas las agitan arrojan mas resplandor. Tales fueron las divinas causas de que en los primeros siglos se multiplicasen prodigiosamente los adoradores de un Dios crucificado, no solo cerca de los lugares en donde nació, sino en todos los pueblos; y como dice San Ire-

neo, en Libia, en España, en las Galias, y en los parages mas rústicos de la Germania.

No nos digan á esto que tambien se establecieron otras sectas: porque ¿quién no sabe los infames y violentos medios que fundaron estos fantasmas de religion? y así mas razon hay de admirarse de que no hayan sido mas bien sostenidas, supuesto que lisongean las inclinaciones depravadas de la naturaleza. No trato ahora de dar á conocer el flaco del mahometismo, pero ya se le puede juzgar por esta regla. ¿Qué maravilla es que un entusiasta atrevido con la cimitarra en una mano, y en la otra el cebo de los mas sucios deleites, que sentó por basa de su legislacion la estúpida ignorancia, que tomó de cada religion lo mas acomodado á las inclinaciones y preocupaciones, suprimiendo todo lo demás, que sacrificó los hombres mas ilustrados y capaces de oponerse á sus invenciones; qué maravilla es, vuelvo á decir, que semejante legislador arrastrase consigo los paises mas groseros y viciosos, y los hombres embrutecidos que ponian la felicidad en los placeres sensuales, y la honra en la fuerza y en el robo? ¿Será por ventura prodigio, que los primeros heresiarcas Ebion, Marcion, Basíldes y Valentino, con todos los Gnósticos y los discípulos de Manes formasen partidos numerosos, presentando los sueños impuros del paganismo bajo una forma nueva, y soltando las riendas á las pasiones mas desordenadas con la capa engañosa de filosofía ó de reforma? Bien presto sepultó la pública indignacion en el eterno oprobio estos enemigos de las buenas costumbres.

La persecucion despegaba á los verdaderos Cristianos de la tierra en donde se multiplicaban, porque así no se aficionaban á cosa alguna perecedera, y como tenian perpetuamente su alma

entre sus manos, se miraban como extranjeros en las naciones, y como el blanco de todos los tiros de la perversidad y del furor. El espíritu de desapropio, y por consiguiente la caridad que da vida á todas las virtudes, habian echado tan profundas raices en sus corazones, que dice San Justino que en su tiempo todavía se hallaban hermanos entre quienes todos los bienes eran comunes, y si los otros se reservaban la propiedad era con el fin de socorrer á los necesitados.

Es verdad que estas virtudes se fueron insensiblemente marchitando, porque la calma que se siguió á la tempestad ocasionó una especie de entorpecimiento en lugar de la vigilancia, y produjo una especie de relajacion. Por cincuenta años contados desde la muerte del Emperador Severo, dejaron sus sucesores que los fieles gozasen de una paz casi sin interrupcion, y se vieron entre ellos culpas y desórdenes que apenas se creerian si no las contara por menor un testigo ocular como San Cipriano. Los menores objetos de las reprensiones que este digno maestro de aquellos antiguos fieles hacia á muchos de ellos, son el lujo y el regalo, con todo el aparato de la mundanidad, los vanos adornos casi tan afectados en los hombres como en las mugeres, la frivolidad de las costumbres, y todos los síntomas de un pudor ya espirante. Los excesos de la envidia, los odios inveterados, la falta de fidelidad en toda especie de comercio, los fraudes, la calumnia y el perjurio se iban introduciendo entre los hijos de los santos, resfriándose la devocion en el mismo santuario. Olvidaban algunos aun en el santo ministerio las leyes de la caridad y de la justicia distributiva, el desinterés y la integridad: efectos naturales de la rápida inclinacion que arrastra al hombre al pecado. La mano que habia suspendido el curso

de esta inclinacion, la dejó despues obrar con tanto imperio, para mostrar que la conservacion y la institucion de la Iglesia son igualmente obra del cielo.

Pero los rigores de la persecucion de Decio, juntamente con el celo de los Pastores, reanimaron la fe y la piedad, refflorecieron las costumbres con la penitencia entre los sustos y los peligros. Se reprimió á los mismos confesores, los cuales con recomendaciones indiscretas solicitaban para los pecadores indulgencias escesivas y una reconciliacion precipitada. Prudente fortaleza, cuyo buen efecto manifestó que las promesas del Salvador eran estables, y que el mal no habia penetrado, como jamás podrá penetrar, hasta el fondo de la constitucion de la Iglesia. Pero á proporcion que se multiplicaron los pecados, se creyó que debía facilitarse mas la espiacion.

Para proporcionar el refugio á la penitencia y el abrigo á la inocencia, cuando la piedad cristiana en la calma inalterable cesando las persecuciones corrió mas peligro, algunas almas fuertes propusieron con particular inspiracion otro nuevo género de martirio, declarando incesante guerra á la codicia, á la torpeza y á todas las pasiones. Los primeros campos de batalla fueron para ellos los desiertos de Egipto y los de la Palestina. Antonio, despues de Pablo primer ermitaño; Pacomio guiado por un ángel á las tierras que el Nilo riega, y en las riberas del Jordan un Hilarion, discípulo de Antonio, fueron los padres y maestros de una infinidad de discípulos que esparcieron aquellos divinos institutos por todos los climas. De este modo aprendieron por todas partes á morir por Jesucristo sin el ministerio de los perseguidores, y á recoger las palmas proporcionadas á la constancia que pedia aquel vivir largo tiempo muertos á sí mismos los

mártires de la mortificación voluntaria, á quienes en muchos puntos honró el cielo con las mismas prerogativas que á las víctimas sangrientas de la impiedad. Se propuso el Señor abrir el camino al Evangelio con estos grandes egemplares entre los bárbaros sus vecinos, y determinó dar nueva fuerza á este mudo testimonio con la voz de los milagros. Acudían sin cesar numerosas tropas de infieles á la montaña de San Antonio, á la cabaña de San Hilarion, á la rústica gruta de San Afraates, en donde la mayor parte hallaba la salud de su alma y la del cuerpo.

Seria inútil cosa probar unos hechos que están consignados en los públicos monumentos de los mismos pueblos que habian sido testigos de vista. A pesar del cuidado con que aquellos humildes anacoretas procuraban ocultarlos, fue tanto el ruido de los hechos milagrosos, que llegaron á la noticia de los que eran señores del mundo. Supongo que no se habrá olvidado en qué términos escribió el grande Constantino á San Antonio, encomendando á sus oraciones la corona y la familia imperial. Teodosio no emprendió sus principales hazañas sin consultar á San Juan de Egipto. Eran tan familiares los milagros de San Hilarion que, por decirlo así, se le escapaban sin querer: á todas partes le iban siguiendo los enfermos y los afligidos, y se vió muchas veces precisado á mudar de habitacion, ó á pasar largo tiempo una vida errante por el temor del aprecio con que las gentes se obstinaban en perseguirle. Todos los sarracenos que habitaban al rededor del desierto de Farán en los confines del Egipto y de la Palestina, abrazaron el cristianismo, viendo los milagros y virtudes de San Moisés. ¿Mas para qué necesito de egemplos particulares? Nadie ignora que la fama de aquellos humildes taumaturgos era lo que ellos mas sentían, y que se que-

jabán sin cesar con amargura, porque les quitaban las delicias puras que habian ido á buscar en el retiro de la soledad. ¿No era milagro bien persuasivo y eficaz el modo de vivir de aquellos hombres celestiales? ¿Qué prodigio puede darse mas visiblemente divino que la constancia de un San Simeon y algunos otros Estilítas, que por larga serie de años vivieron de dia y de noche cada uno en su columna! ¿Qué milagro mayor que el triunfo de San Macario de Alejandría, el cual venció las necesidades mas imperiosas de la naturaleza, el hambre y el sueño! Este pasó de pie toda una cuaresma sin beber y sin comer otra cosa que algunas yerbas insípidas, y estas solamente los domingos. Otros solitarios veremos, que mirándose ya como muertos, no hablaron una palabra desde que entraron en su retiro hasta su muerte. Veremos tambien que muchos ni aun lugar de retiro tenían, y andaban errantes por los bosques y montes cargados de cadenas, viviendo, mejor diré, consumiéndose lentamente entre los animales, con los cuales pacían la yerba cuando ya no podían sostenerse contra el hambre. De aquí nació el nombre de pasedores que les dió la Persia, en donde vivieron para comunicar á los otros pueblos su misma admiracion. En la misma Constantinopla, y en otras partes no menos conocidas del imperio de Oriente, se verá como florecieron numerosas comunidades de monges Acemetas, que quiere decir no durmientes, llamados así, porque semejantes á los coros de los celestiales espíritus que nunca duermen, celebraban las divinas alabanzas de dia y de noche sin interrupcion.

Por otra parte, en las sociedades cristianas estaban tan en su vigor como las austeridades de la penitencia la mortificación del corazón, la negacion de sí mismo, y el despego de todas las

cosas de la tierra. Todas las virtudes que honran al Señor en espíritu y verdad y son el alma del cristianismo, resplandecian en todos los órdenes de fieles, tanto en los empleos mas eminentes, como en las lauras y los monasterios; de lo que hallaremos pruebas en lo que se sigue de nuestra narracion. Para no propasarnos en el curso de los siglos, nos contentaremos con traer á la memoria la generosidad para siempre memorable de trescientos Obispos, que en tiempo de los Donatistas, y en sola la Iglesia de Africa, fueron tan heroicos que cedian sus Sillas á estos cismáticos, con tal que conviniesen en restituir la paz á la Iglesia.

Confesemos no obstante, que la conversion y el poder del gran Constantino que sin duda influyeron en la estimacion de los Romanos y aun de los estrangeros para con la Religion Cristiana, contribuyeron mucho á sus progresos, y á su tranquilidad y esplendor; pero es constante, por lo que hasta aquí hemos visto, que ya antes estaba esparcida por todos los climas, y así no debe su establecimiento á la proteccion de este Emperador; mas como los Cristianos, bajo su Imperio tan feliz, no estaban reducidos á ocultarse, se pasmó el universo de verse como repentinamente Cristiano. Al punto se sintió esta misma Iglesia desolada por un cisma, cuando los Africanos rompieron los lazos de la unidad bajo la conducta de mas de cien Obispos. Mientras duró el Imperio de Constantino se aumentó el número y la audacia de los cismáticos, hasta que trastornado todo en las Iglesias de la tercera parte del mundo, dirigieron sus atentados contra la Silla Apostólica; pero allí encontraron su confusion y el principio de su ruina.

Al donatismo se agregó la formidable heregía de Arrio, y

el Príncipe religioso que aterró la idolatría, llegó á ser, sin saber cómo, el apoyo de una secta tan impía, y no menos peligrosa; porque trató como perturbador y casi como rebelde al mas digno defensor de la fe, el grande Atanasio. La verdadera Religion era la que mas queria; pero el extremo horror de las divisiones que retardaban sus progresos, como se las exageraban sin cesar los mas falsos prelados y doctores, fue el único principio de su peligrosa condescendencia. ¿Qué impresiones tan funestas no hizo este escándalo, que ponderaban en tiempo de su hijo y heredero Constanzo! Pero antes ¿qué prueba pudo haber mas visible de que Dios es celoso de su propia gloria, que la sobrevivencia de este Príncipe perseguidor sobre sus dos hermanos tan defensores de la verdadera fe? Pudiera persuadirse el hombre, despues de muchos reinados favorables á la Religion, que en las potestades de la tierra consistia su principal apoyo; y por esto en el reinado del hijo mas indigno de Constantino, el Señor, segun la prediccion del Evangelio, deja á Satanás el poder de agitar á los fieles, como se hace con el trigo en la criba, y permite una prueba mucho mas terrible que las de las violencias de los Césares enemigos del nombre Cristiano, porque al mismo tiempo que se preciaba de serlo, perseguia á la Iglesia. Tentacion nueva que prorrumpió en escesos hasta entonces desconocidos.

Entre todos los sectarios que hasta aquel tiempo se habian levantado, ningunos se podian comparar con los Arrianos en ciencia, en talentos, en virtudes aparentes y en cuanto puede acreditar á la seduccion y al engaño; pero especialmente en poder, en audacia y en el arte infernal de dar á la violencia el color del celo de la Religion. Los medios menos peligrosos que

aquellos Cristianos aduladores inspiraron á este Príncipe, fueron la pérdida de los bienes, de los empleos, de los honores, de la libertad y de la vida. Seducir á los Sacerdotes y á los Obispos, canonizar á los hipócritas y apóstatas, pervertir los Concilios, alterar el sagrado símbolo, estas fueron las máquinas de la páfida impiedad que pretendió, aunque en vano, despojar á la verdad de sus propiedades las mas inenagenables, y de todas sus naturales ventajas, para que no pudiese resistir con ellas á la mentira. Triunfó la Iglesia del artificio como de la violencia, disipó la verdad todas las nubes con que se cubria la seducción, y al fin convenció al universo cristiano, de que con sombra de piedad no se trataba de menos que de arrojar al Hijo del Eterno del seno de la divinidad, y de reducirle á la clase de pura criatura. Murió por último Constanzo; pero ya habia triunfado la fe antes de su muerte.

Todavía corrió peligro particular en tiempo del sucesor de este Príncipe. Se empeñó el Emperador Juliano en tomar un camino diferente del de Constanzo, y al principio mandó que cesase la persecucion de este. El Emperador apóstata que se habia criado en el seno del cristianismo, conocia que no podia prometerse destruirle con la fuerza, y desde luego se valió de los alhagos y páfidas caricias. Mandó llamar á todos los vassallos desterrados en el último reinado, así Católicos como hereges, contando con introducir en el seno de la Iglesia la confusion, la cizaña y todos los desórdenes que son las resultas naturales. Esperando despues que conseguiria mejor su intento sufocando la verdad en las tinieblas de la ignorancia, mandó cerrar las escuelas á los Cristianos y quemar todos sus libros, no permitiendo que fuesen sabios ni elocuentes; y siendo la facultad de

raciocinar y el talento de la palabra dones de la naturaleza de suyo independientes de la autoridad, llegaron á ser materia de la tiranía, y esta todavía halló colores para paliar estos torpes excesos. Porque decia el tirano en sus irónicas blasfemias: para los Galileos, adoradores del Crucificado, supuesto que deben creer en él sin meterse á discurrir, son inútiles los estudios y las ciencias. Estas convendrá reservarlas para los Helenistas: así llamaba á los Paganos, á los cuales colocaba en una religion ó un filosofismo digno de hallar en la apostasía su autor y sus restauradores. No hay duda que debia rendirse la Iglesia á estos ataques, si no fuera inespugnable; pero triunfó de estos lazos y estas sátiras, así como habia triunfado del cadalso y la cuchilla. No dejó de correr sangre en el Imperio de Juliano en mil ocasiones en que su filosofía no le correspondió, y aun esta parte del cuarto siglo debe mirarse en todos los aspectos como la edad del martirio.

Tal la hallará el que quiera seguir los progresos de la Religion entre los bárbaros, y particularmente entre los Persas. Verá un Sapor, un Isdegerde y un Cosroas, comparables á Neron, á Domiciano y á los dos Maximianos. El pudor y la humanidad igualmente se resisten á oír la relacion circunstanciada de la persecucion de Sapor. Se verá otro perseguidor subyugar en Arabia una ciudad y todo un pueblo cristiano, que no habia podido pervertir, romper todo el derecho de gentes, degollar al Gobernador y á los principals ciudadanos, reducir los jóvenes á la esclavitud, y encender despues una inmensa hoguera, abrasando en ella los Sacerdotes, los monges, y por último las vírgenes consagradas á Dios, y no faltar la fe en una sola persona. Los vándalos escedieron á estas atrocidades impías en

la vasta estension del África. Por último, en todas las tierras en donde prevaleció la fe cristiana fue regada con sangre, y de esta sangre sacó su principal fecundidad.

Pero despues que echó profundas raices se vió un nuevo órden de providencia de Dios para con la Iglesia. Los milagros destinados, segun el Apóstol, á la conversion de los infieles, los milagros tan multiplicados para la publicacion del Evangelio, llegaron despues á ser mucho menos frecuentes. Para los domésticos de la fe, que son los fieles, bastaban las profecías ó el depósito de la revelacion escrita ó transmitida, y declarada por la tradicion, con las gracias y dones regulares del Espíritu Santo; y así jamás brillaron los sagrados intérpretes, ó los santos Padres y Doctores con tanto esplendor como en el cuarto y quinto siglo, como muy presto lo reconoceremos. Pero la Iglesia esencialmente militante en este mundo, debe hallar en él combates que sufrir en todas sus situaciones, y enemigos envidiosos de todos sus adelantamientos. Inmediatamente despues que se deshizo la idolatría, opuso el infierno el abuso y corrupcion contra la pureza luminosa de la doctrina. Bien que la suerte del arrianismo parecia que habia desconcertado para siempre la perfidia herética, porque el nombre de Arriano se desacreditó y era un oprobio, diciéndole por todas partes anatema; mas el arrianismo resucitó y se presentó bajo mil nuevas y diferentes formas, y salió á la palestra mas aguerrido que antes bajo la conducta de Eunomio, Aecio y Macedonio, los cuales parecia que habian aplaudido su ruina.

Mucho tiempo despues Nestorio, sin parecer que pretendia aniquilar la divinidad de Jesucristo, vino separando al Hijo de Dios del Hijo de la Virgen. Con ser un lazo tan mal armado,

veremos que sorprendió ó hizo titubear á Obispos sabios y piadosos. ¡Qué Doctor fue Teodoreto de una fe por tan largo tiempo sospechosa! ¡Qué Pastor aquel Alejandro de Jerápolis, á quien el largo egercicio de las virtudes mas pasmosas no preservó de la obstinacion mas horrible! Pero qué impresion no hicieron sus peligrosos egejemplos! Si Arrio superó á Nestorio en la estension y rapidéz de la seduccion, este se hizo unos secuaces mucho mas obstinados, y adquirió para su secta un crédito y una consistencia que todavía se sostiene en las estremidades de la Iglesia oriental, y aun se la vuelve á encontrar en algunas provincias occidentales con nombres y formas diferentes; esto es, con las variaciones que llevan impreso el sello del espíritu de novedad que tuvo por principio.

La heregía de Eutíques, comparable con las dos primeras en duracion y en estension, tuvo hasta la autoridad de un Concilio, que al principio se comunicó como ecuménico, y fue venerado por otras apariencias hasta que se vieron sus prevaricaciones, y se llamó el latrocinio. No parece que pudiera la Iglesia experimentar asaltos mas terribles que los de un partido, que tenia á su frente el Obispo de la segunda Silla con el nombre de uno de aquellos solitarios canonizados, por decirlo así, en vida, y famoso por su celo contra los enemigos de la fe, como el mas poderoso arquimandrita, que bajo sus leyes contenia un pueblo de celadores austéros los mas apegados á las impresiones que una vez recibian, y los mas eficaces en esparcirlas. Todavía corrió la Religion mayores peligros por parte de Pelagio, enemigo disimulado y tanto mas temible cuanto menos lo parecia. Las otras heregías encarnizadas, por decirlo así, contra el cuerpo mismo de la Iglesia, advertian á lo menos con sus al-

borotos á los fieles que se guardasen de ellas; pero el pelagianismo, semejante á una serpiente que pasa sin ruido por debajo de las flores, penetraba hasta el alma de la Religion, y con su veneno sutil infestaba las partes mas nobles y mas íntimas, y no dejaba mas de religion que el esqueleto y vana apariencia.

Contra estos peligros fortificó el Señor la santa ciudad con aquella abundancia de doctrina y de luces que resplandecieron en menos de dos siglos. Por grande que fuese el número de los seductores, basta para oponerse á su multitud solo el Obispo de Hipona, el grande Agustin: ¿cuánto mas otros grandes Santos y Doctores que se vieron en el curso de los mismos siglos? Tales fueron, para no nombrar sino los mas famosos, un San Leon, un San Cirilo de Jerusalem y el de Alejandría, los Gerónimos, los Epifanios, los Gregorios Naciancenos y Nisenos, los Basilio, los Anfiloquios, los Crisóstomos, los Ambrosios, los Hilarios, y su digno modelo el incomparable Atanasio: multitud sin duda superabundante con ser entonces grande la necesidad de la Iglesia; pero el Señor estaba como poniendo la última mano al edificio como su arquitecto y obrero principal. Aunque le habia establecido sobre el fundamento de los Profetas y de los Apóstoles, como estos divinos monumentos se pueden mirar y se miran bajo aspectos tan diversos, correspondía á su inmutable sabiduría fijar para siempre el sentido de los puntos capitales, examinados ya por una multitud de intérpretes tan llenos de su espíritu, y tan distinguidos aun en el orden de los talentos grandes, que no se pudiese oponer á la unanimidad de sus votos y pareceres sino la estupidez y una enfadosa temeridad.

Con efecto, ¿qué fuerza de razon es la que se halla en sus

escritos! ¿Qué dilatada y selecta erudicion! ¿Qué gracias y qué elocuencia! Que los Padres latinos y la mayor parte de los griegos se espliquen con menos pureza de language que los oradores de Roma y de Atenas, podrá ser, mas no por eso parecerán menos elocuentes para el que sabe discernir la elocuencia de la locucion, como que esta es la corteza de aquella. Siempre se observará que eligen las razones mas fuertes y propias para mover: que las presentan con orden y á las mejores luces: que usan de imágenes vivas, de figuras grandes y animadas; en una palabra, que sus discursos son persuasivos y penetrantes, y mucho mas agradables que los de todos los escritores de su tiempo. ¿Qué diferencia por egemplo no se halla entre el modo vano, afectado y pueril de Libanio, y el sentido perfecto y bien compendiado, la energía y exactitud, el verdadero aticismo de San Basilio, y aun la abundancia, un poco asiática, pero siempre sólida é interesante de un San Juan Crisóstomo! ¿Qué diferencia no se advierte entre la puerilidad de Símaco, y la natural amenidad, y la noble y limpia sencillez de un San Ambrosio!

Pero hablemos de lo que mas importa: ¿qué unánime conformidad en el grande número de Doctores en cuanto al fondo de las cosas, en todos los puntos capitales y en cada artículo de nuestra creencia reconocido de la Iglesia por tal! Ni la distancia de los lugares en donde habitaron en las tres partes del mundo conocido, ni la diferencia de costumbres, de ideas, gustos é idiomas, ni la distancia de los tiempos contando desde esta época hasta llegar á los primeros discípulos de los Apóstoles, nada de esto ha causado la menor diversidad en la enseñanza y creencia pública: todo concurre á formar la cadena de la tradicion

perpétua, y no menos fija que el depósito de la revelacion de la Escritura, como que la tradicion es el complemento de la revelacion. No hay duda que en esta multitud de hombres de ingenio se advierte la rica variedad de talentos naturales, y los dones que recibieron del cielo; y así se admirará en San Atanasio la sagacidad y fuerza del razonamiento; en San Ambrosio la suavidad y dulzura del estilo; en San Juan Crisóstomo una elocuencia brillante y patética; en San Basilio la noble elegancia y precision; en San Gregorio el teólogo la sublimidad junta con la exactitud; en San Gerónimo el nervio y la erudicion; y por último la mayor parte de estos estilos, empleados en diferentes lugares por San Agustín, segun los considera mas útiles para la Iglesia; pero al mismo tiempo se hallará entre todos ellos una invariable conformidad de doctrina, y la mas perfecta uniformidad en todos los puntos definidos por la Iglesia. No obstante ser tan atractiva la materia, y tan natural al hombre la inclinacion á ponderar y á trabajar de imaginacion en el fondo inagotable del dogma y la moral, estos santos maestros muy diferentes de los retóricos y filósofos, nunca aspiran al mérito de la invencion, antes la miran como la tacha mas vergonzosa para sus escritos y sus personas; toda su gloria doctoral la ponen en recoger fielmente las verdades mas conocidas, y transmitir las despues sin la menor sombra de alteracion. La mayor ventaja que pretenden llevar á sus émulos los hereges, es convencer al universo de que no se portan así estos vanos y falsos doctores.

La regla de los Concilios generales, órganos infalibles de la Verdad increada, es el sentido que da á las Escrituras el torrente de los Padres, ó la uniformidad y perpetuidad de la creencia

y enseñanza de los Doctores y Pastores de las diversas Iglesias; y así se procedió, siguiendo el ejemplo del primer Concilio universal en los de Constantinopla, Éfeso y Calcedonia, y todos cuatro se comparan con los Evangelios en el derecho que tienen á nuestra sumision: todos cuatro se celebraron en los ciento veintiseis años que podemos considerar en esta primera edad como el tiempo de la adolescencia de la Iglesia, que era en el que, si podemos decirlo así, debia este vasto cuerpo naturalmente experimentar mas fermentacion; y si se vió entonces todo el choque de humores, pasiones y opiniones, en ellos se examinaron, se aclararon y quedaron sentados para siempre todos los principios que debian calmarlas y arreglarlas, y todos los puntos fundamentales de la doctrina de la salud.

Sin embargo, poco tiempo despues se vieron la relajacion mas estraña y los mas tristes escándalos. No hay cosa mas horrible que la pintura de las costumbres africanas, que presto veremos en los vehementes escritos del Sacerdote Salviano. Apenas hablan con menos fuerza San Gerónimo y San Crisóstomo de los abusos que ellos tenian á la vista. San Gerónimo, que tanto respetó la Iglesia Romana, dice no obstante, que habia penetrado el contagio hasta aquel santuario augusto, y que habia en él algunos eclesiásticos tan entregados á la afectacion que se ve en nuestros dias, y que siempre es señal de la frivolidad de las costumbres si no demuestra que están corrompidas, que algunos clérigos solicitaban los empleos que menos los alejaban del trato con las mugeres, y que habia otros que procuraban agradar á las señoras ancianas y opulentas para lograr sus liberalidades testamentarias. En las advertencias que á los clérigos de su Iglesia hace el elocuente Patriarca de Constan-

tinopla, se ve que los griegos solo se diferenciaban de los latinos por la mayor destreza en paliar de algun modo las conexiones sospechosas. ¡Qué tempestad no suscitó contra este Pastor vigilante el haber afeado la asociacion de los clérigos con las que ellos llamaban hermanas adoptivas, y el público mugeres subintroducidas! Júzguese de la grandeza del mal por el esceso á que llegaron los culpados, que fue procurar al santo Obispo aquel cruel destierro en que se rindió su vida á los continuos malos tratamientos; pero adviértase tambien el valor episcopal con que sostuvo las costumbres y la buena disciplina en medio de tantas calamidades.

Si se vió asimismo que la ambicion solicitaba el Obispado, tambien se resucitó la pureza severa de los antiguos cánones. Ya se iban pasando aquellos tiempos dichosos, en que unas veces era preciso arrancar por fuerza de su gruta á un humilde solitario para que subiese á la Cátedra Pastoral, y otras poner guardias á un lego virtuoso temiendo que se escapase huyendo. Pero la Iglesia contra la licencia profana invocó las potestades que esteriormente la protegen, y que pusieron en su vigor los cánones que declaraban indigno del Obispado al que no elevaban á esta dignidad á pesar suyo.

Llegaron la relajacion y los abusos hasta la clase privilegiada de fieles, que por tanto tiempo habia sido la edificacion y el mas dulce consuelo de la Iglesia. El espíritu de error y de parcialidades todo lo confundió entre los solitarios que eran casi innumerables en el imperio de Oriente. Bebieron muchos de ellos en los principios de Eutíques, y tomaron el gusto de la independencia, de la sedicion y de la rebelion declarada. Los atentados de los hereges escitaron algunas veces entre los Católicos

el entusiasmo y la rivalidad, y así se verá una tropa de quinientos monges, que saliendo del monte de Nitria hizo una irrupcion en la capital de Egipto, y puso sus manos violentas en el Gobernador, porque se mostraba contrario á los defensores de la sana doctrina. Se verá que en los alborotos del origenismo, los hereges, que eran partidarios de Teodoro de Cesaréa y de Domiciano de Ancira, formaron un ejército de los monges que habian sido sus hermanos, y sitiaron las lauras católicas, dieron asaltos y batallas con todos los espectáculos de la guerra, é inundaron de sangre toda la escena.

¡Pero! ¡qué desgracia mayor que ver las tres Sillas del Oriente ocupadas por los Eutiquianos, la Iglesia imperial abandonada á la perfidia de Acacio, la de Alejandría sucesivamente hecha presa de Timoteo Eluro y de Pedro Mongo: ver otro Pedro dejar el instrumento de lavadero de paños por el cayado pastoral, y manifestar en la augusta Silla de Antioquía unos sentimientos indignos aun de la mas vil profesion! Todavía corrió la Iglesia mayor peligro bajo el tirano Basilisco, que hizo condenar los santos decretos de Calcedonia por quinientos Obispos; y tal vez aquel Henótico del Emperador Zenon, que establecia la igualdad entre la verdad y la heregía, fue un lazo mas peligroso que el escándalo de Basilisco.

En Occidente, al primer aspecto de los nuevos peligros que va á correr la Iglesia abandonada como las reliquias del Imperio á la ferocidad de veinte pueblos bárbaros, ¿quién no creería que habia de titubear mas que en las sectas orientales? Pero la serie de los sucesos servirá para que mejor entremos en las miras del eterno Conservador del edificio de su Cristo, el que, como piedra angular sobre la cual se levanta, rompe cuanto llega á

tropezar con ella; ó como nave invencible precipita y sumerge con su masa las frágiles barquillas que se le oponen al paso. La Iglesia parece que debia verse abatida, trastornada, aniquilada con las violentas irrupciones de los que arruinaron el trono de los Césares, y fue tan al contrario, que triunfó de los vencedores que habian triunfado de los que eran dueños del mundo.

No solamente imprimió el respeto por medio de sus humildes ministros en el terrible Átila, llamado el azote de Dios, y en Odoacre el despreciador ó destructor de la divinidad imperial, sino que impuso su yugo al mayor de estos nuevos potentados. «Abate tu cuello, soberbio Sicambro, dijo al fundador de una de aquellas potencias que todavía tiene entre ellas el primer lugar, adora lo que blasfemabas y quema lo que has adorado. Los Anglo-Saxones pusieron el colmo á la desgracia de la gran Bretaña, que los habia llamado á socorrerla. Enjambres de opresores en lugar de libertadores talaron continuamente á aquella hermosa conquista, y establecieron en ella hasta siete tiranos; pero despues de haber subyugado los pueblos y los Príncipes, los vereis abrazar el culto santo y las leyes de los vencidos, y hacer del teatro de sus robos la tierra de los santos y el asilo mas seguro de la Religión. *habere ut omnia hab*

Si los bárbaros infestados de la heregía se mostraron mas enemigos de la verdadera fe que los idólatras, tambien la proteccion del Señor para con su Iglesia resplandecerá mas claramente en la obediencia sincera que á su tiempo la rindieron. Admiraremos desde luego la economía de la Providencia divina, que no les permitia pasar de los términos en que el arrianismo estaba encerrado, hasta que destruido éste, ó por lo menos infamado en el Imperio, ya no tenia motivos de seducir, y así

sus feroces y groseros secuaces podian hacer Mártires, pero no apóstatas. Aquellos bárbaros que habian manifestado mas afecto á las impiedades de Arrio, esto es, los Suevos, á egemplo de su Rey Teodomiro, y los Visigodos, siguiendo las pisadas del piadoso Recaredo, se señalaron en la fe católica sobre todas las naciones antiguas y modernas, y el título de Católico fue para su Monarca el mas lisongero, y para sus pueblos el mas venerado.

Si el vándalo endurecido se obstina en el error, la divina justicia rompe el cetro en la mano que no quiso rendirse á la clemencia, y de la misma obstinacion de los perseguidores sacó las mas preciosas ventajas para los fieles. La Iglesia de África, desfigurada antes de estas pruebas con las manchas mas abominables, perdió el incentivo de sus vicios, carcomiéndose estos en el crisol de las persecuciones, y de ellas salieron su virtud y su fe tan puras y vigorosas que no se las verá desacreditarse. Para arruinar el cristianismo en África determinarán los secuaces de Mahoma exterminar á los mismos Africanos, y dividir con los tigres y leones su dominacion destructora. En una palabra, triunfará la fe Cristiana tan perfectamente de la idolatría y de la bárbara heregía, que antes de acabarse el siglo sexto, todos aquellos nuevos señores, los Herulos, Ostrogodos y Lombardos en Italia; los Visigodos, Alanos y Suevos en España; los Francos y los Borgoniones en las Galias, ó perderán sus coronas y sus nombres, ó abjurando la impiedad rendirán sus respetos al Hijo de Dios y á su Iglesia. ®

Es verdad que la mayor parte de aquellos primeros Príncipes, que con tanto dolor habia dado á luz la Iglesia, la hicieron experimentar otras muchas amarguras, y afligieron sobre

todo á una madre tan tierna con la negligencia y descuido en procurar adelantarse en el negocio de la salvacion, que es el punto absolutamente necesario; pero al mismo tiempo que hacian en sus propias almas mortales heridas, perseguian á lo menos los vicios extraordinarios, y alababan las virtudes que no chocaban de frente con sus inclinaciones: tal vez sucedia, que con una rectitud conforme á sus duras, pero íntegras costumbres, daban contra sí mismos la sentencia, y se entregaban á tales penitencias que se veía precisada á moderarlas la prudencia de los Pastores. Su fervor impetuoso no entendia de las lentitudes, de la circunspeccion y la política que dan lugar á que falten todas las obras de edificacion, ó las quitan casi todo lo que mas nos edifica. Algunos veremos, que como Sigismundo Rey de Borgoña, no bien habian cometido la culpa, prorumpieron en un dolor que no calmaba con todas las obras de espiacion, y suplicaban efectivamente á la divina justicia que lavase su pecado con su sangre. Admiraremos á Childeberto, que habiendo manchado sus manos en la sangre de sus sobrinos, se detiene en la misma egecucion de aquella maldad, y se aplica todo el resto de su vida á consolar la Iglesia afligida por su escándalo enorme. La mayor parte de aquellos Príncipes, al mismo tiempo que se abandonaban á sus pasiones, mostraban zelo por toda especie de buenas obras que no se oponian á sus inclinaciones, y contribuían de algun modo al adelantamiento del servicio divino. De aquí nacieron tantos monasterios fundados con las riquezas suficientes para servir de asilos á la piedad de infinitos fieles: tantas Iglesias edificadas y adornadas con magnificencia: tantos bienes ofrecidos, y tantas disposiciones de toda especie para el buen orden y magestad del culto público.

Estos Príncipes, aunque viciosos, gustaban de la virtud y la estimaban: veneraban á los Pastores, y tomaban muchas veces sus consejos: libres en su ignorancia de nuestras paradojas y nuestro pernicioso alambique, conocian por lo menos la estrecha conexion que habia entre los intereses de la Religion y los de sus coronas; y así con la sumision de los pueblos mantenian las costumbres, la disciplina y la obediencia debida á sus naturales depositarios; esto es, á tantos Obispos venerables que entonces el Señor envió á las regiones conquistadas, y tal vez con mayor abundancia que en ningun otro tiempo. Hablemos de solas las provincias de la Galia, y apenas los podremos contar. ¡Qué Pastores hubo mas dignos que San Avito de Viena, San Medardo de Noyón, San Gotardo de Ruán, los Santos German de Auxerre y German de París &c., con otros infinitos y casi todos contemporáneos! Si la sociedad de los bárbaros, hechos ya ciudadanos, habia ocasionado relajaciones y desórdenes casi inevitables, ¡con qué vigilancia, prudencia y perseverancia infatigable, tanto en sus particulares diócesis, como en sus frecuentes Concilios, estudiaban los momentos mas preciosos, y elegian los medios mas acertados para contener el progreso de los abusos, salvar del naufragio lo que habia quedado de las antiguas reglas, y acercarse insensiblemente al buen orden primitivo! Si usaban de indulgencia con los vencedores que acababan de pasar de la barbarie á la ley sublime de Jesucristo, no eran menos justas sus prudentes compensaciones. Sin faltar á las obligaciones indispensables, les indicaban entre los caminos diferentes que llevan al mismo término, las sendas mas propias por donde al fin llegarían.

El daño mayor que los bárbaros causaron en la Iglesia, fue

sin contradicción la decadencia de las ciencias y la del estudio, incompatible con sus costumbres vagas, sus correrías perpetuas y sus tumultuarias expediciones. Lo que principalmente sostenía la fe y las costumbres, finalizadas las persecuciones generales, esto es, el fruto de los sabios trabajos de los santos Padres y Doctores, se vió cuando menos despreciado de las nuevas naciones, si no incurrieron también en el desprecio general que estas concibieron de la cultura de las artes liberales: estas eran la ocupación exclusiva de los vencidos, esto es, de los antiguos habitantes, y pasando el desprecio de esta ocupación á los que en ella se ejercitaban, la miraron los vencedores como ejercicio de la cobardía. Pero no sucede con las ciencias lo que con los imperios, cuya catástrofe se verifica con solo perder una batalla. Para que cayesen los estudios y las artes se necesitaron siglos enteros, y así no se efectuó hasta la segunda edad de la Iglesia. La primera edad de esta casi siempre fue igualmente luminosa en toda la extensión de los seis siglos, y en la misma época de la invasión de los bárbaros derramó el cielo la doctrina y las luces con una profusión capaz de refluir hasta los tenebrosos días, que debían traer naturalmente tantas tempestades como sobrevinieron.

¿Cuántos rasgos brillantes de virtud y de doctrina no ilustraron también el sexto siglo! En el mismo Oriente, en donde el espíritu de fe y de unidad ya amenazaba la triste declinación, y en donde los Emperadores Anastasio y Justiniano hallaron tanto número de Clérigos, Abades y Obispos fáciles á seguir sus profanas empresas, vemos al mismo tiempo santos Prelados y cenobitas ilustres, incapaces de hacer traición á la causa de Dios por servir al César; y así admiraremos entre los solitarios á San

Sabas y á San Teodosio, que de la integridad de la fe hicieron la base de la disciplina y de la perfección regular que restauraron. Si los Patriarcas de Antioquía y de Jerusalén, Flaviano y Elías, se olvidan de la veneración debida á un Concilio general: si Macedonio cae en la flaqueza ó en la simplicidad de subscribir al Henótico del Emperador Zenon, veremos como estos mismos Obispos repararon su culpa con ventaja, y quisieron más perder sus Sillas que abandonar la fe: veremos al mismo Justiniano, aunque sobre otros intereses de la Iglesia poco inteligente, que la protege con sus leyes, la honra con su celo en reducir una multitud de hereges y cismáticos, y trabaja con eficacia por estenderla entre las naciones infieles.

Pero la edad de fervor mereció en el Occidente toda la gloria de este título; pues en él apareció un San Benito en Italia, ilustre Patriarca de nuestros cenobitas, de cuyas virtudes y milagros fueron los Reyes testigos y admiradores: un San Columbano en la isla de los Santos, y después en los diferentes reinados de la Galia: un San Martín de Dume en España; un San Fulgencio en África y en las costas incultas de la Cerdeña, en los retirados parages de la piratería y el robo; todos estos hacen florecer la piedad, la regularidad, el desamparo, la concordia y todas las virtudes sublimes que se admiraron en la sociedad de los primeros fieles. No hablo de sus innumerables discípulos casi tan dignos de la admiración como sus maestros, ni de la multitud de Cristianos perfectos que brillaron en todas las condiciones y clases, principalmente en la del Obispado. Solamente un San Gregorio que por su virtud, prudencia y doctrina consiguió tan justamente el sobrenombre de Grande, bastaría para ilustrar su siglo para siempre.

Después de tantos prodigios de virtud, no hay necesidad de exaltar sus milagros; pues aunque no eran en verdad tan frecuentes como en aquel tiempo en que Dios establecía su Iglesia, todavía resplandecían muchos para facilitar sus progresos, y no faltarán en ella en tiempo alguno; porque siempre se verificará que Dios es admirable en sus Santos. Sin recorrer las distancias de tantos lugares consagrados con las cenizas de los amigos de Dios, que en ellos descansaban, adonde la profusión de las maravillas del cielo atraía sin cesar millares de peregrinos; entre nosotros tenemos con que convencer á los que todavía no hayan tomado la resolución premeditada de negarse á toda persuasión. ¿Quién puede quitar el título de Taumaturgo ú obrador de maravillas á un San Martín de Tours, después de tantos siglos de posesión? ¿No está consignado su título de milagroso en los mismos monumentos que la conversión á la fe de nuestros primeros Reyes, que erigieron tantos templos y oratorios á este poderoso patron: que le rindieron homenaje por tantas victorias y le consagraron magníficos trofeos de estas, respetando por tan terribles é inviolables los juramentos que hacían por su nombre: que celebraban sus fiestas con una solemnidad y una alegría de que todavía hallamos vestigios después de catorce siglos?

Que no nos opongan contra la persuasión del universo algunos lugares comunes, y las declamaciones de algun retórico sobre la simplicidad y credulidad de los tiempos antiguos; porque en el juicio de las personas algo versadas en el conocimiento de la antigüedad, todo esto no será mas que una salida vaga de la mala fe, ó de una ignorancia despreciable. Procuremos hacer presente la religiosa y escrupulosa circunspeccion de los Prelados en el exámen y publicacion de los milagros. Ya en los primeros siglos

se arrojaron de la Iglesia los impostores que, llevados de un falso celo por la gloria de los Apóstoles y los Mártires, les atribuían escritos ó maravillas que eran de su propia invencion. En el quinto siglo veremos un San Agustín que por sí mismo preside á la relacion de los milagros obrados por las reliquias de San Estévan, y á la redaccion de los monumentos en que debia perpetuarse su memoria. ¿Con qué prudencia no procedió en la verificacion y en la confirmacion de las menores circunstancias de aquellas maravillas, no obstante que tenían por testigos las ciudades enteras de Úzala y de Cálama? En la lectura de estas relaciones que públicamente se hacia en la fiesta del santo Mártir por larga sucesion de años, se detenian en cada milagro, y hacian que se presentase la persona en quien se habia obrado, para que todo el mundo reconociese la verdad y la duracion, con el fin de que no tuviese la impostura parte en la edificacion, como no la habia tenido en la institucion de la Iglesia. Tal fue desde su origen la vigilancia de los Pastores en todo cuanto puede contribuir á la seguridad del sagrado depósito, y tal será, como lo veremos en el contesto de esta obra, la fidelidad del que prometió estar con su Iglesia hasta la consumacion de los siglos.

No es menester mas que ir siguiendo sin preocupacion la historia de los peligros y triunfos de esta Iglesia, para convenirse de la verdad y de la divinidad de la Religion que nos enseña; y bastará por el contrario observar los pasos de la impiedad, para hacer palpables su debilidad é inconsecuencia. No nos permiten los límites de un discurso esponer la segunda parte del paralelo, que haria resaltar tanto lo que hasta aquí hemos dicho; pero solo corresponde á la historia de un modo indirecto. Para desempeñar el fin principal á que miramos, bastará

hacer observar por conclusion, que el sofista incrédulo no tiene de ordinario mas apego á sus opiniones, sino en cuanto se acomodan con sus vicios: no puede defenderse contra las pruebas de nuestras verdades, sin decirse interiormente que creeria lo contrario, si la fe fuese favorable á las pasiones así como se epone á ellas, y que entonces abrazaria la fe sin repugnancia. El incrédulo no dudó mientras tuvo buenas costumbres, y sus incertidumbres no nacieron hasta que sobrevinieron sus extravíos.

Al principio se estremeció por lo que despues escusó como una simple flaqueza, y por último se glorió de ello. Pero como el gusano roedor de la conciencia le hacia pasar crueles momentos, pretendió sufocarle, y para esto fue tambien preciso ahogar en su alma el presentimiento de una eternidad funesta: ¿y qué hizo? Imaginó que á una Magestad infinitamente benéfica é infinitamente feliz, no la convenia ocupar su atencion en los que somos viles átomos, y mucho menos castigarnos. Pero un ser racional no podia, digámoslo así, hacer pie en un terreno tan movedizo, ni detenerse en una cuesta tan rápida y pendiente, y así dijo, que el alma moria con el cuerpo, como habia nacido con él. De aquí nació el grosero materialismo, aquel horrible sistema de un todo puramente sensible, que poniendo la felicidad del hombre en los placeres de los sentidos limita su obligacion y sus deseos á contentarlos: principios contradictorios y ruinosos, establecidos en el tiempo del desórden y retractados en el de la penitencia. En la fuerza de la edad y en la de una salud que prometia vida larga, se blasfemaba sin freno: en la declinacion de la vida ó de las fuerzas, ya se cree, se reza, y con demasiada frecuencia sucede abandonarse al temor servil y

cobarde de Antíoco, ó á la desesperacion funesta del discípulo traidor. Si algunos sostienen mejor el personage del orgullo, ¿que se infiere de aquí, sino que son unas ciegas víctimas que sacrifican su misma eternidad al fantasma á que han sacrificado toda su vida?

¿Qué conviccion, qué evidencia no se necesita tener para tomar una resolucion en asuntos que importan la eternidad! Pero los mas obstinados incrédulos están lejos de tener de su parte la evidencia de que se jactan, y jamás han podido adelantar mas allá de las dudas. Colocados en un rincon del mundo, y sin saber, segun sus propios principios, de donde vienen ni á donde van, (si creemos á un sabio tan hábil en sondear la profundidad del corazon humano como en meditar la inmensidad del espacio) sin ver mas que infinitades y abismos, dispuestos á tragarlos por todas partes, siendo mortales de lo que no pueden dudar, y habiendo ya muchos andado gran parte de su carrera mortal, lo único que saben indubitadamente es que al salir de esta vida han de caer en la nada ó en el infierno; y lo que inferen de su incertidumbre sobre tan espantosa alternativa, es pasar el resto de sus dias en la indecision y en un estúpido descuido, ó tal vez en irritar de nuevo al Dios terrible que los ha de juzgar segun la persuasion de los hombres mas arreglados, pues á lo menos son en este punto, por una consecuencia necesaria, mas ilustrados que ellos. Si esto es lo que llaman ser espíritu fuerte, es preciso decir que toda la fuerza de su espíritu consiste en correr ciegamente entre unos peligros tan inevitables como temibles, y en no observar la prudencia con que se gobiernan en todos los demás asuntos, á en ser mas atrevidos en acomodar la razon y la conciencia á las pasiones.

Esta valentía, pues, ¿qué es lo que ganaría, aun cuando nosotros nos engañásemos con los Apóstoles, con los Mártires y con todos los Santos fundadores de una Religión, que si no estuviera ya establecida es la única que debieran desear? ¿Es por ventura felicidad, como el incrédulo pretende, imaginar ser aniquilado en la muerte? Pero este es el delirio de un delincuente que se quita la vida en un calabozo con el fin de escapar del suplicio. ¡Tan poco importa la vida! ¿Qué aventuraria el enemigo de la fe, aun cuando por imposible fuesen sus paradojas otras tantas demostraciones, en pasar algunos años en la paz y la estimación, en ser justo y honrado, amado y sociable, arreglado en sus costumbres, buen esposo, buen padre y buen ciudadano? Estos bienes produce la sumisión sincera al yugo de la fe, y esta verdad es tan constante y tan generalmente reconocida, que los mismos que no tienen valor para esta sujeción á la fe, se la desean por lo menos á sus hijos, á sus esposas, y á todos los que tienen con ellos algunas dependencias ó negocios de importancia.

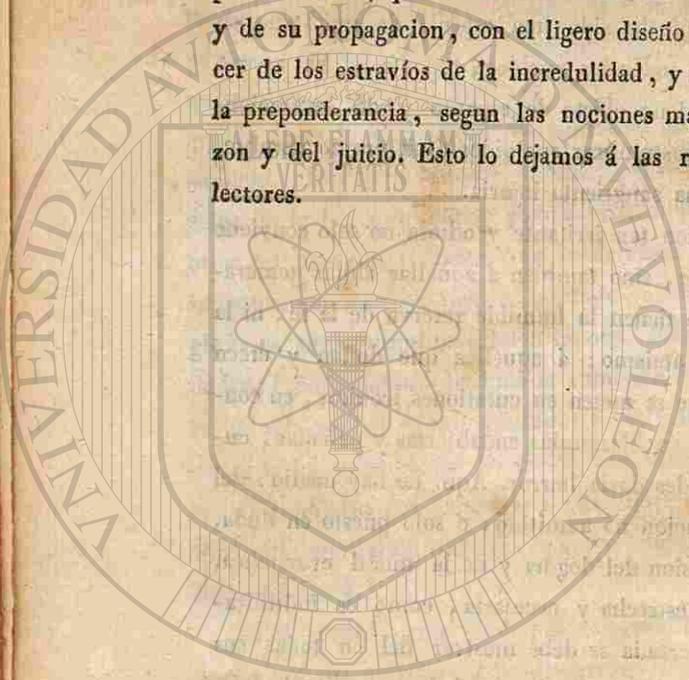
A la verdad, ¿qué confianza se puede hacer de un hombre que segun sus máximas debe despreciar la infracción de todas las leyes, cuando esta puede ocultarse, y que solo por inconsecuencia se sujeta á su observancia? Porque si no hay Legislador eterno ni supremo Remunerador, las leyes no tendrían su sanción, ni merecerían respeto, y todas las reglas de nuestras acciones y sentimientos serían invenciones arbitrarias ó vanas preocupaciones, y así la sumisión á estas leyes sería efecto del disimulo ó de la imbecilidad. De aquí resultaría que no hay orden público fundado en razón, y que cada ciudadano lo debe dirigir todo á su bien particular: que la autoridad del Príncipe

ó de los Magistrados no es mas que tiranía, el espíritu de subordinación cobardía y flaqueza, y en este caso la mas audáz independencia sería la magnanimidad mas digna de elogios. Consecuencias infelices, pero que se siguen necesariamente de la impiedad; y si un impío ha sido una especie de monstruo en todos los siglos y para todos los pueblos, todavía no ha cesado de ser para la multitud un objeto de espanto y de execración. Él mismo no puede acostumbrar sus oídos á su propio nombre, que le ofende como una sangrienta injuria.

Pero esta calificación tan irritante y odiosa no solo conviene á la apostasía declarada, sino tambien á aquellas almas temerarias y débiles, que no tienen la humilde reserva de la fe, ni la descarada audacia del ateísmo: á aquellos que dudan y creen segun su capricho, que se meten en cuestiones irónicas, en conclusiones sofisticas, y en blasfemias encubiertas y paliadas, cuya esplicación tal vez les daría horror. Aquí no hay medio: del menor punto de revelación no admitido, ó solo puesto en duda, hasta la entera subversion del dogma y de la moral evangélica, hay una conexión tan estrecha y necesaria, como es indubitable que la Verdad increada se debe mostrar fiel en todas sus palabras. Si todo cuanto Dios nos ha revelado y cuanto la Iglesia nos obliga á creer, no es en toda su extensión cierto y verdadero, absolutamente nada queda que en virtud de la fe, y por ser Dios quien lo dice, merezca la menor creencia, el menor respeto ni la menor atención; y así es preciso venerar y creer generalmente cuanto la fe nos enseña, ó pisarlo todo sin excepción, sin ninguna consideración política ó social, sin temer las consecuencias, pues todas ellas serían infinitamente menor mal que la tiranía del error; y así solo podrían detener á los

embusteros y cobardes: resultado horrible, pero necesario de las primeras libertades en materia de impiedad.

Cotéjese ahora la Historia de la Iglesia considerada en su primera edad, quiero decir la maravilla de su establecimiento y de su propagacion, con el ligero diseño que acabamos de hacer de los estravíos de la incredulidad, y dése la sentencia sobre la preponderancia, según las nociones mas comunes de la razon y del juicio. Esto lo dejamos á las reflexiones de nuestros lectores.



UNANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS





vimientos del que presidia la oracion. Solamente resonaba allí la voz del cantor que pronunciaba el salmo, ó del Sacerdote que decia la oracion. El que cantaba permanecia de pie y todos los demás sentados, á causa de sus trabajos y ayunos continuos. Dividian los salmos cuando eran largos, porque no querian rezar muchos sino rezarlos bien. Carecian de campanas y relojes; y el que cuidaba de despertar á los demás para los oficios de la noche, observaba las horas por las estrellas siempre visibles en el cielo del Egipto, y despues anunciaba la oracion con un caracol ó concha á manera de trompa.

Consistian todos los muebles de sus celdillas en una estera para acostarse, y un paquete de hojas grandes que les servia de almohada por la noche y de silla por el dia en la Iglesia y en la celda. No tenian oracion comun durante el dia sino el sábado y el domingo, la que se hacia á la hora de tercia, es decir á las nueve de la mañana: los demás dias permanecian solos orando y trabajando sin cesar aun por la noche cuando estaban despiertos, habiendo conocido estos grandes maestros de la vida interior, que lejos de distraernos, ninguna cosa es mas propia que el trabajo para fijar nuestros pensamientos: para esto elegian obras sedentarias y fáciles, como tejer esteras y hacer cestas. Así no solo atendian á su subsistencia sin ser gravosos á nadie, sino que se ponian en estado de egercitar la hospitalidad, y aun de distribuir limosnas copiosas en las aldeas y en las ciudades. Estaba prohibido que los hermanos recibiesen

cosa alguna de nadie para su alimento; y si nós quedan egemplos de las liberalidades hechas en su favor, solo se deben entender de los casos de necesidad que dispensaban de la regla general.

14. En diferentes partes de Egipto habia un número casi infinito de cenobitas y anacoretas; pero sobre todo en la Tebaida inferior y en las estremidades septentrionales del mar Rojo por el lado de la Palestina. Contábanse cerca de quinientos solitarios solo en el lugar llamado Matarea sobre la ribera oriental del Nilo, cerca de la ciudad de Hermópolis, adonde se creía que el Niño Jesus habia llegado huyendo del furor de Herodes. Iban estos siempre con sus vestidos muy blancos, observaban la mayor limpieza, y frecuentaban la comunión cotidiana. El santo Abad Póstumo gobernaba hasta cinco mil del otro lado del rio, todos herederos y observantes religiosos de la regla de San Antonio. Pero lo que mas admiraba en la vida ascética en la Tebaida inferior era la ciudad de Ojirínco, en donde habia mas terreno ocupado por los monasterios que por las demás casas, y muchos mas monges que ciudadanos. Oíanse de dia y de noche por todas partes las alabanzas divinas en esta ciudad que era muy dilatada. Habitaban en ella veinte mil vírgenes y diez mil monges: por mucho tiempo no moró en ella herege ni pagano alguno, sino que todos eran Cristianos católicos y dignos de su creencia. Veíanse allí por autoridad pública centinelas á las puertas para reconocer los pobres y los huéspedes: disputándose despues quién seria el primero en

hospedarlos, en tenerlos mas tiempo y en egercer con ellos la caridad mas tierna.

15. Los discipulos de San Pacomio se habian multiplicado de tal modo despues de su muerte en la alta Tebaida, que se encontraban hasta cincuenta mil juntos, segun el testimonio de San Gerónimo, para celebrar la pascua. Reuníanse otra vez al año por el mes de Agosto para elegir los superiores y oficiales de las diferentes casas, reconciliar los hermanos, y perdonarse los agravios: primer egeemplo que encontramos de muchos monasterios congregados bajo una misma regla. En el monasterio de la hermana del santo fundador separado de Távena por el Nilo, residían cuatrocientas vírgenes; y cerca de Antínoo habia otros doce monasterios de mugeres. En una palabra, el número de los solitarios de Egipto ascendia á mas de setenta y seis mil, y el de los religiosos á mas de veinte mil. No describiremos las virtudes que practicaban, ni aun las mas dignas de admiracion: esto no será grato á las costumbres de nuestro siglo y tampoco pertenece á mi objeto. Basta notar el estado floreciente de la vida solitaria en Oriente á fines del siglo cuarto. Duró de este modo hasta que las novedades heréticas del quinto, y sobre todo la de Eutiques, ocasionaron la turbulencia y el trastorno de la disciplina.

16. San Agustin edificaba la Iglesia en Occidente, no solamente con sus trabajos sino tambien con sus doctos escritos (1). Tomaban cada dia nuevo gra-

(1) *Posid. vit. S. August. cap. 7.*

do de perfeccion y autoridad estas producciones inagotables, lejos de debilitarse multiplicándose. Apenas veían la luz, cuando se esparcían por todas partes, y muchas veces sin que el santo Doctor llevase ánimo de publicarlas. Recogíanse con ansia sus respuestas á las preguntas que le dirigían de todas partes, sus esplicaciones de la sagrada Escritura y sus instrucciones familiares. Corrían á oírle así los hereges como los ortodoxos; llevaban escribientes para copiar todo lo que manaba de sus labios; resonaba por todas partes la fama de su nombre, y pasaba los mares, ocasionando la mayor inquietud á su Obispo Valerio, que temia que fuesen á buscarle para otra Iglesia; y el cuidado que tenia de ocultarle, no le aseguraba del todo.

17. Aprovechóse, pues, de su vejez y de sus enfermedades, y escribió en secreto al Obispo de Cartago para obtener que Agustin fuese ordenado como su coadjutor. Despues pidió á Mégalo, Obispo de Cálama y Primado de Numidia, que fuese á visitar la Iglesia de Hipona. Habiendo llegado, le declaró sus miras acerca de Agustin, como á otros Prelados que estaban presentes, á su Clero y á todo su pueblo. Escucháronle todos con vivas y aclamaciones, menos Mégalo tan preocupado contra Agustin, que le acusó de haber dado un filtro á una muger para hacerse amar de ella: tan cierto es que los mayores santos no están libres de las mas negras calunias. Mas la gravedad de esta sirvió únicamente para hacerla mas increíble. Estrechado Mégalo por los demás Obispos á

que probase la acusacion, no pudo verificarlo y se le obligó á pedir perdon al Santo. Reconoció en fin á las claras la inocencia del Doctor calumniado, de modo que él mismo le impuso las manos (1). Resistió Agustin inútilmente á una resolucion tomada con tanta solemnidad. Quiso demostrar que era contra el uso de la Iglesia que se ordenase un Obispo, viviendo el Pastor propio, pero se le citaron muchos egemplares de las mismas Iglesias del Africa. Tuvo por fin que desistir de una resistencia que ya principiaban á calificar de obstinacion escandalosa, y recibió la ordenacion en el mes de Diciembre del año de 395, que era el cuarenta y dos de su edad. Observó después que con razon perseveraba en su resistencia, y que el Concilio de Nicéa prohibia dar un Obispo á una Iglesia que aun le tenia vivo: disposicion que se propone solo al fin del cánon ocho, y que se podia haber leído muchas veces sin haberse fijado en ella.

18. Cuando disponia de este modo el Señor tales sucesos, parecia querer reparar de antemano con el Episcopado de Agustin la pérdida que la Iglesia iba á sufrir con la muerte del gran Arzobispo de Milán.

No tenia Ambrosio sino cincuenta y siete años, pero veintidos de un ministerio tan laborioso como el suyo, le habian envejecido y deteriorado mucho. Por lo demás, esta gran luz nunca brilló mas que al fin de su carrera: entonces aseguró á las Iglesias el derecho de asilo que no podia ser abusivo bajo un Prelado tan sabio. Fue mas celoso todavía de conservar-

(1) *August. lib. 4. contr. Crescen. cap. 64.*

las en el privilegio de guardar inviolablemente los depósitos; pero la preeminencia que las conservaba con el mayor cuidado, era la gloria de la beneficencia con todos los miembros de la república y el ejemplo del desinterés.

Habia dado una tierra á su hermana que estaba viuda el Obispo llamado Marcelo, con obligacion de dejarla á la Iglesia cuando muriese: donacion que fue disputada por Leto su hermano, y se defendió con mucho gasto y empeño por una y otra parte. Envióse por ultimo el asunto al Obispo Ambrosio á ruegos de las partes: consintió en dar la senteneia, pero solo en calidad de árbitro. Hizoles convenir en que Leto tendria la tierra en propiedad, con la carga de una pension para su hermana, y que después de la muerte de esta, ni el Obispo ni la Iglesia podrian repetir cosa alguna contra Leto: decision en que los dos encontraban ventaja, Leto en ganar el fundo ó la tierra, y su hermana en que recibia por usufructo todo lo que convenia á su estado, y el mismo Marcelo en que contentaba segun sus deseos tanto á su hermana como á su hermano. Solamente la Iglesia perdia; pero Ambrosio creyó que ganaba bastante por el honor que le hacia su generosidad, y por la paz que enseñaba á poner en las familias (1).

Estos eran los intereses de la Iglesia que el Santo miraba con tanto ardor, no juzgando indiferentes las menores apariencias en género alguno de edificacion y virtud eclesiástica. De manera que un aire de in-

(1) *Ambr. Epist. 38.*

modestia, un gesto poco arreglado, un paso ó algunos modales no tan ajustados á la moderacion, eran otras tantas razones decisivas para ser escludido de las plazas clericales. Negó una que solicitaba un sugeto á quien amaba por otra parte, solo por la razon de su exterior poco modesto (1). Prohibió á otro clérigo que habia incurrido en un entredicho de algun tiempo, levantando el entredicho, que jamás le acompañase, porque no andaba con la compostura debida. Hizo conocer el éxito que los Santos mas caritativos saben discernir muchas veces mejor que los profanos mas suspicaces: pues el primero de estos dos abandonó la fe en la persecucion de los Arrianos, y el otro renunció del mismo modo la profesion de la sana doctrina por un negocio de interés.

19. En Verona vivia una virgen llamada Indicia, que el Obispo habia consagrado á Dios despues de las pruebas mas convincentes: residia con Santa Marcelina, hermana del santo Arzobispo, y tenia una gran reputacion de virtud. Fue sin embargo acusada no solo de haber profanado su consagracion, sino tambien de haber hecho peracer el fruto de su incontinencia. El Obispo Siagrio, sucesor de Zenon, dió crédito á esta calumnia; y contra todas las reglas del pudor y de la equidad, sin algun procedimiento legal, ordenó que Indicia fuese visitada por las matronas. Querellóse esta al Arzobispo, que exigió testigos y un acusador en forma; mas nadie quiso ser lo uno ni lo otro. Vióse efectivamente que no habia sino ru-

(1) *Ambr. lib. 1. de offi. cap. 18.*

mores vagos sin algun testimonio fundado y bien probado. Por el contrario, muchisimas personas de probidad hablaban con honor de la conducta de Indicia, que quedó justificada con mucha gloria suya. Los perturbadores fueron privados de la comunion hasta satisfacer á la calumniada, y el Obispo Siagrio fue tambien reprendido agriamente, por haber ordenado con sobrada ligereza un registro, que segun se da á entender, seria un tormento para el pudor, y casi siempre es una prueba del delito tan incierta como vergonzosa (1).

20. La ordenacion de San Honorato para la Silla de Vercelis, fue otra de las últimas acciones de San Ambrosio, á quien nada pareció jamás tan importante como ordenar buenos Obispos. Habia impuesto las manos á San Gaudencio de Brescia y á San Felix de Cómoo. Cuéntanse tambien en el número de los Santos sus Diáconos Venerio y Felix, formados por él mismo para el Episcopado á que efectivamente ascendieron. Teódulo su secretario fue contado entre los mas dignos Obispos de Módena. Por lo perteneciente á la eleccion de Honorato superó grandes dificultades; y permaneció la Silla de Vercelis vacante largo tiempo por la discordia suscitada en esta Iglesia, sin que las cartas del santo Arzobispo produjesen efecto alguno: de modo que para conciliar los ánimos, tuvo que ir á Vercelis poco antes de su muerte.

21. Una Reina de los Marcomanos llamada Fritigila, se convirtió por este mismo tiempo al cristia-

(1) *Ambr. Epist. 5.*

nismo, conmovida con la relacion que habia oido referir del santo Arzobispo á un hombre que habia llegado de Italia (1). Envió la Reina Embajadores con presentes magníficos para la Iglesia de Milán, suplicando á este Prelado que la instruyese por escrito: movida aun mas con sus cartas corrió á Milán, en donde no encontró ya vivo al santo. Tambien se habian dirigido algun tiempo antes á Milán dos señores Persas de los mas distinguidos é ilustrados de la nacion, habiendo llegado á sus oidos la fama de la sabiduría de Ambrosio, para conferenciar con él (2). Propusieron á estilo de los Orientales cuestiones alegóricas y misteriosas, á las que satisfizo sin cesar desde las seis de la mañana hasta las nueve de la noche: y para que nadie dudase sobre el objeto de su viage, partieron en la misma mañana en que vieron cumplidos sus deseos.

22. Era afable el Santo, y no ponía en olvido ni los usos de la urbanidad, ni los modales de la grandeza; y aun algunas veces daba de comer á los Prefectos, Cónsules y principales señores del Imperio, lo que todos tenían á mucho honor. Cuentan del Conde Arbogaste, que estando á la mesa con algunos Príncipes bárbaros fue preguntado si conocia al Obispo Ambrosio. „Sí, contestó Arbogaste, y me glorío de mi amistad con él, y muchas veces he comido á su mesa. No sin causa, pues, dijo uno de estos Príncipes, sois tan dichoso en los combates. ¿Nos admiraremos ya de vuestros prósperos sucesos, contando

(1) *Paul. in vit. S. Ambr. n. 36.* (2) *Idem. ibid. n. 35.*

por amigo un hombre que con una palabra detiene el sol en su carrera?” Era sin duda un ayuno perpetuo la vida ordinaria de Ambrosio, pues no comía sino el sábado y el domingo; porque en Milán no se ayunaba el sábado ni aun en la cuaresma. Cuando residia en otra cualquier Iglesia pagaba tributo á la costumbre de los lugares. Aunque convidaba á otros á comer, nunca comió en casa alguna, á no ser que viajase. Sostenia tambien como máxima el no tener parte en la distribucion de los cargos, ni inmiscuirse en matrimonio alguno.

23. Hirióle por fin la enfermedad de que murió, y tuvo que guardar cama por largo tiempo. Apenas conoció su peligro el Conde Estilicon, cuando lo miró como una desgracia grande para el Imperio. Juntó, pues, todos los mejores amigos del Santo, y los obligó á que fuesen á verle y rogarle que obtuviese del Señor la prolongacion de sus dias. Nada era mas conforme á sus propios deseos, que daban á entender al santo Obispo con sus lágrimas mas que con sus palabras. „No ansio vivir, les respondió, ni temo morir: mi vida y mi muerte están en manos del Señor; disponga lo que mas sea de su agrado segun su misericordia.”

Observando sus Diáconos que iba decayendo tan sensiblemente, hablaban ya á la estremidad opuesta de la pieza en donde estaba el lecho del enfermo, sobre el sucesor que se le podria dar; mas conferenciaban tan pasito, que necesitaban la mayor atencion para oirse unos á otros. Habiendo nombrado no obs-

tante á Simpliciano, á pesar de la distancia, tomó el Santo la palabra como si fuera de la conversacion, y dijo en voz alta aprobando la eleccion: *es viejo, pero es bueno*. Quedaron tan confusos, que huyeron con precipitacion: pero Simpliciano le sucedió en efecto. Vió despues San Ambrosio á Jesucristo venir hácia él con un semblante risueño; lo que confió á Basiano, Obispo de Lodi que oraba con él, y poco tiempo despues espiró (1). El dia mismo de su muerte permaneció en oracion desde las cinco de la tarde hasta su último aliento con las manos en cruz, y moviendo los labios sin que se pudiese entender lo que decia. Habia ido á tomar algun reposo el Obispo de Vercelis, no creyendo tan cercano este momento; oyó una voz que le llamó por tres veces diciéndole: „levántate al instante que va á partir.” Corrió y le dió todavía el cuerpo del Señor, y apenas le recibió el Santo cuando entregó el alma al Criador, la noche del viernes al sábado santo del 4 de Abril del año 397.

24. Aparecióse en Oriente el mismo dia á algunos santos personajes, como se supo poco despues por una carta firmada el dia de su muerte, que su sucesor guardó religiosamente. A la hora misma que espiró, y mucho antes de salir el sol, fue llevado su cuerpo á la Iglesia mayor; en la que permaneció el sábado y la noche siguiente, en el lugar donde se administraba el bautismo solemne. Muchos niños que acababan de recobrar la inocencia primitiva, daban

(1) *Posid. in vit. S. August. cap. 27.*

á entender al salir de la pila que veían al santo Obispo; le señalaban con el dedo ya desde el medio de la Iglesia, ya desde la Cátedra Episcopal, haciendo vanos esfuerzos por enseñarle á sus padres. Celebráronse los santos misterios el domingo de Pascua al amanecer, y despues trasladaron el cuerpo del Santo á la Basílica Ambrosiana, en donde fue enterrado. No mostró el Señor entonces con menos prodigios la gloria de su siervo; porque asistiendo á sus funerales una multitud innumerable no solo de Cristianos, sino tambien de Judíos y Paganos de ambos sexos, de toda edad y condicion, por todas partes tiraban pañuelos para que tocasen al cuerpo, y los nuevos bautizados recibieron las señales mas brillantes de su valimiento en el cielo.

25. Murió un año despues del santo Obispo de Milán, el Papa San Siricio; es decir, en 398 á 26 de Noviembre, despues de un Pontificado de cerca de catorce años. Habia poco que se habia dejado sorprender por Rufino (*), que con Santa Melania regresaba de Palestina á Roma, en donde publicó una traduccion tanto de la obra de Origenes intitulada: *De los principios*, como de la Apología de este Doctor atribuida al Mártir San Pámfilo. No tenia Siricio motivos para sospechar de un autor elogiado por los mayores personajes de su tiempo, y le concedió letras de comunión. Habiendo llegado á conocer despues el

(*) Entiéndase esta sorpresa como perteneciente á un hecho puramente personal, no en materia de fe ó de disciplina.

veneno de estas obras, fue condenado por el Papa Anastasio, inmediato sucesor de San Siricio.

26. Consolóse la Iglesia este mismo año de sus pérdidas con la elevacion de San Juan Crisóstomo á la Silla de la ciudad imperial de Oriente. Conocia su mérito todo el Imperio antes de la muerte del Patriarca Nectario; y el eunuco Eutropio, poderoso bajo el Emperador Arcadio, habia penetrado principalmente la grandeza del mérito de este célebre Sacerdote en un viage que habia hecho al Oriente. Fue propuesto Crisóstomo para la Silla vacante, y electo inmediatamente con aclamacion general del pueblo y del clero. Algunos eclesiásticos ambiciosos que buscaban indignamente los votos, solo habian podido dilatar la eleccion con sus intrigas; pero al oír el nombre de Juan de Antioquia todos se unieron á favor de este humilde y docto Sacerdote, que temia el Episcopado aun mas que los otros lo ansiaban. No se trató sobre el modo de obtener su consentimiento, porque estaban resueltos á hacerle Obispo aunque fuese con violencia; pero la dificultad consistia en sacarle de Antioquia, en donde en su ministerio sacerdotal habia doce años que arrobaba todos los corazones con los encantos de su elocuencia y con la gloria de sus virtudes. Recelaban con razon que aquel numeroso pueblo, tan propenso por otra parte á sublevarse y tan milagrosamente adicto al ángel tutelar que en el suceso memorable de las estatuas habia preservado á sus conciudadanos de la desesperacion, y á la ciudad entera de su ruina; recelaban, repito, que se levanta-

tase un tumulto. Eutropio envió pues, á decir, al Conde de Oriente que le entregase despues de haber tomado sus precauciones. Suplicó entonces el Conde á Crisóstomo, con pretesto de algun negocio, que pasase á verse con él en una Iglesia cerca de la puerta romana; en donde le tomó en su coche, y con gran diligencia le condujo hasta el lugar convenido, entregándole allí á los oficiales enviados de la corte.

27. Para dar á la ordenacion mas solemnidad, habia mandado el Emperador llamar al Obispo de Alejandria, como el primer Prelado del Imperio de Oriente. Tenia Teófilo otras miras, y temió á Crisóstomo cuando trató con él. Por su suspicacia y facilidad en juzgar de todo ingenio y del carácter de los hombres, notó en él una presencia de espíritu, una firmeza y una rectitud inflexibles, unidas á una alma sensible, generosa y propia para grangearse amigos y admiradores. Vió pues un rival en este nuevo Obispo de la corte; pero sus representaciones y la oposicion de su envidiosa política fueron inútiles: porque Eutropio amenazó, y dió á sus amenazas un motivo canónico. Conocia Teófilo que no debia oponerse al Gobernador ni á los cánones, y así aparentó volver por persuasion al modo general de pensar, y aun quiso tener el mérito de hacer la ordenacion. Así el nuevo Patriarca fue ordenado el 26 de Febrero del año 398 con la mas perfecta unanimidad.

28. Brillante era la dignidad, pero llena de disgustos y peligros, no habiendo conseguido el celo del último Emperador libertar el pais de los hereges que

le infestaban. Fiel era el rebaño ; pero le cercaban los lobos por todas partes , como lo observa el nuevo Pastor en el primer discurso que hizo poco despues de su ordenacion. Efectivamente , aunque los Arrianos no osasen reunirse en Constantinopla , estaban llenas de ellos las inmediaciones , sin numerar á otros sectarios , como los Marcionitas , Maniqueos y Valentinianos. Sin embargo , elogia el Santo el fervor de su pueblo. „¿A quién no causa admiracion , les dice , vuestro celo , vuestra fe y vuestra caridad sincera? Os he dirigido la palabra una sola vez , y experimento ya los mismos sentimientos que si hubiera visto la luz entre vosotros. No , no puedo menos de amaros tanto como á la Iglesia en donde nací y me eduqué. Hermana es de la vuestra como lo mostrais por la conformidad de vuestras obras , en las que igualais en el amor que teneis á los que os instruyen ; y si aquella Iglesia es mas antigua , corre mas riesgo de que prenda en ella el fuego de la heregia (1).

29. La multitud de leyes publicadas entonces contra los hereges , demuestra la razon que tenia San Crisóstomo para hablar así. Recayó la mayor severidad sobre los Apolinaristas y Eunomianos , cuyos clérigos fueron arrojados de todas las ciudades , y se les prohibió reunirse hasta en el campo bajo pena de confiscacion de la casa en donde se congregasen , y del último suplicio al que se la diese. Mandaron tambien quemar sus libros bajo pena de muerte : y estas ór-

(1) *Chrysost. Homil. 1. cont. Anom. tom. 6.*

denes fueron firmadas en el 4 de Marzo , y atribuidas al eunuco Eutropio que se proponia establecer sólidamente la autoridad de San Crisóstomo desde el principio de su Episcopado.

En Occidente Estilicon con las leyes publicadas bajo el nombre de Honorio , trabajó sobre todo en reprimir las violencias de los sectarios contra el clero y los lugares santos. Manda que el culpado sea delatado á las potestades por los magistrados y estacionarios ; es decir , por la autoridad pública , y que el Gobernador de la provincia castigue con pena capital á los que fuesen conocidos , sin esperanza á las quejas del Obispo , á quien la santidad de su ministerio (esta es la espresion de la ley) no deja sino la gloria de perdonar (1). Si la multitud rebelde se empeñase en defenderse , exigirán los Gobernadores particulares auxilio al Conde que tenga el mando general de las tropas. Dióse esta orden principalmente para el África que se menciona allí , y directamente se promulgó contra las excesivas violencias de los Donatistas durante las turbulencias de la guerra de Gildon.

30. Este era hijo de uno de los Reyes de Mauritania , que por su antiguo amor á los Romanos habia sido elevado , aunque Pagano , á la dignidad de Conde por el Emperador Teodosio , y se sublevó en tiempo de Honorio. Su hermano Mascecel que era Cristiano , conservó su fidelidad al Emperador , y se separó prontamente de Gildon , dejando en África sus dos hijos , á quienes su bárbaro tio despojó de la vi-

(1) *Cod. Theod. de Episcop. l. 31.*

da. Masecel partió á hacer la guerra á este hermano desnaturalizado; pero iba con solos cinco mil hombres, y Gildon tenia setenta mil. Conforme al método del gran Teodosio, en cuyo tiempo habia militado Masecel, recurrió lleno de fe y religion á las oraciones y á las buenas obras para suplir la minoridad de sus fuerzas. A pesar de esto, la víspera de la pelea se entregó al temor, y pretendia levantar el campo para refugiarse en los montes. Apareciósele por la noche San Ambrosio, y dando tres golpes en la tierra con su báculo, le dijo: *aquí, aquí*. Entendió que el Santo le ofrecia la victoria si peleaba en donde estaba acampado, y corrió al punto en busca del enemigo. No dudó ya de la victoria; mas quiso economizar la sangre de su nacion, y propuso la paz á las líneas avanzadas que le hacian frente. Vió á un porta-estandarte entretanto que animaba con viveza á los rebeldes al combate: voló Masecel y con la espada le obligó á bajar la bandera. Observando esto los cuerpos distantes y siempre adictos á su antiguo General, se convencieron de que los primeros batallones se le rendian, y fueron á porfia á rendirle homenaje. Quedaba con Gildon una multitud de bárbaros é idólatras que abandonados de las tropas regladas se dispersaron huyendo. Gildon llegó al mar con ellos; y ya habia entrado en el barco cuando fue preso y llevado á África, en donde se quitó la vida por sus propias manos.

31. Seguian los Donatistas á los enemigos del Imperio, como suelen hacerlo los contrarios de la Iglesia.

Era tan conocido por su parcialidad y afecto á Gildon Optato, su Obispo en Tamaguda en la provincia de Cartago, que no se le llamaba sino con el nombre de Gildoniano. Tenia por otra parte un ingenio mas apto para la milicia que para la Iglesia, y así marchaba siempre al frente de una tropa de personas armadas. Prolongáronse por mucho tiempo por su medio los desórdenes de la rebelion despues de la muerte de su autor. Optato hizo durante diez años la guerra á los Católicos, persiguiéndolos con todo rigor por mar y tierra, y cometió contra ellos un sin número de delitos y de horrores. Preso finalmente como cómplice de Gildon, murió en las prisiones, y por esta razon sus partidarios fanáticos le dieron el título de Mártir.

32. Alentaron estos escesos el celo de San Agustin á favor de la reunion. Usó de la autoridad que le conferia el carácter episcopal, no solo por el bien de Hipona, sino tambien por la edificacion de las principales ciudades en donde se le rogaba muchas veces que predicase. Asistian los Donatistas á sus discursos en tan gran número como los Católicos, y aun parecia que concurrían con mas frecuencia y atencion. Referian con exactitud la doctrina del Santo á sus Obispos, y despues le daban cuenta de las contestaciones de estos falsos doctores. Escuchábalos Agustin, y satisfacía á cada punto con una dulzura inalterable, aunque usasen muchas veces de groseras injurias. Buscábalos y escribíales en los términos mas atentos y afectuosos para representarles la verdad con

todos sus atractivos , para incitarlos á conferenciar con él , y para tratar de las dificultades sin amargura y sin preocupacion. El temor que mostraban las cabezas del partido de entrar en conferencia con un hombre tan sabio , les obligó á huirle el cuerpo por largo tiempo. „ Pero qué pueden temer de un principiante y aprendiz como yo , decia el humilde Doctor , los que hace tantos años que egercen el episcopado? Si recelan de la débil ventaja que nos dan las letras humanas , ¿qué tienen estas que ver con el fondo de nuestra controversia? Existen tambien Prelados católicos que no las estudiaron ; yo suplicaria á alguno de ellos , si queria , que hiciese mis veces ; pues el Señor no necesita de la sabiduría humana para que triunfe la verdad. ” Dióse principio por fin á causa de algun incidente á tratar las verdades de la Religion con algunos principales de los Donatistas ; pero con poco fruto. Pretendieron que el Concilio de Sárdica habia comunicado con los Obispos de su partido , y para probarlo presentaron un egemplar de dicho Concilio. Agustin tomó el libro , y examinando con atencion los decretos , observó que se condenaba en él al Papa Julio y á San Atanasio. Hecha esta observacion demostró sin dificultad , que el tal egemplar era de un Concilio arriano ; y quizás del de Filipópolis , que se habia abrogado en efecto el nombre de Concilio de Sárdica. No tuvo efecto alguno este descubrimiento , sino que los cismáticos principiaron á ser mas desconfiados y perspicaces , y rehusaron entregar el egemplar á Agustin , que pre-

tendia examinarle á fondo. Probó tambien sin respuesta con tan poco fruto que el primer Obispo de Cartago , de quien los Donatistas se habian separado , habia perseverado en la comunión de la Iglesia Romana , en la que dice , estuvo siempre la primacia de la Cátedra Apostólica.

33. No dejaron estas conferencias de ser útiles á la Iglesia de África , motivando el que se celebrasen dos Concilios en dos años consecutivos , en los cuales se formaron muchos reglamentos de disciplina , cuya sabiduría los hizo conservar religiosamente hasta nuestros dias. El de 397 compuesto de cuarenta y cuatro Obispos , prohíbe á todos los clérigos entrar en las tabernas para comer y beber , no siendo por necesidad y yendo de viage. Védales tambien tener en su casa muger alguna estraña , sino solo su madre , su abuela , su tia , su sobrina y las mugeres de sus hijos casados , ó las de sus esclavos , ó en fin las de su familia que estaban ya en casa de los clérigos antes de su ordenacion. Prohíbese todo tráfico sórdido á los Obispos , á los Sacerdotes y demás clérigos , y se manda que los que careciendo de hacienda al tiempo de su ordenacion adquiriesen despues bienes raices , serán tenidos por usurpadores de los bienes sagrados , si no los diesen á la Iglesia ; á no ser que los hubieran adquirido por herencia legítima. Debe ser la edad de la consagracion de las vírgenes á lo menos de veinticinco años. Por este artículo se viene en conocimiento de que habia unas vírgenes que vivian en comunidad , y otras que ha-

bitaban en casas particulares; pues se ordena, que á las que estuviesen huérfanas, se las pondria por los cuidados del Obispo en un monasterio de vírgenes, ó en compañía de algunas mugeres virtuosas. Reprimie un abuso muy singular el cánón sexto, que consistia en dar la Eucaristía á los cuerpos muertos. Trataban de las ordenaciones la mayor parte de los restantes cánones, las que no siempre se celebraban en algunos tiempos determinados; pues el Obispo de Cartago para que se conociese la dificultad de asistir, segun el uso ordinario de África, doce Obispos á esta ceremonia, dice, que tenia que hacer ordenaciones todos los domingos. Reforma tambien este Concilio los títulos pomposos que se daban al Obispo de la mayor Silla de su provincia, como los de soberano Sacerdote, ó príncipe de los Sacerdotes, y quiere que se le llame simplemente Obispo de la primera Silla: de donde proviene el título de Primado, que tomaban en el África los primeros Obispos de cada provincia.

Cuando tuvieron fin todas las turbulencias con la derrota de Gildon, hubo en Cartago un Concilio nacional mucho mas numeroso que el antecedente, pues se enumeran en él doscientos catorce Obispos, y se establecieron ciento y cuatro cánones, cuya mayor parte habla tambien de la ordenacion, y de las obligaciones del clero. El exámen que prescribe el primer cánón antes de consagrar un Obispo, se parece mucho á lo que se encuentra todavía en el principio del ceremonial de nuestras ordenaciones. Dice el

segundo, que los esposos despues de haber recibido la bendicion del Sacerdote, deben por respeto al Sacramento guardar la continencia la primera noche. El veinticuatro escomulga al fiel que en los dias solemnes frecuente los espectáculos en vez de asistir á los oficios de la Iglesia. Ordénase á los clérigos por el cincuenta y uno que trabajen para ganar con que alimentarse y vestirse.

34. Las labores de manos encargadas por este Concilio á los clérigos, parecian á los monges de una obligacion mas rigurosa: el trabajo era materia tan importante para San Agustin, que formó espresamente un tratado, en el que dice, que los ministros del altar tienen derecho á ser alimentados por el pueblo. Mas por lo respectivo á los monges, á mas de que no eran del cuerpo de estos ministros, corria riesgo de que su profesion sin el trabajo viniese á parar en una vida ociosa y relajada. Observa con mucha sagacidad, que habiendo visto la luz la mayor parte en la última clase de los ciudadanos, artesanos, paisanos, y algunas veces esclavos, habian tenido en el mundo una vida pobre y laboriosa, y que el retiro sin el trabajo seria para ellos un escollo; y no se podian desterrar de los monasterios estas clases de gentes humildes, que muchas veces daban grandes Santos. No cabe duda de que la mudanza ocasionada despues de aquel tiempo, en cuanto á la condicion de los monges que se recibian, introdujo en los monasterios un nuevo modo de vivir.

35. Celebróse otro Concilio en Cartago en el Pon-



tificado de Aurelio, contado comunmente por el quinto de aquella Iglesia. Prohibe entre otras cosas llamar á los clérigos para ser testigos en justicia: tal era la mansedumbre que se deseaba en el clero. Mandan tambien en él, que los clérigos condenados canónicamente, de cualquiera orden que fuesen, por nadie debian ser defendidos; y aun se resolvió pedir á los Emperadores una ley que impidiese eficazmente oponerse á las deposiciones de los Obispos, y á las que hubiese resuelto algun Concilio: esta ley se consiguió como se solicitaba. Ordénase que el intercesor ó visitador de una Iglesia, es decir, el que cuidaba de ella cuando estaba vacante, la proveyese de un nuevo titular en el año de la vacante, ó que no pudiendo hacerlo establezca á fin de año otro intercesor. Esto puede haber dado margen á la ley que priva de la colacion de un beneficio á todo patrono que se descuida en presentarle. Merece tambien atencion el sexto cánon, porque prescribe bautizar sin escrúpulo á los niños, cuyo bautismo no constase de un modo cierto; lo que muestra el descrédito en que habia caido entre los Católicos el error de los rebaptizantes.

36. Celebróse un Concilio en Toledo por el mismo tiempo, y es el primero de esta Iglesia. Escomulgó al fiel que además de una esposa legítima tiene una concubina; pero no al que no tiene otra muger. Debe observarse para la inteligencia de esta disposicion, que habia una especie de mugeres que se llamaban concubinas. Segun las leyes Romanas era necesario que hubiese proporcion en la calidad de los

que se casaban: un Senador no podia casarse con una esclava que habia recibido ya la libertad, ni un ciudadano con una esclava; y la union de esclavos entre sí aunque legítima, no se llamaba matrimonio. Mas la ley permitia que la que no podia ser muger por su clase, ocupase el lugar de concubina. Esta que se llama concubina, además de ser única muger debia estar unida con el vínculo conyugal y sin haber contraido otro lazo con persona alguna. Los hijos que nacia de esta union no eran ni legítimos ni bastardos, sino hijos naturales y capaces de recibir donaciones. La Iglesia no tomaba parte en estas distinciones, sino que dejaba correr en general la union de los dos sexos, con tal que se observase la unidad y estabilidad; y así no se oponia á los derechos civiles, y los Emperadores respetaban los derechos del sacramento. Se halla por la primera vez en este Concilio de Toledo, que á la Cabeza de la Iglesia se le da el nombre de Papa por excelencia (*).

(*) Este primer Concilio de Toledo, que se puede llamar general de España por haber asistido Obispos de las tres provincias, Tarraconense, Cartaginense y Lusitana, se congregó para condenar con toda solemnidad la heregia de los Priscilianistas, y procurar la reunion de todos los Obispos Españoles, de los que algunos estaban separados por adictos á los hereges, y otros por su estremado rigor como partidarios de Itacio. El día 25 de Agosto del año 400 se tuvo la primera sesion, en la que presidió Patruino de Mérida, como tambien en todas las siguientes. Se leyó ante todo y confirmó el símbolo de la fe; se formaron diez y ocho anatematismos contra los errores de Prisciliano; y á mas veinte cánones de disciplina. Se puede ver el contesto de todos estos decretos, y su esplicacion y verdadera inteligencia en la

37. Entre tanto Arcadio, ó mas bien Eutropio, promulgó contra los asilos una ley que afligió sensiblemente al clero. Es cierto que se abusaba de la protección que los clérigos y los monges daban á las personas cargadas de delitos ó de deudas; pero el orgulloso eunuco no satisfecho con reformar los abusos, despojó á las Iglesias del mismo derecho, prohibió refugiarse en ellas en adelante, y obligó á arrojar de allí á los que se habian retirado á su recinto. Algunos templos habian estado en posesion de este privilegio mucho tiempo antes que las Iglesias cristianas, y esto hacia que se mirase esta súbita supresion como una violencia injusta; tanto mas cuanto no se podia declamar contra la impunidad ni corrupcion de costumbres. Eran de un rigor extremo las penas que imponia entonces la Iglesia á sus penitentes; y si conservaba la vida á los criminales, al mismo tiempo cuidaba de oponer los mas fuertes diques contra los delitos.

38. No podia ya sostener el peso de su fortuna Eutropio, levantado del polvo y elevado rápidamente al colmo de la grandeza. Habia sido esclavo, y despues se habia introducido entre los eunucos del

coleccion de los Concilios de España del Emmo. Aguirre, tom. 2. Lo mas singular de este Concilio, y lo que le ha hecho mas célebre es la adición de la partícula *Filioque* puesta por la primera vez en el símbolo Constantinopolitano; cuando al explicar la creencia en el Espíritu Santo dijeron los Padres: *qui ex Patre Filioque procedit*: confesion que fue admitida despues por toda la Iglesia como la mas apta y terminante para proscribir la herejía de los Griegos.

palacio, en donde con la adulacion é intriga habia encontrado medio de ganar la confianza del Emperador. Rufino, que habia tenido largos dias á Arcadio en tutela, acababa de despeñarse, despues de haberse elevado hasta el último punto, y Eutropio habia arrebatao sin temor y sin recelo su crédito y toda su grandeza. La Emperatriz Eudisia le dispensaba su protección con una eficacia proporcionada al servicio que la habia hecho, procurando con sus maniobras su matrimonio y su coronacion, no obstante que ella era de origen bárbaro. Obtuvo el cargo de camarero mayor, y la dignidad de Patricio por favor de esta Princesa; y por una gracia que carecia de egemplar y careció despues, fue elevado aunque eunuco al Consulado. No creía él por entonces en que los altares á los que despojaba de sus prerogativas, serian pronto su único asilo. Habia mandado publicar la ley contra los asilos, temiendo que los Grandes que hacia proscribir evitasen los furores de su venganza; pero se vió precisado á buscar su propia seguridad en la transgresion de su ley. Los Grandes, los Generales y la misma Emperatriz, á quien este hombre atrevido dicen habia amenazado echarla del palacio, todos se unieron contra él con el Emperador, y resolvieron su ruina.

Buscó Eutropio en esta estreñidad, aunque Pagano, su salud en la Iglesia; y San Crisóstomo se opuso con generosidad á los que querian arrojarle de ella. Valióse el elocuente Patriarca de una circuntancia tan capaz de hacer impresion en el concurso prodigioso,

atraído por la singularidad del espectáculo, para manifestar la vanidad de las grandezas humanas. „¿Dónde están al presente, dice á Eutropio, vuestros aduladores y esclavos, esa multitud que corria delante de vos para derribar ó postrar á los ciudadanos que os pudieran estorbar, como si fuerais una divinidad? Estos ahora están ocultos, abjuran una amistad peligrosa ó estéril, y fundan su fortuna sobre las ruinas de la vuestra. No lo hacemos así nosotros: la Iglesia, á quien habiais declarado la guerra, abre su seno para recibirlos; y el teatro que protegiais, que tanto os costó, y que pretendiais que reverenciásemos nosotros, nada puede, y os vende con su indiferencia. No lo digo para insultar á vuestra desgracia, ni lo quiera Dios, sino para instruir á esta multitud que apenas cree las mudanzas que presencia. Todos vosotros, hermanos míos, lo sabeis como yo, y lo visteis con vuestros propios ojos cuando vinieron del palacio para llevarle de aquí, cómo corrió á los vasos sagrados, trémulo, con un semblante mas muerto que vivo, y dirigiendo súplicas á los ministros santos con voz mal articulada y ahogada por el temor. Jamás pareció el altar tan magestuoso como desde que tiene este leon encadenado (1). Procura el orador escitar despues en sus oyentes la compasion mas generosa, para salvar aquel desgraciado y obtener su vida del Emperador, para que no le faltase tiempo de reparar sus crímenes y llegar á la gracia del bautismo. Vió cumplidos

(1) *Chrysost. Orat. in Eutrop. Tom. 4. alias 8.*

el Santo sus designios por algun tiempo, no sin trabajo ni sin peligro.

Corrieron á la Iglesia con armas, amenazaron al caritativo Pastor y le condujeron con violencia al palacio; pero nada le conmovió: no entregó al refugiado, y nadie osó violar el lugar santo. Fue Eutropio no obstante preso, pero por descuido suyo y fuera del recinto de la Iglesia: le desterraron á la isla de Chipre, privándole de todos sus bienes y títulos, y borrando su nombre de los fastos, en donde se inscribia el de los Cónsules. No quedaron todavía satisfechos sus enemigos; y de Chipre se le condujo de nuevo á Calcedonia, en donde le degollaron.

39. Los espíritus mal intencionados no dejaron de censurar los discursos de Crisóstomo, pretendiendo que no se habia opuesto al furor general, sino para insultar mas tiempo al desgraciado objeto de él. Yá el celo activo y sin respeto humano del Patriarca comparado con la lentitud y facilidad de su antecesor, le habia ocasionado muchos enemigos en su clero, que veían con temor la autoridad adquirida por el conjunto de todos los talentos y virtudes. Ofendíalos sobre todo que se hubiese atrevido á declamar contra un abuso, no obstante que era tanto mas arriesgado, cuanto la pasion disfrazada le daba un aire de virtud. Vivian con vírgenes muchos eclesiásticos bajo pretesto de caridad, y las llamaban hermanas adoptivas; pero el público las daba el nombre equívoco de subintrusas. No dejaba de ser especioso el pretesto, pues se trataba de favorecer á una edad y

á un sexo débil, á unas huérfanas sin apoyo y sin esperiencia, que no podian por sí mismas cuidar de sus negocios temporales, especialmente en un país en donde la severidad de las costumbres apenas permitia á las doncellas presentarse en público. Los Sacerdotes por su parte encontraban la ventaja de desentenderse de los cuidados domésticos y mecánicos, para los cuales las mugeres son mucho mas aptas que los hombres. Tambien se alegaba el motivo relumbrante de quedar mas libres para las funciones del ministerio santo. Pretendia el Patriarca por el contrario, que nada podia equilibrarse con el escándalo y el peligro real de estas compañías; y no contento con hablar enérgicamente contra ellas en sus discursos, compuso dos tratados, uno contra dichos eclesiásticos y otro contra sus compañeras. En ellos destruye todos los fundamentos artificiosos de esta sociedad que llama no solo equívoca, sino tambien escandalosa; pues no estaba contenida por parentesco, ni matrimonio carnal ni espiritual, sino que se veía amenazada por una mezcla estravagante de los peligros é inconvenientes de uno y de otro.

La adhesion que muchos clérigos mostraron á este género de hermanas, le persuadió que no era tan inocente como decian, y echó de la Iglesia á los refractarios. Reprendió tambien á los eclesiásticos el frecuentar mucho las casas de los ricos, en donde se hacian á un mismo tiempo sus aduladores y sus bufones. Examinó despues la administracion de los bienes de la Iglesia; observó profusion hasta en el gasto

doméstico del Obispo, y aplicó lo superfluo de este al alivio de los pobres y á la construccion de algunos hospitales. En una palabra, ninguna cosa se ocultaba á su vigilancia. Mandó que se le presentasen todas las viudas consagradas al servicio de la Religion: examinó con cuidado su conducta, é instó á las que manifestaban aire mundano y propension á la sensualidad á casarse, antes que valerse de la independenciam en que estaban de un esposo para pasar la vida en la ociosidad, en la locuacidad perpétua, y en la vana curiosidad.

40. Observamos por sus discursos que lejos de descuidarse entretanto de los otros fieles, los dirigia á la perfeccion mas sublime: exhortaba á los ciudadanos de Constantinopla á erigir cada uno en su casa una especie de hospital doméstico; es decir, un lugar de hospitalidad para el alivio de los pobres, hasta proponer á muchos el restablecimiento de la comunidad de bienes y el desinterés absoluto de los primeros Cristianos. Aunque los oficios de la noche se celebraban solo por los solitarios ó cenobitas, instó á la parte mas ocupada del pueblo, es decir, á los hombres que por el dia no tenian tiempo, á que acudiesen al templo con la mayor frecuencia que les fuese posible; porque en cuanto á las mugeres, la prudencia les impide frecuentar estos egercicios nocturnos. Obtuvo quanto quiso con su elocuencia victoriosa: la ciudad de Constantinopla progresó admirablemente en la piedad y tomó un aspecto enteramente nuevo. El circo y el teatro quedaron desiertos por asistir á

los templos, y esto sucedia en la ciudad mas amante de los espectáculos; lo que sabemos por la explicacion que hizo con este motivo de las epístolas á los Efesios, Colosenses y Hebreos, como tambien de los hechos de los Apóstoles. Reunia tres veces á la semana sus ovejas, y en algunas ocasiones todos los siete dias seguidos; y quanto mas infatigable se mostraba en instruir, tanto menos se cansaban sus oyentes. La multitud así de fieles como de hereges y paganos que iba á oírle era tan grande, que se vió precisado á abandonar el lugar ordinario y predicar en otro mucho mas capáz. Concurrían algunos por curiosidad y amor á su elocuencia; pero triunfando la gracia de estas disposiciones de suyo imperfectas, y de todos los obstáculos, sucedían conversiones brillantes á cada momento.

41. Habiendo abjurado su error un tal Macedonio, pretendió convertir tambien á su muger, que le prometió lo que ansiaba, y concurrió á la Iglesia en donde recibió la Eucaristía. Mas en vez de consumirla la ocultó, inclinando la cabeza como para orar, y en su lugar puso pan ordinario que la dió con astucia una criada de confianza. Al llegar el pan á la boca, mudó súbitamente de naturaleza; y queriendo comerle halló en su vez una piedra entre sus dientes. Corrió inmediatamente al Obispo, confesóle su delito con muestras muy sinceras de conversion, y le enseñó la piedra en que estaban señalados sus dientes. Refiere este hecho Sozomeno que vivía casi por este tiempo, y dice que se veía esta piedra en el te-

soro de la Iglesia de Constantinopla, en donde se habia depositado (1). No limitó su celo á esta Iglesia el santo Patriarca, sino que le estendió con la reforma á las seis provincias de la Tracia, á las once del Asia, y á las Iglesias del Ponto; es decir, á todas las dependencias de su Patriarcado. Pasando de aquí á interesarse en todo lo que pertenecia al orden y felicidad del cuerpo de la Iglesia, emprendió reunir á los Obispos del Oriente con los de Egipto y de Occidente divididos siempre desde el cisma de Paulino. Pidió tambien á Teófilo de Alejandria que le auxiliase en sus designios, y los dos unidos obraron con tanto acierto en Roma por sus enviados, que hicieron entrar á Flaviano de Antioquia en la comunión de los Occidentales. El alma sensible de Crisóstomo en el mas alto punto de su elevacion, le hacia mirar á este Patriarca como á su maestro, y jamás cesó de amarle y reverenciarle como á su padre.

42. Su celo se estendió hasta los bárbaros mas feroces; pues habiendo sabido que habia Escitas vagamundos llamados Nomados ó Pastores acampados cerca del Danubio, y que anhelaban imponerse en la Religión, les envió hombres apostólicos que consiguieron felizmente su intento; porque ya habia en aquella nacion algun conocimiento del cristianismo (2). Mas como tenían muchas relaciones con los demás bárbaros, contagiados la mayor parte por el arrianismo, se habian despeñado muchos de ellos tambien en el error, y hasta en la ciudad Imperial se hallaban al-

(1) *Sozom. lib. 8. hist. cap. 5.* (2) *Theodor. lib. 5. hist. cap. 1.*
Tom. v. 9

gunos seducidos. Para desengañarlos les dió catequistas y sacerdotes de su lengua, y les señaló una Iglesia particular á donde algunas veces iba él mismo á instruirlos por medio de su intérprete. Sabiendo que habia aun Marcionitas en el territorio de Cyr, tomó medidas eficaces para libertar de ellos el pais valiéndose del Obispo diocesano y de la corte.

43. San Porfirio arrancado á pesar suyo de la soledad para ser colocado en la Silla Episcopal de Gaza, suspiraba al ver su diócesis llena de idólatras, no menos furiosos contra su rebaño que contra el mismo Santo. Habia hasta ocho templos de los falsos dioses en aquella ciudad, y solo el ídolo de Marnas era suficiente para eternizar allí la idolatría. Porfirio solicitó del Emperador la ruina de la supersticion; y primero se dirigió al Patriarca, que á mas de su crédito empleó la gracia del eunuco Amancio gran siervo de Dios y muy poderoso con la Emperatriz. Recibió la Princesa prósperamente con su recomendacion al Obispo de Gaza, y le ofreció hablar al Emperador. Recordando entonces Porfirio una profecía que habia oido á un Santo anacoreta pasando por la Silla de Rodas, dijo á la Emperatriz (que estaba embarazada y que deseaba con ansia tener un hijo): „trabajad por la causa de Jesucristo, y tendreis un hijo que vestirá la púrpura (1).” Cumplióse al pie de la letra esta profecía poco tiempo despues, dando á luz Eudisia un hijo que se llamó Teodosio, como su abuelo; y á quien pusieron la púrpura des-

(1) *Theodor. lib. 5. hist. cap. 29. et S. Porf. ap. Sur. 26. Feb.*

de que nació con el título de César. La madre llena de alegría no olvidó al santo Obispo de Gaza: envióle á llamar siete dias despues de su parto, y á su llegada, levantándose prontamente de su silla, salió á recibirle á la puerta de su cuarto con el tierno Príncipe que tenia en sus brazos. „Padre mio, le dijo, dadnos vuestra bendicion á mí y á este niño que tengo por vuestras oraciones:” invocó el Obispo al Señor, y les echó su bendicion. Despues escribió un memorial, buscó el momento en que llevaban al tierno César á palacio, y se le presentó. El que tenia el niño, y conocia las disposiciones de la madre, recibió el memorial sonriéndose, y despues haciendo inclinar un poco la cabeza al Príncipe, dijo en voz alta: *hágase como se pide.* Contó la Emperatriz el caso al Emperador: alegróse todo el palacio, y agradóles el ardid. „Es sin duda el asunto de grande importancia, dijo Arcadio, pero ¿cómo hemos de resistir al primer acto de autoridad de nuestro hijo?” Dióse orden al punto para demoler los templos de Gaza y particularmente el de Marnas: de cuyas ruinas hizo construir la Emperatriz una Iglesia magnífica y un hospital para los forasteros.

44. La idolatría, conforme al rumor de un falso oráculo que esparcian los Gentiles por todo el Imperio, debia recobrar por este tiempo su primer lustre, y levantarse sobre las ruinas del cristianismo. Mas vieron los idólatras por el contrario hasta las estremidades del Occidente caer todos sus ídolos por un edicto espreso del Emperador Honorio, venir á tier-

ra todos los monumentos de la superstición, quedar algunos en pie solo para el adorno profano de las ciudades, y consagrar al culto cristiano todos los templos de los falsos dioses.

Estableciendo entonces Aurelio, Obispo de Cartago, la Silla de su Primacia en el famoso templo de Juno, llamada celestial, pronunció la verdad increada sus oráculos en el mismo lugar en donde el padre de la mentira habia hecho resonar los suyos por espacio de tantos siglos. No se vió ni apareció mónstruo alguno, ni dragon horrible de los que segun la amenaza de los Paganos, debian defender á la madre de sus dioses. Los oráculos de las Sibilas hallados en Roma, y tan venerados allí, fueron pábulo de las llamas á que Estilicon los condenó.

45. Empleáronse en el fondo de las Galias con el mismo buen éxito Pastores celosos en la ruina de la idolatría. El gran San Martin hizo con este objeto terribles esfuerzos mucho tiempo con la mas infatigable perseverancia, y la desterró casi enteramente de su Diócesis; pero ya tantos trabajos le habian consumido, y se acercaba el momento de obtener el premio merecido. Tenia mas de ochenta años, y sabiendo que se acercaba su muerte, él mismo avisó de ello á sus discípulos. Mas como hubiese sabido que habia alguna division en el arrabal de Canda, á las orillas del Loira y junto á Viena en la estremidad de su Diócesis, partió volando á restablecer la concordia y la caridad que su solo aspecto inspiraba. No fue necesario en efecto mas que presentarse para afirmar la

union, y cuando pensaba ya regresar á su monasterio, le faltaron de repente las fuerzas y avisó á sus clérigos, que por su respeto y ternura le acompañaban en gran número por donde quiera que iba. Cuando estos advirtieron el estado de debilidad y decaimiento en que se hallaba, exclamaron todos á una voz: „¡ó Padre! ¿con qué nos dejais? ¿No veis cuán necesario nos erais, y que los lobos devoradores invadirán vuestro rebaño luego que deje de teneros por defensor? Vos volais á la felicidad suprema; ¿pero no os interesan las calamidades ni los peligros en que nosotros naufragaremos?“

El Santo enternecido y vertiendo lágrimas con ellos, dijo: „Señor, si aun soy útil á vuestro pueblo, no rehusó el trabajo: obrad sin escuchar mis deseos lo que sea de mayor utilidad para mis ovejas y para vuestra mayor gloria.“ Agravóse el mal, y abrasado el Santo de una fiebre violenta, estaba tendido sobre la ceniza y el cilicio. Pidiéronle sus discípulos á vista de esto que permitiese al menos que le colocasen debajo un poco de paja; pero mirando este tratamiento como muy delicado: „hijos míos, les dijo, no es propio de un Cristiano morir en la blandura y molicie.“ Oraba sin interrupcion con los ojos y las manos levantadas al cielo; le rogaron que mudase aquella postura penosa, y respondió: „dejadme contemplar el cielo mas bien que la tierra: este es el camino por donde mi alma debe ir al Señor.“ Mostrando despues su justa confianza y el desprecio que hacia de los últimos ataques del enemigo de la salud: ¿qué esperas

aquí, le dijo, monstruo cruel? Nada encontrarás en mí que responda á tus designios funestos: me elevaré sobre tus ardides hasta el seno de Abrahán." Y pronunciando estas palabras exhaló el último suspiro, á 8 de Noviembre en el año veintisiete de su Episcopado, y segun la opinion mas verosímil el 397 de Jesucristo. Luego que murió, se vió brillar su rostro y despedir rayos de gloria celestial.

Creíanse autorizados los habitantes de Poitiers para llevarse su cuerpo á causa del tiempo que habia morado entre ellos en su primer monasterio de Liguéy; pero sus diocesanos le amaban en extremo, y eran muchos los que se hallaban en Canda para dejar de defender sus justas pretensiones. Lleváronle á Tours en donde se reunió un concurso prodigioso, no solo de la ciudad, pues toda ella salió á recibir las santas reliquias, sino tambien de los pueblos del campo y de muchas villas inmediatas. Las personas mas retiradas por su estado se juzgaron dispensadas de la regla en una circunstancia tan santa; y concurrieron sociedades innumerables de vírgenes con cerca de dos mil monges. Vertian todos abundantes lágrimas, atendiendo menos á la corona eterna que ya tenia el Santo, que á la pérdida irreparable que acababan de experimentar, y le acompañaban cantando himnos hasta el lugar de su sepultura, en donde se edificó despues una grande Iglesia, y el célebre monasterio llamado de San Martín ⁽¹⁾.

46. Hicieron mucha sensacion por el mismo tiem-

(1) *Sever. Sulp. vit. S. Mart. lib. 14. n. 25.*

po las diferencias de San Gerónimo con Rufino de Aquileya. Santa Marcela y otros amigos de distincion, que el Santo tenia en Roma, clamaban altamente contra los escritos de Rufino; pues á mas de su celo por la fe veían con dolor que se esparcian por el Occidente las novedades de Orígenes, y se indignaban de ver el artificio con que el traductor complicaba en estos errores perniciosos al santo Sacerdote Gerónimo. Escribieron á este ilustre amigo, el que justificándose de las alabanzas que habia dado á Orígenes, contestó que apreciaba su entendimiento y erudicion, pero sin aprobar su doctrina. Dijole tambien que se habia servido de él como de los escritos de Tertuliano, de Eusebio de Cesaréa, y de Apolinar, con quienes habia estudiado, como tambien bajo la direccion de un Judío. Que la doctrina de Orígenes es reprehensible, por mas que sus costumbres hubiesen sido puras, y sus trabajos inmensos. Que si admitia escusa en sus intenciones, sus dogmas están envenenados por hacer violencia á la Escritura. Y finalmente, que es cosa escandalosa alabarle como á un Apóstol que en nada se engañó ⁽¹⁾. Por lo respecto á la apología de Orígenes atribuida por Rufino á San Pámfilo, defiende Gerónimo que no es de este santo Mártir, sino de Eusebio. Como le tenían siempre por amigo de Rufino, de quien lo habia sido constantemente durante su larga mansion en Palestina, le escribió á él mismo, quejándose dulcemente de que prodigándole elogios aparentes le hacia en efecto sospechoso de origenismo, y

(1) *Hieronym. Epist. 62.*

le suplicó que no lo hiciese jamás de este modo. Mas lo que separó á Rufino de la amistad de San Gerónimo fue que para detener el escándalo de su version, tradujo el mismo Santo los libros de los *Principios*. Veía una afectacion muy sospechosa de parte de Rufino, en el modo de corregir en su Orígenes los errores contra la Trinidad, que hubieran hecho mucho daño en Occidente, y habia dejado los pasages peligrosos, cuyo veneno era mas imperceptible. Tales eran los de la estraña doctrina concerniente á los ángeles, á las almas de los hombres, á la resurreccion futura, á la multitud de mundos, y al restablecimiento final de todas las cosas. San Gerónimo juzgó que debia hacer una version mas exacta, en la que apareciesen igualmente todas las impiedades, y la que inspirase la desconfianza debida para no fiarse de este autor. Sintió tanto Rufino este golpe, y tanto se indignó, que no pareció conveniente comunicarle la carta de su antiguo amigo, y compuso inmediatamente contra él tres libros, que no sirvieron sino de hacer aun mas equívoca la fe de su autor: de modo que el Papa Anastasio opinó que no podia menos de censurar, y censuró efectivamente estos nuevos escritos.

47. Condenaron, pues, á Orígenes con su traductor y al origenismo, no solo el Pontífice, sino tambien Venerio de Milán, discípulo y sucesor de San Ambrosio, Cromacio de Aquileya, de quien Rufino era diocesano, y en una palabra todo el Occidente, indignado justamente con tan grande escándalo (1).

(1) *Hieronym. Epist. 70.*

Por mas cuidado que se haya tenido en disculpar á Orígenes, es imposible justificar sus obras, ni aun imputar á sus discípulos todos los errores que contienen. Debemos no obstante convenir en que estos introdujeron en ellas los mas groseros; y que por otra parte seria injusto tomar á la letra ciertas espresiones de este escritor, que fue un partidario estremado del sentido alegórico. He aquí la injusticia de que se acusa á Teófilo de Alejandría, y que resplandece en las cartas pascuales que dirigia á todas las Iglesias para avisarlas el dia de la Pascua, á egemplo de sus antecesores encargados de ello por el Concilio de Nicéa: ocasiones de que se aprovechó para infundir á los fieles las ideas que él mismo tenia del origenismo. La primera y la mas equitativa de estas cartas reduce dichos errores á lo siguiente.

Insinúa en primer lugar, que el reinado de Jesucristo debe tener fin: impiedad que no se encuentra de un modo espreso en alguna obra de Orígenes, pero se sigue naturalmente de sus principios; porque si todos los cuerpos deben ser destruidos al fin de los siglos, como que dice que no fueron hechos sino para castigar á los espíritus, síguese que Jesucristo no tendrá ya cuerpo, ni será verdaderamente hombre, ni por consiguiente será nuestro Rey, á lo menos bajo esta relacion. El segundo error es, que los demonios se salvarán despues de haber sido purificados con largos suplicios; lo que imaginaba Orígenes sobre el principio de que Jesucristo debia ser el Salvador de todas las criaturas racionales. El tercero es, que los cuerpos

no resucitarán del todo incorruptibles, sino que conservarán la raíz de la corrupcion, ó el principio de la destruccion que deben experimentar al fin de los siglos; lo que es tambien una consecuencia de la ridícula sentencia de Orígenes, que piensa que los cuerpos, como únicamente destinados á castigar los espíritus, se hallan enteramente purificados.

48. A pesar de la penetracion de Teófilo en cuanto al misterio del origenismo, siguió sin embargo mucho tiempo el camino de la censura. Habíanle escrito San Gerónimo y San Epifanio sin fruto alguno, que en vano esperaba corregir á los hereges con la dulzura, y que muchos varones santos desaprobaban la lentitud que usaba. Mas acusándole de origenismo algunos monges Egipcios con el fuego de un celo indiscreto, no vió medio mas propio para calmarlos, que condenar estos errores, aunque la acusacion fuese infundada. Habia entre estos monges muchos simples é ignorantes que se representaban imágenes sensibles de las cosas mas intelectuales, y se convencieron sobre ciertas espresiones de la Escritura, de que Dios, en cuanto Dios, tenia cuerpo como los hombres, lo que los hacia hereges Antropomorfitas. Así es que no distando ningun intérprete de la Escritura de esta explicacion grosera tanto como Orígenes, trataban de Origenistas á todos los que les contradecian.

49. Enseñaba públicamente con la Iglesia Católica el Obispo Teófilo, que Dios es incorpóreo, y aun contradijo muy detenidamente el error contrario en una de sus cartas pascuales que se envió á los mo-

nasterios segun costumbre. Aquellos sencillos solitarios quedaron estrañamente escandalizados al saberlo, como si se les hubiera quitado á su Dios con el fantasma que formaban. Uno de ellos llamado *Serapion*, viejo de gran virtud, pero muy simple (despues que se le sacó de sus preocupaciones, haciéndole concebir que no eran menos contrarias á la Escritura que á la fe de todas las Iglesias y de todos los siglos) deseando dar gracias á los que acababan de desengañarle, comenzó á llorar, exclamando: „¡ay de mí, que me han privado de mi Dios, y ya no sé lo que adoro!” (1)

Declaróse mucho mas indócil la multitud de los monges: abandonaron sus soledades, acudieron en gran número á Alejandría, trataron al Obispo de impío delante del pueblo, y llegaron con su insolencia y amenazas hasta el palacio patriarcal. Entonces Teófilo se declaró contra los libros de Orígenes, y prometió condenarlos: despidió cautamente á los solitarios, y en seguida tuvo un Concilio en el que se aprobó, que todo el que siguiese las ideas de Orígenes seria condenado por la Iglesia.

Eran los monges de Esceta los que se habian levantado principalmente contra el Patriarca. Los de Nitria por el contrario contaban entre ellos algunos muy sospechosos de origenismo, y parece que eran menos adictos á los errores de Orígenes que á sus libros, pues suponian que estos habian sido alterados por manos estrañas. De modo que se podia separar

(1) *Cassian. Collat. 10. cap. 3.*

fácilmente el veneno sin reprobar por esto las lecciones de virtud que daban en abundancia. La Iglesia por otra parte aun no habia decidido, ó sus decisiones no eran bastante auténticas para privar de toda disculpa á los contradictores. Empero Teófilo no tuvo mas condescendencia; y semejante á todos los celadores cuyas miras no son enteramente puras, habia obrado al principio con demasiada lentitud y despues con excesivo calor y precipitacion.

50. A mas del odio que profesaba á los monges en general, estaba particularmente descontento con el santo Sacerdote Isidoro, que gobernaba el hospital de Alejandria, y habia sido antes solitario de Nitria, de donde San Atanasio le habia hecho pasar á su clero. Una señora viuda habia puesto en manos de este venerable Sacerdote una suma considerable de dinero, despues de haberle obligado con juramento á comprar vestidos para las mugeres mas pobres de la ciudad, sin dar parte de ello al Patriarca, temiendo que este emplease dicha cantidad en edificios, que le gustaban mucho (1). Recibió Isidoro el dinero, y lo empleó conforme á la voluntad de la señora. Tenia el Patriarca espías que le dieron al punto aviso; y aunque lo sintió entrañablemente, supo disimularlo. Pasados dos meses congregó su clero, y presentó una memoria que decia haber recibido diez y ocho años antes contra Isidoro. Esta acusacion inoportuna hizo concebir muchas sospechas; y así fueron necesarios otros ardidés que no surtieron mas efecto que descu-

(1) Sozom. lib. 8. hist. cap. 12.

brir con mas claridad su malignidad y perfidia. Sobornó Teófilo á un jóven para que acusase á Isidoro. El acusador llevó el dinero recibido á su madre, la que temerosa de que Isidoro reclamase en justicia, se presentó al Gobernador y le entregó las monedas que declaró haber obtenido por manos de la hermana del Patriarca. Esto no estorbó á Teófilo el que arrojase á Isidoro de la Iglesia, pero ocultamente y con pretesto de un crimen infame, que la urbanidad no permitia nombrar. Temió San Isidoro perder su vida, y corrió á ocultarse al monte de Nitria, en donde habia pasado su juventud.

51. Darle asilo fue un crimen de primer orden para los monges. El iracundo Patriarca ordenó echar del monte y del fondo del desierto á los solitarios mas célebres que pasaban por maestros de los otros, y se dirigieron á Alejandria á indagar la causa de su condenacion. Habia entre ellos cuatro de mucha fama, llamados comunmente los grandes hermanos, porque eran en efecto de una talla extraordinaria y de una misma familia. Tenian por nombres Dioscoro, Ammonio, Eusebio y Eutimio. Dioscoro habia sido electo Obispo de Hermópolis. Luego que estuvieron en la presencia de Teófilo, dirigiendo este injuriosamente la palabra contra Ammonio, que era un viejo venerable, y lanzando sobre él furiosas miradas seguidas del mas escandaloso enojo, le arrojó su palió á la cabeza, le abofeteó hasta hacerle echar sangre por las narices, y gritó diciendo sin cesar: „malvado, herege, hipócrita, anatematiza á Orígenes.”

No tuvieron los grandes hermanos otro partido mas que retirarse; y volvieron pacíficamente á sus soledades; en donde continuaron sus egercicios acostumbrados, confiados en el testimonio de su conciencia. En efecto, no hay prueba de que sostuviesen los errores de Orígenes; al contrario se encuentran indicios muy fuertes á favor de la pureza de su fe. No dejó el Patriarca de congregar un Concilio de los Obispos vecinos; y sin mandar que compareciesen los solitarios, ni darles modo alguno de defensa, escomulgó á tres de los principales, entre los cuales se nombra á Ammonio y Dioscoro; aunque no se atrevió á fulminar sentencia contra la multitud. Hizo venir despues del mismo desierto á cinco monges estrangeros, llenos de aquella emulacion que degenera fácilmente en envidia entre los de diferente nacion: ordenó Obispo á uno de ellos, al segundo Sacerdote, y á los otros tres Diáconos, y les mandó presentar memoriales contra los otros tres solitarios escomulgados. Estos falsos hermanos no tuvieron mas trabajo que firmarlos, porque los habia dictado y mandado escribir. Habiendo recibido estas quejas en la Iglesia con un aparato afectado, pasó á ver al Prefecto de Egipto, y le presentó una nueva súplica en su nombre con la de los monges acusadores, pidiendo que los monges acusados fuesen espelidos de todo el Egipto. Obtuvo una orden con soldados; y semejante mas bien á un gefe de una expedicion militar que á un Obispo, corrió de noche á sorprender los monasterios. Dioscoro, Obispo de la montaña,

fue el primero á quien arrojaron, despues de haberle sacado con violencia de su Silla una patrulla de Etiopes. Saquearon luego las celdas, abandonando los pocos muebles de los pobres de Jesucristo á una multitud de criados y al populacho. Buscaron por largo tiempo á los otros tres hermanos, Eutimio, Eusebio y Ammonio; pero se habian ocultado en un pozo, poniendo sobre él una estera, y así no pudieron descubrirlos. Teófile poseido de despecho y de furor mandó quemar sus celdillas particulares, y con ellas ardieron al mismo tiempo las divinas Escrituras, y un jóven que no tuvo tiempo para huir.

52. Retirados los perseguidores, huyeron los tres grandes hermanos á Jerusalem seguidos de los Sacerdotes y de los Diáconos de la montaña y de casi trescientos monges, dispersándose los restantes por diversos lugares. No calmó el resentimiento del Patriarca este destierro voluntario; antes bien persiguió á los fugitivos en la Palestina con cartas que no respiraban sino venganza. La piedad de los Obispos de aquella provincia con los desgraciados, fue á sus ojos un delito que no les perdonó, sino con la condicion de que en adelante no les darian asilo, ni aun en las Iglesias. Viéronse los solitarios precisados á huir de retiro en retiro, hasta llegar á Constantinopla á pedir justicia.

53. San Crisóstomo gozaba allí de la mas completa veneracion que se puede prometer del conjunto de los talentos brillantes y de las virtudes mas sólidas. Todos se veían precisados á admirarle, pero solo

el pueblo y la parte mas sana del clero le amaba: porque gran número de Eclesiásticos y de Grandes le miraban como á un censor importuno; y para ocultar sus vicios procuraban por varios modos hacerle odioso. Despues de las desgracias de Rufino y Eutropio, se habia hecho poderoso Gainas que era Arriano como la mayor parte de los Godos; y se empeñó en dar á los hereges de su comunión una Iglesia en la ciudad Imperial, por una súplica que hizo al Emperador (1). Este Principe débil, aunque bien intencionado, antes de conceder absolutamente lo que se le pedia, respondió, que queria hablar á Crisóstomo, Obispo de la ciudad y ministro de las cosas santas: mandóle llamar, representóle el poder y soberbia de Gainas, con todo lo que se podia temer de este suplicante ofendido que aspiraba tal vez al Imperio.

Contestó el magnánimo Prelado, que el terror no era motivo para entregar las cosas santas á los inmundos: y que por lo que á él pertenecia, jamás echaria á los verdaderos fieles de los templos en donde celebraban las alabanzas del Hijo de Dios, para introducir á los impíos que negaban su divinidad y blasfemaban de su santo nombre. (2). Mostrando entonces todo el valor de un Emperador, mientras que Arcadio se abandonaba al miedo, que seria menos extraño en un Sacerdote, le dijo en un tono de seguridad muy persuasivo: „no temais, Señor, á este bárbaro: yo quiero ponerle en razon: haced que nos veamos

(1) *Theodor. lib. 5. hist. cap. 32.* (2) *Sozom. lib. 8. hist. cap. 4.*

y yo le haré reconocer la injusticia de la súplica.” El Emperador utilizó con alegría esta ocasion, y les hizo comparecer al dia siguiente en su presencia. El soberbio Arriano principió profiriendo amenazas contra el Emperador, para que le cumpliese la promesa que suponía haberle hecho. Mas tomó la palabra el santo Patriarca, acompañado de todos los Prelados que se hallaban en Constantinopla, y dijo, que el Emperador Cristiano era protector de la Religion y no su opresor: que no habia ofrecido ni podia ofrecer una cosa que no estaba en su arbitrio por absoluto que fuese su poder con respecto á los negocios de este mundo. Que era injusto por otra parte hacer que sirviesen á la division de los fieles las Iglesias instituidas para reunirlos: que todas las de Constantinopla estaban abiertas á todo Cristiano, y que él podia ir á hacer allí sus oraciones. „Pero aunque no sea mas que por los importantes servicios que he hecho al Imperio, respondió Gainas, merezco tener un lugar particular de oracion. ¿Cuáles son los servicios, dijo el Patriarca, que exigen por recompensa la profanacion de los templos y el desprecio de las leyes? Prohiben estas las juntas de los hereges en las ciudades, ¿é hicisteis juramento de conservar estas leyes santas y sabias. ¿Y habeis esperado hasta ahora para recibir la recompensa de vuestros servicios? Y trayéndole á la memoria el grado de donde se le habia sacado, porque habia sido simple soldado: considerad, prosiguió, lo que erais en otro tiempo, y lo que sois al presente; cuál era el estado de vuestra fortuna, ó

mas bien de vuestra miseria hasta en vuestros vestidos antes de pasar el Danubio; y decidnos, si el titulo de Duque, si la cualidad de Cónsul no es superior á vuestra ambicion." Despues volviéndose al Emperador, le pintó todas las consecuencias de su demasiada condescendencia con los hereges, diciendo que en la seguridad de la Religion se cifraba la del Imperio; mas que si por un prodigio sobrehumano se pudiesen separar estos dos grandes intereses, seria mejor entregar provincias que la casa de Dios, y perder la corona del universo antes que la de la Religion.

No pudo Gainas resistir á la energia y viva eloquencia de Crisóstomo, ó mas bien al espíritu de Dios que hablaba en él, y llevó esta repùlsa con bastante moderacion. Rebelóse abiertamente algun tiempo despues; pero los buenos observaron llenos de consuelo que el despecho de esta afrenta no influyó en su rebelion, y aun pareció redoblar despues su respeto al santo Patriarca. Cuando el Godo rebelde asolaba la Tracia y nadie se atrevia á hacer frente á los esfuerzos de la rebelion, ni á interponer su mediacion para detenerla, se encargó el generoso Pastor de la Diputacion (1). Sabido esto por Gainas, salió á recibir al Santo con sus hijos, y le dió todas las señales posibles de respeto y benevolencia. Insistió no obstante en su rebelion, pero fue derrotado por un General de los Hunnos, amigo de los Romanos, quien remitió su cabeza á Constantinopla.

54. Durante esta guerra, es decir, en el curso

(1) Theodor. hb. 3. hist. cap. 33.

del año 400, delataron al tribunal del Patriarca al Metropolitano de Éfeso, llamado Antonino, sobre diferentes delitos, y en particular por haber tenido hijos despues que era Obispo, y por hacer un tráfico no interrumpido de las cosas santas, vendiendo las ordenaciones episcopales con proporcion á la renta de los Obispados. Acusóle Eusebio de Cibiana, uno de los sufragáneos de Éfeso, en un Concilio formado de los Obispos asiáticos que residian en la corte, y de tres Metropolitanos, de los cuales era el mas famoso el de Escitia: de modo que eran entre todos veintidos Obispos. Llamábase Teótimo este Arzobispo de los Escitas, y habia sucedido á San Betranion tanto en sus virtudes como en su Silla. Criado en la vida monástica, y no contento con tener el hábito y los cabellos largos, habia conservado cuidadosamente la austeridad, el espíritu de modestia y penitencia; en una palabra, todas las virtudes que le atrajeron la veneracion aun de los mas feroces y bárbaros; y el cielo le favoreció muchas veces con milagros.

Presentó su libelo el Obispo de Cibiana ante esta junta respetable. El prudente Patriarca hubiera querido sepultar en las tinieblas un negocio, cuyo éxito por ventajoso que fuese no podia compensar el escándalo inevitable. Valióse de Pablo de Heraclia, amigo de Antonino, y que no estaba enemistado con Eusebio para reconciliarlos entre sí; pero le poseía demasiado furor para darle oídos. Al pie del altar en el momento en que se iba á ofrecer el santo sacrificio, entregó otro egemplar de las mismas acusaciones

en presencia de todo el pueblo y del clero, quejándose con arrogancia de que no querian hacerle justicia. Al oír estas palabras injuriosas no pudo menos de conmoverse el Patriarca, á pesar de su moderación, con algunas señales que aunque leves bastaron á la delicadeza de su conciencia para no ofrecer los divinos misterios, no obstante que era domingo; y pidió á otro Obispo que los celebrase por él. Retirado ya el pueblo, mandó llamar á Eusebio; y delante de los Prelados le dijo: „ruégoos que os mireis bien en ello: muchas veces el primer ímpetu de cólera nos obliga á proferir acusaciones difíciles de probar. Si os hallais en estado de sostener vuestros dichos, no los rehusamos; pero si veis obstáculos, no os obligamos á insistir en ellos. Tomad la resolución conveniente antes de la lectura del libelo; pues leído públicamente y dado principio á la causa, no os será permitido, siendo Obispo, desistir.” Nada de esto intimidó á Eusebio y se leyó el libelo.

Dióse principio por el exámen del último punto de la acusacion, como el mas pernicioso en sus consecuencias. Interrogaron al Obispo Antonino y á los que le acusaban de haber dado órdenes por dinero; pero estando ausentes los testigos citados, no se pudo lograr la conviccion, y el negocio comenzó á retardarse. Mas divulgado el hecho, mostró Crisóstomo á fin de evitar el escándalo tanto ardor para cerrar el proceso, cuanta repugnancia habia mostrado para emprenderle. Así para obrar mas eficaz y prontamente acordó pasar al mismo sitio en donde habia

sucedido. Pero Antonino á quien atormentaba el temor de las pruebas, entabló el negocio tan bien en la corte, que hizo mirar la ausencia del Patriarca como poco conveniente en un tiempo en que la rebelion de Gainas habia amedrentado á todos. Llegó á ganar con dinero el diestro simoniaco á su acusador, cuyo celo era muy amargo para que fuese puro, y consiguió de él una promesa con juramento de desistir de la acusacion.

En vano, pues, nombró San Crisóstomo tres Obispos comisionados para ir en su lugar á oír á los testigos, y formar el proceso en la misma diócesis de Éfeso. Uno de ellos llamado Hesichio de Parium, amigo de Antonino, supuso estar enfermo; y los otros dos los fatigaron de industria con la lentitud afectada: Eusebio mismo, que despues de su tráfico, no habia querido comparecer, se fingió tambien enfermo. Prolongóse por fin tanto este asunto, que Antonino murió antes que se hubiese probado cosa alguna.

55. El clero de Éfeso y los Obispos vecinos escribieron entonces á San Crisóstomo, suplicándole con las mas vivas instancias que corriese al socorro de aquella Iglesia, no menos alligida por los malos Católicos, que por los Arrianos; y principalmente que se anticipase á las maniobras de los que procuraban ocupar la Silla por dinero. Nada hirió al Santo tanto como este motivo, y así poniendo en olvido el mal estado de su salud, y el rigor del invierno, partió sin dilacion, dejando los cuidados de su propia

Iglesia á Severo de Gabalas dotado de alguna elocuencia, que habia ido á hacer brillar en la capital. Por lo demás, tanto menos digno era de la confianza del santo Patriarca, cuanto mas ardidés habia empleado para conseguirla. Trajo Crisóstomo consigo tres Obispos, y cuando llegaron á Éfeso los de Lidia, Acaya y Frigia con los de Asia propiamente tal, se reunieron en número de setenta ansiosos todos en extremo de ver, y aun mas de oír al gran Crisóstomo. Concurrió con los demás Eusebio, el cobarde acusador de Antonino: habia recibido su salario, y muerto ya el que se lo habia entregado, no temia ser convencido de perjurio. Principió su acusacion, que fue probada por buenos testigos y confirmada por la misma confesion de los culpados: seis Obispos ordenados por Antonino á precio de dinero, fueron depuestos, infamada la memoria del difunto y condenados sus herederos á restituir el precio de las ordenaciones. Substituyéronse por fin á los culpados sujetos dignos, y se tuvo un cuidado particular, dice un autor de aquel tiempo, de asegurarse que habian guardado siempre la continencia (1).

56. Durante su permanencia en aquella provincia, se informó el Patriarca de las necesidades de las demás Iglesias del Asia. Tenia la de Nicomedia por Obispo un aventurero llamado Geroncio, Diácono de Milán en tiempo de San Ambrosio. Habíase gloriado de haber cogido en aquel tiempo por la noche un Onoscélido (2), es decir, un espectro monstruoso, que

(1) *Pall. Dial. pág. 133.* (2) *Sozom. lib. 8. hist. cap. 6.*

no tenia mas existencia que la que le dió la imaginacion de los Griegos. Sea que esta fábula fuese una mentira meditada, sea que fuese una pura ilusion, San Ambrosio la halló indigna de un ministro de los altares, y quiso que Geroncio se retractase de todo punto por medio de la penitencia. Abandonó á San Ambrosio el diácono indócil; pasó á Constantinopla bajo el Patriarcado de Nectario, y halló protectores que le procuraron el Obispado de Nicomedia. Su Arzobispo dió sus quejas, y el Patriarca quiso obrar con justicia; mas el charlatan se habia grangeado el amor de su nuevo pueblo con todo género de ardidés. Vendaba sus llagas, curaba ó parecia curar sus enfermedades, y era en extremo popular. Nunca logró Nectario despojarle de su dignidad por mas que lo deseaba. Estaba reservado este rasgo de autoridad para su sucesor, que puso en esta Silla á Ponsofio, hombre de gran suavidad de costumbres, de una piedad egemplar, y que habia sido maestro de la Emperatriz. Con tan buenas cualidades no pudo procurarse el afecto de aquel pueblo preocupado; y esta mudanza de Obispo le suscitó al mismo Patriarca una nueva multitud de enemigos.

57. Hacia tres meses que habia partido para el Asia, y ya era tiempo que volviese á su Iglesia, que estaba alborotada con las maniobras de Severo, á quien la habia confiado, contra el santo Patriarca. Hallábanse las cosas ya en tal estado, que el Santo á su regreso juzgó no ser ya tiempo de usar de indulgencia, y que era necesario arrojar á todo riesgo

de Constantinopla á este ingrato y pérfido enredador. Mas Severo habia encantado con sus lisonjas hasta el espíritu de la Emperatriz, y esta le hizo volver de Calcedonia adonde se habia retirado, sin mostrarse satisfecha hasta restituirle de nuevo á la amistad con el Patriarca, el que á un conocimiento profundo del corazón humano y de las costumbres, reunia aquel candor y simplicidad natural que tantas veces es victima de la baja política.

58. En tanto que penetrado únicamente de la grandeza de Dios y de las cosas eternas, no miraba ni á los intereses ni á las maquinaciones del siglo, le amenazaba por todas partes una tempestad terrible. Todos los que eran enemigos de la disciplina, de las buenas costumbres y de la fe, lo fueron tambien del Santo. Vivian los Arrianos en gran número en la capital sin poder celebrar sus reuniones sino fuera de la ciudad: mas para asistir á ellas se congregaban en lo interior, salian en procesion y como en triunfo todos unidos, y cantaban á dos coros cánticos llenos de sus impiedades. Llegaron hasta el extremo de insertar en ellos escarnios contra la doctrina Católica. El pueblo ortodoxo formó por su parte cánticos satíricos; de modo que estos dos partidos igualmente orgullosos, uno por el favor presente y otro por el crédito pasado, principiaron pronto á proferir los unos contra los otros espresiones ofensivas. Pasaron de los cánticos y de las palabras á los golpes, y hubo de una y otra parte efusion de sangre, y aun quedó herido de una pedrada un eunuco de la Emperatriz.

Este incidente fue causa de que se renovase la prohibicion hecha á los Arrianos en el Pontificado antecedente de cantar letanías en la ciudad, es decir, oraciones comunes de dia y de noche. Suscitóle todavía nuevos enemigos esta nueva humillacion de los sectarios, atribuida al santo Patriarca.

59. En tal estado se hallaban las cosas, cuando los grandes hermanos y su comitiva llegaron á Constantinopla. Presentáronse al piadoso y tierno Crisóstomo, que viendo á sus pies cincuenta viejos, en cuyo exterior se veían grabadas la mortificacion y todas las señales de la santidad, se conmovió hasta llorar, y les preguntó, qué era lo que les obligaba á huir. Refriéronle lo acaecido en Nitria, y suplicáronle que los dispensase de la triste necesidad de quejarse al tribunal secular, añadiendo que no exigian otra satisfaccion ni otra gracia mas que volver á sus soledades, y dar fin allí al sacrificio de sus personas que hacian al Señor. Creyó que sería fácil ablandar á Teófilo, y les ofreció su mediacion, encargándoles la discrecion y modestia. Al propio tiempo por medio de los clérigos de Alejandria enviados por los intereses de Teófilo, se confirmó en que las quejas de los monges eran muy fundadas. Escribió pues á este Patriarca, pero con toda la dulzura posible, y rogándole á la manera de un hijo dócil á su padre, que concediese de nuevo su antiguo amor á los piadosos solitarios que eran uno de los mas bellos adornos de la Iglesia. Mas el orgulloso y vengativo Egipcio respondió con altivez: que el Obispo de la Iglesia

imperial debería á lo menos saber los cánones de Nicea: que si los ignoraba, le haria ver, que segun aquellos decretos, ningun Obispo debe mezclarse en los negocios que no son de su incumbencia; y que si el Obispo de Alejandria debia ser juzgado, lo habia de ser por los Egipcios y no á setenta y cinco jornadas de distancia. Viendo una carta tan fuerte, no quiso Crisóstomo intervenir en estas diferencias, sino para tranquilizar en cuanto pudiese los ánimos.

60. Teófilo previno no obstante con sus cartas á San Epifanio, cuyo ardor extraordinario contra el origenismo habia ridiculizado en otro tiempo, tratándole altamente de antropomorfitas; mas en estas nuevas circunstancias preveía cuán útil le seria un hombre del carácter de Epifanio. A una reputacion bien establecida de santidad y talento, añadía á pesar de su avanzada edad el Obispo de Salamina un ingenio muy vivo y un ascendiente grande sobre una multitud de Doctores mas jóvenes y no menos célebres que él. Remitió la carta de Teófilo al Sacerdote Gerónimo con otra suya, en la que se gloriaba de que Amalec estaba destruido hasta su raiz: tales son los términos de que se vale para explicar la condenacion de Origenes por el Obispo de Alejandria. Aun hizo mas: partió á Constantinopla poniendo en olvido su ancianidad.

Crisóstomo aparentó no saber la causa de este viaje; envió por honor á su clero á recibirle, y le convidó á que se alojase en el palacio episcopal; pero Epifanio preocupado contra el Patriarca, respondió

con aspereza á su urbanidad, y se negó á hablarle si no condenaba á Origenes y arrojaba á los grandes hermanos. Contestó Crisóstomo con dulzura, haciéndole observar que en nada se debia precipitar. Entonces procuraron que tomase Epifanio una resolucion tan estraña, que su egecucion hubiera hecho de este Prelado venerable la fábula y risa de todo el Imperio; pues le persuadian á que se presentase en medio de la Iglesia delante de todo el pueblo, condenase á voz en grito los libros de Origenes, á los monges que habian ido de Egipto como Origenistas, y al Patriarca de Constantinopla como á su fautor. Ya principiaba el santo viejo á caer en el lazo, cuando algunas personas mas sensatas ó mas políticas le hicieron temer las consecuencias. El pueblo, le dijeron, adora al Obispo Juan; podrá levantarse una sedicion, y en ese caso el primero que padecerá sereis vos como autor del tumulto: visto lo cual se detuvo.

Hacian sin embargo justicia á la rectitud de sus intenciones, y todos reverenciaban sus virtudes. Habiendo caido enfermo el jóven Príncipe, hijo de Arcadio y de Eudosia, pidió la madre á Epifanio el auxilio de sus oraciones. Ofreció la salud del niño si la Emperatriz huía de los grandes hermanos como de todos los demás hereges; de lo que quedó como escandalizada Eudosia, porque los protegía, y respondió de este modo: „si Dios quiere llevarse á mi hijo, él es el único árbitro de su vida: por lo que á vos mira me guardaré muy bien de creer en adelante que seais un varon de milagros.” Aconsejó no obstante á

los solitarios de Nitria que fuesen á esplicarse con este hombre extraordinario, y obedecieron. „¿Quién sois vosotros, les dijo con aspereza, para tener la osadía de presentaros aquí? Padre mio, contestó respetuosamente Ammonio que era el que hablaba por todos, somos aquellos grandes hermanos que os han pintado con tan negros colores; mas yo ansiaría saber si oisteis alguna vez á nuestros discípulos, ó visteis nuestros escritos. Respondió con franqueza que no. ¿Cómo pues nos teneis por hereges, continuó Ammonio, sin prueba alguna de nuestro modo de pensar? Todos me aseguraron que lo erais, respondió el Obispo. De muy distinto modo procedimos nosotros con vos, replicó el solitario, pues leimos muchas veces vuestro Anacoreto: y habiéndole criticado muchas personas y habiendos acusado de heregía, hemos tomado vuestra defensa. No debiais pues condenar por solos rumores vagos é inciertos á los que no hablan sino bien de vos.”

61. San Epifanio, que no tenia menos rectitud en el alma que viveza en el temperamento, se moderó mucho con esta conversacion. Poco despues partió para su isla; bien sea que se arrepintiese de haber procedido con demasiada precipitacion en este asunto, ó bien que hubiese tenido revelacion de su próxima muerte, como se ha creido, á vista de lo que dijo al momento de embarcarse, acompañándole muchos Obispos hasta el mar: „os dejo la ciudad, el palacio, y todo este gran teatro: por lo que á mí toca, me retiro, porque se me iusta mucho.” Murió en efecto en el mar antes de llegar á Chipre, despues de ha-

ber gobernado treinta y seis años la Iglesia de Salamina ó Constanza, capital de esta isla. Era de una erudicion grande, pero su crítica no es muy exacta: su rectitud natural le hizo crédulo, y el ardor de su celo le espuso á las preocupaciones. Sin embargo, es preciso reconocer que Teófilo que sedujo su confianza, tenia una grande habilidad con otras mil cualidades en extremo seductoras.

62. Viéndose protegidos por la Emperatriz los solitarios de Nitria, presentaron un memorial para que se examinasen las acusaciones intentadas contra ellos, y se obligase á comparecer á Teófilo para ser juzgado por San Crisóstomo. Su súplica fue otorgada: los Prefectos examinaron la acusacion formada por los falsos hermanos, á quienes habia sobornado Teófilo; y él mismo se vió obligado á venir á Constantinopla, de donde el Emperador envió uno de sus oficiales para conducirlo. Nada pudieron probar los acusadores á quienes se examinó en primer lugar, y acusaron de toda la trama al Obispo de Alejandría, declarando que los habia engañado y dictado su representacion. A vista de esto se les aprisionó hasta su llegada, como que era el caso grave y digno de muerte segun la ley de los Romanos contra los calumniadores. Murieron algunos en la prision antes que llegase Teófilo, y otros solamente padecieron el destierro á causa del dinero que dió aquel.

Mandaba la orden que el Patriarca de Alejandría viniese solo, y llegó como en triunfo con una compañía de treinta y seis Obispos. San Juan Crisóstomo,

que no había dispuesto habitación para estos Prelados, los convidó del modo mas cordial con su palacio, pero rehusaron con aspereza su oferta. No quiso Teófilo ni verle, ni hablarle, ni darle señal alguna de comunión. Tenia ya su plan determinado, porque le era muy conocida la debilidad del gobierno; y así lejos de defenderse de las prevaricaciones de que se le acusaba, se propuso acometer á Crisóstomo en su propia Silla, creido de que si podía espulsarle de la capital no tendria ya que vencer obstáculo alguno para oprimir á los solitarios. Durante tres semanas que estuvo en Constantinopla no se acercó á la Iglesia, por mas que San Crisóstomo le amonestó sin cesar á que espusiese á lo menos la causa de una guerra tan inesperada y que escandalizaba tanto al público; mas Teófilo nunca se dignó responderle. No dejó de darle ejemplo de moderacion y dulzura el santo Obispo. Mientras esto sucedia, el Emperador solicitado por los monges, le instó á que les hiciese justicia, y le mandó formalmente que fuese á la habitación de Teófilo, é informase jurídicamente contra él, porque se le acusaba de violencias, muertes y otros muchos delitos; pero el Santo rehusó constantemente tomar conocimiento en ello, tanto por consideracion á un acusado de esta clase, como por respeto á los cánones que prohibian juzgar las causas eclesiásticas fuera de su provincia.

63. Trabajaba Teófilo por el contrario de dia y de noche contra Crisóstomo de acuerdo con todas las personas que encontró indispuestas contra el santo Patriarca. Entonces principalmente manifestó el Obispo

de Gábalas el poco aprecio que se debe hacer de la reconciliacion de un enemigo envidioso. Acacio de Berea, descontento del Patriarca solo por parecerle que no le habia recibido con el honor correspondiente, y por otra parte Antioco de Tolemaida, y un Abad de Siria llamado Isaac, hombres vagamundos y de un genio turbulento, acostumbrados á correr de diócesis en diócesis, para atormentar y calumniar sucesivamente á los Obispos, entraron en la faccion de Severo, y se hicieron bajo su direccion los agentes principales, enviando desde luego á Antioquia quien se informase de la juventud de Crisóstomo. Pero no habiendo sabido hecho alguno que no le favoreciese, volvieron sus miras á la ciudad imperial que suministró causa á bastantes ataques contra su celoso Prelado.

Tenia en primer lugar por enemigos en su clero á todos los que no podian sufrir las leyes que queria restablecer allí, y en particular dos Sacerdotes, cinco Diáconos y tres viudas del primer orden. Dos de estas habian tenido esposos Cónsules, y siendo viejas no perdonaban al santo Patriarca los consejos que les habia dado y reprensiones molestas, pero merecidas por la mezcla ridicula del adorno de la edad primera con las rugas y canas. Además de esta parte ya gangrenada del clero, algunas de aquellas personas de corte que están siempre prontas á las intrigas y revoluciones, ayudaron á Teófilo. Tambien se dice que la Emperatriz estaba ya irritada contra Crisóstomo por un discurso, en que arrebatado del fuego de

su elocuencia habia hablado de las mugeres en general con una vehemencia y bajo unas imágenes que el pueblo aplicaba á la Princesa. Los Obispos del Asia que habian sido depuestos tampoco dejaron de manifestar su resentimiento.

De todo supo aprovecharse Teófilo, que como hombre opulento y naturalmente magnífico prodigaba el oro, mantenía una gran mesa, se hacia afable y dulce á pesar del orgullo natural que él sabia sacrificar al interés; escuchaba á todos, se compadecia de los descontentos, y lisongeaba á los clérigos ambiciosos, ofreciéndoles mejor fortuna. Entre todos los eclesiásticos los mas enconados contra su Obispo eran dos Diáconos dignos de muerte, segun las leyes civiles, y á quienes habia espelido de la Iglesia. Era el uno reo de un homicidio, y el otro de crimen de adulterio. Tales fueron los primeros agentes que puso en movimiento Teófilo; y aun tuvo que prometerles su restablecimiento en el clero, lo que ejecutó conforme al método que él sabia tan bien. Obligóles pues á presentarle sus quejas, que dictó él mismo y sembró de falsedades.

Era necesario á falta de equidad tener la fuerza á su favor: nuevo prodigio que obraron la perfidia y la intriga. Arcadio que acababa de mostrar vigor contra las primeras tentativas de la faccion, recibió en el momento decisivo todas las impresiones que esta le quiso dar. Quitaron todos los obstáculos las riquezas de Teófilo, juntas á los resentimientos de la Emperatriz. Con tanto fruto se sembró el dinero en la corte,

que en el momento en que Teófilo parecia no poder evitar una condenacion canónica, se vió tomar la extraña resolucion de que se juzgase al mismo Crisóstomo en un Concilio.

64. Eligióse para lugar del conciliábulo la aldea ó arrabal de la Encina, cerca de Calcedonia, tanto porque Ciristo, Obispo de este pequeño lugar, era enemigo declarado de San Juan Crisóstomo, como porque se temia el amor que el pueblo de Constantinopla profesaba á su Obispo. Era cómoda esta aldea por otra parte para el efecto que se meditaba, despues que Rufino habia hecho edificar un palacio con una Iglesia y un monasterio. Citaron al Santo y no quiso comparecer: cuarenta Obispos que se hallaban con él no podian salir de la admiracion que les causaban la astucia, la audacia é iniquidad de Teófilo. Diputaron á tres de ellos con dos Sacerdotes, y les encargaron que respondiesen al Obispo de Alejandría, que aun conservaban la carta en que declaraba que ningun Obispo debe erigirse en juez de otro fuera de sus límites. Que si no hubieran tenido mas respeto que él á los cánones de Nicéa, le hubieran juzgado primeramente. Que su Concilio era mas numeroso y de mas peso que el suyo, pues no tenia sino treinta y seis Obispos de una sola provincia, siendo ellos cuarenta de diferentes, entre los cuales habia siete Metropolitanos. Y finalmente, que tenian contra él memorias y pruebas de setenta artículos de delitos manifiestos (1).

(1) *Pallad. Dial. pág. 72.*

Contestó San Crisóstomo por su parte, que no obstante la irregularidad del procedimiento, y aunque debía sin duda alguna ser juzgado en Constantinopla caso que fuese culpable, no disputaría con todo sobre el lugar del juicio, con tal que se recusasen algunos de los jueces que nombró, y que eran recusables por todas las razones de derecho. Dió la misma respuesta á un Notario del Emperador, que de órden de este Principe pretendia obligarle á presentarse. El Santo veneraba las potestades establecidas por Dios, pero creyó que en este negocio puramente eclesiástico, su sumision seria menos edificante para los fieles que perjudicial á la Iglesia. Llevaron las cartas unos Obispos adictos al santo Patriarca; mas los partidarios de Teófilo los prendieron con ignominia, egercieron con ellos las mayores violencias, hirieron al uno cruelmente, rasgaron los vestidos de otro, ataron al tercero con las cadenas que habian preparado para el mismo Crisóstomo, y como si hubiera sido él pusieron al amigo fiel en un barco y le transportaron á un lugar desconocido.

Procedióse por lo demás como en los casos de contumacia, alegando por prueba todos los puntos de acusacion á que el acusado no habia ido á responder. Eran estos hasta veintinueve; porque la opresion y la calumnia procuran de ordinario encontrar en la multitud de las acusaciones la gravedad y solidéz de que carecen. Dirigiase la acusacion mas fuerte á que egercia poco la hospitalidad, virtud muy recomendable entonces entre los Obispos; mas ya principiaba á in-

vertirse el patrimonio de los pobres en utilidad ó diversion de los ricos, mayormente en una capital donde habia una concurrencia prodigiosa. Calificábanse del modo mas injurioso la santa economía, el espíritu de retiro, de recogimiento y penitencia que movia al santo Obispo á comer solo por costumbre, llamándole salvage, ciclope, y dándole el nombre de aquellos mónstruos fabulosos que el odio de la sociedad y de la humanidad tenia encerrados en sus cavernas. Aseguraban sus enemigos que obraba de esta suerte para regalarse y comer bien con mas libertad. Mas era bien conocida la austeridad de su vida, y todos sabian las precauciones y régimen á que le obligaba su débil salud, sin atreverse á beber vino, á causa del calor de la cabeza que le atormentaba. Su estómago, además de esto, se hallaba en un estado en que todo lo que se le presentaba le causaba tedio. Eran solo sospechas imaginarias las otras acusaciones y calumnias vagas desnudas de circunstancias y de verosimilitud, y aun alegadas de un modo que mostraba bastante claro que nadie las creía. Le acusaban entre otras cosas de que á nadie daba cuenta del uso que hacia de las rentas eclesiásticas, y de haber vendido las cosas consagradas á Dios, como el mármol preparado por su antecesor para el adorno de una Iglesia: conducta que justificaba bien su caridad inmensa. El crimen que se le imputó vagamente de haber calumniado á los clérigos y compuesto un libro contra ellos, demostraba su celo contra el abuso de las mugeres subintrusas, y en sustancia hacia el elo-

gio de su vigilancia por la pureza clerical. Tambien se le acusaba de haber procurado el destierro de Porfirio, Sacerdote de una conducta mas que equívoca: de haber descubierto al Conde Juan culpado de sedicion; y de vestirse y desnudarse en medio de la Iglesia en el trono pontifical. Referimos este artículo únicamente para mostrar, que ya desde entonces se cambiaba de ornamento para el ministerio del altar y que en rigor reprendian los defectos contrarios, á lo que se llama mansedumbre eclesiástica. Llegó por fin la desvergüenza á acusarle no solo de haber admitido personas de otro sexo en su cuarto, despues de haber despedido á todos los demás, sino tambien de mantener un comercio habitual con una muger casada. Calumnia atróz fue esta: y da á entender que se desvaneció por sí misma por el conocimiento del estado á que le habian reducido las austeridades de su juventud, y la incomodidad que le habia sobrevenido desde entonces por haberse espuesto con un fervor indiscreto á los rigurosos frios del invierno.

65. Mas como no compareciese, aunque fue citado por cuatro veces, no se trató de probar la causa, y se le condenó simplemente por contumacia. En estos términos estaba concebida la carta escrita al Emperador: „que Juan acusado de muchos delitos no habia querido presentarse, porque se conocia culpable, y habia sido depuesto segun las leyes; mas porque los libelos contenian tambien una acusación de lesa magestad, dejamos á vuestra piedad el cui-

dato de castigarle por este delito particular, porque no nos pertenece á nosotros conocer en él.”

Es digno de observarse en medio del proceder inicuo de los enemigos del Santo, la moderacion de los Obispos respecto al juicio de los delitos capitales. Daban á entender en este crimen supuesto de lesa magestad, que se habia producido contra la Emperatriz; porque aplicaban á esta Princesa varias espresiones que habian parecido singulares en los sermones que pronunció San Crisóstomo durante el mismo Concilio de la Encina. „¿Sabeis, hermanos mios, dijo, (entusiasmado quizás demasiado con el fuego de su elocuencia) sabeis por qué se me combate? Porque no estoy vestido de seda, y domina hoy la estirpe del áspid;” palabras figuradas que se atribuían á la nacion de los francos de quienes descendia la Emperatriz. Citábanse otras muchas espresiones mas fuertes aun, ó mas claras y verdaderamente inescusables; pero prescindiendo de la reputacion de sabiduría y moderacion tan bien asegurada de San Juan Crisóstomo, se hallan otras mil razones para dudar de que hayan sido fielmente presentadas.

Menos causa era suficiente para que los envidiosos y sanguinarios aduladores sacasen partido: y así corrió la voz de que el Patriarca debia ser degollado. „Estoy pronto, dijo á los Obispos de su partido, á ser sacrificado: conozco la conjuracion de Satanás, que no puede tolerar mas la guerra que le hacen los discursos del que llamais Crisóstomo. Acor-daos de él en vuestras oraciones, y á nadie obligue

el temor á abandonar los intereses de la Iglesia." Todos vertian abundantes lágrimas al oír estas palabras, arrojándose los unos á su cuello y abrazándole tiernamente, y saliéndose otros de la junta porque no podian sufrir el exceso de su dolor. Suplicóles que entrasen, y les dijo: „sentaos, hermanos míos, sin llorar por lo que me trae un bien muy sólido: Jesucristo es mi vida, y la muerte me es ganancia. ¿Somos por ventura mejor que los Profetas y Apóstoles, para estar menos espuestos á los tiros de la envidia, y para poder permanecer mas tiempo en este mundo? ¿No tenemos causa para llorar, dijo uno de los asistentes, cuando vamos á quedar huérfanos, la Iglesia viuda, sus leyes despreciadas, los pobres abandonados, y el pueblo fiel privado de alimentos y luces? San Crisóstomo dando con la mano izquierda en la derecha por un movimiento que le era ordinario en las grandes conmociones, respondió con estas palabras, basta, hermano mio, no digas mas: la luz del Evangelio no principió por mí, y no se apagará conmigo (1).”

Condenáronle sin embargo solamente á destierro, lo que otorgó el débil Emperador al Concilio, ó mas bien á Teófilo, contento con espulsar al ilustre rival que le hacia sombra en la Iglesia y en la ciudad de Constantinopla. Procedióse al momento á la ejecución, á pesar de la apelacion del Santo á un juicio mas regular. Condújole un conde con soldados fuera de la Iglesia en medio de un pueblo inmen-

(1) *Pallad. Dial. pág. 67. et 68.*

so que le acompañaba vertiendo lágrimas, dando los monjes y las vírgenes gritos lamentables, y resonando por todas partes estas voces lastimeras: ¡Ay! mejor sería quitarle al sol el resplandor de su luz, que condenar al silencio la boca de Juan. Hízose á la vela en un bajel que pasó de noche á Asia; pero este destierro no duró sino un día.

66. Hubo un horroroso temblor de tierra la noche siguiente; y el palacio iba á sepultarse bajo sus ruinas, y especialmente la habitacion del Emperador (1). La primera que descó que volviese el santo Patriarca fue la Emperatriz; y le escribió sin dilacion en los términos mas afectuosos y satisfactorios, atribuyendo lo que habia acaecido á unos hombres pérfidos y corrompidos. Enviaron un correo tras de otro correo, pidiéndole que volviese al punto á restablecer en la ciudad desolada la alegría y la vida. Todos los ánimos abrazaron las mismas disposiciones: sus mayores enemigos publicaron en voz alta que le habian calumniado indignamente. Estando perorando en estas circunstancias Severo de Gabalas, y habiendo tenido la imprudencia de proferir espresiones contra él, no hizo mas que conmover al pueblo que corrió en gran número hácia el palacio, pidiendo á grandes gritos que le volviesen cuanto antes el Obispo Juan. Partió con la mayor brevedad al eunuco Brisson á Preneste donde estaba el Santo, y todos los ciudadanos corrieron á recibirle; de modo que la mar se vió en un momento cubierta de naves y barcos

(1) *Theodor. lib. 5. hist. cap. 34.*

donde se arrojaron con precipitación hombres de toda edad y condición, y hasta las mugeres con los niños en los brazos. Así entró el santo Patriarca como en triunfo, acompañado de una multitud de grandes entre los que se contaban más de treinta Obispos.

Rehusó principiar sus funciones sin ser restablecido por un Concilio más numeroso que el que le había depuesto; mas el pueblo no pudo llevar con paciencia esta delicadeza; tantos eran sus deseos. Colocáronse á su rededor con cirios encendidos y cantando cánticos compuestos con súbito entusiasmo, y le llevaron á la Iglesia, obligándole á subir á su cátedra y principiar aquellas instrucciones divinas, cuya elocuencia pareció tener entonces para ellos encantos enteramente nuevos. Hablóles en efecto con más sublimidad que nunca, escediéndose en algún modo á sí mismo en una oración tan propia para elevar sus sentimientos; y este discurso escitó aplausos tan vivos y tan continuos, que el orador no pudo acabarle (1). Insistía no obstante en pedir un Concilio numeroso en donde pudiese justificarse, y á ruegos suyos escribió el Emperador á todas partes para congregár los Obispos; mas se ocultaron y dispersaron prontamente. Huyeron en secreto de Constantinopla los del partido de Teófilo, y temiendo al pueblo, se retiraron cada uno á su Iglesia. Tembló también el osado Teófilo; y viéndose amenazado de ser arrojado al mar, se embarcó precipitadamente du-

(1) *Chrysost. Hom. post redit. tom. 8. pág. 262.*

rante la noche, á pesar de los rigores del invierno, para entrar pronto en Egipto. Ya se había reconciliado sin embargo con Eusebio y Eutimio, los dos únicos grandes hermanos que vivían; porque Ammonio y el Obispo Dioscoro habían fallecido algún tiempo antes con la reputación de Santos que hacían milagros. El celo de Teófilo contra los escritos de Orígenes se disipó con su intriga; y cuando se le mostró la sorpresa que causaba esto, dijo: „estos libros son una pradera en donde cojo las flores sin detenerme en las espinas.” Permaneció tranquilo por entonces San Crisóstomo y fue más querido del pueblo, teniendo más autoridad que antes de su desgracia.

67. Cuentan de Teófilo, que llegando á Egipto aportó por casualidad á la pequeña ciudad de Geres, cuyo Obispo había muerto, y los habitantes habían puesto los ojos en el solitario Nilamon, para colocarle en aquella Silla. Residia fuera de la ciudad en una celdilla cuyas puertas había tapiado para vivir más solitario. Habiéndose negado, pues, á admitir el Episcopado, fue muchas veces Teófilo á obligarle á que le aceptase; y respondió por fin: *mañana, Padre mio, hareis lo que os agrada: permitidme arreglar hoy mis negocios.* Regresó Teófilo á la mañana siguiente y le mandó abrir recordándole su promesa. *Hagamos antes oración,* dijo el solitario: *hagamos oración,* dijo también Teófilo, que al instante se puso á orar. Transcurrido mucho tiempo de este modo y cansado por último Teófilo y los que estaban con él de tanto esperar fuera de la celdilla, lla-

maron en voz alta á Nilamon y nada les contestó. En vista de esto demolieron la pared que cerraba su puerta y se le encontró muerto (1). Enterráronle con mucha pompa, construyéndose una Iglesia sobre su túmulo, y todos los años se iba allí á celebrar su memoria con gran solemnidad, y la Iglesia hace su fiesta á 6 de Enero.

68. El modo glorioso con que San Juan Crisóstomo habia sido restablecido, parecia anunciarle una paz inalterable; pero apenas transcurrieron dos meses, cuando levantaron una estatua en honor de la Emperatriz en la plaza pública entre el palacio y la Iglesia de Santa Sofia. Celebraron para la inauguracion grandes regocijos con las ceremonias acostumbradas, mezcladas con alguna supersticion que no se logró destruir hasta el reinado siguiente. Aumentó las prácticas ordinarias el Prefecto de la ciudad, que era Maniqueo y medio Pagano, dió danzas y farsas de una licencia escandalosa, cuyo tumulto y gritos interrumpieron indignamente los oficios divinos. No pudo sufrir Crisóstomo, que veía este desorden con sus propios ojos, la injuria hecha á la Iglesia, y predicó con enérgico valor contra esta especie de idolatría. Aseguran que su discurso principiaba con estas palabras: *Herodias furiosa aun pide la cabeza de Juan*. Mas otros autores dudan de esta circunstancia; y aun toda la invectiva contra las mugeres, que comienza con las mismas palabras es, à juicio de los

(1) *Sozom. lib. 8. hist. cap. 10.*

mejores críticos, apócrifa, aunque tenga el nombre del santo Doctor.

69. Tuvo un nuevo principio contra él la conspiracion con el mismo furor que antes, invitando á Teófilo para que regresase; pero se acordaba todavía del modo con que se le habia obligado á salvarse. Así es que envió tres Obispos que reunieron á los actores de la primera escena. No se habló de las acusaciones de que el Santo ofreció con intrepidez justificarse: por consiguiente careciendo de fundamento la queja, procuraron obscurecerla y confundirla con las formalidades.

Sus enemigos le opusieron algunos cánones sin autenticidad, que parecian quitar toda esperanza de restablecimiento á un Obispo vuelto al ministerio, despues de haber sido depuesto por un Concilio. Contestó por el Patriarca una multitud de piadosos y sabios Prelados, que jamás habia sido depuesto jurídicamente, sino espulsado con violencia; y que lejos de ingerirse por sí mismo en el ministerio, todas las potestades le habian violentado á egercer de nuevo las funciones. Que por otra parte los cánones alegados eran obra de un Concilio herético de Antioquia, llamado de la Dedicacion; y que por consecuencia no tenian autoridad alguna. Obtuvo una audiencia secreta del Emperador la faccion, sin replicar á esta justificacion sólida, y dijo á este Príncipe tan débil como de talento limitado, que Juan se daba por persuadido, y que era necesario desterrarle antes de la fiesta de Pascua próxima ya á celebrarse.

Enviaron personas desde palacio que le echasen de la Iglesia con orden de que permaneciese en la casa episcopal. Pretendian sondear en algun modo la Omnipotencia divina por una mezcla de fe y de impiedad enteramente estraña á nuestras costumbres, para que si se declaraba segunda vez á favor del Santo perseguido, se le pudiese restablecer inmediatamente, y detener de este modo los azotes del cielo, luego que estos cayesen sobre el pueblo. Llegó entretanto la víspera de Pascua, y mas de cuarenta Obispos se presentaron en medio del lugar santo al Emperador y á la Emperatriz, suplicándoles con lágrimas que perdonasen á la Iglesia el dolor de verse privada de su Pastor en una fiesta tan grande. Mas no fueron oidos: los Sacerdotes que se mantenian fieles al Obispo congregaron á los catecúmenos en el baño público, adonde los siguió la multitud del pueblo (1).

Los tres Obispos mas furiosos contra el Patriarca, Antioco, Acacio y Severo aconsejaban que se impidiese celebrar esta junta; pero el maestro de ceremonias les dijo: es la media noche, la multitud es innumerable y podrá sobrevenir algun desorden. Acacio añadió desmintiéndose á sí mismo: las Iglesias están desiertas, el Emperador á su llegada no encontrando á nadie, notará el amor del pueblo á Juan, y nos mirará como impostores, cuando le hemos afirmado que nadie podia tolerar á este hombre insociable. Todo lo que con esto consiguió, fue que un oficial llamado Lucio, gefe de una compañía de soldados, fuese

(1) *Socrat. lib. 6. hist. cap. 18.*

á invitar amorosamente á los ciudadanos para que vienesen á la Iglesia. Era Lucio Pagano, ó de costumbres enteramente paganas, sin providad y sin fe: únicamente era sensible al atractivo del oro y del interés.

Moviéronle Acacio y los demás corruptores á dispersar la multitud, si no podia atraerla; y el malvado tomó sin detenerse el partido de la violencia. Cuatrocientos Tracios nuevamente alistados acompañaban á este oficial: estos hombres naturalmente feroces acometieron repentinamente á los catecúmenos abriéndose paso con la espada en la mano. Lucio se internó hasta el baptisterio para impedir que se administrase el bautismo, é impelió tan brutalmente á los Diáconos, que se vertió el santo crisma (1). Descargó grandes golpes con el baston en las cabezas de los Sacerdotes, sin respeto á los mas ancianos, de modo que la pila estaba teñida en sangre. Huyeron en tropel con los hombres las mugeres preparadas para el bautismo, sin tener tiempo para vestirse, olvidando con el temor de mayor oprobio ó de la muerte los cuidados de la modestia, y aun muchas fueron heridas. Sus gritos penetrantes, confundidos con los de los niños, llevaron el temor y la consternacion á una gran distancia. Vieron huir por las calles á los Sacerdotes y á los Diáconos con hábitos eclesiásticos, abandonando el altar y los vasos sagrados al saqueo: se vieron las armas y vestidos de los soldados teñidos con la sangre del cordero sin manchilla. A la mañana siguiente, habiendo salido el Emperador de la

(1) *Chrysost. Epist. ad Innoc. Sozom. lib. 3. hist. cap. 21.*

ciudad, observó en el campo una multitud de personas vestidas de blanco, y preguntó la causa muy admirado. Sus guardias, que eran hereges, le contestaron, hablando de aquellas ovejas fieles, que preferían congregarse en campo raso á unirse con los enemigos de su Pastor. Había allí cerca de tres mil de estos nuevos bautizados que llevaban todavía el vestido blanco, segun la costumbre de aquel tiempo.

Abusando de la credulidad del Príncipe estos enemigos crueles, destacaron contra aquella numerosa multitud los mas impios de sus guardias. Podían á la verdad defenderse, y oprimir á este puñado de furiosos; pero eran demasiado fieles á las lecciones de San Crisóstomo, para alejarse así del espíritu del Evangelio. Aprisionaron á algunos clérigos con muchos legos fervorosos de uno y otro sexo: despojaron brutalmente á muchas mugeres de distincion de sus velos, de sus pendientes, y á algunas de sus mismas orejas, con tanta violencia y osadía, que una de las mas distinguidas por su clase y hermosura, se vió obligada á huir con precipitacion y vestirse de esclava para salvar su honor. Hubo magistrados que se dejaron aprisionar por su amor al santo Obispo, y cuanto mas se esforzaron contra él sus adversarios, tanto mas numerosas eran las reuniones de los verdaderos fieles. No las celebraban, es cierto, en las Iglesias, en las que no se percibía sino el ruido de los azotes y de las cadenas, reunido á las amenazas, imprecaciones y blasfemias. Los lugares remotos, las grutas, y hasta las prisiones resonaban con el canto de los

himnos, ofreciéndose allí los misterios sagrados con un fervor tanto mas vivo, cuantos mas obstáculos necesitaba superar.

70. Duró esta opresion desde Pascua hasta cerca de Pentecostes, y en todo este intervalo se atentó muchas veces á la vida del Santo. Sorprendióse al principio á un hombre con el puñal en la mano para asesinarle, el que intentó ocultar su delito suponiéndose energúmeno. Mas el pueblo rehusó creerle, y juzgó que estaba poseido del demonio de la avaricia. Condujéronle pues al tribunal del Prefecto, en donde se le acusó de haber recibido dinero para ejecutar este atentado (1).

Envió el santo Patriarca sin perder tiempo Obispos que estorbasen que se le hiciese daño (2). Algun tiempo despues, habiendo un criado del Sacerdote Eladio, enemigo declarado del Patriarca, recibido cincuenta sueldos de oro para matarle, corrió armado de tres puñales hácia la casa episcopal. Pretendió detenerle un hombre que le conoció; mas al punto le pasó con el puñal. Dió otro un grito de horror á vista de este crimen, y también le traspasó con el acero homicida; y despues de este hasta otros siete, cuatro de los cuales murieron en el acto. Por último, preso el furioso por el pueblo, mandó el Prefecto soltarle, prometiendo hacer justicia; pero le dejó sin castigo. Los ciudadanos hicieron desde entonces la guardia día y noche delante de la casa Patriarcal.

71. Movidó el pusilánime Emperador por los ma-

(1) *Pallad. Dial. pág. 197.* (2) *Sozom. lib. 8. hist. cap. 22.*

los Obispos, mandó decir al Santo contra su carácter y contra su propia conciencia, que partiese de Constantinopla. El Santo respondió: „toda la tierra es del Señor, en todas partes le encontraré, y no temo el destierro.” Aunque insensible á los males, la desolacion de su pueblo hacia una impresion viva en la estremada ternura de su corazon. Compadeciase sobre todo de las personas débiles y sin apoyo, como las vírgenes y las viudas consagradas al servicio divino. Habia otras muchas personas igualmente apreciables por la bondad de sus sentimientos, y por el religioso sacrificio que habian hecho de su juventud, de su fortuna, y de todos los placeres y esperanzas del siglo, con la diaconisa Olimpiades, viuda del Prefecto ó Gobernador de la ciudad imperial. En medio de tantos motivos de ternura hizo el Pastor santo los mayores esfuerzos para ocultar su propia sensibilidad y consolar á su rebaño. Estaba la ciudad tan agitada, que se podia temer un tumulto entre los ciudadanos y los soldados, si veían al Santo en poder de estos. Por esto mandó tener pronto su caballo delante del átrio grande de la Iglesia hácia el occidente, y mientras la multitud le aguardaba allí, salió ocultamente por el lado de oriente, y se hizo á la vela en el momento para trasladarse á Bitinia. Hábiale exhortado su madre que aun vivia, á sacrificar los intereses personales á los deberes de Obispo (1).

72 y 73. En su lugar entró el Sacerdote Arsacio, hermano de Nectario. Era muy anciano y de un ca-

(1) *Chrysost. Epist. 137.*

rácter cándido; pero sus partidarios abusaron de su poder, ó mas bien de su debilidad, para cometer mil violencias, y aun hubo en esta ocasion dos Mártires, el Sacerdote Tigrio y el Diácono Eusebio, que sufrieron todo género de tormentos antes que renunciar á los intereses de su Pastor legítimo; accion que les mereció el culto público de la Iglesia. Continuaron celebrando sus juntas con separacion los fieles mas dignos á pesar de las persecuciones.

74. Fue desterrado el santo Patriarca á Cúcusa, pequeña ciudad de la Armenia sobre los confines de la Sicilia; es decir, en una provincia agitada siempre con las correrías de los Isauros, bárbaros de una ferocidad espantosa. Salian estos en el momento que menos se esperaba de los estrechos del monte Tauro, en donde estaban acantonados, y llevaban por todo el pais llano la ruina y la muerte; mas por ingrato que fuese el término ó lugar del destierro, aun fue el viage mucho mas molesto. Padebió una fiebre violenta en este camino penoso el Santo, que al partir se hallaba con bastante salud. Sin embargo, sus guardas usaban con él la crueldad de obligarle á caminar dia y noche por unos lugares faltos de todo y con calores escesivos: barbarie de que en algun modo le aliviaba el respeto de las provincias. Su fama iba delante de él, y por donde quiera que pasaba corria el pueblo á verle, se postraba en su presencia, y derramando lágrimas celebraba sus alabanzas y maldecía á sus enemigos.

75. El pueblo, los monges, las religiosas, todos

corrieron á servirle y consolarle en Cesaréa de Capadocia, adonde llegó en lo mas ardiente de su fiebre. El Obispo Faretrio que habia firmado su condenacion, y que al principio quiso disimular, concibió por último tanta envidia al ver el aprecio que le profesaban, que no pudo tenerla á raya. Así es que le trató del modo mas inhumano, sin cesar hasta que le obligó á partir con peligro inminente de caer en manos de una multitud de Isauros que desolaban el territorio de Cesaréa, y acababan de quemar un lugar muy grande (1). Subió el Santo á su litera al medio dia en un acceso de fiebre en presencia del pueblo reunido, que gemia y murmuraba altamente contra su implacable Obispo. Tenia Seleucia, viuda del famoso Rufino, una casa á cinco millas de Cesaréa, y la mandó ofrecer á Crisóstomo precisado á detenerse allí; mas Faretrio no pudo tolerar su estancia en aquel lugar. Obligáronle á partir en una noche obscura y tempestuosa, encendiendo al principio teas, hasta que por miedo de los bárbaros poco distantes se vieron en la precision de apagarlas. Era tortuoso el camino y de una pendiente resbaladiza, y cayó uno de los mulos bajo de la litera y la bolicó, por lo que el enfermo se vió forzado á caminar como pudo, asiéndose del brazo de alguno de la compañía, á causa de la fiebre y de los peligros que á cada momento le salian al encuentro.

76. Llegó finalmente á Cúcusa despues de dos meses de camino, la mitad de los cuales pasó grave-

(1) *Chrysost. Epist. 13. ad Olymp.*

mente enfermo. Sin embargo, á su llegada se sintió bastante restablecido. Hízosele una acogida que no habia experimentado mucho tiempo hacia aquel lugar bárbaro y silvestre; porque el pueblo, las personas de distincion y el Obispo, todos corrieron á hacerle las demostraciones mas vivas de veneracion y de un amor sincero. Viéronle ó enviaron á visitarle para ocurrir á sus necesidades muchos Grandes y señoras de la primera calidad de todas las partes del Imperio. De modo que este desierto se le hizo agradable, y escribió á Santa Olimpiades suspendiese los cuidados que se tomaba para mudar este lugar de destierro (1). Residió allí un año, durante el cual se ocupó, como filósofo Cristiano, en escribir tanto para su consuelo como para sus ovejas. Compuso aquí su tratado contra el escándalo ocasionado por esta persecucion, como tambien el discurso en que prueba de un modo admirable, que nuestra felicidad ó nuestra desgracia, despues de Dios, no pende sino de nosotros mismos. Todas las cartas que nos quedan de este Padre, son tambien frutos de este destierro. Las que dirige á Olimpiades, que son diez y siete, muestran á la clara que los corazones de los Santos, sin embargo de ser enteramente de Dios, no son menos sensibles á la pura llama de la amistad. Nada se encuentra en las amistades mundanas, no solo tan cierto y tan constante, pero ni tan afectuoso.

No pudo estar ocioso en aquellos lugares silvestres el celo de este hombre verdaderamente apostólico.

(1) *Chrysost. Epist. 12. alias 31.*



Como residia en la frontera de los Persas, se ocupó útilmente en los progresos del Evangelio en aquellas tierras y entre aquellos infieles. „Tributad los servicios posibles al Obispo Marutas, escribia á Olimpíades, porque necesito mucho de él para los negocios de la Religion en Persia (1). Descaria infinito verle á su tránsito, para saber el pormenor de los frutos de salud que ha obrado. Mas sabed á lo menos si recibió mis dos cartas: le escribiré de nuevo, si se digna contestarme: si no lo juzga á propósito, procurad saber de él y decidme el estado de la Iglesia en esas regiones. Espresadme tambien si espera evangelizar segunda vez aquí.” Este Obispo Marutas era de un gran mérito, de piedad sublime, y la Iglesia le honra en el número de los santos Mártires. Habia asistido al Concilio de la Encina, preocupado como otros muchos Obispos contra San Juan Crisóstomo, que puso en olvido estas preocupaciones y la indiferencia que era consecuente. Olvidaba todo interés personal el Obispo de Constantinopla cuando se trataba de los intereses de la Iglesia.

77. Marutas habia sido enviado Embajador al Rey de Persia Isdegerdes, y por la sublimidad de sus talentos y sus virtudes se habia hecho respetable á este Príncipe infiel en tanto grado, que los Magos temieron que convirtiese á su Rey, á quien habia curado de un mal en que nada habian conseguido los remedios y los secretos de su magia. Resolvieron pues su pérdida, y para conseguir sus fines se valieron de es-

(1) *Chrysost. Epist. 13. ad Olymp.*

te artificio: en el templo en donde se conservaba el fuego perpetuo que adoraban los Persas, ocultaron un hombre debajo de tierra, y cuando el Rey fue á orar, se oyó una voz subterránea que decia ser necesario echar á Isdegerdes como un profano que protegía al Sacerdote de los Cristianos (1). Al punto quiso el Príncipe despedir á Marutas á pesar de la estimacion que hacia de él; pero conociendo el Obispo la perfidia, dijo al Rey que hiciese cavar en el lugar de donde salia la voz y se convenceria de la impostura. Siguió Isdegerdes este consejo, y descubrió en efecto al impostor; entonces fue tan terrible su indignacion, que mandó diezmar á todos los Magos, y permitió edificar Iglesias á Marutas en donde quisiese; de modo que por una aventura que debia aniquilar el cristianismo en Persia, llegó á verse muy floreciente. Así cuando los Magos quisieron intentar nuevas perfidias, no sirvieron sino para hacer que se honrase mas y mas el Evangelio; y por poco no alumbró con su luz al Rey; con motivo de otro milagro que obró Dios en la cura del Príncipe, su hijo, que se consiguió por las oraciones de Marutas y de otro Obispo llamado Ablacat ó Abda.

78. Ocupaban igualmente á San Juan Crisóstomo los asuntos de la Religion entre los Godos, á quienes habia dado un Obispo escelente en la persona de Oulinas, que murió despues de haber hecho mucho bien entre ellos. Escribió inmediatamente el Rey de los Godos al Santo para que le propusiese un nuevo

(1) *Socrat. lib. 7. hist. cap. 8.*